



LA
DESTRUCTORA
RUINAS Y CENIZAS

HAIMI SNOWN

ONYX
EDITORIAL

LA DESTRUCTORA
RUINAS Y CENIZAS

LA
DESTRUCTORA
RUINAS Y CENIZAS
HAIMI SNOWN

Primera edición.
La Destrucción, ruinas y cenizas.
© 2019, Haimi Snown.
© Onyx Editorial
www.onyxeditorial.com
© Diseño de portada: Munyx Design.
© Maquetación y contraportada: Munyx Design.
© Ilustración del interior: Ariadna Guillem (Miss Arilicious).
© Corrección: María Baz

ISBN: 978-84-949239-9-9

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

1



5





[14](#)



[16](#)

[17](#)



[20](#)



[23](#)





[26](#)



[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)



Otros títulos
de la
editorial

Para Sara, la de corazón de fuego.

1

*Cuando enfermes, búscame;
cuando tengas miedo, abrázame;
cuando llores, te sonreiré.*

Carta de La Creadora

Sasha ocultó la cabeza bajo la almohada. Para lograr una sordera temporal, se tapó los oídos con las palmas. No obstante, las palabras atravesaron la oscuridad, el tiempo la voluntad y los tejidos.

«¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!».

Tiró la almohada mascullando un juramento y procuró resolver el problema cantando. Su voz debería haber sido suficiente para alejar a todos los espíritus.

Mañana te daré flores...

«¡Ayúdame! ¡Ayúdame!».

Mañana, porque quiero...

«¡Ayúdame!».

Forcejó en la cama y cambió otra vez de postura. Ya que no funcionaba con los párpados cerrados, los abrió en un intento por salir de la pesadilla. El rostro de Anahy apareció en el techo como una proyección del maldito sueño. Bajo su mirada rencorosa, los escalofríos dominaron su cuerpo.

«He metido la pata».

Se levantó de un salto, renunciando a la idea de dormir. Había metido la pata hasta el fondo de los fondos. Lo jodido era que parte de él se había escapado a ese agujero y no quería volver a la realidad, se negaba a aceptarla.

Se detuvo en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha con agua fría, permitiendo que las gotas le abofetearan el cuerpo mientras estudiaba las formas geométricas de los azulejos. Se dejó ir. Jamás había permitido de forma consciente que su núcleo se apagara si no era una situación de emergencia, pero ahora lo hizo.

Clic, los recuerdos se desvanecieron.

Clic, el sufrimiento se evaporó.

Clic, a la mierda con todo.

Bajó su temperatura corporal hasta que consiguió aquel estado semicomatoso en que incluso las neuronas se helaron lo suficiente para dejar de trabajar. Cogió una toalla y se rodeó la cintura, sin molestarse en secarse. Total, para quitar la película de hielo de su piel necesitaba algo más eficaz que una toalla.

No se miró en el espejo. Su imagen como wise era una que le había dado pesadillas años atrás. Incluso después de que se hubiese convencido de que mantenía el dominio de su núcleo y de que podía volver a encenderlo cuando quería, se despertaba sobresaltado por el miedo. No se reconocía como wise, y no por el pelo níveo, el blanco completo de los ojos o la piel agrietada. El frío era completo e infinito. Su mente no le pertenecía, sus emociones tampoco. La presencia

oscura de su interior era tangible y poderosa.

Se movió como un autómatas hacia el salón con la idea de conectarse a una simulación de entrenamiento. Necesitaba el silencio, pero a la vez era peor que estar acompañado. Sin nada que hacer, los pensamientos lo atacaban como aves hambrientas con un pez solitario.

Matar wise con pulsar un botón no era lo mismo que hacerlo en vivo, pero engañaría al cerebro durante una hora. Pensó en un helado y descartó la idea. Por alguna razón había perdido el interés en... todo.

Estaba recorriendo el pasillo cuando la puerta de la entrada se abrió con violencia. Una corriente de aire helado le acarició la piel.

No se molestó en ocultar la mueca de desagrado que torció sus facciones cuando identificó al visitante.

—Madelyne, ¿teníamos una cita?

—¿Por qué apagaste tu núcleo?

Madelyne era una de las pocas personas que podían estar delante de un wise sin desmayarse o huir despavorida.

«Para poder aguantarte».

El pensamiento curvó los labios de Sasha, que se agrietaron. El sabor de la sangre le inundó la boca. Consideró si merecía la pena quedarse helado. En este estado podría fingir de modo creíble que amaba a Madelyne. No obstante, como le daba igual todo, se arriesgaba a concederle permisos por los cuales iba a arrepentirse más tarde. Volvió a encenderse, ofreciéndole a la mujer un espectáculo gratuito de cómo el hielo se convertía en agua, su piel cobraba color y desprendía vapor.

—¿Por qué no hacerlo si puedo?

—Te llamé veinte veces —le informó Madelyne, cerrando la puerta de un golpe—. Te saltaste tres convocatorias al Éter. Estás a punto de perder las ventajas otorgadas de nuestro contrato —dijo avanzando unos pasos.

Sasha se rascó la cabeza, preguntándose qué día era.

—Vaya, ¿tanto? —Le dio la espalda y se encaminó hacia la cocina—. Soy un chico malo, ¿qué esperabas?

Las botas de Madelyne golpearon el suelo detrás de él, mientras rebuscaba en la nevera con la esperanza de que el helado hiciera soportable el encuentro.

—¡No intentes joderme! —espetó ella.

—Ya quisieras —murmuró sin poder contenerse.

—Tenemos un trato.

Sasha se giró, decidido a plantarle cara. Por desgracia, el bote de helado y el hecho de que su traje era una toalla, ahora mojada, no lo ayudaban a proclamar su punto de vista. De todos modos, lo intentó.

—Quiero renegociar los términos —dijo, ofreciéndole una cuchara en señal de paz.

Las carcajadas secas de Madelyne le dieron la respuesta antes de que hablara, pero que ella aceptara el cubierto lo esperanzó.

—No estás en la posición necesaria para negociar.

—¿Cómo me quieres?

Las pecas que decoraban la nariz y los pómulos de Madelyne intensificaron el color al instante que hizo la pregunta.

Sasha se sentó. Se inquietó al notar que Madelyne tenía el pelo suelto y no recogido en su usual cola de caballo amazónica, y que en vez de sus botas de combate llevaba unas normales. Ella se

quitó la chaqueta, por lo que pudo notar otro cambio en el modelo y textura de su camiseta. Había venido preparada para él o tenía una cita normal con un nulo y con otras intenciones que patearle el culo. No se arriesgó a preguntar. Se tragó el comentario mordaz, absorbiendo cada palabra con el mismo entusiasmo que hubiera dedicado a comer un molusco vivo.

—Te quiero en tu puesto. A mis órdenes —le informó ella inclinándose. Puso las manos en el respaldo de la silla y le ofreció una vista impresionante de sus bíceps, casi tan duros como los de él.

—El trabajo se me hizo pesado —comentó Sasha, atacando el helado—. No me encuentro bien. Necesito un estimulante.

—¿Qué quieres? —inquirió Madelyne frunciendo la nariz con desagrado.

Él se dejó caer hacia atrás en la silla, abandonando el helado. No sentía el sabor y su frialdad le provocaba repulsión. Tiró la cuchara en la mesa y la miró, sopesando si era el momento adecuado.

—Quiero que me cedas el cuidado de Indra.

Madelyne se rio con auténtica alegría. Incluso se secó una lágrima imaginaria.

—¿Estás loco? —Sus ojos encontraron los de Sasha y dejaron de vagabundear por su cuerpo casi desnudo.

—Me conoces muy bien. —Le sonrió con dulzura—. No se lo digas a nadie.

Ella meneó la cabeza con lentitud, correspondiéndole a la sonrisa.

—Tienes veintidós años y la capacidad emocional de un niño con la edad de dos. Me pides demasiado. No te daré lo único que te hace respetar las reglas del Éter.

—Te di mucho. Cumplo mis contratos y lo sabes. Ella tiene la edad que me permite reclamarla, no puedes negármelo. —Exhaló hondo en un intento de calmarse. No iba a implorar—. No es que me la lleve a otro planeta. Solo quiero ofrecerle la oportunidad de continuar viviendo como un niño de su edad.

Madelyne torció el gesto ante su insistencia.

—Yo también te di mucho, no te olvides. No estamos en la misma posición.

—Dame a Indra y vamos a estarlo.

—Tú estás abajo y yo arriba —indicó ella, señalándolo con el índice.

Sasha pilló el doble sentido y que no se refería a que él estaba sentado y ella, de pie. Pero estaba dispuesto a hacerla creer que tenía el mando con el fin de lograr sus propósitos.

—Acabo de darte un cóctel. ¿Qué más quieres? —soltó, bajando la cabeza ante la posibilidad de que la punzada de dolor que atravesó su pecho llegara a notarse en sus ojos.

—Me alegra que abrieras el tema, porque tengo unas preguntas.

El tono usado fue un aviso y la sonrisa de suficiencia de Madelyne le confirmó dónde quería llegar.

—Guárdatelas —la cortó con la esperanza de obtener unos minutos más. Unos días, años, o... hasta nunca. Tenía muchas explicaciones por dar, ninguna creíble, y pensaba quedárselas aunque intentaran arrancárselas a base de cirugía—. ¿Recuerdas que me debías un favor? ¿Unas horas insubordinado? Considera que me los tomé aquella noche.

—Esta no es una negociación si no pones nada de tu parte —replicó Madelyne. El estallido de sus ojos le avisó de que se hallaba en un terreno peligroso—. Vamos a pensar, hipotéticamente, que me guardara las preguntas, que aún estoy pensando en cómo explicarle a Zariah el asunto de los diez wiseos muertos en condiciones sospechosas aquella noche, pero incluso así, tengo una cuestión pendiente. Una de máxima importancia. —Hizo una pausa teatral para indicarle lo primordial que era escucharla—. La cóctel que entregaste no despierta.

Sonó como si lo hubiera inculpado.

Sasha cruzó los brazos, consciente de que, si no lo hacía, le saltaba a la garganta. Se forzó a relajar el maxilar, haciendo acopio de todos los argumentos a favor de su decisión.

—¿Y cómo es que es mi problema? ¿No tienes un equipo de especialistas? Por lo que sé, tus métodos nunca fallan.

Esperaba que lo tomara como un cumplido y no como el insulto que había pensado.

Los labios de Madelyne se fruncieron en un rictus desagradable.

—Los médicos hicieron su trabajo. Recibió el tratamiento, la energía en su sistema está controlada y en niveles normales. Pero sigue sin despertar. Se discute la posibilidad de que hayas intervenido a un nivel molecular desconocido para nosotros —volvió a culparlo.

—Me siento halagado por tu fe en mis capacidades. Pero no, no intervine a ningún nivel. Te la ofrecí en el territorio que corresponde al Corazón. Si lo hubiera hecho habría quedado mi huella energética.

—Puede que hayas aprendido a borrar la huella.

Vaya, estaban teniendo una discusión civilizada, entendió Sasha. Ella sabía que no debería mosquearlo y él tenía claro que le iba mejor no intentar sacarla de sus muy estrechas casillas. Estaban bailando la misma canción y debía tener cuidado para no perder el ritmo.

Se evaluaron con las miradas, ambos en el punto de equilibrio que hacía de frontera entre sus personalidades incompatibles.

—Si consigo que la cóctel despierte... —se detuvo con la intención de crear el efecto de suspense que necesitaba para tenerla dispuesta a escucharlo. Y porque el apelativo usado a la vez que la imagen de Anahy aparecía en su cabeza empezaba a darle náuseas—, ¿me darás a Indra?

Madelyne no se negó al instante, sin embargo, lo miró durante un tiempo tan largo que se le hizo difícil quedarse quieto y fingir indiferencia. Ella entrecerró los párpados, buscando en el rostro de Sasha señales de engaño.

—Vale —dijo, soltando un suspiro que, de modo curioso, a él le sonó cansado—. Tenemos un nuevo trato. —Le tendió la mano, forzándolo a aceptar su toque—. Tienes tres días —le informó mientras se alejaba.

¿Tres días?

Sasha se sorprendió tanto que no la siguió. El ruido de la puerta cerrándose lo forzó a reaccionar. Soltó una exhalación y se frotó el puente de la nariz.

¿Cómo se suponía que despertaría a Anahy en tres días si ellos no lo habían logrado en diez? ¿Qué sabía él de estados comatosos? Y, lo más importante, ¿con qué cara iba a volver a verla? ¿Con la de ergy? ¿Con la de wise? ¿Con la de amigo o con la de traidor?



Sasha abandonó el coche ante la casa de Anahy. Mientras subía los escalones, pensó que lo poco que sabía de ella eran rasgos de personalidad: era fuerte, impulsiva, cabezota. El pensamiento de que se parecía a él hizo que sus labios esbozaran el fantasma de una sonrisa. Era una dragona que masticaría sus huesos en cuanto despertase. Esa última reflexión hizo que la sonrisa se desvaneciera.

Había venido en busca de información que le ayudara a conocerla mejor. No creía que Anahy hubiese dejado pistas sobre sus inseguridades, miedos, esperanzas, el tipo de detalles que necesitaba para ajustar su perfil psicológico, pero hallarse entre sus pertenencias le ayudaba a prepararse para ir a verla.

Abrió la puerta con seguridad, como si fuera su casa, pero se detuvo en seco al ver a la mujer. Supo quién era antes de que ella se percatara de su presencia. Advirtió cómo las expresiones en su rostro cambiaban del susto inicial al entendimiento.

Se evaluaron con las miradas, ninguna acobardada. Sasha reconoció en ella un parecido con Anahy en el color del pelo, la forma de las cejas, y entendió que la había ayudado en la mentira.

—¿Dónde está? —preguntó Cadence con voz calmada.

—No deberías haber venido. —Sasha cerró la puerta detrás de sí y avanzó unos pasos.

Ella hizo el mismo intento fallido de alzar una ceja cómo lo hacía Anahy. En realidad, solo consiguió que levantara la línea del crecimiento del pelo.

—¿No debería haber venido cuando mi hija está desaparecida?

—Anahy no puede ser su hija —la enfrentó sin tapujos.

Cadence se llevó la mano al pecho y su expresión cambió por un instante. Dolor y tristeza atravesaron su mirada, pero continuó con la cabeza en alto.

—¿Te lo dijo?

Sasha se dejó caer en el sofá, sin invitarla a acompañarle. Ella se sentó en una silla con movimientos cuidadosos, como si tuviera dolores en los músculos.

—No contaba mucho sobre su familia.

—¿Contaba? —lo interrumpió ella, reparando en el pasado.

—Está bien —la tranquilizó Sasha—. Siempre hablaba de ti, pero la madre de un cóctel no sobrevive al embarazo. Supuse que había una historia sobre su familia.

—Llámame Cadence —le invitó ella, sonriendo sin humor.

Sasha asintió, antes de preguntar:

—¿Qué ha sido de sus padres?

Cadence empezó a jugar con un colgante que le adornaba el cuello. Porque miraba sus gestos, fue capaz de averiguar un rastro de energía, lo más probable una huella dejada por Anahy.

—Su madre fue mi hermana. —Se detuvo, considerando sus palabras—. Tenía una relación hermosa con su novio, el ergy padre de Anahy. Conocía los riesgos del embarazo, pero pasó y nada se pudo hacer. Sobrevivió un día después del parto. —Se detuvo de nuevo y lo miró, una mirada estudiada—. Él trabajaba en el sector militar, viajaba mucho. Se comunicó con mi hermana justo antes de que ella diera la luz. Le aseguraba que llegaría a tiempo para ver a su bebé, pero jamás regresó.

—Anahy no se ha entrenado. No sabe controlar su núcleo, tampoco usar su energía —le reprochó Sasha.

Cadence encogió los hombros.

—¿Qué podría hacer? No es ergy, no es nula. La primera vez que su núcleo se detonó tenía tres años. Jugaba en el jardín. Redujo a cenizas la mitad de nuestra casa y otra mitad de la de nuestros vecinos, más un buen trozo de la calle. Las autoridades aparecieron antes de que pudiera pensar en una explicación. Me declaré culpable por un accidente. Hui antes del juicio. —Cadence suspiró. Su voz no tuvo fuerza cuando continuó—: Me obligaron a firmar un documento, era responsable de los daños materiales y las pérdidas de vidas. ¡H abía muerto un perro! —espetó, con los ojos ardiendo—. Pero para pagar los costes hubiera necesitado trabajar diez vidas. Nos fuimos. Cambiamos de sitio varias veces.

Alzó el mentón y Sasha entendió que no estaba dispuesta a continuar con las confidencias.

—¿Las responsables de la investigación eran las autoridades nulas? —preguntó él, suponiendo que no habían tenido en cuenta la posibilidad de que el accidente tuviera que ver con un núcleo energético.

—Siempre hemos vivido entre nulos —Cadence se lo confirmó y después atacó, aunque con voz rota—: ¿Dónde está Anahy? Suponiendo que sigue con vida.

Sasha se frotó la frente, especulando sobre cuánto podría contarle.

—Está bien —repitió, suspirando mientras pensaba que había sido un error grave olvidarse de que la mujer podría presentarse en la isla. El comunicador de Anahy se había perdido aquella noche y el asunto no había cabido en su mente preocupada por su trasero y el de ella—. No deberías haber venido.

—Pues estoy aquí y no pienso moverme hasta que no la vea —le comunicó Cadence poniendo los brazos en jarras.

Sasha sonrió al reconocer el gesto obstinado de Anahy. El parecido físico era impresionante y los rasgos de carácter casi iguales. Poco faltaba para que se convirtiera en un caso claro de enamoramiento por sustitución.

—No puedes verla. Me temo que no sé cuándo será posible. Los ergys enfermamos —empezó, entendiendo que no se salvaría de contarle la verdad.

Una variante concisa. Olvidó con intención detalles que no eran del interés de Cadence y que solo la harían sospechar. Cuando acabó, ella se quedó en silencio, estudiando sus manos.

—Así que intenté protegerla para nada —susurró—. No debería haberle permitido que viniera.

—*Hay lugares a los que llegas aunque todos los caminos estén cerrados* —Sasha recitó un párrafo que vino a su mente desde un lugar lejano.

—La Carta de La Creadora —asintió Cadence—. ¿Eres creyente?

Sasha negó con un gesto vehemente. La imagen de su madre sentada en el porche y leyendo para él se quedó unos momentos más ante su vista. No recordaba casi nada de aquellos tiempos, tampoco era practicante de la religión, no sabía cómo había recordado la frase.

—No. Mira, Anahy eligió el peor lugar para estudiar. Estaba perdida desde el momento en el que puso un pie en esta isla. Hicimos todo lo posible para evitarlo, pero al final pasó.

—¿Para estudiar? —se extrañó Cadence—. Ella vino con la intención de buscar a su padre. Continuar sus enseñanzas fue algo en que yo insistí.

—No me contó nada sobre eso —reconoció Sasha.

—Anahy recibió en su comunicador una imagen de su padre. Era él, no pude negárselo cuando decidió que quería conocerlo, y era de este lugar. La forcé a que siguiera estudiando, más que nada porque no creía que fuera a tener éxito en su búsqueda.

Sasha se frotó los ojos, considerando la información. Ahora entendía más de la testarudez de Anahy, de su negativa de abandonar la isla. El vacío de su interior se extendió hasta alcanzar los límites del universo porque ella no había confiado en él tanto como para contárselo o pedirle ayuda.

—Ningún ergy abandona a su familia. Lo más probable es que haya enfermado. —Sasha dejó que el resto de su opinión se entendiera sin palabras específicas, pero Cadence insistió.

—¿Crees que está muerto?

—Muerto o enfermo. Mientras respire, un ergy no renuncia a sus hijos.

—La imagen era de él —aseguró ella—. Puede que haya vivido o trabajado aquí hace tiempo. He permitido que ella misma se convenza de ello. Tenía que hacerlo o iba a perderla, lo hubiese intentado por sí misma.

—¿Quién se la envió? —se interesó Sasha.

—No lo sé. Era un número oculto.

—¿Y no te pareció extraño?

—Para entenderlo, deberías haber vivido con nosotras. Hemos cambiado de locación y de número de comunicador cientos de veces. También usamos número oculto al llamar. Conocemos gente que prefiere mantenerse en las sombras. Que no identifique al que la envió no significa que haya sido con mala intención.

—¿Tienes la imagen? ¿Puedo verla?

Cadence no le contestó al instante. Se mordió los labios y por la mirada vidriosa Sasha entendió que viajaba al pasado. Al final ella se levantó y fue a buscar en su bolso. Vaciló de nuevo antes de ofrecerle su comunicador.

Sasha necesitó un segundo para reconocer al hombre que aparecía delante de las puertas de la universidad y cuando lo hizo, se le heló la sangre.

—¿Lo conoces? —preguntó Cadence, interpretando de modo correcto su semblante.

Él asintió.

—Es el director principal de los Éteres. Zariah Bronk.

—No. —Cadence agitó la cabeza con los ojos nadando en lágrimas—. Es el padre de Anahy. Se llama Carim Vabilo. El que tú conoces debe ser un familiar suyo. ¿Puedes ponerte en contacto con él? A lo mejor puede ayudar a Anahy.

—Lo siento, es imposible. Lo he visto solo un par de veces, viaja entre todos los Éteres. Si se ofrece la oportunidad, sí, pero... —Sasha se detuvo, rememorando lo que sabía de Zariah. Era un ser temible, un ergy poderoso pero más glacial que un wise. Les trataba como si no pertenecieran a la misma raza. Estaba tan decidido en hallar la cura del virus que no le importaban los métodos que usaban, era el que los aprobaba. Aunque fuera familiar del padre de Anahy, si ella podía

ayudar a curarlos, no dudaría en usarla—. No creo que debamos esperanzarnos.

Mientras rozaba la pantalla con su dedo, Sasha se aferró a una idea que apareció de la nada.

—Cadence —dijo, ofreciéndole el comunicador—. ¿Puedes apagarlo, volver a encenderlo y enseñarme la imagen de nuevo?

—¿Por qué? Acabas de verla.

—Hazme caso —le pidió.

Jamás había tenido tics nerviosos. Estaba entrenado para mantenerse quieto en una situación tensa, pero mientras esperó a que Cadence finalizara, sus dedos no paraban de golpear unas teclas invisibles en su pierna.

«Ojalá no tenga razón», suplicó una y otra vez. Cuando había cogido el comunicador de Cadence le había entregado su huella energética, por lo que era posible que la imagen fuera sustituida conforme con sus propios recuerdos. Si la fotografía estaba manipulada, lo sabría en cuanto la viera después de que el aparato se reiniciara y borrara su marca.

—Mira —dijo ella, manteniendo el comunicador en el aire, delante de él.

Sasha cerró los ojos antes de abrirlos. Su aliento se atascó durante unos segundos. Lo soltó con suavidad para que la madre de Anahy no se percatara de lo preocupado que estaba. El hombre de la pantalla ya no guardaba ningún parecido con Zariah. Sus facciones eran menos afiladas, el pelo más largo, los labios más llenos.

—Puedo hacer algo, intentar pasar la imagen por un programa de reconocimiento. Podré decirte si tiene algo que ver con Zariah.

—Me ayudaría, gracias —aceptó Cadence. Después de hacerlo, regresó a la conversación original—. ¿Es verdad que Anahy puede curarlos? ¿Qué pasará? ¿Cómo la tratarán?

«Miente. Lo haces tan bien. Un día vas a creerte».

—Bien, la tratarán bien. Es importante, no querrán perderla —dijo, esforzándose para no interrumpir el contacto visual—. Solo que no vais a poder comunicarnos. No pronto. Es mejor si te quedas en las sombras.

—En las sombras.

—Sería mejor —insistió Sasha—. No puedes... La tienen a ella, no dejes que te atrapen a ti también. —Se levantó mirando alrededor, desilusionado porque la presencia de Cadence le impedía husmear por el sitio y sentir la esencia de Anahy.

La mujer lo miró un largo rato como si deseara que él le ofreciera más respuestas. Por desgracia, no las tenía.

—Esperaré —dijo ella, incorporándose—. Y voy a mantener un ojo puesto en ti.

Sasha meneó la cabeza, sus labios se curvaron en una sonrisa auténtica después de mucho tiempo. Le había extrañado que Cadence se hubiera fiado de él a primera vista, sin conocerlo en absoluto.

«Ponte a la cola», pensó. Un par de ojos más que lo vigilaran no significaban nada en una lista tan larga.

Decidió darle el mismo consejo que a su hija, esperando que tuviera más madurez y le hiciera caso. No era que pudiera añadirla a su club especial «dependemos de Sasha» y, en honor a la verdad, su historial no relucía por grandes logros precisamente.

—Mantén tus ojos bien abiertos, pero para cuidarte a ti misma.

Supo que se mentía en el momento en que soltó las palabras. Quisiera o no, Cadence era una carga. Quisiera o no, era directamente responsable de su vida.

Al igual que la de su hija.

Regresó a casa en busca del silencio y para pensar qué hacer con la nueva información. Sabía

quién era el que había llamado a Anahy en la isla, pero no entendía por qué la había dejado libre tanto tiempo.

Estaba ensimismado cuando abrió la puerta, pero sus sentidos se pusieron en alerta al notar el cambio.

La sintió antes de verla.

El aire frío que la acompañaba, la fragancia del invierno combinada con la más dulce, que le pertenecía a ella. Ojeó el exterior y aseguró la puerta con el cerrojo.

—¿Calixta? —llamó en un susurro, a pesar de saber que no podía equivocarse.

La joven apareció sonriendo en el hueco de la puerta del salón.

—¿Estás loca? ¿Qué haces...? —La amonestación murió en sus labios cuando ella se abalanzó con velocidad hacia él y tuvo que bajar la temperatura de su cuerpo para que sus núcleos no entraran en conflicto.

La rodeó con los brazos, inhalando con avidez su perfume, pero no se permitió hacerlo más de unos momentos. La alejó frunciendo el ceño.

—¿Has perdido la razón? ¿Qué haces aquí? ¿Brais lo sabe? ¿Cómo te dejó venir? Demonios, Calixta, sabes que la enfermedad te hace actuar de modo...

—No te preocupes, no corro peligro. —Ella hizo un mohín y volvió a agarrarse de su cuello. Después de liberarlo, le explicó—: Madelyne acaba de abandonar la isla y sus «perros» no tienen motivos para husmearme.

Sasha se adentró en el salón y aseguró las ventanas.

—No te creas que estás a salvo. No pude darle ninguna explicación sobre aquella noche y sospecha de mí. Seguro que me vigila.

—Sería idiota no hacerlo —refunfuñó Calixta. ¿Cómo está Anahy?

—No lo sé.

La joven wise alzó las cejas pidiendo aclaraciones y él dudó un instante antes de decidir contarle la verdad. No tenía con quién hablar, no sabía a quién confiarle sus pensamientos.

—Ha pasado algo entre nosotros...

—Me lo imaginaba —Calixta lo interrumpió en tono de reproche. Cruzó los brazos, regañándolo con la mirada—. Os vi.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Una noche. En el castillo de hielo.

—Respondes a algunas de mis preguntas —murmuró Sasha—. Pero no me refería a eso. —Sonrió culpable y se aclaró la garganta—. Bueno, no en totalidad. Parece que hemos conseguido una especie de línea mental. Hablamos por telepatía.

—¿Eh?

Sasha se rio por su expresión incrédula.

—No lo hicimos muchas veces —le explicó—, pero lo suficiente para saber que es real. Aún no estoy seguro de cómo funciona, si es por mí o por ella, pero creo que hemos logrado aumentar los impulsos eléctricos de nuestros núcleos lo suficiente como para poder comunicarnos. En fin, tengo que ir a verla y espero comprobarlo.

—¿Qué piensas decirle?

Sasha torció el gesto y se repitió.

—No lo sé.

Calixta agitó la cabeza.

—No concibo que no la hayas alcanzado. Cuando Brais me lo contó pensé que me mentía.

No hizo falta que Sasha insistiera con una explicación, Calixta estaba demasiado agitada y la

encontró por sí misma, incluso lo ayudó a entender algo.

—Antes de que atacaran los wise, Anahy llegó a decirme que abandonaba la isla y que me necesitaba para esto. Creo que tomaron demasiado de ella hasta que apareciste. ¿Está enferma? —inquirió con preocupación en su voz—. Pocas veces he visto a alguien tan desesperado como ella. ¿Por qué huyó tan agitada?

Porque la decepcioné. Porque le mentí. Porque la usé para recordarme qué es vivir y para olvidarte a ti. Porque se dio cuenta de todo eso, perdió la fe y la ilusión.

—Entonces pensaba utilizarte para abandonar la isla —dijo Sasha.

—¿Cómo?

—Permitiendo que te alimentaras de ella hasta el nivel en que los escáneres no pudieran leer su núcleo.

—Es demasiado arriesgado.

—Lo era, sí —reconoció Sasha—. Pero ahora ya no importa. Está en el Éter y no consiguen despertarla. Hice un trato con Madelyne, intentar hacerlo yo.

—¿Otro? Sasha, ¿en qué te metes? ¿Cuántos tratos tienes con ella? —Calixta vociferó y él alzó la mano, pidiéndole paciencia.

—Algunos, y Madelyne los respeta. Este no es nada complicado, quiero el cuidado de Indra.

—Cumplirá los siete, ¿verdad?

Sasha asintió, pero Calixta volvió a sermonearlo.

—Aún es una niña. ¿Qué sabes tú de cómo se cría un niño? ¿Cuándo vas a tranquilizarte? ¿Por qué te metes en...?

—No es una niña cualquiera. ¡Es mi hija! —espetó—. Tú te fugaste del Éter para salvar al tuyo.

Era lo único bueno del oscuro mundo del Éter. Los ergys podían, si deseaban, acoger a sus hijos cuando cumplían siete años. Jamás serían completamente libres, pero intentar formar una familia los animaba.

—No es lo mismo —Calixta le habló con suavidad.

—¿No es lo mismo porque Indra nació en un tubo estéril y porque no tengo idea de quién es su madre? No importa y tampoco importaría si no fuera mi sangre. Pero lo es y haré todo lo que esté en mi poder para sacarla de allí. ¡Incluido vender mi alma a todos los demonios de todos los planos existenciales!

Calixta inhaló profundamente y bajó la voz.

—¿Se lo contaste? ¿Indra lo sabe?

Sasha negó, cabizbajo.

—Faltaría más. Basta con que lo sepa yo y que Madelyne tira de la soga de mi cuello cada vez que me lo arroja en la cara. No puedo decírselo hasta que no esté fuera.

—Aun así...

Sasha detuvo su intento.

—No puedo dejarla allí. ¿Cuánto falta hasta que vayan a querer cruzar su ADN con el de otro ergy especial o con el de un wise? Yo no soy la cura, ella tampoco o los que se parecen a nosotros. No detendrán los experimentos.

—No se llegará a eso.

—¡Ya se llegó! Cada vez van más lejos.

—Entonces demos gracias a que Madelyne estableció esa edad para liberar a los pequeños. ¿Sabías que fue su idea? Brais sospecha que la eligió porque ella tenía siete años cuando un maestro notó lo perspicaz que era y la propuso para un programa de nulos con inteligencia superior. Se escapó así de un padre ausente y un hermano tirano mucho mayor.

—¿Cómo lo sabes?

—Brais logró abrir su expediente una vez. Tiene copias de su archivo.

—Chico listo. —Sasha sonrió—. ¿Ahora me lo cuentas? ¿Hay algo que pueda servirnos?

—Si piensas en chantajearla...

—No. No sería mejor que ella si lo hiciera. Y si su expediente es tan completo significa que Eridanus mismo la aceptó. Pensaba en buscar a alguien de su familia...

Calixta negó antes de que finalizara la idea.

—Llegó al Éter porque no tiene familia, como todos nosotros. Su padre desapareció poco después de que ella entrara en el programa y su hermano murió en condiciones sospechosas cuando ella tenía once años.

—¿Qué casualidad! No me sirve. Un contrato más o menos da lo mismo. Si yo cumplo mi parte ella cumple la suya, basta con eso.

—Supongo que no tengo derecho a entrometerme. Pero creo que deberías tener esperanza. Puede que ya hayamos encontrado la cura. ¿Es verdad lo de Cold?

—No. —Sasha meneó la cabeza, averiguando dónde quería llegar—. Es verdad lo de Cold, pero eso no demuestra nada.

—Quiero probarlo. Si Anahy puede hacerlo, me ofrezco voluntaria. No puedo seguir así. No me quedan fuerzas para luchar contra el hambre. No puedo continuar viviendo con el miedo de que mate a mi pareja, estallando furiosa delante de mi hijo. Es una oportunidad y quiero aprovecharla —Calixta confesó sus esperanzas.

—¡Para ya! Existe la posibilidad de que fuera un accidente o que hubieran intervenido causas desconocidas. ¡Hay tanto que puede salir mal! Espera a ver cómo salen los resultados de los exámenes. Y, de todos modos, Anahy está en el Éter. Si no piensas volver allí, no veo cómo podrías probarlo.

Calixta se sentó en el sofá y cerró los ojos un momento antes de hablar.

—Algo va a cambiar.

—Ojalá. Yo he dejado de creerlo hace mucho.

—La Creadora no permitirá que suframos tanto.

—Te pareces a Ausa. —Sasha torció el gesto—. No voy a tener en cuenta nada de lo que esté relacionado con nuestra Madre. No puede seguir maquinando desde su tumba.

Calixta no le permitió continuar.

—Si tú no eres creyente no significa que no sea posible. Deja de ser cabezota y considéralo por un momento. Anahy hizo algo que nadie más pudo hacer. Necesito creer que puede ser verdad, Sasha. Quiero volver a ser lo que he sido.

Él resopló, entendiendo que no podía hacerla entrar en razón. Vio la decisión en su rostro, así como la esperanza que iluminaba su mirada. La entendía y suponía que, si se encontrase en su situación, pensaría igual. De todos modos, no podía interferir en su vida, no más de lo que lo había hecho.

—Deberías hablar con el rey. Hasta ahora, era el único que podía entrar en mentes ajenas.

Él rio sin humor.

—Lo haré, pero no te ilusiones. Eridanus me ayuda solo cuando a la vez se ayuda a sí mismo.

—Inténtalo —le pidió Calixta. La excitación anterior se desvaneció y el cansancio ensombreció su rostro. Lo miró y se acercó con pasos pequeños.

Sasha abrió los brazos y le rodeó los hombros.

—¿Cómo está Lreky? —hizo la pregunta en un murmullo, con la barbilla en su coronilla.

La wise se retiró y le sonrió.

—Está bien. Ha crecido mucho, empezó a manifestar habilidades y es un diablillo. Se parece mucho a ti de pequeño. —Borró su sonrisa—. Me entiendes, ¿verdad?

Sasha asintió en silencio, ya que el nudo que se había instalado en su garganta le impedía hablar. Le dio la espalda antes de que Calixta se marchara. Escuchó sus pasos alejándose y se desplomó en el sofá.

No era una despedida. Nunca lo sería.



—No despierta.

Sasha escuchó entrar a Raisa pero se negó a darse la vuelta. Sabía que estaría forzado a hacerlo pronto, ya que no había nada interesante en la pared blanca que miraba fijamente desde hacía rato. Quería aprender el arte de transformarse en una pared. Quería instruirse en poner su cerebro en blanco. Quería...

No podía hacer nada de lo que quería. Todos le cantaban la misma canción y cuanto más insistían, más se negaba a escuchar la letra. Si no tuviera el asunto pendiente de Indra les hubiera mandado a derretir hielo.

—¿Sasha?

—Te he oído. —Resopló, se enderezó y le dio la cara mientras se guardaba en el bolsillo un par de recuerdos: pulseras de gomas y pendientes rotos.

—Debes ir a verla.

Las carcajadas brotaron de la garganta de Sasha sin poder detenerlas. No quería detenerlas. Un poco de alegría les venía bien a todos. Aunque fingida, seguía llamándose alegría.

—¿Crees que soy la encarnación de La Creadora?

—¿De verdad quieres saber qué creo de ti?

Por el modo en que ella lo miró entendió que le sentaba mejor quedarse sin respuesta.

—¿Qué puedo hacer, Raisa? —preguntó, esperando que ella tuviera una idea, un plan, algo que pudiera ayudarlo—. Su estado físico es perfecto, no encuentran nada fuera de lo normal. —Encogió los hombros—. A lo mejor le gusta dormir.

—¡No lo sé! —espetó ella, acabando con sus esperanzas—. Estoy harta de tu actitud —le informó, mirándolo como lo haría si tuviese delante las entrañas de un wise—. No nos cuentas lo que pasó aquella noche, pero volviste siendo otra persona.

—Os lo conté —protestó Sasha.

—¿Me insultas sugiriendo que debería creer tu historia? ¿Cómo llegó Anahy a la valla del Corazón? ¿Qué hacía tan tarde, tan lejos de casa? ¿Cómo supiste dónde buscarla? Si no te conociera, diría que tus manos la empujaron.

—Pero me conoces, ¿verdad? —Sonrió sin pizca de humor—. Supongo que llegó caminando. De lo que he entendido, es posible que quisiera verse con un wise.

—Un wise...

—Que ella conocía.

—Cold...

—No.

—¿Quién? ¿Para qué?

Sasha se arrepintió de haber accedido mantener la conversación. ¿Cuántas veces había repasado aquella noche? ¿Cuántas veces se había preguntado si podría haber hecho algo para que el final cambiara? ¿Quién era el culpable?

Se frotó la cara, en un intento de ahuyentar las sombras de su mente.

—No tengo tantas respuestas.

—¿Cómo supiste dónde encontrarla?

—Le propondré a Madelyne que te traslade al equipo de investigadores. Eres muy buena.

—Vale. ¿Cómo? —insistió Raisa.

—Ella me llamó. —Llegado a aquel punto, Sasha sopesó si debía continuar con la verdad. Se decidió por una parte—. Cuando llegué, Stiff estaba allí.

—¿Por qué?

—Él me llamó primero —se corrigió—. Yo le pedí que siguiera a Anahy a cualquier lado.

—¿Eres un ser desgraciado...! —Raisa fue a su encuentro con los puños en alto.

—Para —le pidió Sasha con suavidad—. No soy... no era un acosador. No confiaba en Anahy y tenía miedo. Sospechaba que me ocultaba algo.

—¿Y era así? ¿Descubriste qué?

Sasha negó.

—No mucho. Eso. Eh... Que salió para verse con mi hermana.

—¿Calixta! —Raisa exclamó y preguntó a la vez—: ¿Está bien?

—Sí. Luego te lo cuento.

—¿Qué pasó entonces?

—Stiff no era el único que la seguía. Un par de wisees también. Las tenían rodeadas e intentaban vengarse de Anahy. No era nada que Stiff e yo no pudiéramos arreglar, pero Calixta quiso abrazarme y...

—Apagaste tu núcleo —entendió Raisa cuando su pausa se hizo eterna.

Sasha asintió.

—Ni siquiera fue voluntario. La sorpresa de ver a mi hermana, tanto tiempo... —procuró explicarse cuando las palabras no encontraron el modo de finalizar una idea coherente—. Intuí que Anahy la conoció cuando regresó después del accidente con la pulsera de goma; mi madre nos enseñó a Calixta y a mí a trenzarlas. Pero no quise insistir para no abrir heridas antiguas. Me olvidé con intención, pero cuando la vi, volví a ser niño.

Raisa se acercó para abrazarlo. Sasha lo aceptó, todavía reteniendo los recuerdos en su interior. Cuando ella se alejó con una mirada interrogante hacia él, prosiguió:

—Anahy empezó a chillar y a acusarme. Entendí que estaba asustada. Inhabilité a Calixta para poder hablar con ella, explicarle.

—¿Eres un idiota! —espetó Raisa, cruzando los brazos—. Anahy pensó que la mataste.

Sasha inclinó la cabeza hacia el hombro. Revivió la escena. Cuando Anahy lo había visto abrazando a Calixta se había convertido en un monstruo herido.

—*¡Te odio!* —aulló—. *¿Me escuchas? ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!*

Por encima del hombro de Calixta, Sasha miró a Anahy. No se encontraba lejos, pero tuvo la impresión de que veía a otra persona, de un mundo diferente. Lloraba, gritaba y estaba herida.

Físicamente y en su corazón. Tuvo que tomar la decisión en un instante. Mientras abrazaba a su hermana, su núcleo estaba apagado para no hacerle daño. Sabía que ofrecía una imagen espantosa, con la piel helada, los ojos blancos, y que Anahy no era el tipo de persona que esperaba con paciencia las explicaciones.

—Hablamos luego, ¿vale? —susurró en el oído de Calixta—. Encendió su núcleo y con la mano en su nuca, le transmitió una carga energética suficiente para que se desmayara. La dejó con cuidado en el suelo, fingiendo que la tiraba sin mirar atrás.

—¿Qué hiciste? ¡Calixta! —Anahy chilló—. ¡No! ¡Tiene un niño! ¡Que alguien nos ayude!

Sasha se adelantó hacia ella, pero el grupo de los wises despertó de su estupor. Dos le cerraban el camino.

—Puedo explicártelo —vociferó mientras golpeaba en la cara al ergy enfermo que estaba más cerca.

Anahy había perdido el control de su núcleo. Su piel era translúcida y su aliento, cuando gritaba, levantaba chispas que explotaban entre las ramas de los pinos. Las lágrimas manchaban sus mejillas ya sucias por el hollín. El vestido roto descubría parte de sus pechos arañados. Las heridas no se habían cerrado por el frío, pero empezaban a cauterizarse por la acción de su núcleo.

—¡Te odio! ¡Te odiaré siempre!

—¡Escúchame! —rogó. Tuvo la imagen de ella largándose corriendo. Trastabilló, su vestido se enganchó en una rama, tiró con fuerza y se fugó, dejando atrás un trozo de tela.

—Vamos a hacerlo rápido —le dijo a Stiff—. Te dejo lo más difícil. ¿Vas a conseguirlo?

—No te preocupes —gruñó su amigo.

Sasha forzó su núcleo y se encendió en una sola llama. Antes de lograrlo, un cuchillazo helado cortó a través de la parte baja de su espalda. No sintió el dolor. Se giró y embistió sin pensar. Stiff estuvo a su lado un momento después.

—Está bien. Yo me encargo. Haz lo tuyo.

—Gracias.

—No me les des. No las quiero.

—Lo aclaremos cuando... Te lo explicaré.

—No hace falta.

Sasha siguió a Anahy. Era fácil hacerlo, quemaba todo en su camino. Era increíble que tuviera tanto poder después de lo que había pasado.

—Por favor, detente. Detente ahora, o será demasiado tarde —la instó.

Aún no la veía, pero no podría haberse alejado demasiado. Continuó por las huellas que dejaba ella, con una velocidad que no le permitía apreciar los detalles. Se detuvo de golpe al vislumbrarla.

Anahy lo esperaba.

—No te acerques. —Ella gruñó de rodillas, usando el zapato como un arma, con el tacón hacia afuera.

Sasha levantó las manos.

—No lo haré si es lo que deseas. Pero debes detenerte. Ahora mismo. Estarás atrapada si avanzas más.

—¿Por qué debería creerte? ¡Me mentiste desde el segundo en que te conocí! —Soltó una carcajada con amargura. Su voz era ronca, igual de magullada que su cuerpo.

—Intentaba protegerte. —Sasha no se movió. No quería asustarla más de lo que estaba.

—¡Intentabas protegerte a ti mismo! —espetó ella mientras se incorporaba con dificultad.

—Me importas —reconoció él.

Anahy retrocedió dos pasos.

—No. —Agitó la cabeza, pero no consiguió escapar de las lágrimas—. No te creo.

—Podemos hacerlo. —Sasha enlazó los dedos en su nuca. No sabía cómo convencerla de que se calmase para que pudieran hablar con tranquilidad—. Juntos podemos lidiar con todo. Te lo prometo.

—¡Mentiroso! —Anahy gritó, amenazándolo con el tacón—. ¡Les mentiste a todos! ¡Te pregunté y me lo negaste! ¡Te ofrecí mi ayuda! ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Cómo puede ser...? —se detuvo y dio otro paso hacia atrás—. ¿Sabes qué? No me importa.

—Dragona...

—¡No me llames así, tú...!

—¡Detente! —vociferó Sasha—. Sabes lo de la valla que protege el Corazón. Está justo a tu espalda. No des otro paso atrás —le pidió.

Anahy había llegado tan cerca de la barrera que un estornudo la mandaría directa allí.

Sasha intentó llegar a ella a través de la mente.

«Créeme, por favor. Lo que has visto no es lo que imaginas. Calixta está bien».

Anahy se metió las manos en el pelo y cerró los ojos. Le respondió chillando.

—¿Qué debo elegir? ¿Cuáles eran tus planes conmigo? ¿En qué bando estás? —Agitó la mano con frenesí y el movimiento la desequilibró.

—¡No! —Sasha gritó tan fuerte que el eco repitió la sílaba una y otra vez.

—¡No! ¡No! ¡No! —se rio el bosque.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —El sonido regresó distorsionado al chocar contra la barrera del Corazón.

El cuerpo de Anahy se echó hacia atrás. Por un segundo, Sasha tuvo la esperanza de que se enderezara. No intentó llegar a ella porque sabía que su velocidad en vez de ayudar, iba a empujarla hacia atrás.

El hielo estalló a su alrededor cuando sus rodillas golpearon el suelo. La energía del Corazón, molesta por la agresión, se alzó en una ola que detuvo el tiempo. Los trozos de hielo se quedaron en el aire, el sonido del golpeteo contra la tierra no terminó, y Anahy se quedó en la misma posición. Cuando la oleada energética se retiró, Anahy jadeó con fuerza. Los cambios aparecieron empezando por su pecho. La piel se le puso del color de la plata, con ramificaciones azules que seguían las rutas de su energía. Sus músculos se solidificaron y el rostro se le endureció por la presión.

Sasha se acercó, pero no pudo mirarla. Se llevó las manos a los ojos, con ganas de sacárselo.

—¿Qué me pasa? —Anahy hizo un esfuerzo evidente para hacer la pregunta. Su mano tembló en una tentativa de llevarla al cuello, pero sus dedos estaban contorsionados como garras.

Sasha se acuclilló para acariciarle la mejilla. Los niveles de energía en el cuerpo de Anahy eran tan altos que no logró tocarle a piel. La energía del Corazón rechazó su intento.

—Ayúdame.

Sasha supo que era la última palabra de Anahy.

Dejó caer la cabeza en su pecho.

—No puedo —susurró, a pesar de saber que ella ya no lo escuchaba—. Ahora ya no.

Se incorporó y se apoyó con una mano en el tronco de un árbol cercano, frotándose la frente sudorosa contra el hombro. Se enderezó, miró el cielo y luego a ella, a la vez que escuchaba los sonidos del bosque.

Buscó el comunicador y dudó un segundo mirando la pantalla antes de pulsar el botón de

llamar. Esperó el clic que le confirmara la conexión antes de decir:

—Madelyne, tengo un cóctel para ti. Está un poco herida, pero puede que sirva.

—Probablemente —le respondió a Raisa—. Los wisees se reían. Stiff abrió fuego. El viento se desató. Los cristales de hielo nos golpeaban por todos lados. Perdí unos minutos con los wisees y la perdí a ella —confesó en voz mecánica. Las palabras le salían sin necesidad de que las pensara por las veces que las había repetido en su cabeza cuando repasaba los hechos—. No pude explicarle, no quería escucharme. Había enloquecido. No paró y no llegué a tiempo para detenerla.

Raisa meneó la cabeza con lentitud.

—Deberías haberle contado lo de tu núcleo. Se asustó porque creyó que estás enfermo.

—Lo sé. Pero no tuve oportunidad de hacerlo. La idea era que se marcharía, no llegué a pensar que debería saberlo.

—Tendrías que habérselo explicado cuando curó a Cold. Anahy no entendió que resucitó un núcleo marchito. Me asombra lo fuerte que es.

—Anahy es medio nula —discutió él—. Fue un accidente.

—¿Y La Creadora de dónde nació? ¿No fue de los nullos? —le contradijo Raisa—. Creímos que es un cóctel corriente, pero en realidad puede ser portadora de la energía de nuestra Madre. Puede tener más poder que cualquiera de nosotros. Puede liberarnos.

—Todos llevamos en nuestros núcleos la energía de nuestra madre. No hay razón para creer que Anahy fuera diferente.

—Cold...

—Una casualidad —insistió Sasha.

—No quieres creerlo porque eso significaría que la perderías. —Raisa atacó, dando voz a sus más profundos miedos—. Por eso no la llevaste al Éter desde el principio y por eso estuviste de acuerdo que se marchara de aquí. ¡Te jugaste la curación de nuestra raza por el amor!

—¡Basta! Todos estuvisteis de acuerdo. Visteis en Anahy una representación de vosotros mismos. Cada uno de nosotros estaba harto de las Islas Centro, de los Éteres y de lo que conocemos como vida. Intentamos salvarla como pago para las atrocidades que hemos cometido.

Raisa apretó el maxilar y renunció a discutir.

—¿Cuánto conoce Madelyne? —se interesó.

Sasha esbozó una sonrisa.

—Nada. Que le di un cóctel.

—Eso no quedará así. —Sus palabras fueron una advertencia que él no necesitaba.

—No puedo hacer nada más. He agotado las opciones.

—No —Raisa lo contradijo—. Ve a ver a Anahy.

Sasha soltó el aire con lentitud. Asintió sin hablar y después de unos momentos reunió el coraje que necesitaba para ir al Éter.

Raisa lo esperó con paciencia mientras recogía sus cosas.

—¿Sasha?

Se detuvo de espaldas, esperando lo que anunciaba su voz.

—Stiff ha vuelto. Debes hablar con él también. Y quizá... quizá podrías hacer algo para que...

—Lo rodeó y se acercó tanto como para poder leerle los labios cuando susurró—: Madelyne disminuyera su castigo por haber faltado tanto. Ausa prometió intervenir también por él, pero tal vez tú puedas influenciar más a la jefa.

—Algo. Hablar. —Se frotó la frente en un intento de darle instrucciones nuevas a su cerebro—. Ya. Sí, claro —farfulló y salió antes de que Raisa le pidiera que ejecutara un ritual para revivir a La Creadora.

Había tenido suficientes discusiones en la última semana como para el resto de su vida. No tenía a la que lo esperaba con Stiff. Por suerte, no hablaba mucho ni era un maniático con las explicaciones. Sin embargo, con el resto no escaparía tan fácil, sobre todo con Anahy. La gente y su obsesión por conocer la verdad. ¿Por qué no podían aceptar que la verdad hería?

Salió como lo hacía siempre, sin la chaqueta de ergy y en ropa de casa. Al llegar al Éter se negó a ponerse el mono-uniforme.

Miró alrededor en busca de George, pero no apareció ni él ni otro guardia.

—Casi libre —susurró entre dientes.

Encontró el ascensor que lo llevaría al módulo-hospital y pidió el acuerdo para el acceso, rezando que se lo negaran.

Ya, no había suerte.

Las enfermeras se alejaron de su camino; supuso que la expresión de su rostro no era de las más amistosas, pero se había hartado de fingir. Abrió la puerta de la habitación de Anahy antes de ofrecerse un instante para cambiar de idea, y la cerró detrás de sí.

Hasta allí llegó su bravura.

El cuarto era estéril en colores y decoración; la cama, una silla y el monitor que supervisaba los signos vitales de Anahy. Todo jodidamente blanco: las paredes, las sábanas, incluso su cara.

Tomó una respiración profunda antes de acercarse, deseando no tener las piernas tan largas. Le hubiese gustado ser un enano. Una hormiga, mejor. Algún bicho que necesitara una semana para recorrer los dos metros desde la puerta hasta la cama.

La energía de Anahy fue lo primero que atrajo su atención. Latía pausada y débil, sin cambiar de ritmo, indicando de modo claro que ella dormía.

Sasha se sentó en la única silla y apoyó los codos en las rodillas. Ya que había llegado tan lejos, asumió que debería decirle algo.

Raisa me envió, pensó, procurando llegar a su mente. No sintió nada, ninguna onda, ningún tipo de vibración. El cerebro de Anahy estaba más oscuro que el Módulo 13 del Éter. No obstante, eso lo animó. Si no lo escuchaba, podía decirle lo que le pasaba por la cabeza.

Bueno, no me envió, me forzó a venir, continuó, especulando sobre si debería tocarle la mano o algo parecido. Decidió no arriesgarse tanto. A pesar de que le hormigueaban los dedos para recordar su roce, verificar si su piel continuaba siendo igual de suave, en contra de las apariencias.

Alejó la mirada. No podía soportar verla tan apagada. Tragó saliva.

No es que no quisiera verte, no quería hacerlo porque sé que no te gusta tenerme aquí. Ya sabes, por el... pequeño malentendido que tuvimos.

Se frotó la cara, entendiendo que decía chorradas. Decidió coger el toro por los cuernos.

Sé que me odias, y es entendible. Bueno, aparte de que me lo aseguraste gritando. Fue un malentendido. Prometo explicártelo en cuanto decidas despertar.

Estudió el rostro de Anahy en busca de alguna señal. Respiraba con parsimonia, con los labios entreabiertos. Sus facciones no estaban alteradas por ningún tipo de emoción. Los ojos cerrados, las pestañas sin temblar, la frente lisa, sin arrugas que delataran lo que sintiese en aquel momento. Le habían peinado el cabello en una trenza que colgaba de un lado, sobre un hombro. Las manos descansaban a cada lado del cuerpo, los dedos flojos, la piel de un color amarillento, insoportable.

¿Dónde estás?, preguntó. Puede que sea la última persona a la cual le pedirías ayuda si lo necesitaras, pero quiero que sepas que no te abandoné. No debes tener miedo, haré todo lo que esté en mi poder para protegerte.

Supuso que no le creería. Decirle qué le pasaba por la cabeza no funcionaba. No era fácil monologar esperando presionar los botones correctos, los que la harían reaccionar. Recibía la misma atención que de la pared y su idea de convertirse en una volvió a aparecer.

Lo intentó de otro modo.

Todos te echan de menos. Bueno, supongo que lo sabes, pues convirtieron este cuarto en su favorito.

El tiempo pasaba y no sabía qué más decirle. No supo cuánto se quedó con la mente en blanco antes de que la puerta se abriera a su espalda.

—Hora de irnos —le avisó Blaze sin mirarlo, concentrado en Anahy.

Sasha asintió, echándole a la chica un último vistazo antes de alejarse.

Creo que volveré, le prometió. Por lo menos hasta que despiertes y me echas a patadas.

—¿Ningún cambio? —le preguntó esperanzado Blaze.

—¿Por qué todos tenéis la impresión de que puedo hacer milagros? —espetó Sasha irritado. Era su estado de ánimo preferido últimamente. Hacia malabares entre las fases ligeramente irascible, nervioso con moderación y exceso de enojo, ya sin controlar.

Blaze cerró la puerta con cuidado antes de refunfuñar.

—No sé qué mosca te ha picado, pero estoy seguro de que falleció después de hacerlo. Tanta actitud tóxica mataría a un elefante.

—Bueno, por lo menos no muerdo. Y si me entran ganas, qué suerte que vosotros tenéis más fuerza que un elefante.

Se dio prisa en caminar, esperando dejar atrás a su amigo. De nuevo, no tuvo suerte. Blaze le agarró un hombro y lo forzó a detenerse.

—Lo hecho, hecho está. Debemos pensar en cómo ayudarla de ahora en adelante —siseó en su oído.

—¿Quieres ayudarla? Congela el planeta —masculló, empujó a Blaze para apartarlo del camino.



Tenía claro que el guardia no estaba nada feliz de verlo, así que Sasha le obsequió con una gran sonrisa. En honor a la verdad, él tampoco lo estaría si alguien lo despertaba antes de que saliera el sol, pero hacerle a otro la vida miserable mejoraba la suya.

—Buenos días, George. ¿Qué tal lo llevas? —Por la mirada que recibió, supuso que no muy bien. Lo que era entendible si contaba con que, aparte de la inusual hora para presentarse en el Éter, tenía que lidiar con él.

Sasha notó que los ojos del joven analizaron el ramo de flores que traía con la misma atención que hubiera prestado a una bomba ergy. Alzó la mano, metiéndole el manojito bajo la nariz.

—¿Te gustan? Si me lo hubieras dicho te hubiera regalado algunas hace mucho.

Apresuró el paso y lo dejó atrás, renunciando a esperar un comentario. Él tampoco estaba de humor, pero estaba decidido a simularlo hasta conseguirlo. Conforme con el plan que había ideado mientras no dormía, continuó sonriendo a pesar de que lo veían solo las paredes, fingió pasos enérgicos ante las videocámaras que supervisaban su trayecto y tomó respiraciones hondas para dar la impresión de que caminaba erguido y que sus hombros no llevaran el peso de un glaciar.

Al llegar, cerró la puerta del módulo-hospital en la cara de George, avanzó decidido unos pasos y, entonces, se detuvo a escasos centímetros de la cama de Anahy al percatarse de que no había traído un recipiente para poner las flores.

—¿Cómo estás? —preguntó, atreviéndose a sentarse en el margen de la cama.

Su entusiasmo perdió altura al notar que no había cambios desde el día anterior.

—Te he traído flores —susurró mientras las ponía en la mesita cercana—. Se llaman Alas del dragón y... —Se detuvo, consciente de que su actuación estaba grabada. Cerró la boca y cambió la frecuencia—. *Me recordaron a ti. Son de pétalos frágiles, pero de colores fuertes. No es un símbolo de paz, tampoco pido tu perdón o...*

Se detuvo con la mirada fija en el pelo trenzado de Anahy. En un impulso se inclinó, quitó la goma y empezó a deshilar las mechas doradas.

Sé que te gusta llevarlo suelto, se excusó.

Intentó ordenar los pensamientos, entendiendo que si tenía una esperanza de que Anahy lo escuchara a pesar de las señales negativas, debería contarle la verdad.

Madelyne te quiere despierta, pensó, abriendo su mente hasta alcanzar el universo mismo. Tuvo la imagen de un desierto y de él solo en la inmensidad, una hormiga entre el cielo y la tierra.

Ella y yo tenemos... una especie de trato. No consideré necesario contártelo porque pensé que no ibas a quedarte el tiempo suficiente para entrar en mi mundo. Además, es mi problema y no deberías haberte visto afectada. Pero lo estás, y te ofreceré los detalles en cuanto despiertes.

Se frotó el rostro y se removió inquieto.

Todo se ha vuelto demasiado complicado. Espero que podamos encontrar una salida, pero no tengo grandes esperanzas. Si fuera por mí te mantendría durmiendo, pero me veo forzado a pedirte que regreses al mundo de los vivos por ese nuevo trato. No lo hago por mí, la vida de una niña está en juego. Creo que te gustará, y a ella definitivamente vas a caerle bien.

Sonrió al imaginarse el encuentro entre Indra y Anahy. Se figuraba que empezaría a sufrir jaquecas si todo salía conforme con su plan, pero el cosquilleo de la emoción en su estómago le decía que era lo correcto.

Indra es un amor.

Miró a Anahy, permitiéndose la debilidad de enrollar un mechón rubio alrededor de su dedo.

Bueno, ha llegado tu madre. Sospecho que tiene la intención de hacerme pasar días negros.

Se detuvo y soltó una risita, suponiendo cuál sería la respuesta de Anahy.

Sé que estás de acuerdo en que lo haga, pero no puedes permitir que siga sufriendo. Así que, Dragona, abre los ojos, porque todos te necesitamos.

En su mente, Sasha miró la línea del horizonte del desierto, esperando ver una sombra, a un grano de arena que no perteneciera a aquel lugar, a que el viento le trajera una fragancia conocida. Cualquier indicio que le ayudara a entender que Anahy lo percibía. Al no encontrar nada, suspiró con pesadez y renovó sus fuerzas.

No quiero forzarte, pero te queda un día. Si mañana no despiertas, Indra estará en problemas. Espero que no tengas en cuenta tus sentimientos hacia mí a la hora de tomar una decisión. Es mi culpa, lo sé, no debería haber aceptado otro trato, pero la niña es importante para mí.

Cogió la mano de Anahy, sonriendo con tristeza ante el hormigueo de la energía que nació con el contacto.

Escúchame, Anahy. Si todo lo que te conté no te convence, no te imagines que escaparás de mí. Pienso volver cuantas veces sea necesario. Voy a quedarme de día y de noche, no te dejaré descansar ni en tus sueños. Te encontraré. Sea donde sea que estés, te encontraré tarde o temprano.

Un pensamiento sonó como un quejido en su cabeza, sin que las palabras tuvieran fuerza.

Te odio.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Sasha y su sonrisa se ensanchó, a pesar del significado de la declaración de Anahy. Le estrechó los dedos con más fuerza, influyéndole a la vez de su energía.

Lo sé. Me lo merezco. No te pido que me ames. Solo ayúdame.

Esperó un rato para escuchar algo más, pero ella había vuelto a retirarse a su mundo oscuro donde no podía llegar. Aun así, continuó hablándole durante un tiempo con la certeza de que sus pensamientos le llegaban.

Cuando sus amigos irrumpieron en el cuarto con el entusiasmo de una manada de canguros borrachos, Sasha se retiró, demasiado cansado para aguantar su parloteo.

Los acontecimientos de las últimas semanas habían cobrado la deuda con sus neuronas. Cuanto

más se empeñaba en encontrar una salida, más elegía la puerta equivocada.

Necesitaba ayuda y Eridanus era su última esperanza. Encendió la música en el coche durante el camino, jugando a un juego que le había enseñado su madre cuando era pequeño: formulaba una pregunta y esperaba la siguiente letra o título de la canción para obtener una respuesta. Como era de esperar, el método no funcionó. Eran chorradas para gilipollas, y él no era uno. Todavía. Hasta que llegara a arrodillarse ante la estatua de La Creadora. Si lo hacía, contaba con que alguien se apiadara de su alma y lo redujera a cenizas.

No se extrañó al encontrar al rey en la misma silla en el porche. Había encontrado la luna en un cielo oscuro, vacío de estrellas. Así como estaba, perseguido por los suaves rayos plateados, aparentó ser un espectro y Sasha se estremeció, parpadeando para ahuyentar la impresión. Eridanus era el equivalente de una batería que se cargaba con la luz, ya fuera solar, lunar, o de cualquier planeta que se encontrara cerca. Con luz y con las esperanzas de ilusos como él.

Después de salir del coche se quedó abajo, sin atreverse a subir antes de que Eridanus se lo permitiera. No tuvo que esperar mucho, pero la sencilla señal que significaba el acuerdo, sin ningún comentario, le dio mala espina. A pesar de ser su rey y él un humilde ergy encarcelado para la eternidad en el Éter, Eridanus siempre lo había recibido con una sonrisa. Se sorprendió incluso más cuando comentó sin mirarlo, con la cabeza todavía alzada hacia el cielo:

—Enséñamela.

Con movimientos torpes, Sasha sacó su comunicador. Había grabado la fotografía de Anahy en un momento cuando se disponían a dormir y ella había ido a la nevera para buscar helado. Recordaba que llevaba una camiseta demasiado larga, que era suya, y un pantalón corto. Lo primero que había admirado habían sido sus piernas largas cuando Anahy había huido de su abrazo. Pero cuando se había girado, provocándolo con la mirada para que la detuviera, se había quedado colgado de la felicidad que expresaba su rostro. Lo había sentido acercarse y se había girado sonriendo. Sin miedos, sin expectativas. Libre. Tan ella. Luego había protestado, pero él ya tenía la imagen y se había negado a borrarla.

Eridanus cogió su comunicador y lo alzó hasta la altura de sus ojos, manteniéndolo a la distancia que le permitía la longitud de su brazo. Su pulgar estaba presionando en el medio de la pantalla. Como si hubiera dado una señal y la luna fuera una linterna, sus rayos se desplazaron todos a la vez, la luz se concentró en el rostro de Anahy. Cada curva de la imagen, cada línea del rostro de la chica empezó a brillar con matices plateados. Como resultado de aquel brillo, los trazos de luz y las sombras desaparecieron del comunicador para alzarse en el aire y volver a formar su rostro.

Sasha hizo el gesto de alzar la mano en el aire para acariciar sus mejillas. No había olvidado la alegría ingenua de su mirada, la curva provocadora de sus labios. Quiso hacer el trabajo de la brisa y tener el privilegio de jugar con sus mechass salvajes. Aparentaba ser una proyección, pero no existía un terminal que procesara los comandos, solo el poder de Eridanus. Lo recordó cuando un bicho nocturno hizo el intento de atravesar la imagen y se desvaneció en un instante, dejando un leve olor a quemado.

Sasha no se atrevió a parpadear por miedo a que la maravilla fuera a desaparecer. Incluso con los ojos bien abiertos, se perdió parte de la continuación. Las líneas empezaron a acelerar cada vez más y un torbellino de imágenes aparecían y se esfumaban al instante en una secuencia sin sentido. Vio el esqueleto de un hombre en el medio de altas llamas, a Anahy de pequeña llorando y abrazándose las rodillas, un águila inmensa volando con las alas extendidas y los ojos como dos diamantes, una montaña ardiendo y el mundo... reducido a cenizas. El resto de las imágenes se fundieron con las otras, pero ya tenía información de sobra. Mucha y sin significado alguno.

La piel le hormigueaba y sentía los pies entumecidos por la inmovilidad, pero se quedó en la misma posición, mirando cómo la luz se desvanecía borrando cualquier rastro de la visión. Eridanus le devolvió el comunicador, pero en vez de la fotografía de Anahy había una instantánea negra.

El nudo que acosaba la garganta de Sasha desde que había llegado creció hasta el punto de impedirle tragar saliva.

—Era ella desde el principio —dijo el rey, su voz tan fría como jamás lo había escuchado—. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me la trajiste?

Se sorprendió y dio un paso atrás cuando Eridanus se levantó. Siempre que lo había visitado lo había encontrado sentado, nunca había sospechado que su altura superaba a la suya. Aparentaba ser decrepito y sin fuerza física bajo la túnica y el pantalón ancho.

De pronto, su cuerpo rejuveneció. El pecho se le hinchó, los hombros se ensancharon, los brazos se reforzaron con músculos que no estaban allí unos momentos atrás. Las arrugas se borraron, los pómulos se alzaron y dos gemas anaranjadas lo miraron con despego desde arriba, logrando que se sintiera como un bicho sin suerte.

—No... no pensé que fuera importante.

—Tráemela —dijo.

—No puedo. —Sasha se aclaró la garganta—. La tiene Madelyne —reconoció .

—¿Cómo? —La pregunta fue un siseo amenazador.

Sasha no osó repetir la respuesta.

—¡Los Éteres son míos! —rugió el rey—. ¡No de Madelyne, ni de nadie más! ¡Ella es una huérfana que llegó aquí para tranquilizar a los nulos! Podría convertirla en ceniza ahora mismo, sin acercarme. ¿Crees que existe alguien en el universo que me impediría curar nuestra raza?

Sasha agachó la cabeza en señal de respeto. No dudaba de las palabras de Eridanus ni de sus intenciones. Empezó a esperar que no acabaría el encuentro sin la promesa de que Anahy saldría del Éter.

—¿Cómo pasó? —insistió el rey.

—Ella... se asustó. Fue un malentendido y se quedó atrapada en las ondas del Corazón.

El rey cerró los ojos. Apretó el maxilar. Sasha notó los dedos helados en su cabeza, apartando recuerdos en busca de los que quería. Se estremeció, pero no se opuso. La única vez que había intentado hacerlo había acabado sangrando por la nariz, con un dolor de cabeza que había durado unos días y sin poder usar su núcleo durante una semana.

Aunque jamás se lo había planteado en sus encuentros pasados, pensó que era el momento de comprobar si la conexión funcionaba en los dos sentidos. No supo qué buscar. Con Anahy parecía sencillo, reconocía el ritmo de su energía. Lo más probable era que ella no se percatara de que su núcleo trabajaba sin parar y de lo que las ondas energéticas albergaban alrededor, se contraían y se expandían como un radar. Cuando lo tocaban a él se agarraba y se dejaba transportar. Como si fuera una partícula minúscula, se abandonaba, atraído hasta su mente. Con un miedo de cojones, pues no sabía si perdería sus propios pensamientos en el proceso. No obstante, con Eridanus no tenía aquel problema. El rey tomaba lo que quería de su cerebro, no había secretos. Por eso se extrañó cuando murmuró contrariado:

—No la veo. Por eso debe ser ella. Seguro que lo es.

Sasha no vaciló. Encontró una de las agujas que cavaba en sus recuerdos y siguió su pista al revés, hasta la mente del rey. La oscuridad era tan densa que le impidió avanzar. Un muro inmenso, sin forma ni fin. Antiguo, impenetrable. Nada comparado con los maravillosos colores de la mente de Anahy, con las luces brillantes y las ondas radiantes. Cuando entendió que no

lograría el acceso, Sasha planteó un pensamiento inocente:

«¿Quién es Anahy?».

Eridanus abrió los ojos tan de golpe que aparentó ser un muerto que acababa de volver a la vida.

—Es el cielo y la tierra. Es mi pasado y vuestro futuro. Lo es todo —le respondió en voz alta. Sus facciones se tensaron en una mueca—. No vuelvas a intentarlo.

—¿Eso de comunicarse a través de la mente es un don que desconocemos? —preguntó Sasha, sin pedirle disculpas por su intento.

—Es un don que no nos he permitido usar. Cuando diriges los impulsos eléctricos hacia el cerebro dejas tu núcleo al descubierto. Si no sabes mantener el equilibrio entre los dos, te vacías solo.

Sasha se guardó la información. Que el rey fuera vulnerable mientras entraba en mentes ajenas podría servirle en algún momento.

Como respuesta a sus pensamientos, Eridanus volvió a entrar en la de él, sin suavidad. Le agarró la cabeza y revolvió con la misma suavidad que una hoja oxidada en una calabaza.

Sasha jadeó y procuró no desmayarse. Buscó con la mirada un punto de apoyo, algo para agarrarse. Por suerte, el rey finalizó antes de ofrecerle el espectáculo de cómo convulsionaba en el suelo.

—Jamás soy vulnerable —le informó—. No te recrees en un juego en el que eres solo un peón, niño .

Como continuaba mirándolo, Sasha asintió de forma lenta, contando sus respiraciones en el intento de mantener su mente en blanco. Falló. No podía detener sus pensamientos. Se preguntaba cuánto le había desvelado al rey sin querer cuando no tenía ni idea que este entraba en su cabeza.

—Eres el que la mejor la conoce, pero no tengo acceso a sus archivos —murmuró Eridanus para sí, regresando a lo que le interesaba—. Tráemela —volvió a pedir—. No puedo rastrearla. Tienes que hacerlo tú.

—La engañaste, la llamaste aquí —lo acusó Sasha acabando sus reservas de paciencia. Llevarle la contraria al rey no era una jugada inteligente, pero ya estaba jugándose todo. ¿Qué más podía perder? No tenía libertad, no tenía una familia, y la única chica que le calentaba más que su energía le pertenecía a Madelyne.

—No cuestiones mis métodos —espetó Eridanus.

—¿Así que es verdad? ¿Tú le enviaste la imagen de su padre? —inquirió asombrado—. ¿Tú la convenciste de venir a una Isla Centro?

—Ella soy yo y yo soy nuestra madre. No puedo verme a mí mismo. Mis cartas están destinadas a toda mi sangre. A dónde se dirigen no lo puedo prever.

—No sabías que iba a venir aquí.

—Podría haber sido cualquier otra Isla Centro.

—¿Quién es? ¿Por qué es tan importante?

—Es la cura.

Sasha respetó el silencio que se instaló como en su casa cuando Eridanus reconoció lo que él suponía.

—Está en el Éter —repitió—. Cautiva, como todos nosotros. Pueden hacer lo que les apetece con su cuerpo y con su mente. Van a encadenarla, mantener apagado su núcleo hasta que pruebe sus últimos segundos de vida. La rastrearán hasta cuando vaya a usar el cuarto de baño. Usarán cada una de sus células sin su consentimiento y para cualquier propósito y la ofrecerán como plato de comida para los enfermos. Anahy es fuerte, no se doblegará. Encima, tiene familia, lo que

rompe la única regla de nuestro enfermo mundo. ¿Se atreverán a amenazarla con eso? ¿Lo aprobarás? ¿Por qué estás de acuerdo con que nos esclavicen?

Eridanus aguantó sus quejas hasta la última.

—No hay esclavos en nuestro mundo.

Sasha se rio sin un ápice de humor.

—¿Cómo llamas tú a lo que nos hacen? ¿Qué excusas te dices cuando vas a dormir?

La mirada de Eridanus resplandeció por una especie de fiebre interior.

—Salvar a un mundo. Gracias a los Éteres los ergys sanos mantienen la esperanza. La enfermedad avanzó tanto que me forzó a avisar a la administración nula. Temen que vayamos a convertirnos en caníbales. Un rey no es reconocido por ser bueno, sino por ser firme.

—Sin tu ayuda tengo las manos atadas —dijo Sasha sin bajar el mentón—. Eres el único que puede liberarla del Éter.

No debería haber empezado la discusión sobre los Éteres. Si el rey lo ayudaba a sacar a Anahy de allí, le bastaba por el momento. Quizá, solo quizá, Eridanus tenía razón y él se equivocaba. Tal vez ella iba a curarlos y entonces todo se arreglaría.

—Si libero a esta cóctel tengo que revelar mis razones. Los nulos se preguntarán qué tiene ella de especial, por qué la quiero.

«Yo también lo hago». Sasha mantuvo sus pensamientos para él.

—Es mejor que guardemos parte de nuestros secretos, por lo menos hasta que esté seguro de que ella es la solución. Te ofreceré la oportunidad de sacarla dentro de poco. Durante este tiempo, prepárala. Fuérzala más allá de lo que crees que son sus límites. Ella no los tiene.

Eridanus contempló la oscuridad. Después de unos momentos pareció que encontró una respuesta. Le indicó mediante un gesto que esperara y entró en la casa. Cuando regresó le tendió un par de muñequeras doradas.

—Cuando tengáis la posibilidad de salir del Éter, dale esto. Dile que debe llevarlas todo el tiempo. No debe quitárselas. Y tráela aquí.

Tras eso le dio la espalda y se desvaneció antes de llegar a la puerta.

Sasha se quedó con las pulseras en las manos. El metal que las componía pesaba y lanzaba una mezcla de destellos plateados y dorados. En la parte interior, el dibujo de la marca de los ergys había sido grabado con detalles extraordinarios. Las cerraduras las formaban un conjunto de cuarzos multicolores.

Al final se alejó, a sabiendas que no tenía sentido insistir. Había albergado la esperanza de que el encuentro fuera a desenredar el lío que eran sus pensamientos, pero lo que había obtenido no se acercaba a ninguno de los escenarios que había imaginado.

Temía que las palabras de Eridanus fueran una amenaza y no una promesa de ayuda.

5

*Somos luz y amor.
Somos oscuridad y miedos.
Helados por el olvido,
calentados por el ego.*

Carta de La Creadora

—Tic-tac, tic-tac, el tiempo corre. —Madelyne golpeó su reloj con la punta del dedo mientras sonreía con arrogancia—. Antes eras más rápido, Sasha. ¿Has perdido tus habilidades?

El aludido se detuvo ante ella y torció el gesto. Sentía el aliento de George en su nuca.

—No te sienta bien alegrarte por mi fracaso. Mantén tu satisfacción a raya o enfermarás por una sobredosis —replicó. Por un segundo consideró si sería posible enfermar de maldad, pues la directora del Éter parecía no tener su mejor día. El acero jamás desaparecía de su mirada, pero había notado que a veces estaba nublado por algo cercano al dolor. Había continuado perdiendo peso y los polvos que se aplicaba para embellecerse no lograban ocultar en totalidad las ojeras y el color apagado de su piel. Si lo hubiera notado en otra persona le habría preocupado, pero saber que Madelyne poseía la capacidad de sufrir era una noticia emocionante—. Y no te olvides de que si yo no la consigo, tú pierdes un cóctel —dijo, seguro de que la sonrisa de la mujer se desvanecería.

Discutir con Madelyne era un pasatiempo divertido muchas veces, pero no en aquel momento. Había ido con la esperanza de obtener buenas noticias, de enterarse que Anahy hubiese despertado durante la noche. El humor de perros de Madelyne era su respuesta, una negativa.

Aunque la noche había sido igual de larga que las últimas y sus ojos se habían negado de nuevo a cerrarse, los duendes de la almohada le habían susurrado que no debía perder la esperanza. Siempre existía una salida. Lo sabía, pero entre todos los acontecimientos se había visto arrinconado y había olvidado que no era un perdedor.

—Haz tu trabajo —espetó ella.

—Si me permites —dijo en voz burlona, ejecutando una reverencia—, debo despertar a mi princesa.

—¿Tu princesa? —Las cejas de Madelyne desaparecieron de su frente y la alarma fue evidente en el tono chillón.

Sasha entendió demasiado tarde que había cometido un error monumental. Darle a entender que tenía un interés personal en Anahy era una jugada tan mala que no se atrevía a imaginar las consecuencias.

—Tú me la asignaste —comentó encogiendo los hombros. Mantuvo una expresión indiferente bajo la mirada suspicaz de la mujer, con la esperanza de que fuera a desagraviar su falta—. Cuando hago mi trabajo, lo hago bien.

—Despiértala —ordenó ella, alejándose.

Manteniendo el suspiro de alivio en su pecho, Sasha retomó el camino hacia el módulo-hospital.

Pronto se dio cuenta de que George se había acercado más que de costumbre y de que le dirigía miradas fugaces. No le buscaba los ojos, sino que le inspeccionaba el cuerpo con especial interés en su pecho y en el trasero. Se detuvo en seco.

—¿Qué? —inquirió mosqueado.

Para su sorpresa, las mejillas del nulo se ruborizaron de forma instantánea. Confundido por su reacción, Sasha estudió el rostro de líneas anchas y duras. No era mucho más viejo que él. Llevaban meses haciendo equipo y jamás había dado señales de que su cerebro funcionara para algo más que controlarle los movimientos. Pero su dedicación por el trabajo hablaba de una persona firme en sus decisiones y el hecho de estar en el Éter contaba el mismo historial familiar trágico que el de todos ellos; niños sin padres, sin un hogar, sin nadie que les cuidara.

Entendiendo que, como siempre, no iba a recibir una respuesta, Sasha se giró con celeridad, esperando que el interés de George no fuera de orden sentimental. Su vida amorosa ya era bastante complicada. Levantar pasiones era lo último que deseaba.

—Me preguntaba...

El susurro lo hizo detenerse de nuevo. Alzó la cabeza hacia George; su rostro, un poema de asombro.

—¿Hablas? —inquirió extrañado—. ¿Te preguntas? ¿Piensas? —Estalló en risas, doblándose por la violencia de las carcajadas.

—¿Dónde está el chocolate?

La pregunta hizo que Sasha cerrara la boca con un chasquido seco. Tragó saliva, evaluó cada palabra y entendió que el timbre barítono de la voz de George había sido matizado con humor. No obstante, la sospecha apareció en sus pensamientos. Se percató de que el guardia no era una sombra y de que, a pesar de que no hablaba, era un buen observador. Demasiado bueno.

—¿Qué quieres decir?

George cambió el peso de su gran cuerpo de un pie al otro.

—Ayer le trajiste flores. ¿Hoy no tocaba la caja de bombones? ¿Mañana un poema? Lo leí en un manual que enseñaba el modo correcto de actuar en las conquistas románticas. ¿Quieres que te lo preste?

Sasha abrió la boca y volvió a cerrarla al entender que no tenía argumentos.

—No se trata de eso —farfulló. La conmoción por el hecho de que habían interactuado se vio ahogada bajo capas gordas de sospechas. ¿Cuál era el interés de George en Anahy? ¿Cuánto conocía de la verdad? ¿Le había comunicado algo a Madelyne?

Se apresuró en llegar. Dejó al guardia en el pasillo y lo avisó mediante una mirada de que no se atreviera a interferir.

Suspiró, disminuyendo los pasos a medida que se acercaba a la cama. Sonrió de forma forzada para convencerse a sí mismo de que podría despertar a Anahy. Llevó la silla cerca del área de su cabeza y se sentó sin demorarse. Le cogió la mano, apretando con suavidad.

He vuelto, pensó, imaginando un campo infinito. La hierba susurraba bajo ráfagas suaves de viento y el rocío resplandecía como si el prado estuviera cubierto por cristales. El contraste entre el verde puro de la vegetación y el azul limpio del cielo era hermoso, y la luz cálida no dañaba la vista.

¿Dónde estás?, susurró, girándose en círculo. No esperaba verla, pero un intento no estaba de más. Conjuró cerezos de troncos gordos y coronas amplias, cargadas de flores, convenciéndose de que Anahy podría esconderse detrás de uno.

¿Recuerdas lo que hablamos ayer?, dijo, empezando a caminar mientras ojeaba el espacio en busca de un reflejo dorado, el color con el que la asociaba a ella. *Seguro que sí. Sabes que hablaba en serio. No me iré hasta que te encuentre.*

Apretó el maxilar en una expresión obstinada y en su imaginación empezó a correr gritando el nombre de Anahy mientras la buscaba detrás de cada tronco. Lo hizo hasta que su garganta protestó y los pulmones le pidieron aire. Un pensamiento fugaz de que sería posible no conseguirlo hizo eco en su mente, pero lo ahuyentó antes de que se convirtiera en miedo. Se inclinó con las manos en las rodillas, respirando con dificultad.

Quemaré tus sueños, los convertiré en pesadillas, prometió. Pasaré las cenizas por un colador y luego inundaré lo que haya quedado. Convertiré las montañas en polvo y los océanos en sal. Destrozaré el mundo con tal de encontrarte, Dragona.

Un par de carcajadas interrumpieron las imágenes apocalípticas creadas por su mente.

Qué trágico, se burló Anahy. No soy parte de tu mundo, cabrón.

¿Ah, sí?

La idea nació como un puntito de luz en el medio de un mar de oscuridad. Anahy acababa de ofrecerle una pista. Para esconderse tan bien, debería haber creado un universo exclusivo. La mayor concentración de energía, después del sol, se hallaba en la tierra, en las rocas que se habían usado para crear los Corazones de La Creadora. Y él sabía qué sitio en especial le gustaba a Anahy. No iba a encontrarla en un desierto, tampoco en un prado, o en la playa. Sabía con certeza a dónde ir.

Sasha alzó la mano de Anahy hasta su boca y rozó los dedos con sus labios.

Te tengo, Dragona.

El paisaje cambió de repente. El lugar de la hierba fue ocupado por rocas y el cielo se oscureció, rebosando nubarrones sombríos. El viento soplaba en rachas tan vehementes que sus músculos se tensaron en el esfuerzo necesario para mantenerse de pie.

Sasha entrecerró los ojos, conservando la sonrisa en los labios.

—No puedes detenerme, ¿recuerdas? —gritó cuando una ráfaga potente chilló en sus oídos, dejándolo sordo por un instante.

Agitó la cabeza y luego la alzó hacia los picos montañosos que lo rodeaban, buscando con la mirada al más alto. El valle donde se encontraba era estrecho y le permitía poca visibilidad, pero descubrió a Anahy justo donde esperaba. Brillaba como el sol en la noche, como la luz del más allá.

—¡Vete! —La orden bajó hasta él galopando, el sonido fue cortante y poderoso.

El corazón de Sasha aceleró los latidos ante la promesa del desafío.

—Intenta detenerme —masculló, emprendiendo el camino hacia arriba.

Las rocas se precipitaron hacia él y el polvo se levantó en espirales furiosas. El viento aumentó de fuerza y el cielo se rompió en pedazos por el estallido de los relámpagos.

—¡Déjame en paz! —El grito de Anahy fue tremendo, su resonancia se imponía por encima de la sinfonía épica de la naturaleza.

Sasha no se molestó en contestarle. Se convirtió en ergy y recorrió con velocidad el espacio que les separaba. Se detuvo a pocos metros de ella, impresionado por lo que estaba observando. Anahy dominaba la cumbre. Era la cumbre. Su espalda erguida, el mentón inclinado hacia arriba, las manos tensas a cada lado del cuerpo con los dedos flexionados en puños. El viento le agitaba el cabello y sus ojos eran dos joyas verdes en un rostro inflexible.

El mayor cambio lo habían recibido sus facciones. Los labios bien cerrados, los surcos de amargura que le decoraban las comisuras, todas las líneas de su cara esculpidas como en un

material duro.

«Ha perdido su inocencia».

El pensamiento lo enfureció y deprimió a la vez, pero no se permitió un momento de debilidad. Lamentaría la pérdida de la más agradable cualidad de Anahy después de convencerla de que volviera.

—¿Cómo estás?... Eh... ¿Cariño? —Quiso abofetearse en el instante en que soltó las palabras, pero se alivió al farfullar una serie de maldiciones.

La tenía delante y su cerebro estaba en blanco. Cualquier discurso y todas las explicaciones se escondieron avergonzadas.

—¿Cariño? —Anahy lo miró incrédula y soltó una carcajada seca que le puso el vello de punta—. Si crees que me tendrás con la ayuda de palabras edulcoradas, te equivocas, canalla sin imaginación.

Sasha sonrió, entusiasmado al notar que el carácter de Anahy no había resultado dañado.

—¿Mi amor? ¿Corazón? ¿Muñeca? —continuó, avanzando un paso.

«Susúrrale palabras dulces, cuando te haga tragarlas no te sabrán tan amargas», se dijo.

Su progreso fue detenido por una poderosa bola de energía que estalló a sus pies.

—Corta el rollo. ¿Qué quieres?

Sasha alzó las manos en señal de paz, buscando en los ojos de Anahy un rastro de entendimiento. No lo encontró, pero no se detuvo.

—Te lo conté. Me escuchaste.

Anahy agitó la cabeza, negando, y cruzó los brazos.

—No pienso volver y no hay nada en el mundo que me convenza para ayudarte.

—Tu madre...

—No te interesa mi madre —lo interrumpió ella—. No voy a ir contigo. De ninguna manera.

—¿Qué tal si negociamos? —propuso en tono conciliador al notar sus mejillas ruborizadas por la ira. Dudaba que funcionara, ser razonable no era parte de Anahy, pero tampoco pensaba luchar contra ella.

—No quiero nada de ti. No existe nada que puedas ofrecerme.

Sasha esperaba aquel argumento.

—Puedo ofrecerte respuestas. Supongo que tienes preguntas, ¿verdad? —inquirió, esperando que la curiosidad de Anahy pesara más que los resentimientos—. Tengo información sobre tu padre.

Obtuvo su atención durante un maravilloso segundo. Eso duró la expresión fascinada de Anahy, oculta después bajo la misma máscara de indiferencia.

—No importa. No te creo. Ya no me fío de ti —silabeó la última frase, alzando el mentón—. Vete.

Sasha torció el gesto, entendiendo que no funcionaba. Dolía que le arrojara a la cara la pérdida de confianza que tanto le había costado ganarse, pero se lo esperaba. No era una sorpresa. Podía superarlo, podía volver a intentarlo. Se concentró en el momento presente, sin permitir que la melancolía debilitara su decisión.

—Creo que no me entendiste..., Bicho —hizo hincapié en el apodo, preparándose para la confrontación. Evaluó los alrededores. Tenía un plan, y calculaba las posibilidades de llevarlo a cabo. Era arriesgado, no sabía qué podía perder o si se jugaría sus vidas. Pero era la única oportunidad. Si fallaba, dudaba de que volviera a encontrarla. Además, los dígitos del reloj de Madelyne sonaban en su cabeza al marcar los segundos—. Vas a volver conmigo. Por las buenas o por las malas.

—Pues creo que será por las malas. —Anahy hizo una mueca mitad fastidio mitad diversión.

Sasha no tuvo tiempo de prepararse antes de ser atacado. La vio llevando las manos a la espalda. La vio inclinándose. Pero se perdió el momento exacto en el que dos esferas potentes se alzaron desde las manos de Anahy, cortando el aire como dos alas. Volaron hacia él. Se inclinó hacia un lado, evitando una a duras penas. La otra la detuvo con el antebrazo. De modo sorprendente, le quemó. Apretó los dientes y aprovechó el destello de chispas para acercarse.

—No puedes dañarme —bramó.

—Pero es divertido intentarlo —espetó ella, haciendo estallar una multitud de balas pequeñas que cubrieron el área como si lo hicieran fuegos artificiales.

Parte de ellas lo alcanzaron, y entendió que Anahy era mucho más fuerte de lo que hubiera imaginado.

—Me alegra ver que te recuperaste. Parece ser que tu poder aumentó —comentó intrigado con un ojo en ella y el otro puesto en apagar las chispas que hacían arder su ropa y carcomían su piel.

Anahy soltó una risita maliciosa.

—Pues sí. Todo está en mi cabeza. Es mi sueño —le informó, su postura arrogante, la voz, segura. Alzó las manos hacia el cielo y Sasha se quedó atontado al verla levantarse varios centímetros por encima del suelo.

Los dedos de Anahy se contorsionaron en una posición extraña, con el pulgar hacia afuera y el índice hacia arriba. Un trueno hizo que el espacio resonara y la tierra se sacudiera bajo sus pies. Dos relámpagos estallaron a la vez, cruzándose en forma de equis en el cielo para después bajar en una espiral alucinante por su hermosura.

Sasha entendió que Anahy controlaba la naturaleza. Tenía razón, era su sueño y dominaba el entorno. Las posibilidades de lo que podía hacer eran infinitas y las probabilidades de que lograra traerla de vuelta disminuían con cada segundo que perdía. Se tiró al suelo cuando distinguió la trayectoria de los rayos que lo apuntaban como si de un blanco se tratara. Giró, usando el movimiento para acercarse. Se detuvo de cuclillas mirando hacia atrás al cráter que los relámpagos habían formado en la roca.

Las esperanzas de que su plan fuera a salir bien aumentaron, pero el factor sorpresa era indispensable.

—¿Sigo apareciendo en tus sueños? —preguntó burlón, moviéndose levemente hacia un lado.

El pico era abrupto y solo podía suponer lo que había detrás de Anahy. No había manera de acercarse tanto para echar un vistazo, no le quedaba otra que actuar.

Anahy se carcajeó y se dejó caer en el suelo con un estampido atronador.

—No. No aquí. Has salido de mis sueños. Has salido de mi vida —declaró alto y claro. Lo miró con los ojos entornados—. Vete, Sasha. Vete antes de que te haga más daño de lo que me has hecho tú a mí.

—Sabes que no puedo hacerlo. —Él avanzó con precaución, sin despegar la mirada de la de ella. Los separaba un brazo, pero necesitaba unos centímetros más—. Lo siento muchísimo. Desearía poder volver atrás en el tiempo, pero lo hecho, hecho está. Debemos hablar antes de que despiertes. Debo contarte...

—Detente. —El comentario fue una advertencia.

—No vas a salirte con la tuya —espetó Sasha fastidiado—. Deja de ser egoísta. Llegamos al punto que tanto luchamos por evitar. No hay marcha atrás pero sí que hay un camino hacia adelante. Llegaste aquí porque no me escuchaste.

—¡Llegué aquí porque me mentiste!

—En aquel momento no necesitabas saber la verdad. Sabes que hice todo lo que pude para

protegerte. Ahora necesito tu ayuda. Mi secreto significa vidas, igual que el tuyo. Nos necesitamos el uno al otro, te guste o no. Solos no vamos a lograr nada, pero juntos...

—¡Deja de usar esa palabra con relación a ti y a mí! —espetó Anahy. Arrugó la frente y frunció los labios en una expresión de angustia—. Y deja de intentar convencerme. No te quiero aquí. No te quiero en mi mundo.

Los nubarrones se acumularon encima de sus cabezas, convirtiendo la luz débil en un crepúsculo tenebroso. Viniendo de la nada, una lluvia helada con la potencia de una marea se precipitó hacia el suelo, golpeándolo con brutalidad. Las gotas empezaron a unirse entre ellas formando una especie de cortina. Entendió la intención de Anahy de separarlos y aprovechar el momento para volver a desaparecer.

—Te olvidas de que tengo mis armas —farfulló, dando por zanjado el juego.

A la vez que hablaba saltó hacia ella y la abrazó, con el cuerpo frío y las manos transformadas en hielo esposándole las muñecas. Escuchó su grito y sintió su corazón disparándose contra el suyo.

Anahy agitó la cabeza y su mirada que imploraba en silencio casi acabó con su decisión.

—Lo siento, Dragona. Añádelo a mi cuenta —le susurró en el oído, mientras empujaba sus cuerpos hacia el vacío.



Anahy se incorporó como impulsada por un resorte. Abrió los ojos de modo exorbitante y soltó un grito de protesta. Los recuerdos acudieron a su mente de golpe, empezando con el momento anterior. Tan frescos estaban que todavía creía vivir la escena. La sensación de que se caía al vacío había sido espantosa, incluso percibiendo la fuerza de los brazos de Sasha que la rodeaban. Aún escuchaba el viento chillándole en los oídos, el entorno convertido en una masa deforme, sin contenido, su cuerpo con el peso de una piedra descomunal arrojada en un abismo. Temblaba sin control y su corazón bombeaba tan fuerte que amenazaba con salir disparado de su pecho.

—¡Tú! —aulló. Intentó levantarse a la vez que farfullaba—. Desgraciado, te dije que...

Calla. Ahora mismo. No te conozco, no me conoces. Mantén tu boca cerrada.

—¡No!

Anahy saltó de la cama a la vez que desataba su núcleo. No tenía nada planeado, sus sueños habían sido un viaje plácido en las tierras del olvido. No obstante, una vez devuelta a la realidad, recordó que quería venganza. Había sido manipulada, engañada, había estado a punto de cederle su corazón a un ser que no tenía uno.

Agitó los brazos y se deshizo de las vías. Tiró de ellas con tanta fuerza que las máquinas a las que estaban enchufadas se cayeron. Convirtió su cuerpo en una ola gigante de energía que arrasó alrededor. Transformó la cama en una masa irreconocible de metal fundido y la pared que tenía detrás se curvó hacia afuera, como consecuencia de la onda de choque.

—Cálmate —pidió Sasha.

Estás en el Éter. Cada aliento que tomes está grabado.

Los pensamientos de Sasha le golpearon la cabeza, en tono urgente.

Como si alguien más pudiera escuchar su conversación silenciosa, notó movimiento por encima de la cabeza de Sasha. El ojo de la videocámara se giró con un sonido casi inadvertido, acosándola con su lente.

¡Me traicionaste! ¡Puñetero cabrón! ¡Mentiroso! ¡Ser desgraciado!, gritó en respuesta.

Tenía la intención de usar su núcleo por una vez con un propósito noble: matar al villano.

Volvió a estallar. Dejó caer la cabeza e inclinó el cuerpo hacia atrás mientras su núcleo se dilataba, lanzando energía. Ola tras ola de calor intenso. Luz y llamas y explosiones.

Abrió los ojos con la esperanza de haber logrado daños importantes. Esperaba imágenes

lúgubres, paredes pintadas de sangre y entrañas, trozos de extremidades, piel quemada.

—¡Qué mierda! —exclamó al ver que Sasha sostenía una de las paredes con su espalda. No había conseguido quemarle ni una sola ceja.

Con los brazos cruzados en una postura relajada, él le lanzó una sonrisa.

Eres increíble.

Anahy buscó respuestas. Un par de chispas aún sobrevivían. Se deslizaban en el aire de manera controlada, como si usaran un tobogán.

—No me importa lo que tarde. Solo uno saldrá de aquí —espetó.

—Es mejor que te quedes hasta que te den el alta.

Sigue con ese rollo de que me odias. Te ayudará, añadió en forma de pensamientos.

No es un rollo, miserable.

Lo que tú digas. Sasha le guiñó un ojo.

—¿Cómo llegué aquí, hijo de puta? —soltó la pregunta en voz alta, sin hacer esfuerzos para que la expresión de su rostro delatara ira. Odiarlo le salía tan natural como respirar.

Sasha no le contestó de inmediato.

—Mi madre fue una mujer extraordinaria —la informó mientras se incorporaba y contemplaba los destrozos.

—¿Fue? —susurró Anahy mirando el suelo y preguntándose cómo hacer para que se abriera y la tragara.

Sasha no le contestó al instante.

—Sí.

Le hubieras gustado.

La sangre irrumpió en las mejillas de Anahy cuando el pensamiento llegó a su cerebro como una caricia suave.

Le respondió con un muro de hielo. Endureció sus sentidos, protegió a su corazón y recordó que Sasha llevaba una máscara diferente en cada momento en que se encontraban.

—Tuviste un accidente —le explicó él—. Te quedaste atrapada en la barrera que protege el Corazón. El nivel energético del sitio es demasiado elevado para tu sistema, sobrecargó tu núcleo. Te encontré y te traje al Éter porque solo aquí disponen del material necesario para bajar las cuotas energéticas a unas que tu cuerpo pueda procesar.

Anahy lo escuchó, comparando lo que le decía con sus recuerdos de aquella noche. Se había asustado tanto que había perdido la razón. Después de que los wisees la atacaran, verlo convertirse parcialmente en uno de ellos, abrazar a Calixta y... ¿la había matado? Ella había huido sin saber hacia dónde se dirigía o con qué propósito. ¡Qué vergüenza haber abandonado a Calixta! Le turbaba no saber cómo había acabado aquello, pero no podía preguntar. Se había escapado en busca de la libertad para acabar en una cárcel.

—Es por tu culpa, es por tu culpa, es por tu culpa —repitió como un mantra.

Le preocupaba estar encerrada en el sitio sobre el cual había oído tantos relatos terroríficos y necesitaba información. ¿Qué pensaban hacerle? ¿Dónde encontraría el mapa del sitio que indicaría las salidas? ¿Qué grosor tenían las paredes?

Estaba a punto de obtener toda la información, y torturaría a Sasha si fuera necesario. Imaginaba cuál sería el método más doloroso para emplearlo en Sasha cuando la puerta se abrió con ímpetu. Entró una mujer que a Anahy le recordó a una princesa guerrera de los tiempos de La Creadora. El mono negro que llevaba no ocultaba el cuerpo esbelto, pero no débil. Tendones y músculos formaban las piernas atléticas y los brazos nervudos.

—¡Increíble, lo conseguiste! —clamó. También tenía la voz poderosa, el timbre áspero,

llamativo.

Le echó un vistazo a Anahy como para asegurarse de que no se había equivocado y se acercó a Sasha con pasos lentos sensuales. Anahy se quedó boquiabierto al ver que le tocaba con suavidad la mejilla, dejando caer la mano enguantada en una caricia que evidenciaba sus lascivas intenciones.

—Sabía que lo lograrías, guapo. Eres el sueño de cualquier jefe.

«¡Una pesadilla más bien!», Anahy gritó en silencio hacia los dos. «¡Un sueño feo, mentiroso y manipulador!».

El hecho de que Sasha se alejase ante el toque no la ayudó a esperanzarse de que no había más de lo que había notado entre ellos. La punzada aguda de celos la sorprendió y se odió por no dominar sus emociones. Cruzó la mirada con el traidor, la decisión que encontró en la de él la hizo estremecerse.

Ten cuidado. Doma tu genio.

Anahy se abstuvo de poner los ojos en blanco. Como si pudiera ordenarle. Si el canalla no se daba cuenta de que había perdido el derecho de exigirle algo, estaba muy confundido.

—Déjanos, cariño. Enseguida estaré contigo —dijo Madelyne.

Sasha abandonó el cuarto y Anahy se preparó para lo que fuera que viniera.

La mujer la examinó con una mirada calculadora, despojada de cualquier emoción.

—Pagarás por ese destrozo, señorita —la informó, alzando el mentón—. Soy Madelyne Brand. A partir de ahora eres de mi propiedad y la del estado ergy.

—¿Qué? —espetó Anahy—. No soy una propiedad, soy una persona. Y no pertenezco a los ergys.

La mujer la miró como si le hubiera hablado en un idioma desconocido.

—Te equivocas, bonita. Tenemos el permiso del rey ergy para usar a los cócteles del modo que consideremos necesario. Somos un centro de investigación con propósitos nobles.

—¡Y una mierda! —espetó Anahy, haciendo ademán de avanzar.

Madelyne le señaló con un gesto que debía quedarse donde estaba.

—Te sugiero que me escuches con atención. No me gusta repetirme. Estás aquí para ayudar. Vas a ser parte de un suceso extraordinario que curará no solo una raza, sino al mundo.

—Ajá. —Anahy entreabrió los labios y los frunció, igual que el entrecejo—. ¿Quién limpia la porquería que vomitas?

No la vio venir. No notó ningún cambio en su rostro, nada le advirtió que había cruzado los límites de la bondad de Madelyne. Una corriente de aire la envolvió antes de que se abalanzara sobre ella. Una sucesión de movimientos fue suficiente para que se encontrara en el suelo, con la mejilla pegada al metal, los labios sucios por la ceniza y un látigo metálico alrededor de su cuello. Era largo, tanto que Madelyne lo enrolló tres veces en torno a su piel. Era frío y duro, pues cuando empezó a tirar lo sintió cortante como si estuviera hecho por escamas de acero.

Anahy pensaba que era rápida en reacciones. Había llegado al nivel de tener suficiente confianza con su núcleo para usarlo a su antojo. Buscó su centro con la intención de arrasar. Pero allí no había nada. Silencio y paz.

No lo entendió, pero no se detuvo en sus esfuerzos. Tosió y procuró empujar a Madelyne con las piernas. La tenía cerca, podía mirar de modo directo en los ojos vacíos de la directora del Éter. Vacíos de sentimientos afables, pues allí, en su mirada, había una satisfacción salvaje.

—¿Qué...? —procuró decir, pero el látigo apretaba demasiado, le impedía hablar. Usó los codos para intentar estabilizarse y no morir ahorcada. Procuró girarse, se revolcó, extendió el brazo para llegar al de Madelyne con las uñas, pero no logró sacársela de encima.

—¿Es suficiente? —preguntó la directora con la misma voz que empleaba para preguntar cómo le gustaba el té.

Anahy gruñó.

Fue la respuesta equivocada. Madelyne hizo todo un espectáculo para enseñarle cómo apretaba un botón posicionado en el mango del látigo. Lo hizo sonriendo. Quizás empezaba a alucinar, pero Anahy tuvo la impresión de que estaba canturreando.

Cuando escuchó el clic, casi imperceptible, esperó lo peor. Y no se equivocó. En su piel se abrieron miles de grietas, cortes finos que supuraban veneno. Ardían. Su garganta se contrajo y el corazón le explotó. Los ojos se le salieron de las órbitas.

—Tenemos un método extraordinario de educar a los ergys. Sirve para los cócteles también, incluso es más efectivo porque vosotros no sois tan fuertes —la informó Madelyne con amabilidad—. Nuestras investigaciones en busca de la cura nos ofrecieron un modo de apagar los núcleos energéticos. Me han dicho que es un poco doloroso, pero ¿qué sé yo? Soy una nula.

Anahy no tuvo fuerzas para responderle. De su garganta salían unos gorgoteos feos, los sonidos de una persona en sus últimos segundos de vida. Luchó para mantener los ojos abiertos. Le faltaba aire, tenía los pulmones hinchados y los músculos tensados a máximo. Sabía que se rompería dentro de poco.

—El núcleo de los ergys se muere cuando enferman. Cuando buscamos la razón, la que no encontramos aún —le explicó mientras mantenía el látigo con mano firme—, descubrimos que podemos apagarlo. Así, sencillamente, como si fuera una bombilla. —Le hizo una demostración chasqueando los dedos—. Necesitamos una mezcla especial de metal con componentes magnéticos y el efecto dura solo el tiempo que están en contacto con esta, pero funciona. Además, si está apagado demasiado tiempo, fallece. Justo como el corazón de los nulos, que no vuelve a la vida si se queda mucho sin latir. ¿Quieres que probemos cuánto dura el tuyo? No tenía planeado este ejercicio para hoy, pero...

Anahy renunció a luchar. Renunció a tener esperanza. Renunció a vivir. Se dejó caer en el olvido. Cuando estaba al borde de la negrura, el dolor retrocedió y sus pulmones recibieron aire. Tosió con violencia y se llevó la mano al cuello, manchándola de sangre. El resto de lo que había sentido había sido efecto de ilusión, menos alrededor de la garganta que notaba como si tuviera una cinta metálica calentada en ácido. Con los miembros entumecidos por el frío, se hizo un ovillo en el suelo. Notó cuando su núcleo se encendió porque la energía se revolcó en sus venas sin ningún control. Su interior se calentó, pero al exterior, su cuerpo luchaba para quebrar una cáscara de hielo.

—¿Nos entendemos ahora? —preguntó Madelyne con alegría.

La miró hasta que Anahy hizo un gesto de asentimiento. Entonces, la directora volvió a hablar:

—Haz lo que se te pida. —Encogió los hombros y sonrió con extraña calidez—. Existe la minúscula posibilidad de que me sorprendas. De ti depende. ¿Cómo te llamas?

«Dragona».

Anahy casi sonrió cuando la respuesta le forzó los labios a abrirse para soltarla en la cara de la señorita Brand. Por lo menos esperaba que fuera señorita. Las excesivas atenciones con las que había obsequiado al renegado de Sasha no eran los gestos de una mujer que tuviera a otro hombre esperándola en casa.

—Anahy Drusher —masculó a regañadientes—. ¿Qué quieres de mí?

—No mucho, no te preocupes. Hay un programa especial para los que son como tú. Creo que te alegrará conocer a gente afín. ¿Cómo te sientes? ¿Estás preparada para empezar las actividades?

El cambio de tema fue tan sorprendente que a Anahy le costó un instante seguirla. ¿Debería

considerar lo que acababa de pasar? ¿Decirle que había estado genial antes de su intento de matarla?

—Estoy bien. —Tensó el maxilar—. Pero no pienso hacer nada de lo que me ordenes.

La mujer soltó una risita delicada que no esperaba oír salir de su garganta.

—Aquí no ordenamos, nos ayudamos mutuamente —comentó divertida. Le dedicó una mirada que dejaba entrever pena, y jugó con el látigo antes de enrollarlo y meterlo en una de las muchas fundas que tenía su traje—. No recibimos bien a los rebeldes. Sería mejor para ti que no seas una. —Su voz cambió de nuevo, dándole la impresión de que disponía de una cinta entera con matices que usaba cuando lo consideraba necesario—. Si lo tienes todo claro, voy a disponer tu traslado.

«No tengo nada claro.»

Anahy se quedó con el pensamiento, ya que Madelyne salió con el mismo entusiasmo con el cual había entrado.

Se abrazó con más fuerza.

«¿Y ahora qué?», se preguntó, reconociendo para sí que temía responderse.

—Qué detalle por tu parte que me esperaras —comentó Madelyne, sonriéndole.

Sasha se alejó de la mirada intransigente de George y de la pared que lo hacía ayudarse a mantenerse de pie en los últimos minutos.

—Tenemos que hablar.

—No te agites. Es mentira que las arrugas hacen los rasgos más distintivos —se rio ella mientras avanzaba por el pasillo sin esperarlo—. Mantendré mi parte del trato. Puedes llevarte a la pequeña bruja. Prepararé el contrato.

Sasha la alcanzó, molesto porque no captaba su atención.

—¿Podemos discutir en privado? —pidió, echando un vistazo por encima del hombro hacia George.

No pensaba cometer el mismo error y suponer que si no hablaba tampoco entendía, a pesar de que su intercambio verbal del día anterior se le antojaba un sueño, ya que había vuelto al trato de fingida indiferencia.

Madelyne notó el gesto y encogió los hombros.

—En otra ocasión estaría encantada de que tengamos un encuentro íntimo —dijo, bajando la voz y poniéndose de puntillas para hablarle al oído—, pero voy un poco apurada. Suéltalo.

Sasha resopló, entendiendo que no tenía escapatoria. Alzó la ceja hacia George y tuvo la satisfacción de notar que la comisura de su boca se arqueó en el atisbo de una sonrisa burlona. Le replicó con una mirada exterminadora.

—La madre de la... —Se detuvo, contrayendo la garganta para que no soltara el nombre de Anahy—. La mujer que crio a la chica cóctel está en la isla.

—¿En serio? —El rostro de Madelyne se iluminó por el interés—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque llenó el territorio de anuncios de búsqueda.

—Eso es un problema. Gracias por avisarme. Pondré en marcha el protocolo.

—El protocolo es una mierda, Madelyne. Lo respetas tanto como respeto yo la Carta de La Creadora. Ella tiene familia, y aunque sea de acogida, no deberías mantenerla aquí sin su consentimiento. Eridanus no lo aprobaría.

—Ah, no te preocupes, obtendré el permiso. —Madelyne agitó la mano como si tuviera una varita mágica entre sus dedos y bastara el gesto para que se cumplieran todos sus deseos—. Debe

cambiar la ley. Los cócteles han llegado a ser tan escasos que nos hemos quedado sin material de trabajo. Entenderá que necesitamos usar hasta al último para curaros.

Sasha jadeó con suavidad, estudiando el suelo.

—Quiero ponerme en contacto con ella.

—No. —Madelyne se negó al instante.

—¿Te arriesgas a que mueva cielo y tierra en busca de su hija? Encontraré una idea para tranquilizarla. Puedo hacer que la cóctel grave un mensaje y que le diga que está de viaje durante un tiempo —insistió Sasha.

—No es mi problema.

—Pero puede llegar a ser si Eridanus se entera.

—¿Me amenazas? —Madelyne se detuvo.

Sasha le mantuvo la mirada sin mover un solo músculo de su rostro, sin dar algún indicio sobre su impaciencia y los nervios que le arañaban las entrañas. Se metió las manos en los bolsillos traseros del uniforme, alegrándose ahora de que la discusión no fuese privada. No hubiera apostado que hubiese podido domar sus ansias de dañar si se encontraban en una habitación solo ellos dos.

Sonrió.

—Jefa, mis amenazas no son verbales. Yo cumplo, haz lo mismo. Déjalo a mi cargo, seré responsable de la nula.

—Puede que sea buena idea. Si te ocupas de la cóctel podrás lidiar con su madre también —dijo Madelyne, dándole la espalda.

—¡Espera! ¿Qué? —Sasha se apresuró a alcanzarla después de pasar el momento inicial de choque—. ¿Por qué yo? Los cócteles no son mi encargo.

—No, no eran tu encargo. Dispuse que la llevaran al Módulo 13 a mediodía. Averigua su pasado. Su futuro no me interesa.

Sasha se detuvo atontado. Había supuesto que iba a encontrarse con Anahy en ocasiones. Había esperado poder verla de vez en cuando, verificar que Madelyne no la trataba como a un trozo de carne. Pero no entraba en sus planes encargarse de ella. ¿Interrogarla en el Módulo 13? ¿Entrenarla, forzar sus límites, estar presente en los exámenes? ¿Ser testigo cuando Madelyne se diese cuenta de que tenía a la cura?

Era curioso que los resultados no hubiesen salido positivos durante el tiempo que había estado durmiendo. Madelyne no lo sabía aún, de otro modo el Éter estaría lleno de confeti. Pero no tardaría en averiguarlo. Quizá fuera mejor mantenerse cerca, aun con el riesgo de que Anahy le arañara el corazón en cada encuentro. Había tantas posibilidades, tantas probabilidades. Y no podía considerarlas bajo el examen impertinente de George.

—Prepara ese poema. Te hará falta —comentó el guardia estudiando el techo como si buscara grietas.

Hasta que Sasha pudo responder, había recuperado la compostura y miraba a través de él. Se dio cuenta de que había perdido la oportunidad, pero las palabras se quedaron en su mente mucho después, inquietándole.

Conociendo a Anahy, iba a necesitar la ayuda de todos los poetas del mundo para lograr el perdón.



Anahy estudió su cuarto durante ocho segundos.

¿Acero y hormigón? Esa gente era un asco en decoraciones de interiores. Igual que en materia de moda, pensó, torciendo el gesto mientras tiraba del pantalón de color gris que bien podría servirle de pijama y alargaba los bajos de la camiseta sin ningún adorno. El rojo era privilegio de los ergys, pero en la gama de colores quedaban el verde, el azul y un montón de otros tonos que no la hacían invisible.

Resoplando, contó los pasos de una pared a la otra; luego hizo lo mismo en la diagonal.

—¿Qué se supone que debo hacer? —gruñó mirando la bolita casi invisible, la videocámara que giraba sin perderse sus movimientos. Secretamente esperaba que el programa informático que la dirigía se estropeará por seguir sus vueltas.

—Procede a la comida.

Anahy parpadeó, insegura de haber oído bien. Como para confirmárselo, escuchó un clic metálico y la puerta se deslizó unos centímetros. Vio abrirse un delgado haz de luz. Con entusiasmo, empujó la puerta. Una montaña de puro músculo se interpuso en su camino y le dedicó una mirada inflexible.

—¡Hola! —chilló ella.

El joven guardia le dio la espalda, impidiéndole la vista hacia el corredor. Empezó a caminar, pero se detuvo después de unos pasos al advertir que Anahy no lo seguía. Entendiendo que él no estaba de humor para socializar, esbozó su mejor sonrisa.

—¿La comida? —comentó, alcanzándolo.

Cuando de nuevo no recibió respuesta, Anahy se rindió. De todos modos, le interesaba más estudiar el espacio para encontrar un modo de escapar.

Nada destacaba en el pasillo, tan largo que se perdía su final; las paredes blancas, un millar de puertas metálicas, luces claras, fosforescentes, y unos conductos que unían el suelo con la pared y para los que no encontró explicación. El guardia abrió una puerta que resultó ser un ascensor, pero Anahy se perdió el momento cuando lo puso en funcionamiento, ya que no había ningún botón a la vista. Tampoco podía afirmar si subían o bajaban. Aparte de una pequeña sacudida al principio, no advertía el más mínimo movimiento que pudiera guiarla.

—¿Cómo te llamas? —inquirió, alzando la cabeza para lograr mirarlo. Los nervios la

impulsaron a continuar—. Yo soy Anahy. ¿Hay muchos nuevos, como yo? Espero hacer amigos. Bueno, en realidad no soy una persona tremendamente social, mi... condición me impide ser cariñosa, pero ahora que estoy entre... —Su boca quedó entreabierta cuando la puerta del ascensor se apartó sin previo aviso.

—¿Qué es este sitio? —susurró.

La marca de su cuello se encendió y la energía gritó en su interior, removiéndose furiosa. Flexionó los dedos, recordando las lecciones para no dejarla salir. No obstante, sus esfuerzos no fueron necesarios. El ser que la acompañaba la empujó dentro de una caja acristalada, igualita a otras decenas que llenaban el espacio. Antes de poder oponerse, una especie de grilletes le encerraron las muñecas y los tobillos. No tenían cadenas, no llegaban a ser esposas, pero el efecto fue espeluznante. El dolor, atroz. La piel atravesada por alfileres. Veneno en su sangre. Solo veneno podía ser aquella sustancia poderosa que abrasaba sus venas. Se desplomó contra el vidrio con la certeza de que lo había ensuciado con su sangre. De no ser porque el poco espacio se lo impedía, se hubiera caído.

Y luego no hubo nada. El metal era frío en contacto con su piel y su corazón latía apresurado, con el miedo aún en la garganta. Pero su núcleo estaba en silencio. La parte más importante de su cuerpo, la que la determinaba lo que era, estaba muerta. Muerta o tan profundamente dormida que temía que nunca volviera a despertar.

La caja empezó a hundirse en unas rendijas del suelo. Anahy buscó rastros de sangre en sus manos y las piernas. No los encontró. Estaba limpia. Por el encuentro anterior con Madelyne, entendió que los grilletes habían apagado su núcleo. El miedo entumeció su cuerpo. ¿Cuánto tardaría en morir? ¿En cuánto tiempo se convertiría en una wise?

Un susurro a su espalda la hizo girarse y al hacerlo se encontró con un chico de su edad.

—¡Gracias, Creadora de los ergys! —declaró este de forma teatral, alzando la mirada hacia el techo—. No he rezado para nada. Me has traído un alma gemela. ¡Una rebelde más! —gritó, ganándose un serio empujón por parte del guardia que estaba a su lado. Sin dar señales de que hubiera notado la advertencia, apresuró el paso y se acercó, inclinándose para susurrar al oído de Anahy mientras guiñaba un ojo al hombre—: Me ama.

—Se nota —comentó. Miró con insinuación las esposas casi iguales a las de ella. Las de él tenían una cadena gruesa que unía las tobilleras y le impedían los movimientos.

Se separaron al recibir una señal de sus guardias y Anahy lo perdió de vista al ser forzada a caminar al frente. Procuró girar la cabeza, pero su centinela se lo impidió y ella gruñó en respuesta.

—No te preocupes, te guardaré un asiento —le aseguró el chico—. Por cierto, soy Miqueas.

—Anahy —contestó, sin repetir el mismo error e intentar en vano darse la vuelta—. ¿Eres frío o caliente?

—¿Cómo puedes dudararlo? Soy más caliente que un Corazón de La Creadora. ¿Por qué crees que me quieren tanto?

Escuchó un golpazo seguido por un jadeo y el tintineo de la cadena. Luego Miqueas se calló. Anahy se mantuvo en silencio, sin querer forzar su suerte. El muchacho podría ayudarla y no deseaba perder la oportunidad. Si tenían más libertad durante la comida, pensaba aprovecharla.

El pasillo se acabó. Pudo vislumbrar desde la distancia la inmensa sala, la única en aquella área. Una pared entera estaba hecha de vidrio o un material parecido, pues dudaba de que hubieran empleado algo tan frágil como el cristal. Cientos de sillas y decenas de mesas eran la única decoración, aparte del bufete lleno de comida. Solo la mitad de las sillas estaban ocupadas pero, aun así, el número de ergys presentes era impresionante. Los soldados formaban una fila al

lado de las paredes, sombras inflexibles vestidas de negro. Le extrañó que los chicos y las chicas rieran, hablaran entre ellos y bromearan, sin incomodarse por estar en una cárcel. Reconoció algunas caras de la universidad, y no pudo evitar notar que solo ella y Miqueas llevaban las esposas.

Se quedó en la entrada, sin saber qué hacer. Su guardia desapareció entre otros que tenían el mismo tamaño y características, como si fueran clones.

—Respira —dijo Miqueas a su espalda—. Considera la hora de comer como unas vacaciones. —Le tendió la mano y unió los tobillos, haciendo sonar las esposas con el movimiento—. Al menos que estés en el salón de los wise y seas parte del menú —continuó riendo.

—¿Pueden hacer eso? —Anahy aceptó el saludo. Se espantó imaginándose el mismo espacio, pero lleno de gélidos y con ella en el medio.

—Pueden y lo hacen. Te darán unos días para que te acostumbres. La perra de Madelyne no tiene paciencia. Será mejor que le hagas caso.

—¿Cuánto tiempo llevas tú aquí? —preguntó Anahy, siguiéndolo hasta el bufete.

Miqueas respondió enseguida.

—Veintiséis días. Veintisiete noches.

Su voz fue informal, como si el tema no le interesara, pero evitó mirarla.

—Entiendo que tú elegiste no hacerle caso a la «perra» —comentó.

—No quiero fastidiar tu primer día, debes estar ilusionada. Es tu primer día, ¿verdad? —Sin esperar respuesta centró su atención en el mostrador de bandejas—. Come. Vas a necesitar fuerza. Con el núcleo apagado, sufrirás un poco de ansiedad hasta que te acostumbres.

¿Un poco? Anahy no sabía muy bien cómo describir lo que sentía. Le picaba la piel, su estómago aparentaba ser un agujero sin fondo. Los pies le pesaban y la vista se le nublaba, como si, de repente, necesitara lentes para enfocar.

Llenó una bandeja, sin saber muy bien con qué, y siguió a Miqueas hasta una mesa libre.

—¿Sabes cuánto tarda en morirse nuestro núcleo? —preguntó nada más sentarse.

Miqueas resopló, las mechas doradas de su flequillo que le escondían las cejas se alzaron por la corriente de aire.

—Madelyne te dio la bienvenida. —Sonrió tranquilizante—. No te preocupes. No nos dejan morir, no antes de que hagan lo que quieran con nosotros. Los apagadores —dijo, indicando con un movimiento de cabeza sus muñequeras— están programados para darles un impulso eléctrico a nuestros núcleos a intervalos determinados de tiempo. Si acabas de entrar, lo harán con frecuencia. Luego aumentan el periodo para testar tus límites.

Anahy removió la comida. Probó un bocado y le supo amargo. Su garganta se negaba a ayudarla tragar.

—No sé qué esperar —confesó. Ayudaba saber que no les daría trabajo pronto a los que cargaban con los cuerpos sin vida.

—No esperes nada bueno. Todos estos —Miqueas le indicó con el tenedor a los ergys— son nuestros enemigos. No obtendrás ayuda de nadie. Lo siento —añadió después de una pausa—. Solo de ti depende cuánto y cómo vivirás. Y de la suerte. Y de... —Se detuvo y torció el gesto—. No, nada. En realidad, no tengo ni idea de qué hablo.

—Gracias por la... —Anahy se detuvo con el tenedor a medio camino hacia su boca.

Blaze y Raisa acababan de entrar y detrás de ellos, con pinta de intentar pasar desapercibido, estaba Sasha. Su corazón se aceleró y bajó el tenedor. Su mano temblaba tanto que tuvo miedo de equivocarse y sacarse un ojo.

Raisa necesitó un segundo para verla, o eso pensó, hasta que la chica la saludó agitando los

dedos en el aire, pasó por su lado y se sentó en la silla contigua a la de Miqueas.

—Buen chico —dijo, robando una rodaja de manzana de su plato—. Come. Tenemos cita en media hora.

—Me alegro de verte, Anahy —saludó Blaze, empujándola amistosamente en el hombro.

—Se pone interesante. —Miqueas sonrió con la boca abierta, sus ojos adquiriendo un alto grado de brillantez—. ¿Os conocéis?

Anahy se aclaró la garganta, apresurándose a responder antes de que lo hiciera otro.

—Sí. Este es el que me trajo aquí —dijo, indicando a Sasha que se acercaba con pasos muy pequeños y las manos metidas en los bolsillos delanteros del mono rojo.

—Vaya, huelo algo bueno —continuó Miqueas—. Y no se trata de tu perfume, cariño —ronroneó, metiendo la nariz en el cuello de Raisa.

—Corta el rollo. —Blaze se inclinó y lo forzó a separarse, levantándolo del dobladillo de la camiseta. Con el dedo índice y el medio señaló sus ojos y luego a Miqueas, indicándole que no perdía de vista, mientras se alejaba caminando al revés.

—¡Busca un plato que ponga «sentido del humor»! —le gritó el acusado.

—Basta, Miqueas.

El chico se calló de repente cuando habló Raisa. Se inclinaron el uno hacia el otro y empezaron a hablar en voz baja. Él protestaba, pero la sonrisa no se borraba de su rostro y el brillo de su mirada no desaparecía.

El hecho de haberla abandonado la dejó en una situación complicada. Sasha se había sentado a su lado y a pesar de que se negaba a reconocer su presencia, notaba sus ojos en ella como si de un foco de gran potencia se tratara. Por suerte, las esposas lograban su propósito y su energía no revoloteaba, a pesar de que no le faltaban las ganas de agredirlo. Podía intentarlo con los puños. O usar el tenedor. Mientras buscaba algún tipo de arma, él entró en su cabeza.

Te veo bien.

Debería haberse acostumbrado a la rareza de su comunicación especial, pero no paraba de sorprenderse cada vez que Sasha lo hacía. No se parecía en nada a mantener una discusión normal y poder averiguar por la mirada del interlocutor qué iba a decir. Cuando hablaban en sus mentes, era como si estuviera ciega o rodeada por una oscuridad total. No podía deducir de dónde llegaba el sonido, cuándo, o el tipo de noticias que anunciaría. Se prometió que trabajaría en levantar unas barreras para impedirle que pasara por el interior de su mente como si fuera una plaza pública.

¿Sigues enfadada conmigo?

Anahy mordió una hoja verde y empezó a masticar despacio.

Sé que me escuchas, insistió Sasha.

Lo que la convenció de contestarle fue el leve tono burlón que notó y la ausencia de cualquier sentimiento de arrepentimiento.

Muérete.

Sasha rio en voz alta y los chicos interrumpieron sus asuntos para entender cuál era el motivo de su alegría.

Te amo, mi dragona.

—¿¡Qué! —Anahy dejó caer el tenedor en el plato. Gritó, olvidándose de mantener la comunicación a nivel mental.

—¿Qué pasa? —inquirió Raisa.

Con todos los ojos encima, a Anahy le costó inventar una mentira. Sentía las mejillas en llamas, a pesar de que la fuerza de la energía no había aumentado en su pecho. De todos los momentos de su vida, era el peor que podría haber elegido para ruborizarse de forma natural. Agitó la cabeza

para ganar tiempo.

—Nada. Me pareció ver un gusano en mi comida. Creo que estaba solo en mi mente —explicó, alzando una ceja hacia Sasha.

No pudo sostenerle la mirada. Había tantas emociones luchando para ocupar un lugar que el azul de sus ojos explotaba en una multitud de tonos luminosos. Sus labios levemente entreabiertos como si se prepararan para sonreír, pero no se decidieran a hacerlo, atrajeron su atención. A pesar de aparentar calma, las facciones de Sasha estaban tensas, las líneas de su rostro, estiradas. Su declaración la había dejado estupefacta.

¡Idiota!, espetó en forma de pensamientos. *No juegues*. Esperó hasta que tuvo claro que no recibiría respuesta para continuar. *Estoy bastante jodida ahora mismo*. *Por tu culpa*, aclaró, los nervios apoderándose de ella. *Te odio, no te quiero cerca de mí, y tus sentimientos me dejan indiferente*.

Se movió con la intención de levantarse y disculparse ante los otros, pero Sasha se lo impidió, encerrándole los dedos bajo la mesa.

No me importa. Eres tú la que invadiste mi vida. Eres tú la que no te fuiste, aunque te lo pedí un millar de veces. Eres tú la que destrozaste mis defensas. Es demasiado tarde para que quieras alejarme. No lo permitiré, Anahy. No antes de que me escuches, no antes de que me entiendas.

Sasha habló tan rápido que tuvo la impresión de haber siseado. Después se levantó de la silla, alejándose antes de que ella pudiera encontrar una respuesta.

Se quedó boquiabierta mirando su espalda.

—¿Qué pasa entre vosotros? —La pregunta se le antojó lejana, su mente todavía estaba ocupada con el discurso de Sasha.

Se giró hacia Raisa, esforzándose para abrir la boca.

—Nada.

La chica se inclinó hasta estar cerca de ella y habló en voz baja.

—No descansaré hasta que me entere de la verdad.

Anahy no dudó de su afirmación.

Alguien debería encontrar un sinónimo más real para el refrán «encontrarse entre la espada y la pared», pensó preocupada. Estaba amenazada por un ejército de espadas. Era inevitable que tarde o temprano alguna la atravesara.

8

*Fuego, agua, tierra y aire.
Invencibles y temibles.*

Carta de La Creadora

—¿Qué haces aquí? —chilló Anahy.

Había conseguido tranquilizarse durante el camino de regreso de la comida. Las fuerzas y las ganas para luchar se le habían acabado, enterradas en el suelo metálico de aquel sitio. En el Éter no era especial. Era una entre un montón con sus habilidades, mucho mejor preparados. Dejó que el guardia la guiara en el camino de vuelta, pues el lugar era un laberinto. Demasiado tarde se percató de que no regresaban a su cuarto. En el sitio donde habían llegado el número de avisos de peligro era impresionante, las puertas negras, no grises, y el aire, más frío. Vislumbró dos pequeños dígitos al principio del pasillo, pero desconocía si el «13» era el número de planta o tenía otro significado.

—Allí —dijo su guardia, ayudándola a entrar mediante un suave empujón.

Lo primero que vio fue a Sasha. Se giró con la intención de salir, pero el guardia le cerró la puerta en las narices. Buscó algún dispositivo que lo abriera desde dentro. Al no encontrarlo, le propinó una patada.

«De nuevo entre la espada y la pared», se dijo, haciendo un mohín.

—¿La Creadora no tenía un infierno donde reunía a todos los desgraciados? ¿Por qué sigues en este plano?

—Te tengo asignada, me encargaré de ti a partir de ahora.

—No te acepto —le informó ella alzando el mentón.

Se frotó las muñecas. Le habían quitado las esposas, pero la sensación de llevarlas no había desaparecido.

Sasha se aclaró la garganta.

—Me temo que no dispones de esta prerrogativa. De ninguna, de hecho. Está establecido y así quedará.

—Quiero hablar con Madelyne —pidió Anahy.

Al mirar alrededor se le erizó el vello. Paneles metálicos de color negro cubrían el suelo, el techo y las paredes. Encima de una camilla, grilletes, círculos, bandas y tijeras formaban la imagen del esqueleto de una persona. Cuatro maletines enormes esperaban cerrados encima de una mesa.

—No puedes. Madelyne habla contigo cuando ella quiere —dijo Sasha, reanudando la conversación.

—Quiero a otro.

—No lo tendrás. ¿Empezamos? —Sasha hizo ademán de avanzar, pero no se movió hasta que no obtuvo su permiso, un asentimiento de cabeza hecho a regañadientes.

—¿Qué hay que empezar?

Él se acercó y encendió un dispositivo un poco más grande que el comunicador, que estaba incrustado en la pared.

—¿Te leíste el manual? Tienes uno de esos en tu cuarto. Es tu organizador. Sirve de comunicador también. Hay un número de emergencia por si la videocámara falla en la eventualidad de necesitar asistencia —la informó—. Te avisa sobre todas las actividades. Mira, si entro en tu cuenta veo que después tienes otra sesión de exámenes médicos.

—¿Exámenes?

—Es el procedimiento normal —la aseguró Sasha en voz sosegada, como si hubiera hablado con una completa extranjera—. Se repiten muchas veces.

¿Entonces? ¿Saben que puedo curar a los wises?

La única señal de que Sasha la escuchó fue el sobresalto de un músculo en su mandíbula.

¿Qué puedo hacer? Tú me metiste aquí. ¡Dime algo!

Sasha continuó manejando la pantalla del aparato, sin dignarse en prestarle atención.

—Lo tienes todo aquí. —Le indicó que se acercara y le enseñó cómo usar el dispositivo, ignorando sus intentos de establecer la comunicación mental—. Te avisa antes de que tu guardia venga a acompañarte —prosiguió, manteniendo el papel de un desconocido—. Las instrucciones son incluso en audio, por si no te apetece leer, y también hay algunos vídeos descriptivos —dijo mientras abría una de las grabaciones y subía el volumen.

Anahy vio que se quedó con la mirada vacía y se tocó el oído donde tenía el auricular. Torció el gesto y continuó:

—Pero no por eso estamos aquí. Tenemos que crear tu historial. Se tiene interés en saber dónde y cómo te criaste, quiénes han sido tus padres, cualquier tipo de detalle de tu vida fuera de común, una especie de currículum particularizado si quieres llamarlo así. Pero primero vamos a ver cuánto de fuerte es tu núcleo. Tienes que desnudarte.

—¿Eh? Es metafórico, ¿verdad?

—No. Puedes dejar tu ropa aquí —murmuró de camino hacia una puerta.

Anahy lo siguió para dejarle claro que iba a verla desnuda cuando el sol desapareciera del cielo.

A primera vista aparentaba ser un cuarto de baño. Después vio las cadenas, grilletes y pinzas metálicas que colgaban en las paredes. Un cuarto de baño decorado con gusto, y helado. No entendió la razón concreta por la cual cada superficie estaba cubierta por escarcha hasta que se percató de que Sasha era el que congelaba con intención la sala.

Logró avanzar un paso antes de ser cogida por los hombros y empujada contra la pared. Sasha le encerró las muñecas con sus dedos y murmuró furioso a unos centímetros de su rostro:

—Tú sola te metiste aquí. No confiaste en mí.

Sorprendida por su cambio de humor, Anahy pestañeó varias veces. El aire salió apresurado de sus pulmones, pero no la ayudó a tranquilizarse.

—¡Me mentiste! —Procuró no gritar, aunque los chillidos que se guardaba amenazaban con destrozar su garganta—. ¡No te conozco! Me hiciste creer que Cold era malo, pero tú también estás enfermo. ¿Cómo logras esconderlo? ¿Cuántas veces te alimentaste de mí?

A pesar de su ira, entendió que si fuera inteligente debería temer al Sasha que tenía delante. Su rostro era una máscara de cólera, las facciones rígidas y los dientes apretados. No obstante, su fiebre superaba la de él.

—No estoy enfermo. Jamás me alimenté de ti, la primera vez que te conocí tomé un poco para impedir un desastre. Tampoco es que tú fueras un modelo de sinceridad, ¿verdad? De hecho, fuiste y continúas siendo una egoísta. El mundo no gira en torno a tu trasero. Todos tenemos problemas y secretos. Estamos en la misma mierda. ¡Entiéndelo de una puñetera vez y deja de comportarte como una wise con el cerebro afectado por el virus!

Anahy jadeó ante el ataque verbal. Se mordió el labio inferior, negándose a escucharlo, pero sin poder eludir que pudiera tener algo de razón. Agachó la cabeza, pero él no se lo permitió. Cogió sus muñecas con una mano y con la otra le alzó el mentón.

—Soy bruto porque se nos acaba el tiempo, pero estoy de tu lado —dijo más calmado. El fuego de su mirada no desapareció, se transformó en algo más cálido, acogedor. Sus ojos viajaron por el rostro de Anahy—. Sé que te debo explicaciones. Me equivoqué desde el principio. Fallé en todos mis intentos de protegerte. Seguiré intentándolo, pero...

Anahy se sacudió con violencia y él se lo permitió, retirándose unos centímetros.

No quería escucharlo. No podía fiarse de que no volvería a traicionarla. Necesitaba pruebas, no palabras.

Entendiendo sus gestos, Sasha continuó.

—No sé qué hacer para demostrártelo. Haré lo que me pidas.

—Sácame de aquí. —Anahy lo miró a los ojos mientras hablaba y vio la respuesta negativa antes de que él se lo confirmara.

—Es lo único que no puedo hacer.

—¿Puedes intentarlo? —insistió ella, traduciendo de modo correcto un estallido de duda que había visto pasar por su mirada.

—Sí —le prometió Sasha—. Pero no vivas con la esperanza.

—Pues yo también lo intentaré a mi manera —espetó.

—¡No! Haz lo que piden. No hables sin ser preguntada, no levantes la mirada. Sigue las órdenes. Anahy, lo mejor que puedes hacer aquí es reprimir tu personalidad.

—Y una... —Ella empezó a discutir, pero Sasha alzó la mano en un gesto para detenerla.

—Si te rebelas vas a perderme. No puedes permitirte estar sola aquí. —Cerró los ojos y se acercó, dejando descansar la frente sobre la de ella—. Yo... te quiero a mi lado —susurró Sasha. Acercó sus caderas y le liberó las manos para coger sus mejillas—. Necesito perderme entre tus brazos, ahogar los gritos de mi cerebro con tus jadeos. Te quiero a ti, Dragona. —Su boca indagó por su cuello sin llegar a hacer lo que declaraba desear—. Te convertiste en todo lo que cuenta. Mi único mundo. No lo quemes, por favor.

Las rodillas de Anahy fallaron. Sus manos le gritaban obscenidades porque se negaba a abrazarlo. Su cuerpo se había tensado tanto que notaba los huesos a punto de traspasar la piel en el intento de no moverse contra el de Sasha. En el centro de su pecho, donde el núcleo estaba caliente, se agitó un estallido de esperanza. Ella aguantó la respiración hasta se le nubló la vista y recuperó el control de sus sentidos. Se negó a aceptar el acercamiento, se negó incluso a mirarlo.

—Si no estás por lo menos cerca de sentir algo parecido, dímelo ahora —pidió Sasha, pareciendo que le costaba su siguiente aliento soltar las palabras—. Dímelo ahora y te juro que, aunque me cueste mi corazón en físico, lo haré. Seguiré ayudándote en todo lo que pueda, pero no me acercaré a ti de ese modo.

—Necesito tiempo. —Las dos palabras que Anahy soltó con dificultad fueron suficientes para

que él se alejara—. Te temo cuando no eres ergy.

—¿Qué? —Sasha espetó con incredulidad—. No lo hagas. No soy... No...

—Mi amiga wise. ¿Calixta? —inquirió en un susurro.

—Te juro que está bien.

Anahy soltó un suspiro de alivio.

—Necesito que me lo cuentes todo. Entender tus razones. Entenderte.

Él retrocedió hasta estar cerca de la puerta.

—Estás en tu derecho. Cuando tengas claro qué es lo que quieres, avísame.

Anahy asintió, permitiéndose por primera vez desde que había despertado volver a mirarlo como a un chico normal. No normal como los nulos, sino como el que le había dado lecciones de *snowboard*, había bailado con ella y la había abrazado en el sofá. Entendió que cada día que pasaba acababa con algo de aquel chico, igual como consumía algo de ella. De su inocencia, de sus esperanzas, de sus sueños. Sasha tenía razón: juntos eran más fuertes. Pero ella no estaba segura de poder aceptar un nuevo principio después de aquel desastroso final.

—De acuerdo —repitió, sin saber qué más añadir. Antes de hallar el modo correcto de despedirse, se escuchó el sonido de la puerta del primer cuarto abriéndose y lo que siguió se transformó en una pesadilla.

—Problemas —dijo Sasha, moviéndose con tanta velocidad que no pudo averiguar sus intenciones hasta que fue demasiado tarde.

Anahy se encontró levantada y metida en la cabina de ducha, bajo el chorro de agua fría. Sus chillidos y las maldiciones salieron de su boca con la velocidad de las balas ametralladas.

—¡Te voy a matar, maldito burro! ¡Voy a hacer malabares con tus pelotas! —Pateó a ciegas, ya que usaba las manos para protegerse el rostro—. ¡Suéltame, pedazo de hielo!

—¿Qué está pasando aquí?

A pesar del chapoteo del agua y del rugido de su furia, Anahy escuchó la pregunta formulada en voz imponente. Esperó que su castigo fuera a acabar con la aparición de Madelyne, pero Sasha no finalizó el tratamiento. Siguió forzándola a quedarse bajo el agua.

—No quería desnudarse.

De reojo, Anahy vio que él le sonreía a la directora del Éter. Su comentario burlón tuvo un efecto mayor que el agua helada. Entreabrió los labios, pero Sasha se le adelantó y cambió la dirección de los grifos con la clara intención de hacerla callar.

—¡Hijo de la gran zorra Madre Creadora! Sois unos estúpidos... —Fue todo lo que logró decir, ya que la mano de Sasha le cubrió la boca.

Intentó morderle, pero él le giró el cuello hacia la pared con bastante fuerza.

La furia estalló en su interior. Su cuerpo estaba más dolorido por dentro que por fuera, las chispas explotando bajo la superficie de su piel y quedándose allí por el acoso del agua fría y los dedos helados del ergy.

—Veo que elegí bien, hacéis buen equipo. —Madelyne sonrió y se apoyó en el marco de la puerta—. Estoy muy orgullosa de ti —le dijo a Sasha.

El pecho de Anahy era el centro del incendio y luchaba con todas sus fuerzas para no dejar escapar los quejidos de dolor e impotencia.

—Me encargaré de ti, nula vendida, ¿me oyes? —gruñó forcejando. Procuró de nuevo golpear a Sasha, pero era demasiado fuerte y la posición no la ayudaba. Sus miembros temblaban por el esfuerzo. Lágrimas de agotamiento le corrían por las mejillas, pero, por suerte, su dignidad quedaba entera, ya que no se notaban bajo el agua.

—Lávale la boca, también. La tiene muy sucia —dijo Madelyne riendo.

El sonido de sus carcajadas se repitió una y otra vez en los oídos de Anahy. El control nunca había sido una habilidad que dominara. Algo se rompió en su interior. La ira estalló con la fuerza de una supernova, los gritos rasgaron su garganta. El núcleo de su energía se detonó, sin siquiera percatarse de que lo hacía.

—¡Nooo! —aulló mientras su cuerpo se arqueaba en el suelo. Mantuvo los brazos abiertos y la cabeza alzada por fuerzas sobrenaturales.

No fue una respiración, no fue un jadeo. Junto con el sonido, las llamas traspasaron su garganta y brotaron de su boca como lo harían desde la nariz de un dragón.

El alrededor se convirtió en caos. Una onda de choque se lanzó contra las paredes. Madelyne chilló. Sasha fue empujado hasta caer de espaldas. El tiempo se detuvo por una fracción de segundo y luego el cuerpo de Anahy cayó laxo, su espalda chocó contra el suelo.

Cuando el aire se calmó, el agua seguía corriendo, pero ahora quemaba. El brazo de Sasha estaba en llamas. Las chispas bailaban dentro del cuarto, cualquier partícula de aire ardía y explotaba. El olor a humo y quemado le llenó las fosas nasales.

El silencio que siguió estuvo lleno de ruidos. El agua goteó unos segundos más hasta que Sasha cerró los grifos. Los circuitos estaban quemados, por lo que tuvo que golpear el sistema con el codo. Las chispas se apagaron de una en una, como pasaría con las estrellas del cielo si alguien las cosechara. La estancia era una sauna, el vapor impedía que la vista fuera clara.

—Extraordinario —susurró Madelyne, con la voz llena de admiración. Había asomado la cabeza por la puerta y parecía ilesa.

Anahy miró a Sasha. Aparentaba querer unirse a ella y empezar a llorar. Se apoyó en los codos, buscando la salvación en su mirada. No la encontró.

Si puedes borrar la memoria a corto plazo, sería el momento perfecto de hacerlo, se esforzó en comunicarle por el canal mental.

Él no le contestó, pero dejó caer los hombros en un gesto de tregua.

Madelyne empezó a hablar y las carcajadas histéricas hicieron que el cuerpo de Anahy se estremeciera en el suelo.

Cuando la mujer salió, Sasha desplazó un pie y luego, con un gran esfuerzo, repitió el movimiento con el otro. Se inclinó y se dejó caer ante ella.

Anahy no paraba de reír. Quería levantar la mano y limpiarse las lágrimas, secarse la nariz, pero el cuerpo no le respondía.

Sasha lo hizo por ella. Sus dedos se detuvieron en su mejilla, el pulgar avanzando y secando las gotas en el camino. Frenó la caída de una lágrima. Un relámpago de frío le cortó a través de la piel y la gota quedó suspendida, convirtiéndose en una partícula de hielo. Cuando entendió sus intenciones, era demasiado tarde para hacer algo. Y aunque quisiera haberlo hecho, no le quedaban fuerzas ni para defenderse, mucho menos para luchar.

—No sé arreglarlo de otro modo —susurró él, inclinándose para llegar a su oído. La frialdad de su respiración hizo que el vello de Anahy se pusiera de punta. Luego cerró los labios sobre su boca, no para besarla, sino para inhalar el resto de energía que le quedaba.

9

—¿Qué ha pasado? —Madelyne arrugó el ceño al verlo salir del baño llevando a Anahy en brazos—. ¿Por qué está tan pálida?

Sasha encogió los hombros.

—Se habrá agotado —comentó con indiferencia—. Para que nos sirva deberías considerar permitirle salir para renovarse el núcleo cerca del Corazón.

Las arrugas de la frente de Madelyne se profundizaron al acercarse y estudiar con atención el cuerpo laxo de Anahy.

—Ya lo veremos —dijo en un murmullo. Su mirada evaluó también la apariencia de Sasha, y a pesar de no haber tenido tiempo de mirarse en un espejo, él supo que le ofrecía pruebas de que Anahy era más que un cóctel ordinario. Su piel estaba roja y no podía ocultar las ampollas de los brazos. El rostro le ardía a pesar de haber estado bajo el agua fría—. Tienes quemaduras —comentó ella, sin perderse detalle de su aspecto—. ¿Cómo puede ser? ¿Quién es esta chica?

—Para averiguarlo debes despertarla. De nuevo —comentó mordaz.

—La llevarán en seguida al módulo-hospital. Cuídala bien. Es una joya. Estoy alucinando —declaró Madelyne emocionada.

—Solo descargó su núcleo sin querer. Prueba de que no está entrenada —dijo con desprecio—. Es un cóctel de baja calidad.

—¿Intentas convencerme a mí o a ti? No permitiré más errores. ¿Era necesario helar las videocámaras del cuarto? —le reprochó.

—Lo hago siempre con los nuevos —Sasha le mantuvo la mirada.

—Estoy al tanto de lo que eres capaz —ella sonrió durante un milisegundo—. Pero no vuelvas a hacerlo. No me gusta perderme...

Sasha le dio la espalda, dejando que su voz se desvaneciera a medida que se sumergía en sus pensamientos.

Había visto lo que había hecho Anahy, incluso lo había sentido en su piel. Aun así, no se lo creía. Jamás se había quemado, pero lo que fuera que había salido de Anahy había tenido el poder de dañarlo. Resultaría imposible engañar a Madelyne. Entendería que Anahy era especial y se negaría a liberarla.

Cuando irrumpió en el sueño de Anahy pensó que sus capacidades eran imaginarias, producto de su mente, pero los últimos minutos lo habían noqueado. Recordó las palabras de Eridanus: «Es

la cura».

Sacudió la cabeza en un intento de negar la posibilidad. La miró, sin saber qué o a quién veía. Anahy era un cóctel, una mezcla entre un ergy y una nula. Un peón inocente en un ejército con soldados mucho más poderosos. Amenazaba, gruñía y se agitaba, pero cada paso que daba para avanzar era el equivocado. Caía, se levantaba y perseveraba. ¿Sería posible que fuera la reina disfrazada de peón?

Casi no sentía su peso en sus brazos. Odiaba verla de aquel modo, como una muñeca rota. Cada vez que a Anahy le pasaba algo, un miedo visceral de que no volvería a despertar le agarraba las entrañas.

Sasha se detuvo en el pasillo al encontrarse con el equipo de médicos. Dejó a Anahy en la camilla y se quedó desorientado mientras ellos se la llevaban.

—Madelyne impuso código de alerta en todo el complejo. ¿Qué pasó?

Todavía atontado, casi no hizo caso a la voz preocupada que sonó a su espalda.

—¿Sasha?

Se giró hacia sus amigos, agrupados como para defenderse ante una amenaza desconocida.

—¿Qué hacéis aquí?

—Es el módulo donde se aplicó el código —respondió Raisa, frunciendo el ceño—. ¿Qué pasó? —insistió.

—Anahy sacó fuego por la boca.

Las expresiones cómicas de sus rostros quitaron tensión.

—¿Quieres decir por la boca-boca?

—¿Cómo dices?

—¡Estás chiflado!

Las exclamaciones y los comentarios siguieron un buen rato, pero Sasha no intervino hasta que Stiff hizo la pregunta correcta.

—¿Cómo pasó?

—Creo que detonó su núcleo. Estaba nerviosa, y... —Se detuvo y frotó su rostro.

—El núcleo no se detona por la boca —le contestó Ausa, a pesar de que él se conocía los detalles—. El estallar de un cóctel es parecido al modo como nos convertimos nosotros. Su cuerpo se deshace en moléculas energéticas. Ya que la carga acumulada es demasiado grande, estallan en forma de fuego. Jamás nadie descargó su núcleo por la boca.

—Ya. —Sasha evitó mostrarse de acuerdo. No sabía qué era capaz de hacer Anahy.

—Tienes quemaduras —dijo Raisa, su mirada preguntado más que sus palabras—. Te llevo al módulo-hospital.

—No, no es nada. —Sasha consultó su reloj—: Debo recoger a Indra y arreglar lo suyo. Mientras falte, intentad averiguar si Anahy se recupera y qué planes tiene la jefa con ella.

—Yo lo haré —se ofreció Ausa.

Sasha asintió en agradecimiento e intentó alejarse.

—¿Necesitas ayuda? —lo paró ella.

—No, gracias. Quizá más adelante sí, pero hoy es cosa de instalarla y explicarle las nuevas reglas.

Blaze interrumpió sus pensamientos con unas carcajadas sonoras. Los otros evitaron mirarlo, ocultando las sonrisas bajo las cabezas gachas.

—¿Enseñarle las reglas dices? ¿A Indra? —continuó riéndose Blaze. Se acercó y le tocó el hombro—. Suerte con eso, hermano. Pero me parece que ha heredado la rebeldía de ti.

—He encontrado unas oraciones antiguas. Le pediré a La Creadora que te mande fuerza —

aseguró Ausa—. Si consigo salir antes de la puesta del sol, incluso le llevaré una ofrenda. Y estoy planeando una excursión para todos en el Parque Stank.

Sasha torció el gesto, estremeciéndose al pensar en qué tipo de criatura iba a morir para que La Creadora escuchara a su amiga. Se despidió con una sonrisa confiada. Era verdad que Indra tenía una personalidad inflamable, pero ¿cuál de ellos no era igual? Estaba seguro de que llegarían a entenderse.

Unas horas más tarde su cabeza amenazaba con estallar. Aguantó los chillidos de alegría de la niña y le rogó en vano que dominara su energía y no lanzara fuego contra las paredes.

—¡Lo lograste! ¡Lo lograste! ¡Lo lograste! —Indra chilló y cantó a la vez mientras abría los cajones de su armario y tiraba todo en el suelo—. No quiero esto, eso tampoco. ¿Me comprarás ropa nueva? —preguntó. Sin esperar respuesta, cogió una bandolera y la llenó con pendientes y pulseras, amontonándolas adentro—. Sí, sí, no, no, no —repitió.

Sasha sonrió, esperándola con paciencia. Por lo menos acababa rápido. A su edad, tenía claro lo que quería y lo que iba a abandonar. En unos minutos estaba lista.

—Vamos —ordenó, con las manos en los costados y una sonrisa que deslumbraba.

Sasha le abrió la puerta y ejecutó una reverencia.

—Después de ti.

Indra asomó la cabeza, pero no avanzó.

—¿Izquierda o derecha? —inquirió en voz trémula.

—Mejor vamos juntos. —Sasha cogió su mano y la guio por el pasillo. Cogió el ascensor que los llevaría a la salida y procuró prepararla—. Te va a parecer un poco raro afuera. Tardarás un poco en acostumbrarte. La luz es diferente, los colores...

Se aclaró la garganta, pero no logró continuar. ¿Cómo se le explicaba a un niño que había nacido y se había criado bajo tierra lo que era la vida?

Indra estrechó sus dedos con más fuerza.

—No será peor que aquí.

—No, no lo será.

Había hablado con Cadence para que se encargara de Indra hasta que lograra poner orden en su vida. Creía que era buena idea y le resolvía más problemas a la vez. Confiaba en que la mujer podría con Indra, no debía ser más difícil de lo que había sido criar a Anahy, y les daba a ambas algo para hacer. Tendría cuidado de pasar con ella lo máximo de tiempo para que no le diera la impresión de que la abandonaba. Insistiría hasta que Indra se sintiera a salvo.

—Vas a estar bien. Te he preparado...

Sasha se detuvo cuando las puertas del ascensor se abrieron. Madelyne, Stiff y Ausa esperaban para entrar. Con un gesto impasible, cogió a Indra en brazos. La niña se aferró a su cuello y pudo sentir cómo galopaba su corazón.

—¿Os vais? —preguntó Ausa—. Buena suerte, cariño. —Le mandó un beso a Indra.

Stiff se limitó a asentir con un gesto corto.

Sasha esperó que Madelyne protestara de algún modo. Fijaba a Indra con la mirada con tanta intensidad que la niña ocultó el rostro en el pecho de Sasha.

—¿Hay algún problema? —Sasha alzó ambas cejas en interrogación. No logró que Madelyne lo mirara a él.

Al final, ella habló.

—No. Es tu problema a partir de ahora. Espero no volver a verte por aquí, señorita —dijo.

De modo curioso, su voz se rompió al final de la frase. Entró en el ascensor tan apresurada que empujó a Sasha con el hombro. Cuando las puertas se cerraron, ella estaba de cara al lado opuesto.

—Ya está. —Sasha tranquilizó a Indra. La tuvo en brazos hasta el coche. La aseguró en el asiento y condujo en silencio hasta que Indra dio señales de que se encontraba mejor. Entonces le explicó su plan.

—¿Por qué no puedo vivir contigo? —protestó ella.

Sasha apoyó el codo en la ventana para conducir con una mano y frotarse la frente con la otra.

—¿Es necesario volver a explicártelo? —pidió en voz cansada.

La niña soltó un bufido.

—No, pero no me lo esperaba. Cuando dijiste que ibas a sacarme...

—Y te saqué. Solo que no estoy preparado para cuidarte del modo que lo necesitas. Ahora mismo tengo unos problemas... —Se detuvo, procurando encontrar una explicación—. De momento no me es posible hacer más. Vamos a ser felices con lo que hemos conseguido, ¿de acuerdo?

Indra asintió.

Justo cuando les faltaba poco para llegar y daba por zanjado el asunto, la muchacha estalló.

—¿Pero llevarme con una nula? —vociferó, tan cabreada que la notaba a punto de humear. Hizo un mohín y se dio por vencida ante la mirada de Sasha—. Vale, vale. No es que no me guste la idea, suena genial aprender a vivir como nulo, pero me preocupo por la pobre mujer.

«Yo también».

—Vais a estar bien —declaró él con una confianza que no sentía—. Si no te encuentras confortable, llámame. Te prometo que voy a encontrar otra solución.

—¿A partir de ahora puedo llamarte «padre»?

El coche se desvió del camino tan de repente que a Sasha no le quedó otra que chamuscar los circuitos eléctricos para detenerlo. Se concentró en llevarlo hasta una zona segura de la carretera mientras se preparaba para aquella discusión.

—Lo sabías —susurró torciendo el gesto.

La pequeña se rio, aunque la amargura de su voz se hizo notar.

—No hay secretos en el Éter.

—Indra... tú eres mi hija, pero... —Sasha tosió varias veces. Se preguntó dónde estaba Ausa y por qué La Creadora no había escuchado sus plegarias y venido a rescatarlo—. Te usaban para controlarme y si te lo han dicho sospecho que me usaban para persuadirte. Siento no haberlo compartido contigo.

Ella encogió los hombros sin mirarlo.

—¿No me crees?

Indra repitió el gesto.

—Pensé que era mejor así. —Cuando el silencio se hizo eterno Sasha decidió renunciar a convencerla en aquel momento. Pero antes de reparar los circuitos eléctricos del coche, Indra susurró:

—Creía que no te importaba.

—¿Qué?

Por tercera vez, la pequeña alzó un hombro y lo dejó caer.

—¿Qué nos repiten en el Éter? No somos nadie. No somos nada. En el mundo tenemos el tamaño de un guisante y la importancia de...

—...una gota de agua —Finalizó él. Era el antiguo lema con el que lavaban el cerebro a los

niños—. ¿Pero no sabes que a un guisante le basta una gota de agua para echar raíces? Indra, me importas y mucho. Y da igual que seas mi sangre en concreto. Me importan todos. Me gustaría haber podido hacer más, salvar a cada uno, nuestro mundo entero. Lo siento.

Ella no se volvió, pero por el sutil cambio de su postura, Sasha imaginó que había esperanza.

—Gronk tiene cinco hijos —comentó la niña en voz baja recordándole a un ergy que hacía mucho que no veía—. No salvó a ninguno. Darren tiene tres, Vikka B. dos...

—Para —le pidió, odiando que le recordara los enfermizos que eran los métodos del Éter. En su busca por la cura habían llegado a enfermar de indiferencia.

Indra no le hizo caso.

—Me dijeron que estoy loca como mi madre.

Sasha rio porque ella lo declaró de forma desafiante, como si presumiera de ello.

—Tu madre ya estaba enferma cuando la fertilizaron... le inocularon...

—¿Cuándo me pusieron en su barriga?

Agradeció la poca inocencia que le quedaba a la pequeña. Un poco más en el Éter y la hubiese perdido. Él era un poco mayor que ella cuando había entrado y todavía un niño por los estándares de los nullos cuando Madelyne le había informado de que era padre. No conocía a la wise que había llevado el embarazo. Ni por aquel entonces Madelyne se fiaba de él.

Asintió.

—Sí. El embarazo, el virus y los tratamientos que probaron con ella la debilitaron, pero no tenía problemas mentales —le aseguró, a pesar de no saber si era verdad—. Lo que importa es que para ti se acabó. Eres libre.

—¿Qué te costó mi libertad? —inquirió ella cuando pensaba que habían acabado.

—No mucho. Ni de lejos tanto como vales y no es un precio que no pueda pagar. Haría lo que fuera por ti. Recuérdalo siempre —le pidió, inclinándose para abrazarla.

Indra se mantuvo callada el resto del trayecto.

Cadence los recibió con una sonrisa temblorosa. Era evidente que se alegraba por la compañía y que cuidaría a Indra, pero su mirada inquisitiva buscaba la de Sasha demasiadas veces. De algún modo logró mantener una conversación frívola durante la cena. No obstante, justo como había supuesto, después de que Indra se acomodara en su nueva habitación, Cadence lo arrinconó.

—Hace días que no me cuentas nada. ¿Cómo está Anahy? ¿Lograrás sacarla también? ¿Cuándo puedo verla?

Sasha le pidió que lo acompañara fuera y se sentó en un escalón superior de la entrada.

—No tienes buenas noticias, ¿verdad? —Cadence se acomodó a su lado, juntando las manos sobre las rodillas.

—No. —Se apresuró a continuar para no alarmarla demasiado y le contó los sucesos recientes.

La mujer se quedó en silencio un largo rato.

—No sé qué hacer —dijo ella.

Sasha entendió que estaba pensando en su familia, en la hija biológica que la esperaba en casa y en su pareja. Habían discutido y él había intentado convencerla de que se fuera. Cuando se había negado rotundamente, le había propuesto lo de Indra, con la esperanza de que fuera a mantenerla ocupada.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó después.

Sasha sonrió, pensando en cuantas propuestas de ayuda tenía y que ninguna le servía.

—No. Lo único que te pido y que puedes hacer es quedarte lo más lejos posible. No llames la atención hacia ti.

—¿Así que no tienes esperanzas de que Anahy vaya a salir pronto? —inquirió ella, pasando por

encima de su comentario.

—Si el mundo no acaba mañana, no, no las tengo —reconoció con la mirada perdida en la oscuridad.



—No te acerques a mí, o... —Anahy esperó que la expresión fiera de su rostro tuviera más efecto que la falsa amenaza en el especialista que le daba la espalda.

No podía hacer nada tendida en la camilla y atada como un convicto. Los monitores que la rodeaban y enseñaban varias partes de su cuerpo se burlaban de sus intentos.

—No hay porque preocuparse, señorita Drusher. No tengo intención de lastimarla.

—¿Cuáles son tus intenciones, entonces? —refunfuñó forcejeando, pero no logró desplazarse. Una de las pantallas le devolvió la imagen de su rostro enfurecido y se percató de que el morado no era un color favorable para su piel. Por desgracia, solo la ira le tintaba las mejillas. En su interior, la energía dormía plácidamente, como si hubiera encontrado su nirvana.

—Estoy aquí para hacer mi trabajo —dijo el hombre, suspirando con una combinación de aburrimiento y molestia.

Anahy alzó la cabeza los milímetros que le permitió la cinta metálica que apretaba su frente, pero solo consiguió ver su espalda. El mono blanco que llevaba y que le cubría el cuerpo entero no le dio ningún indicio de su apariencia, edad, o su humor. Se sorprendió cuando él se alejó de la pantalla que estudiaba y se acercó, pues no se parecía en nada a la imagen de un médico que ella tenía formada. Aparentaba aproximadamente unos treinta años, y estaba segura de que se trataba de un wise.

«Estoy hiperventilando y tengo alucinaciones», se dijo, interpretando su respiración precipitada como una falta de oxígeno en su cerebro. No podía ser que el médico que se encargaba de ella fuera un wise. Cualquiera podría tener el pelo negro, muy corto, ojos azules de mirada bastante profunda como para inquietarla, mentón decidido, facciones esculpidas, piel de mármol blanco...

—¡Santa Madre! —gritó cuando él se inclinó para verificar algo en un lado de su cabeza y le rozó el cuello con los dedos enguantados—. ¡Eres un maldito glaciador! —vociferó, procurando alejarse de la frialdad de su piel que se apreciaba incluso a través del material del traje.

—Si estás lo bastante tranquila, podemos trasladarte. He acabado mi parte —la informó él.

—¿Qué parte? ¿Qué me hiciste? Te juro que si me tocaste o agujereaste o pusiste tus manos en

mí... —Anahy bajó la voz a medida que acababa la frase, entendiendo que hacía el ridículo con sus amenazas. Podrían haberla sometido a cualquier prueba y ella no lo sabría jamás.

Inspiró hondo y volvió a hacerlo al notar una suave fragancia a limón. La ausencia del olor a antisépticos la esperanzó y se consoló con que vestía pantalón y camiseta.

Él se rio como si le hubiera contado un chiste muy bueno, logrando que se preguntara si podía leerle los pensamientos.

—Lista para el traslado —dijo, hablándole a una de las videocámaras que les vigilaban. Después añadió para ella—: Es mejor que permanezcas tendida durante un rato.

Anahy enloqueció por el deseo de ser liberada. Necesitaba palpase el cuerpo, asegurarse de que no encontraría nada raro. No tenía idea de lo que le habían hecho y no sentía el efecto de la medicación o de las pruebas médicas. Era ella misma, un poco letárgica, pero en buen estado de conservación si tenía en cuenta las condiciones. ¿Quién podía pavonearse de que había hecho de dragón y sobrevivir para contarlo? Aquellos seres mitológicos habían sido la guardia personal de La Creadora y la habían acompañado en la tumba. ¿Sería ella la encarnación de alguno? Solo esperaba que no le salieran escamas.

Anahy sintió que se mareaba por las implicaciones de su error. Si había guardado alguna pequeñísima esperanza de que, de un modo u otro, saldría de Éter, la había tirado al retrete cuando le enseñó a Madelyne su más «ardiente» secreto. No contaba el hecho de que ni ella misma conocía los límites de su núcleo. No importaba que hasta hacia poco no supiera que tenía algún poder. De repente se encontraba con una nueva ella, una que adquiriría habilidades cada día, una Anahy que se levantaba para enseñarles a todos lo que podía hacer. Para sorprender al mundo.

«Vaya si lo hiciste», se regañó.

—Intenta quedarte tranquila —le recomendó el médico—. Tu núcleo sufrió una conmoción. Lo arreglamos, pero te sugiero que le permitas descansar un rato. ¿Es necesario que usemos los apagadores?

Anahy negó con fervor.

Se tragó la agresividad y los comentarios cáusticos, manteniendo los ojos bien abiertos durante el camino hacia, suponía, su cuarto. Era un nuevo intento de conocer el sitio, pero un nuevo intento fracasado. Los cuatro guardias que la custodiaban le dejaron como vista el techo. Después de pasar por tantos pasillos que perdió el número, cambiar tres veces de ascensor y contar un millar de luces, se detuvieron delante de una puerta. Suspiró aliviada cuando le desataron las correas y le permitieron entrar. Se frotó los miembros para poner la sangre en circulación y miró fugaz la cama, desechando la idea de sentarse. Necesitaba acción, pensó, y enseguida se echó a reír a carcajadas histéricas porque era la peor idea posible. «Nada de acción para ti», se dijo, tendiéndose de espaldas en el colchón.

Pero no tener nada que hacer le daba tiempo para pensar y tampoco le apetecía hacerlo.

Nada de acción, nada de pensamientos, insistió cuando el rostro de Sasha se coló en su mente.

—¡Vete a hacer puñetas! —espetó, levantándose de un salto.

Como era de esperar, el maldito no la escuchó. Anahy recordó desde su primer encuentro hasta el último, sonriendo o frunciendo el entrecejo, dependiendo de la situación. Después de pisar el suelo hasta que le dolieron los talones, llegó a algunas conclusiones. Empezó a contar en silencio con los dedos mientras seguía caminando.

Que fuera ergy o wise, Sasha no le era indiferente. De hecho, no tenía derecho a quejarse, dado que no sabía lo que era ella misma y no sabía lo que quería. ¿Al ergy travieso y demasiado protector o al wise frío dispuesto a matar por ella sin pensárselo dos veces? ¿De qué más era capaz Sasha? ¿Cuál era su verdadero carácter?

Le dolían los momentos felices que habían compartido. ¿Todo había sido mentira? ¿Se había aprovechado de su inocencia? Le dolía su propia estupidez y lo culpaba a él.

No era justo, tampoco ayudaba a que se sintiera mejor. Sus sentimientos no habían desaparecido. No negaba que continuaba sintiéndose atraída por él, físicamente, y que añoraba aquella conexión particular que compartían. Ella se había valido de sí misma para sobrevivir, pero con Sasha... era como si ya no estuviera sola. No lo necesitaba para que la protegiera, pero sí para que la regañara cuando se equivocaba, para enseñarle en lo desconocido y para que usara su hombro cuando se cansaba.

No soy tu padre, escuchó con claridad la voz de Sasha en su cabeza. Incluso se imaginó su sonrisa burlona y la mirada un pelín desilusionada.

Anahy agitó la cabeza en negación.

No necesitaba un padre, aunque sería bueno saber por dónde andaba el suyo. Necesitaba un compañero. Uno que aprobara sus errores, que respetara su espacio y que supiera cuándo podía invadirlo.

—Alguien que me entienda sin palabras —susurró Anahy.

No obstante, aunque fuera por lo que más sufría, la amistad, el romance y la familia, no podía resolver nada en el Éter. Y no importaba cuánto la mantenían de ocupada, no podía olvidar aquella noche. La tristeza y la furia iban de la mano.

Tenía que salir y para eso debía ser una niña buena. La mejor.

Lo intentó durante los siguientes días. No protestó ni en su mente. Sonrió a todas las videocámaras, siguió a los guardias, les permitió que la agujonearan, palparan, giraran y tumbaran. Les dejó que la estudiaran como al animal exótico que era. No paraban de lanzar preguntas y de enseñarle imágenes de su pasado, algunas que ni ella misma recordaba. Su primer y último intento de tener un novio, un par de amigos de corta duración, los accidentes, las huidas, su juventud, sus padres. Tuvieron interés especial en su padre, y eso la alegró, pues le enseñaron imágenes que jamás había visto. No se atrevió a preguntar si lo conocían, si sabían dónde estaba, pero estudió en detalle el archivo. Habían recopilado cada segundo de su vida. Se dio cuenta que jugaban con sus emociones cuando la llevaron al módulo de los niños. Regresó hecha polvo y se planteó la posibilidad de ayudarlos. Si podía curar a los ergy, quería hacerlo. Si era la única con aquel poder, era indiscutible que debía dejar de pensar en ella misma.

Una vez decidida, Anahy actuó:

—Quiero hablar con Madelyne —dijo delante del comunicador de la pared. Esperó de brazos cruzados, pero después de un tiempo entendió que no iba a recibir respuesta. Empezó a teclear sin prestar atención a lo que hacía, abriendo todas las ventanas de emergencias que encontró.

Cada momento que pasaba en silencio aumentaba su ansiedad.

—¡Quiero hablar con Madelyne! —demandó esta vez, pasándose por delante de todas las cámaras vídeos que conocía.

Pensó en destrozar el cuarto, pero la detuvo el recuerdo del castigo que le había impuesto Madelyne cuando había despertado e intentado herir a Sasha. Descartó también inundar el cuarto de baño y el suyo porque no creía que fuera lo suficientemente grave como para llevarla hasta la directora.

Regresó delante de una de las cámaras y declaró:

—Dile a Madelyne que yo curé a Cold. Quiero verla ahora mismo o no conseguirá, de ningún modo, que otra palabra salga de mi boca.



No pasó un minuto antes de que se abriera la puerta de su habitación. Dos guardias la esperaban.

—La directora exige tu presencia —la informó uno.

—¿Ah, sí? —Anahy sonrió, y, por primera vez desde que estaba en el Éter, los acompañó con ganas.

Volvió a recorrer pasillos y cambiar ascensores, esperando que el último la llevara hasta Madelyne.

—¿Está en el centro del planeta? —se burló cuando pareció que no iban a llegar nunca.

Su decisión se debilitaba con los minutos que pasaban. No tenía preparada una historia y no había avisado a Sasha y al resto. No quería implicarlos y no sabía qué había contado Cold. Esperaba que la directora estuviera más interesada en que podría hacerlo y no en cómo lo había hecho la primera vez.

—Aquí —la detuvo un guardia, enseñándole una puerta.

Cuando esta se abrió, la impulsó a entrar con un pequeño empujón.

Anahy se quedó ciega. La luz estaba tan brillante que la forzó a cerrar los párpados con fuerza.

—Señorita Drusher, entiendo que quieres contarme una historia.

Anahy reconoció la voz de Madelyne, pero todavía no podía ver. Se llevó las manos a la frente y procuró mirar por entre los dedos. Poco a poco se acostumbró a la luz. Entendió que se encontraba en una estancia enorme. No veía paredes, todo eran centelleos. El suelo estaba pulido como un espejo, pero no reflejaba su imagen en tamaño natural. Por la culpa del sistema de iluminación, las sombras y los reflejos estaban cortados en fragmentos irreconocibles.

—Hola. Sí. En cuanto vea algo —farfulló.

—Gírate hacia la derecha y sigue. Estamos aquí —le indicó Madelyne.

Anahy siguió las instrucciones. No le gustó aquel plural. Tenía que hablar con Madelyne a solas.

—Quizá no es el momento —se disculpó.

Entonces vio a la directora y por qué no estaba sola. El espacio le recordó mucho al módulo-hospital. Madelyne estudiaba un par de pantallas y a su espalda, separada por una pared transparente había una cama. Al principio, Anahy no reconoció la forma que se contorsionaba.

Pero los gritos que levantaba por el sistema audio encendido hicieron que se quedara sin moverse. Su núcleo reaccionó antes de poder controlarlo. Su cuerpo se calentó, las piernas se quedaron firmes y los músculos se endurecieron para aguantar la carga de la energía.

—Apagadores —dijo Madelyne en voz tranquila.

Sin que Anahy se percatara, lanzó por el aire una especie de bola. Cuando la alcanzó se deshizo en un látigo que le encerró el cuello. Su núcleo se sofocó con el mismo sonido de una hoguera asfixiada por el agua.

Anahy agradeció que, esta vez, el método no fuera doloroso.

—Debes aprender a controlarte más —la regañó Madelyne—. Te pondré sesiones de entrenamiento. ¿De qué se trata? —inquirió, levantando la mirada de las pantallas por un solo instante.

Anahy estaba segura de que la habían informado. Por alguna razón, la directora no la creía o no la tomaba en serio.

—Esperaba que pudiéramos hablar a solas.

—No nos escucha —respondió Madelyne.

Incómoda por el collar apagador, Anahy se acercó. La criatura del cuarto contiguo soltó un grito y saltó de la cama.

—¡No puedo más! —Se pegó a la pared transparente—. ¡Madelyne, no puedo más!

Anahy se estremeció al reconocer a Ausa. Tenía el rostro pálido y sudoroso, descompuesto por el dolor, los ojos inyectados, los labios secos y en carne viva. Llevaba un uniforme sencillo, pantalón y camiseta rojos, y lo que dejaban a descubierto eran huesos estirados, codos afilados y la clavícula se le marcaba demasiado.

Madelyne no se giró hacia la pared que les separaba, habló delante de una pantalla.

—Puedes más. Has batido tu récord. Puede que lo consigas hoy —discutió.

—¡No! ¡Por favor! ¡Nooo! —Ausa golpeó la pared. Sus intentos eran débiles, le costaba hasta levantar la mano.

—Será mejor que hablemos en privado —dijo Madelyne. Se levantó de la silla e invitó a Anahy que la acompañara hacia la puerta.

Anahy se movió solo después de mirar otra vez a Ausa. No encontró ninguna señal de reconocimiento en su rostro. La última imagen que tuvo antes de salir fue la de Ausa desplomándose en el suelo.

—Debes llamar al equipo médico —le pidió a Madelyne—. Acaba de desmayarse.

La directora mandó a los dos guardias a retirarse con un gesto.

—Cuéntame. ¿Cómo curaste a Cold?

Anahy abrió la boca y volvió a cerrarla. Era evidente que a Madelyne le daba igual lo que le pasaba a Ausa, pero a ella no. No así se había imaginado la discusión. Cuanto más se atrasaba, más tardaba en llegar la ayuda para la chica ergy.

—Lo conocí en la universidad —empezó—. No sabía que estaba enfermo, lo tomé por un nulo.

—Pero él sabía lo que eras tú —Madelyne asintió pensativa.

—No. No lo sé —reconoció Anahy—. Pero creo que se alimentaba de mí. Cuando lo entendí me cabreé e intenté matarlo. Le corté en una mano y procuré infectarlo con mi sangre. Resulta que lo curé.

Madelyne alzó las cejas y empezó a reír.

—Pequeña cóctel guerrera. Haces que pierda el tiempo. Si pudieras curar a algún wise lo hubiera sabido desde el momento en el que llegaste aquí. Tus constantes son normales. No sé qué te imaginaste que obtendrías. Pero despertaste mi curiosidad. ¿Cómo entendiste que se alimentaba

de ti?

—Eso... —Anahy no tenía preparada la respuesta—. Por favor, ¿puedes ayudar a AUSA?

—Entiendo. —Madelyne frunció los labios—. Esta discusión acaba de empezar. Cuando la retomemos, espero que tengas la explicación completa.

La directora la despidió con un gesto de cabeza y los guardias aparecieron a su lado.

Anahy regresó a su cuarto en silencio, preocupada por AUSA y sin saber muy bien qué iba a contarle a Madelyne. Una vez más, seguir sus impulsos no había sido una buena idea. Necesitaba avisar a Sasha, ponerse de acuerdo sobre una historia. No sabía quiénes del grupo eran sus verdaderos amigos o si tendría alguno. Pero no estaba dispuesta a empezar una pelea de egos en el centro. Habría tiempo para explicaciones, para perdón y para castigos.

El problema era que no había vuelto a ver a nadie conocido. Los empleados le traían la comida a su cuarto o al módulo médico.

Después de regresar del encuentro con Madelyne, no habían vuelto a llamarla. Estaba esperando sentada en el margen de la cama, haciéndose una película en la cabeza de lo que fuera que le habían preparado. Pensó en los métodos que usaban en el Éter, en AUSA, en los ergys enfermos, en su madre y su media hermana, en los días de antes de llegar a la isla. Habló consigo misma sobre errores y oportunidades, culpa y ocasiones perdidas. Pensó tanto que llegó a la fase de imaginar modos de cómo podría arrancarse la cabeza.

No tuvo éxito en ponerse en contacto mentalmente con Sasha. Se imaginó la conexión, rogó, maldijo y exigió, pero no le llegó respuesta.

Los siguientes días fueron tranquilos si los comparaba con los anteriores. Tuvo una especie de reunión con otros cócteles, que acabó por deprimirla. No se sentía parte de aquel grupo de jóvenes que compartían ojeras, miradas asustadas y temblaban por cualquier sonido. La convencieron de que debía hacer algo para que les salvara, aunque no podía salvarse a sí misma.

Siguieron otras dos sesiones en el módulo-hospital y un encuentro con Madelyne que se limitó a repetirle las preguntas sobre la noche cuando Sasha la había traído en el Éter. Anahy ya no recordaba lo que le había contestado las otras veces y en aquel punto ni le importaba. Respondió con sequedad, preocupada más porque la directora no insistía en averiguar cómo había curado a Cold.

Aquel día no la habían llamado. Anahy no se había molestado ni en ducharse. Se abrazaba en la cama, hecha un ovillo, a punto de romperse imaginándose que aquella iba a ser su vida.

Un pitido agudo interrumpió su pasatiempo. Se tapó los oídos, buscando el culpable del ruido. El intercomunicador se encendía y se apagaba en cuestión de segundos. Procuró leer la información de donde estaba, con miedo de que las piernas no iban a ayudarla si se levantaba.

«Entrenamiento. Diez minutos. Tecla verde para confirmar», ponía en la pantalla.

Se acercó para asegurarse de que había entendido bien y presionó la tecla pedida.

«Gracias», apareció a continuación.

—No hay de qué —comentó en voz alta.

Dudaba que la pusieran a levantar pesas. Madelyne le había informado que era otro modo de forzar sus límites y educarla en el espíritu del centro. Apostaría a que en el entrenamiento la esperaban instructores con el núcleo fallecido.

—¿Y unas vacaciones para cuándo? —susurró, frotándose la pequeña herida del antebrazo, una pequeña rozadura que había aparecido después de una sesión de pruebas médicas—. Soy una rata —susurró, pero luego recordó la decisión de comportarse y buscó en el cajón de ropa algo para cambiarse.

Justo había acabado cuando el joven guardia que la había acompañado el primer día entró sin

llamar.

—Eh, usa el timbre —pidió molesta—. O los puños. Puedes incluso gritar, a lo mejor el sonido sería lo suficientemente fuerte para que las paredes exploten. Te estaría eternamente agradecida si me sacaras de aquí.

La única respuesta fue un asentimiento tan fugaz que podría habérselo imaginado. El joven hizo el gesto de quitarse de la cintura las bandas metálicas destinadas a ella, pero Anahy intervino.

—No. Te juro que no serán necesarias.

Aguantó en silencio durante el tiempo que él se mantuvo sin moverse. Recibió el acuerdo en el pequeño auricular, y la invitó a caminar delante con un gesto.

Anahy se le adelantó, echándole ojeadas por encima del hombro. No sabía si debería apresurarse o llevar un paso tranquilo y no quería arriesgarse a alguno de los tratamientos de choque. Había dejado de repetir los errores después de los primeros dos días. Eso había durado su valentía. Hasta que había entendido que era estupidez, no valor. Ellos lograban lo que se proponían por las buenas o por las malas. Había dos especies de esposas; unas que encerraban su energía sin efectos secundarios y otras que lo hacían y obraban a la vez un dolor atroz. Y había equivalentes a aquellas esposas. Cadenas, collares, látigos. La mayoría las había probado y le gustaría evitar volver a hacerlo.

Los tiempos en que creía que los ergys eran fuertes quedaban en el pasado. En el Éter, ni los ergys ni los cócteles tenían algún poder. Eran juguetes. Para cualquier habilidad existía un dispositivo que la deshabilitaba. No esperaba con impaciencia el día en que fuesen a probar en ella una mordaza.

Por suerte, el camino no trajo sorpresas. Tampoco se preocupó por averiguar la disposición de los pasillos, los ascensores o las plantas, lo que seguía la inquietaba más.

El cuarto donde el guardia la instó a entrar estaba tan frío que su vello se puso de punta. La estancia era tan grande que no vislumbraba su final a través de los obstáculos que decoraban la segunda mitad de la sala. En dos de las paredes colgaban cadenas de tal tamaño que podían retener a un dinosaurio, aparte de otros mecanismos para los cuales no encontraba explicación. Sobre cómo estaban, Anahy prefería quedarse en la ignorancia.

—Dos minutos —avisó el equipo de comunicaciones.

Cinco segundos después entró Sasha.

Anahy llevaba tanto tiempo sin ver una cara conocida que estuvo a punto de volar hasta sus brazos. Jamás había ansiado tanto la calidez del contacto humano. Soñaba con que la abrazaba por la noche cuando la manta no le servía para ahuyentar el frío interior. Imaginaba conversaciones en un mundo perfecto, donde el único problema era el sabor del helado que querían elegir. A veces despertaba mareada, sin saber si la noche le había enviado recuerdos, sueños o imágenes del futuro. Sabía que eran emociones falsas, consecuencia de la manipulación, de haberla mantenido aislada, pero le daba igual. La alegría que inundó su cuerpo era real.

—Posiciones —volvió a hablar alguien en los altavoces.

—Hola —saludó con timidez. «¿Eres tú el que me ha besado y traicionado? ¿Eres el mismo que me ha protegido y delatado?».

Sasha saludó con un gesto corto y Anahy casi estalló en carcajadas. Estaba a punto de entrar en el territorio de la locura.

Lo siguió con la vista clavada en su espalda. Luchó para no babear ante la imagen del ergy. El pantalón holgado que colgaba de sus caderas y la camiseta de deporte de color rojo no tenían nada de especial, pero a ella le evocaban imágenes que ruborizaron su piel hasta las orejas. Cuando Sasha llevaba un pantalón corto, cuando no se ponía la camiseta, cuando probaba sus labios,

cuando...

Se sobresaltó por el sonido del cristal que los encerró en una zona que aparentaba ser el escenario de un planeta devastado.

—Tienes que aprender a controlar tu núcleo —dijo él—. Luchando es el mejor método. Tendrás un horario diario, por las mañanas ejercitar el cuerpo y por la tarde practicar en grupo.

—¿Siempre contigo? —lo interrumpió Anahy.

—No —volvió a negar Sasha—. Lucharás con ergys, wises, incluso nulos. Cada entrenamiento sacará a la luz alguna de tus debilidades.

También de las tuyas, continuó en su mente.

Entró como siempre, sin que Anahy lo sintiera y por la sorpresa tropezó con una cuerda del tamaño de su brazo. Sasha estuvo allí antes de que lo sintiera acercarse. Encontrarse pegada a su torso tuvo el efecto de una canción de cuna en sus huesos que empezaron a diluirse. No es que hubiera luchado para impedir el efecto. Se sentía demasiado bien y las ganas de aferrarse a su cuello eran tremendas. Meter la nariz en su pecho para inhalar el aroma de su gel de ducha junto con parte de su calor también era una opción que tener en cuenta. A sabiendas que no era el momento ideal, Anahy agarró en puño la tela de su camiseta y alzó la cabeza.

¿Estás bien?, se interesó Sasha. *¿Te han lastimado?*

Anahy se sorprendió cuando el peso que acompañaba las lágrimas subió hasta su garganta. Se enfureció. No lloraría, no lo haría. Puede que Sasha jugara su papel. No quería arriesgarse a creer que le interesaba qué pasaba con ella.

—Aquí no hay tiempo para miraditas —dijo Madelyne.

Anahy dio un brinco. La mujer se encontraba al otro lado del cristal y hablaba en lo que seguía creyendo que era su reloj, aunque el sonido traspasaba la barrera y se escuchaba donde estaban ellos, tan claro como si los hubiera acompañado.

—Haz tu trabajo o se lo encargaré a otro —amenazó a Sasha.

Cruzó los brazos y el gesto evidenció que pensaba quedarse para ver la actuación en vivo.

—La metiste demasiado temprano —protestó Sasha, pero una sola ceja enarcada de la mujer fue suficiente para convencerlo—. *¿Estás lista?* —preguntó a Anahy en voz alta mientras le transmitía mentalmente—: *Prepárate, Dragona. Tu trasero sufrirá. Prometo besarlo después* —continuó mientras se movía alrededor de ella y curvaba los labios en una sonrisa condescendiente.

«Vas a besar la tierra, fullero».

Anahy retrocedió, preguntándose cuánto de lejos iban a ir. Tenía claro que no era un juego y por su parte ya no quedaban secretos. Madelyne sabía lo que podía hacer, esperaba no volver a sorprenderla con otra actuación especial.

—¡Empezad ya!

Para demostrarle que la había oído, Anahy lanzó una esfera contra el cristal metalizado, apuntando en la nariz de la directora. El flujo de la energía en su cuerpo la hizo sentirse entera. El calor inflamó sus venas, la corriente le electrizó los sentidos. Jamás hubiera pensado que fuera a llegar a extrañar el poder de su núcleo.

—Aquí, Bicho —pidió Sasha.

El uso del antiguo apelativo logró el efecto deseado. Anahy frunció los labios. Se esforzó en crear un arma potente y la arrojó contra Sasha, pero él no se defendió. Las llamas se quedaron en el aire a unos centímetros del cuerpo del ergy, estallando contra un muro invisible y escurriéndose al suelo hasta que se apagaron sin que alguna chispa lo tocara. Recordó que igual de inofensivo había resultado su ataque el día que la había despertado.

—¿Cómo lo hiciste? —vociferó.

Sasha encogió los hombros, volviendo a cambiar de posición.

—Descúbrelo.

Un par de estrellas doradas volaron a un centímetro de su hombro.

—Cabrón —masculló. Miró hacia atrás, buscando una idea salvadora o un escondite.

Tu mente sucia es una de las cosas por las que siento debilidad.

¿Más que por el helado?

Anahy se tapó la boca con la mano cuando advirtió que había soltado la respuesta antes de sopesarla. Entendió que el gesto no tenía sentido, sus labios no se habían abierto, la culpable era su cabeza. Se había distraído por la maldita sonrisa del ergy y la promesa de sus ojos.

«Vale, odiarlo no resulta tan sencillo como respirar», reconoció para sí, pero pensaba lograrlo a toda costa.

Ningún helado se acerca al sabor de tus labios.

La declaración de Sasha hizo que su corazón se acelerara y las conocidas corrientes le erizaron el vello de modo visible. Su cerebro se empeñaba en recordarle los momentos hermosos de sus breves encuentros. Empezaba a olvidarse de que era un mentiroso, un tramposo, que tenía tantas máscaras que desconocía al verdadero Sasha.

Vas a morirte de hambre antes de que vuelvas a probar mis labios, espetó, recuperando el dominio de sus sentidos.

—Con certeza. —Sasha no pudo continuar por la nueva intervención de Madelyne.

—Es el último aviso —chilló desde los altavoces.

Anahy vio que Sasha torcía el gesto.

Vamos, Bicho. ¿Recuerdas que me odias? Demuéstralo, dijo en su mente mientras lanzó tres esferas con una velocidad impresionante.

Se había prometido a sí misma que iba a comportarse y que respetaría las peticiones de Madelyne, pero no se sentía con ánimo de luchar. No contra Sasha y no de aquel modo. Lo habían hecho tantas veces, cada encuentro entre ellos había acabado en una disputa de un modo u otro. Sabía que necesitaba aprender, pero a sus neuronas no les importaban las tácticas de combate.

«Quieres buscar consuelo entre sus brazos.

No.

Quiero usarlo. Aprender lo que haga falta para lograr la libertad. Actuar como se espera de mí y, cuando consiga estar fuera, marcharme sin mirar atrás».

—Enséñame lo del muro invisible —gritó, lanzando dos bumeranes.

Sasha se mantuvo erguido con las manos relajadas caídas a cada lado del cuerpo. Sus armas lo rodeaban en círculo de arriba abajo y al revés sin encontrar una grieta para penetrar su defensa. Después de unas rondas, uno de los bumeranes tomó el sentido contrario, chocó contra el otro y ambos desaparecieron en una hoguera impresionante.

¿Esta es una de tus cualidades especiales?, inquirió Anahy.

No.

—Es otra forma de controlar tu núcleo. En vez de usarlo para atacar, lo empleas para defenderte. Ya que me atacas con las mismas armas que yo uso, mi campo las reconoce y crea una especie de muro-imán que las rechaza. Se convierte en un escudo cuando luchas contra un wise porque los medios que usan ellos son corrosivos.

Anahy recordó su primera lección, cuando Sasha le enseñaba cómo consumir la energía en su interior. Su núcleo era parte de ella ahora. La escuchaba, se entendían, caminaban siguiendo la misma dirección. No le resultó difícil vestirse con su energía. Las ondas rodearon su cuerpo como una capa. Se sentía protegida, y si eso fuera posible, incluso más fuerte. Entrecerró los párpados

para ver las minúsculas chispas que creaban el muro, las moléculas unidas del mismo modo en que estaba tejida una manta.

No tuvo tiempo de maravillarse. Los chillidos de Madelyne irrumpieron en la estancia y el grado agudo de emergencia en su voz hizo que se olvidara de lo que se suponía que estaban haciendo.

—¿Qué? ¡No! ¿Estás seguro? ¿Cómo es posible? Cierra todas las sesiones. Cada alma de este sitio entra en cuarentena hasta nuevas órdenes —gritó en su reloj comunicador con el rostro morado por la conmoción—. Envíame aquí un equipo de veinte.

Anahy miró interrogante a Sasha que le contestó con un encogimiento de hombros.

Madelyne abandonó el cuarto sin dedicarles una segunda mirada. El cristal bajó, una señal de que el entrenamiento se había acabado. Tomaron el camino hacia la puerta más por curiosidad que por las órdenes que brillaban por su ausencia. El pasillo se llenaba de soldados armados hasta los dientes. Lo único visible de sus cuerpos eran los ojos y las expresiones, que oscilaban desde la ansiedad al miedo. La mujer se abrió camino por entre los guardias gritando a diestro y siniestro.

—Llévala al Módulo 13. ¡A cualquier precio!

Se detuvo de golpe y el silencio que tomó control del ambiente fue escalofriante.

La mano de Sasha buscó la de Anahy y sus dedos se enlazaron en el momento preciso en que las paredes, las luces y cada centímetro del espacio se cubría progresivamente por una capa gruesa de hielo. El suelo se convirtió en una pista de patinaje y el aire se llenó de púas heladas. Un sonido parecido a las uñas arañando superficies duras le puso a Anahy el vello de punta. En las paredes, el hielo desaparecía como si una fuerza invisible lo controlara. Cada arañazo creaba una letra y estas se unieron en la misma palabra repetida decenas de veces.

«Asesina».

12

*Un átomo
llevado al vacío.
Un único deseo,
poder del corazón.
Un estallido:
es la creación.*

Carta de La Creadora

—¿Crees que se refieren a Madelyne? —inquirió Anahy en un susurro esperanzado.

Su aliento se heló. Se humedeció los labios agrietados y, al no recibir respuesta, miró a Sasha.

—Lo dudo. —Su mirada recorrió el pasillo, las facciones de su rostro esculpidas en el mismo hielo que cubría el espacio.

Anahy entornó los ojos, buscando aquella línea que los unía, la señal que necesitaba para establecer la conexión.

¿Qué pasa?

Se preguntó si Sasha estaba haciendo uso de sus capacidades de wise y supuso que así era, aunque ocultaba la evidencia. Sus dedos seguían enlazados y por culpa del frío temía que no logran separarlos.

—¿Es un ejercicio? —insistió.

Sasha no tuvo ocasión de contestarle. Fueron rodeados por guardias y uno de ellos procuró separarlos.

—Voy con ella —le informó él con voz grave y sin moverse.

El otro volvió a intentarlo. Sasha no cedió, se las arregló para ponerse delante de ella e hinchar los músculos.

—Está bien. Déjalo —dijo alguien desde atrás. El que había hablado los alcanzó y Anahy tuvo la impresión de que lo vio guiñándole un ojo a Sasha.

—Gracias, George —dijo él, estrechando con más fuerza los dedos de Anahy, ya dormidos.

Ella forcejó para escapar. Sasha gruñó.

—Estate quieta.

Empezaron a avanzar en una aglomeración desordenada. Se movían como una legión de hormigas con la reina en el centro, protegida por todos los flancos. Anahy no podía ver nada más aparte de las anchas espaldas de los hombres y su cuerpo chocó en varias ocasiones tanto con las armas como con los cuerpos fornidos de los soldados.

—¡Atrás! —gritó alguien.

La forzaron a caminar al revés mientras empujaban para crear espacio al que lo necesitaba. Desde su posición vislumbró una llamarada a la que siguió un ruido constante de un objeto contundente y entendió que procuraban romper una puerta. Nubes de vapor y trozos de hielo volaron por el aire en una combinación maloliente.

—El ascensor es inservible —comentó el que parecía el encargado.

Sus aparatos de comunicaciones tomaron vida propia. Las órdenes sonaban en varios tonos preocupados, la mayoría contradiciéndose. La de Madelyne reinaba por encima de las otras, aunque Anahy no sabía si se encontraba con ellos o hablaba por el comunicador.

—¿Qué está pasando? —preguntó a nadie en especial. Aunque era evidente que a ella la protegían, no entendía el motivo de tal alboroto. Si tenía en consideración la palabra que seguía decorando las paredes, alguien del Éter la consideraba una asesina, pero se oponía al insulto, no había matado a nadie. Al no recibir respuesta, suspiró con pesadez—. Me gustaría aprender cómo hacer para que la gente me ame —comentó en un hilo de voz.

Entre los gritos que no podía identificar, uno en especial se repitió como una cinta estropeada.

—Se dirigen hacia vuestro nivel. ¡Retiraos! ¡Ya!

Las luces se apagaron y fueron reemplazadas por un parpadeo rojo que seguía el ritmo ensordecedor de una sirena de alarma.

—¡Vamos! —vociferó Sasha cuando ella no se movió con la marea de gente que la empujaba.

—¿A dónde? ¿Alguien quiere decirme qué está pasando? —farfulló mientras corría sin conocer la dirección que debería tomar o el destino final.

—Los wises —le contestó una voz espasmódica desde atrás—. Están un poco enfadados.

—¡Define un poco! —pidió Anahy gritando. La sirena acabaría por dejarla sorda.

Cuando me preguntes por qué te quiero, recuerda este momento.

A pesar del frío que le paralizaba los huesos, Anahy sintió cómo su interior se calentaba con un sentimiento desconocido. Sasha volvía a traer a la discusión aquel asunto que no tenían clarificado, en un momento de lo más desafortunado.

«Aquí no hay tiempo para el amor».

¿Pero había tiempo para la amistad? ¿Había tiempo para un abrazo de consolación? ¿Para un gesto sencillo con significados nobles? ¿Había tiempo para la verdad?

Sentía los dedos de Sasha agarrándola tan fuertemente que tenía la certeza de no querer soltarlo aunque un huracán procurara separarlos. Eso era lo que había buscado; la familiaridad del gesto, la confianza que le influía. ¿Pero la liberaría cuando ella lo deseaba así?

—Te quieren helada —le explicó con delicadeza el joven que estaba a su lado y que, recordó, se llamaba George.

Anahy agitó la cabeza, negando a la vez la declaración y sus pensamientos que seguían un trayecto contrario al momento presente.

—¡No puedo aceptar tal aberración! —Jadeó al recibir un golpe en la espalda.

Sasha y el guardia intercambiaron una mirada, pero Anahy no entendió su significado. Se perdió el corto intercambio de palabras en el escándalo que siguió. Antes de entender que habían abierto una puerta escuchó el sonido de botas contra metal. Los primeros se apresuraron a subir los escalones, guiándolos hacia arriba. Los dedos de Anahy se habían dormido hacía tiempo, pero Sasha no daba indicios de querer soltar su mano.

—¿Puedes correr? —se interesó él, prestándole atención por primera vez desde que habían salido del cuarto de entrenamiento.

Anahy asintió con la mirada en el suelo, preocupada por no tropezar. Resultaba casi imposible ver los obstáculos en la mezcla de oscuridad con el parpadeo de las luces de emergencia, y el

chillido de la alarma mataba sus pensamientos coherentes.

—¿A dónde vamos?

Su pregunta encontró de nuevo oídos sordos. Los gritos se mezclaban ahora con el ruido de puertas abiertas golpeadas y los clics de armas cargándose. El aire seguía demasiado frío para ella, sus pulmones trabajaban extra para inhalar espinas heladas. El crujido que había notado cuando las paredes del corredor se habían congelado volvió, y descubrió con horror que el hielo los seguía. De sus respiraciones se levantaba vaho que se cristalizaba en el aire. La punta de la nariz se le heló, las mejillas estaban cubiertas por escharcha, como una máscara que la apretaba demasiado. El frío que les seguía no era el del aire puro que se encontraba en las alturas. Algo lo viciaba, una sustancia que arañaba su piel.

—Cambio de planes. Protocolo de emergencia. ¡Proteged el objetivo! —gritó una voz tan potente que la orden se repitió multitud de veces como un eco.

Anahy no sabía cuántas plantas habían subido, pero respiró aliviada cuando se detuvieron ante una puerta.

—Llamad a los míos —gruñó Sasha. Su mano libre se lanzó para coger el intercomunicador de la oreja del guardia que tenía cerca, antes de que este pudiera protestar—. ¡Madelyne, necesito mi equipo! —gritó para hacerse entender por encima del ruido.

El auricular crujió antes de que la voz de la mujer se escuchara.

—No quiero guerra.

Justo entonces alguien cometió el error de abrir la puerta. Un silencio amenazante convirtió el espacio en el momento previo de ofrecerle una ofrenda a La Creadora. Anahy empujó a Sasha con todas sus fuerzas y logró soltarse. Estuvo libre durante tres segundos hasta que su brazo le envolvió la cintura y la pegó a su pecho.

—Demasiado tarde. Ya la tienes —le respondió Sasha a Madelyne mirando hacia el escuadrón de wise que les cerraba el paso—. Necesito vía libre y necesito a mis compañeros —insistió—. Y Madelyne, ¡ya!

—De acuerdo. —La directora aceptó después de un minuto de silencio—. Intenta que las pérdidas sean mínimas.

George gruñó a su lado. Los guardias tomaron posiciones de combate, con las armas en alto preparadas para disparar. Sasha alzó la palma en un gesto pensado para detenerlos. Se inclinó para susurrar en el oído de Anahy:

—Quédate atrás. No hagas nada de lo que pienses que me molestará.

—Eh, sobre esto... —no pudo discutir.

Él continuó gritándoles a los wise.

—¿Estáis abiertos a negociaciones?

Como si hubiera averiguado la contraseña correcta, estos empezaron a transformarse de uno en uno. La imagen era espeluznante en su hermosura. Las formas variaban en cuanto a los tonos de blanco, la piel de algunos agrietada como una pista demasiado usada por patinadores. El pelo se les llenó de nieve y las luces estroboscópicas aumentaban el efecto de fantasmagórico.

Anahy recordó en detalle el dolor que implicaba el toque de un wise y su garganta se contrajo cuando intentó tragar saliva. Verificó el estado de su energía y se animó al percibir las pulsaciones fuertes. Para asegurarse, creó dos núcleos ardientes en las palmas de sus manos. Las llamaradas potentes la tranquilizaron.

—¡Libérame! —le espetó a Sasha. La entendió. No le dejó espacio porque no había, pero la soltó—. ¿Qué pueden hacerles a los nulos? —preguntó mirando a los guardias. Ella podía defenderse, pero no sabía qué posibilidades tenían los otros. Que no la hubieran tratado con

deferencia no contaba. Habían hecho su trabajo y en aquel momento su trabajo implicaba protegerla o morir en el intento.

En el silencio, su consulta fue escuchada por todas las razas. Una risa malvada hizo temblar el aire.

—Nada —dijo uno de los wise, apareciendo enfrente de los otros. Anahy lo reconoció como uno de los amigos más cercanos a Cold, pero no recordaba su nombre—, si te entregas.

La mano de Sasha cubrió la boca de Anahy antes de que pudiera abrirla. La respuesta vino del movimiento de los guardias que se desplazaron para esconderla mientras que sus armas apuntaban hacia adelante.

—Me interesa saber de qué se supone que soy culpable —dijo, esforzándose en crear las palabras con los labios sellados.

—Madelyne hizo experimentos en ellos con tu sangre. —La explicación vino de detrás de su espalda y Anahy suspiró aliviada al ver aparecer de uno en uno a los chicos de la banda.

Pero cuando averiguó que Stiff era el que había hablado, se enderezó, decidida a plantarle cara. Todavía recordaba cada detalle de la noche cuando se había quedado atrapada en la barrera del Corazón y cada vez Stiff aparecía, pero no la ayudaba.

Él no se percató de su reacción o no le interesó, pues siguió hablando.

—No funciona. El suero resultante los mata, no les cura. La información se filtró. De algún modo, se enteraron de que se trata de ti.

Anahy boqueó como un pez fuera de agua.

—¡Pero no es mi culpa! —vociferó en vano.

—¿Eso es lo que querías? —preguntó Stiff a Sasha.

Él asintió y cuando se dirigió hacia ella le ofreció unas pulseras.

—Póntelas —ordenó de lo más brusco.

—Agradezco el gesto, pero no creo que sea el mejor momento para regalar joyas.

—Eridanus me las dio para ti —insistió Sasha.

No le ofreció tiempo para estudiarlas. La ayudó a pasarlas por los dedos, pero le permitió que las cerrara ella misma. Después se alejó un poco y la miró con atención.

—¿Qué? —preguntó Anahy. No la perdía de vista, parecía que estaba esperando algo. ¿Pero el qué?

Un comunicador pitó, y en la atmósfera tensionada fue el error que desató el caos. El dedo de uno de los guardias resbaló en el gatillo y perdió el control del lanzallamas. Un segundo después, los wise atacaron. Antes de ser empujada al suelo, Anahy vio que varias puertas se abrían y dejaban entrar a los ergys que rodeaban a los enfermos.

La velocidad con la cual se movían era increíble. Formas rígidas de hielo y otras fluidas de energía se enfrentaban y chocaban como las olas del mar lo hacían contra las rocas. Las chispas saltaban como fuegos artificiales y trozos de hielo volaban en el aire. El contenido de su estómago quiso verterse fuera cuando lo que aparentaba ser una mano helada se estrelló contra la pared y se rompió en varias piezas. Los sonidos eran escalofriantes; los chillidos, de un plano no terrenal, el crujir de los huesos, los gritos agonizantes. La mayoría de los nulos se limitaban a defenderse, aunque ni uno se echaba para atrás. Los lanzallamas levantaban verdaderas hogueras y los cuerpos se derretían como helados al sol. En cuestión de segundos el piso se llenó de agua sucia. Anahy no insistió en investigar qué era el líquido rojo que se mezclaba con el agua ni el resto de los fluidos oscuros y gelatinosos. Decidida a actuar, buscó el modo de levantarse, pero en cuanto se giró bocarriba, le cogieron las manos y estuvo forzada a incorporarse de golpe. Identificó a los que hacían de héroes como Sasha y George. El último le susurró algo al oído y el primero la instó a

caminar.

—Síguelo sin importar qué suceda —ordenó Sasha, empujándola con suavidad en la espalda. Anahy tropezó, pero su caída fue detenida por el torso de George.

—No.

—Tenemos una posibilidad de salir —le explicó Sasha—. Es ahora o nunca.

No lo hicieron.

La sensación de pánico invadió a Anahy antes de dar un paso. El corazón fue el primero que le falló, empezando a galopar en ritmo acelerado sin motivo aparente. La marca de la parte de atrás de su cuello la quemó de repente. Jadeó y se llevó la mano a la nuca. La respiración se le atascó y la energía rugió dentro de su pecho en una rebelión como jamás había sentido. Su vista se nubló y solo los otros sentidos la avisaron del acercamiento de los chicos.

—¿Qué pasa? —La voz llegó lejana a sus oídos tapados, acosados por un ruido semejante al chillido de una tetera hirviendo—. ¿Anahy? —inquirió Sasha otra vez. Al ver que no abría la boca, pasó a la comunicación mental—. *Dime qué pasa. ¿Qué no está bien?*

Sus manos la abrazaron justo en el momento en que las rodillas se le doblaron, pero siguió sin poder comunicarse. Sus dientes rechinaban y el cuerpo le temblaba de forma descontrolada. Aunque escuchó los pensamientos de Sasha, tampoco pudo comunicarse con él de esa forma. La parte física de ella se encontraba allí, pero su cerebro estaba conectado a otra línea. Las imágenes que veía, la voz que la instaba a escuchar, no le permitían defenderse.

—Vamos a sacarla de aquí.

—Tiéndela en el suelo.

—¡Haz algo! Demonios, su piel. Mírala.

No supo cuánto duró el episodio. Escuchó los gritos de los otros, notó manos frías que le tocaban la frente, pero no podía reaccionar. Parte de su mente no se encontraba con ellos.

—Lo haces tú o voy a traer un wise.

De algún modo, Anahy entendió la conversación que mantenían Sasha y Raisa.

Los dedos del ergy estrecharon los suyos en el momento en que él intentó de nuevo comunicarse con ella.

Dragona, si no te recuperas, me veo forzado a intervenir.

Su cuerpo se opuso antes de que ella planeara hacerlo. El muro electromagnético la protegió del ataque de Sasha que intentaba disminuir su calor.

—No —susurró.

Se humedeció sin éxito los labios. Su boca estaba seca como una tierra sin vida. Se incorporó sin ayuda y miró alrededor. Todos los que estaban cerca se alejaron, con los rostros desfigurados por el asombro. Paseó su vista por encima de ellos, hacia el lugar donde los wise aún luchaban. En la semioscuridad que les rodeaba, notó la piel de sus manos atravesada por líneas luminiscentes. Parecía que sus venas se habían llenado con oro líquido.

—¿Anahy? —llamó Sasha.

Ella notó el temblor de su voz a pesar de la única palabra y se esforzó en alejar la mirada del mapa brillante que era su piel. Las lágrimas ardían detrás de sus pestañas, pero no se permitió enseñarlas. El miedo era visible en el rostro de todos. Sabía que estaban preocupados por ella y el deseo de gritarles que se equivocaban la enloquecía. Agitó con fervor la cabeza, como si pudiera impedirles que lo hicieran.

—Eridanus —explicó—. Todo estará bien.

Cuando empezó a avanzar ellos le permitieron hacerlo. De algún modo tenía la impresión de que los miraba desde arriba; aparentaban ser más pequeños y su mirada viajaba por encima de las

cabezas y tenía un panorama completo y detallado de todo. Podía ver sus núcleos, el ritmo de la energía de cada uno. Podía ver el vacío que ocupaba el lugar de los núcleos de los wise. Su mirada atravesaba formas y se enfocaba en cualquier detalle sin ningún esfuerzo y sin perder nada del resto. Su cuerpo se sentía tan fuerte que apostaría poder cruzar las paredes sin hacerse daño. Su aliento era energía, tan concentrada que resultaba palpable en el aire.

—Vamos a acabar con esto —dijo.

—¿Estás segura...?

La voz de Sasha se desvaneció porque así lo quiso ella. No miró a nadie mientras se abrió camino entre ellos para llegar a la escalera. Los que la ocupaban también se echaron hacia atrás para cederle sitio. Eligió subir los peldaños por el medio y tener en vista a los wise. Cada vez que uno alzaba la mano ella sonreía burlona. Sonreía, y él se quedaba en la misma posición, sin poder moverse. Cada vez que alguien quería avanzar, descubría que las piernas no le escuchaban. Convirtió a cada ser en una estatua, sin cansarse. Sin perder la sonrisa. Era fácil. Solo tenía que usar su energía y encarcelar a cada uno. Era hermoso. Un montón de burbujas que contenían cuerpos petrificados.

Cuando finalizó el trabajo, Anahy se echó a reír. Continuó carcajeándose hasta que el hielo de las paredes empezó a derretirse. Su cuerpo emanaba tanto calor y su piel era tan brillante que le costaba ver más allá de unos metros. Inclino la cabeza en varios ángulos, para estar segura de que había acabado.

—Hecho —dijo, admirando su obra.

Bajó la escalera y le guiñó un ojo a Sasha.

—Ahora podemos irnos.

Suponía que su mirada se veía igual de brillante que la de ellos. Con las mejillas encendidas, el pelo alborotado y estrellas doradas en los ojos; parecía que no les afectara el frío, pero ella sabía que la fiebre que les acosaba era de tipo interior. Le gustaba. Aunque no tanto sus expresiones sorprendidas, como si miraran a una criatura desconocida. Quizá se había pasado. Puede que su poder les impidiera hablar y felicitarla por un trabajo bien hecho.

Avanzó en primer lugar, en la cabeza de la fila que se formó a su espalda. Conocía el camino.

El complejo estaba vacío, con la misma pinta de un manicomio abandonado. Encontraron varias puertas rotas y los salones por los que pasaron, devastados. Los cables colgaban del techo, parte de los conductos rotos, dejando que el agua chorreara por encima de puentes de hielo. Trozos de aparatos eléctricos estaban esparcidos por el suelo y pocas cámaras de vigilancia habían sobrevivido. Sus respiraciones trazaban nubes de vapor y el aire se calentaba convirtiéndose en gotitas de rocío. Si el fin del mundo fuera un escenario, estaba allí, en aquel momento, y ellos eran participantes directos.

—Qué desgaste —suspiró, pensando que si hubiese podido actuar unos minutos antes no se hubiera llegado a aquel destrozo.

—¡Los wise están tomando el control del centro! —Madelyne gritó por los altavoces, su voz resonaba en el espacio desocupado con la misma claridad de una bocina. Anahy se detuvo para escuchar. Siguió una pequeña pausa, después de la cual añadió sin convicción—: Los que podáis, salid. Estáis libres hasta nuevas órdenes.

Las risas y los chillidos de alegría estallaron al instante.

—Oh, no necesitamos tu acuerdo —se burló Anahy. Pensó en buscar a la directora para cerrar el contrato con ella.

—¿Somos libres? —Miqueas gritó tan fuerte que los oídos de Anahy pitaron—. Por mi madre muerta, ¡soy libre!

Al instante abrazó a Raisa y su boca se cerró sobre la de ella en un beso que levantó silbidos agudos.

Sasha rodeó los hombros de Anahy y se inclinó para susurrarle al oído.

—¿Tengo alguna oportunidad de hacer lo mismo y quedarme con todas las partes de mi cuerpo? No quiero parecer desesperado, pero debería obtener puntos por haberte salvado el culo de nuevo —murmuró mientras sus manos bajaban y le encerraban la cintura.

Anahy se giró en su encuentro.

—Al final me lo salvé sola. Pero tu regalo ayudó —reconoció.

—¿Te duele? —preguntó él, rozando con un dedo un camino en su antebrazo que formaban sus venas doradas.

Ella negó con la cabeza. El sufrimiento no era de orden físico. Las punzadas las recibía su corazón al ver los dedos de Sasha en su piel, una tormenta emocional. No podía aceptar la idea de que nada había cambiado entre ellos. Todavía no estaba lista para repartir perdón. No obstante, si el mensaje que le había enviado Eridanus era cierto, no tendría tiempo. Y odiaba ser obligada.

—Oye, aún tenemos que salir de aquí —dijo Stiff, tirando de la camiseta de Miqueas que no se dio prisa en alejarse de la chica ergy.

—Me despeinaste —protestó jadeando una Raisa roja como una plantación entera de tomates maduros.

—Os llevaré hasta la salida. —George se giró y Anahy quiso proponer buscar a Madelyne, pero el ruido de pasos corriendo la dejó con la boca abierta, sin finalizar la idea.

Los chicos volvieron a rodearla.

—¡Me tratáis como a una inválida y no hace falta, gente! —espetó, resoplando exasperada. Se levantó sobre las puntas de los pies en un intento de ver por encima de ellos.

La puerta que tenían delante se abrió de golpe y Cold se detuvo con la respiración atascada. Se inclinó para dejar las manos en las rodillas, inhaló y sonrió.

—Por fin. Os he buscado por todos lados.



Anahy apoyó la cabeza contra la ventana del coche, preguntándose por qué se estaba deteniendo Sasha después de haber insistido tanto en salir del Éter. Todos lo habían hecho. Habían corrido hacia la salida como si fuera una carrera a vida o muerte. Lo que no estaba lejos de la realidad, pero le hubiese gustado que escucharan sus propuestas. Podrían haberse quedado un poco más, buscar a Madelyne, encerrar a todos los wises, encontrar los archivos personales de Zariah. Podrían haber acabado con aquel centro. Ella sola podría haberlo conseguido. Pero el resto del grupo estaba acostumbrado a protegerla y ella había omitido informarles de que ya no hacía falta.

Sasha salió después de hacer un gesto que tradujo como que quería que le esperara. Anahy asintió y regresó a sus pensamientos.

Las últimas horas habían dejado huella en su humor. La cuestión de Cold no estaba clara aún. La mayoría de los ergys habían insistido en tomarlo como rehén, sospechando que él la había delatado. Sabía que no era verdad, pero no encontraba un método para explicárselo. Lo sabía a un nivel visceral. Lo había visto en él, en su interior. Cold era inocente.

Pero había dos cuestiones que todavía le preocupaban. Lo que le había transmitido Eridanus mientras se estaban comunicando mentalmente y la imagen de los cuerpos sin vida que habían dejado atrás.

Todo para que ella continuara respirando.

La Creadora no había querido aquello.

El olor a humo y sangre la había seguido. Estaba en su ropa, en su pelo, en su piel. Las náuseas le revolviéron el estómago.

Una ráfaga fría pero fresca entró a la vez con Sasha cuando este regresó y ella inhaló con avidez.

—¿Qué hacemos? —preguntó al ver que no arrancaba el motor.

—Nuestro rey, Eridanus, quiere conocerte. La verdad es que insiste tanto que me asusta.

Anahy lo miró, sorprendida por la declaración y el tono de voz para nada tranquilizante.

—¿Está en la isla?

Había entendido de dónde sacó Sasha las pulseras, pero al probar la comunicación telepática no se había planteado que el rey estuviera tan cerca.

Sasha asintió antes de continuar.

—Suele verificar las locaciones de los Éteres, una especie de apoyo moral. Lo conozco desde hace mucho, no recuerdo con exactitud el momento. Creo que era la época cuando vivían mis padres. Era mi confidente, pero tras el último encuentro me dio razones para no fiarme de él —le explicó—. Me ayudó cuando lo necesité y sigue haciéndolo. Lo que pasó en el Éter tiene que ver con él, los wise no lo hubieran logrado sin un plan, sin ayuda. Es... bueno, vas a verlo con tus propios ojos. No ahora —continuó, alzando la voz. Buscó su mano y permaneció sin hablar mientras sus dedos se enlazaban—. Temo perderte si te llevo ahora. Te dejaré en casa con tu madre y cuando vuelva pensaremos en qué hacer.

«Vas a perderme de cualquier modo».

—De acuerdo —respondió Anahy con la voz quebradiza.

Esperaba que tuvieran la posibilidad de conseguir unas horas a solas. Aunque habían salido del Éter, era cuestión de tiempo hasta que Madelyne se repusiera y empezara a buscarlos. No podían abandonar la isla, y si los wise se habían atrevido a atacar el centro, no estaban a salvo en ningún sitio. Quería aprovechar la ocasión para prepararse, para decidir si deseaba convertirse en una fuerza destructora. Necesitaba vivir antes de morir. Y lo primero en la lista era aclarar lo que tenía pendiente con Sasha.

Esperó unos minutos antes de aventurarse a compartirle sus pensamientos.

—Quizá... —empezó, pero se detuvo aún indecisa. Sasha la interrogó con la mirada—. ¿Podríamos usar la cabaña?

Sasha asintió.

—Sí. Justo quería proponértelo. Quiero encontrar a...

Anahy aprovechó el segundo que él dudó para continuar.

—Calixta. La chica wise con la que me vi la noche de tu cumpleaños.

—Es mi hermana —dijo él con la voz ronca. Cuando Anahy se quedó muda, continuó—. Te lo explicaré luego.

—Tienes muchas explicaciones que dar.

Sasha apagó el motor delante de la casa de Anahy. Se inclinó para dejar un beso en sus labios, pero se detuvo, interpretando de modo correcto la negación en su mirada. Regresó a su silla.

—Esta vez no te fallaré. Prepara lo que consideres necesario. No tardaré mucho. Discúlpame ante tu madre y tranquiliza a Indra —le pidió.

Lista para marcharse, Anahy recapacitó y se quedó delante de la puerta abierta del coche.

—Espera. ¿Quién es Indra? ¿Debería preocuparme?

—Oh, sí. Indra es muy celosa —contestó Sasha con una sonrisa cansada, acelerando para obligarla a alejarse.

Anahy se abrazó y se quedó mirando la casa. Aunque le pusieran un arma en la sien no era capaz de recordar cuánto había pasado desde que no veía a su madre. ¿Serían días, semanas, meses? Parecía una vida entera. Había llegado a la isla con la misma ilusión que tenía un pájaro de aprender a volar. Había crecido, había aprendido a hacerlo, pero también había perdido algunas plumas por el camino. Aunque la energía latía como de costumbre en su interior, no tenía el mismo brillo, sombras se alojaban en su corazón.

Inhaló hondo y se encaminó con pasos timoratos hacia la entrada. A pesar de la hora tardía, las luces estaban encendidas. En el último instante recordó que era viernes y su madre estaba acostumbrada a quedarse para preparar perfumes hasta más tarde. Dudaba que hubiera traído el equipo necesario con ella, pero era difícil abandonar las costumbres. O puede que estuviera hablando por el comunicador con el resto de la familia. Cuestiones normales, de las que uno hace

cuando no sabe que el mundo está a un paso de cambiar para siempre.

Antes de entrar, Anahy compuso un semblante optimista y alegre.

La imagen que encontró no se acercaba a lo que había imaginado. En el sofá del salón, Cadence golpeaba con furia la holopantalla de un mando. A su lado, un niño maldecía en un invento de idioma incomprensible. Cuando dejaron caer los mandos como si hubieran visto un fantasma, Anahy apreció los detalles y entendió que el chico de cabello corto y las orejas atravesadas por una ristra entera de pendientes era, de hecho, una chica. La pequeña fue la primera en recuperarse. Mientras que lágrimas corrían por las mejillas de su madre y no daba señales de poder moverse, ella se levantó y fue corriendo a abrazarla.

—Debes ser Anahy. Yo soy Indra, tu hermana postiza. —Se alejó para estudiarla desde un metro de distancia y torció el gesto—. No tienes buen aspecto.

Anahy asintió porque tenía problemas para abrir la boca. No había pensado en cambiarse la ropa. Todavía llevaba el uniforme del Éter, sucio y arrugado. No quería recordar qué manchas eran las que salpicaban su camiseta, el pantalón estaba rasgado en una rodilla y su pelo podría concursar para el disfraz de una bruja. Tenía pinta de fugitiva.

—Me alegro de conocerte —susurró cuando el silencio se hizo incómodo. Mirando a la pequeña tan emocionada, se avergonzó de haber dudado de las buenas intenciones de Sasha cuando le había contado que quería sacarla del Éter.

—¿Dónde está Sasha? ¿Ya viene? —inquirió Indra, con la esperanza tiñendo su voz.

Anahy le rodeó los hombros y negó mientras se dirigía hacia su madre.

—No ahora mismo, pero está bien, no te preocupes. Vendrá a despedirse.

—¿Despedirse? —la chiquilla gritó y el ruido agujereó la cabeza de Anahy.

Abrazó en silencio a su madre, quedándose hasta que la mujer decidió liberarla.

—Os lo explicaré —empezó, sentándose en el sofá entre ellas dos.

—¿Estarán bien? —preguntó Anahy a Sasha horas después.

No quería poner más peso sobre sus hombros, había regresado derrotado. Pero la seguridad de su madre era importante para su equilibrio mental.

—Sí. Mientras nosotros sigamos en la isla, Madelyne no las tocará, y los wisees no conocen su existencia. Además, ya hablé para que alguien las vigilara.

—¿Estás seguro?

Porque lo miraba en busca de cualquier pista que le dijera que él estaba mintiéndola, Anahy lo vio mordiéndose la mejilla por dentro y tragar saliva.

—Indra es mi hija. Tengo el mismo interés en protegerla que el que tiene tu madre contigo.

Anahy se quedó congelada. Observó la noche por la ventana, perdiendo la noción del tiempo en el que pensó qué debería decir. Se sentía culpable, tonta, egoísta, todo a la vez. Y celosa también.

—¿Fue una historia de amor? —preguntó al final.

Su mente se adelantó en crear escenas románticas y un final dramático, pero Sasha se rio.

—No. O sí, fue amor a primera vista desde el momento en el que la vi y Madelyne me lo confirmó. Intenté decirte cómo se trabaja en el Éter. Cuando entendieron que encontrar la cura no era cuestión de días o de meses, empezaron a pensar a largo plazo. Procuraron crear una nueva raza a partir de la nuestra. —Negó con la cabeza, con la mirada al frente—. Nada funciona. No están más cerca de curarnos que cómo lo estaban en la época de mis abuelos.

—Por aquel entonces serías un niño...

Sasha se lo confirmó.

—Quince años. Llevaba cuatro en el Éter y creía con fervor que ayudaba al mundo.

Anahy consideró que tenía suficiente. Hablar con él era como si abriera un cuarto del dolor. No esperaba historias esperanzadoras y no apostaba que su estómago podría digerir tantas verdades.

—¿Qué pasa con los otros? —preguntó—. ¿Cuándo nos encontramos?

—Los dejé con Eridanus. —Sasha exhaló un suspiro disgustado y ella entendió que se preparaba para informarla de algo desagradable—. Tenemos un día para arreglar nuestros asuntos. El rey tiene un plan que, se supone, lo cambiará todo.

—¿No lo crees?

—A estas alturas ya no sé qué creer —farfulló—. Hace unas horas estaba seguro de que lo habíamos intentado todo, pero él asegura que estaba esperando este momento.

—¿Y cuál es el problema? —se interesó Anahy cuando Sasha se detuvo, enviando señales claras de que no quería contárselo.

—Que el momento eres tú.

Anahy se rio, esperando que Sasha no notara la falsedad de sus carcajadas.

—Tiene razón. No te preocupes, todo lo que hace, lo hace por vuestro bien.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo lo conoces tanto?

—Desde que me diste las muñequeras —reconoció, frotando el metal con el pulgar—. Me ponen en contacto con él.

—No me fio —Sasha negó varias veces—. Tengo la esperanza de poder preparar nuestro propio plan genial para escapar del acoso del rey, hacer desaparecer a Madelyne y, si puede ser, borrar a los wise de la faz de la tierra. —Sasha se detuvo y sonrió, la antigua sonrisa traviesa que Anahy reconoció por su alto grado de riesgo y las ganas de aventura.

—Podríamos usar algunas de tus ideas. —Procuró apoyar su broma con un humor que no sentía. Aunque en teoría eran libres, el aliento de la desesperación le helaba la nuca. Seguían contado sus existencias en minutos. Por lo menos, la de ella—. Yo tampoco me fio. Sobre todo, de Blaze y Stiff.

—¿Por qué?

El rostro sorprendido de Sasha le indicó que él no sospechaba nada.

—Stiff llegó antes que tú al bosque, la noche... esa. —Su voz se rompió porque los recuerdos eran demasiado recientes. No había olvidado el susto, el dolor, la desesperación de aquella noche. Podía superar los recuerdos, pero no la traición. Necesitaba asegurarse de quiénes eran los que se merecían su confianza—. Me vio. Me vio tendida en el suelo, a punto de morirme y no me ayudó.

Aunque les faltaban unos pocos minutos hasta llegar, Sasha paró el coche. Dejó el motor encendido cuando se giró hacia ella, la cogió por los hombros y la instó a mirarlo.

—Ya te conocía entonces, sabía que tenía que esperar lo peor de tu parte.

Anahy hizo el gesto de protestar indignada, pero él la detuvo, rozando sus labios con un dedo.

—No me fiaba de que no volvieras a hacer una locura. He tenido razón, pero eso no importa ahora. Stiff te vigilaba, lo hizo toda la noche. Te siguió y me avisó del sitio donde os encontraría. No hizo nada porque yo se lo pedí.

—Un día se le cayó un cuarzo del bolsillo —insistió Anahy.

—¿Qué? —Sasha vociferó y ella lo reafirmó con movimientos de cabeza—. No sé nada sobre eso. Confío en Stiff, te lo aseguro. No puede estar enfermo, lo vería en su núcleo. ¿Recuerdas que te dije que sabía algo sobre tu padre?

Anahy se enderezó de golpe.

—Pensé que había sido un sueño.

—No, era verdad. Tu madre me enseñó la imagen que recibiste. Lo siento —dijo, y en su mirada era sencillo notar la pena.

Incluso así, ella preguntó:

—¿Por qué? ¿Qué sabes?

—Stiff me ayudó a pasar un programa de reconocimiento que usan en el Éter. Estamos seguros de que la imagen que recibiste no es de tu padre.

—Entiendo que sabes de quién es —comentó ella. La desilusión se sentía amarga y fría en el interior de su pecho. Veía muertas sus esperanzas como si fueran una bandada de aves que acababan de caer sobre el suelo, con las alas rotas y el cuello torcido.

—Sí, sabemos quién es. Zariah, el director de todos los Éteres.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué se parecen tanto?

—No se parecen. —Sasha soltó la respuesta como un suspiro que le vació los pulmones—. Stiff intentó desbloquear su fichero para obtener detalles de su pasado, pero resultó imposible. Pensé que era un familiar, pero no hay coincidencias que lo indicaran. Hay una sola explicación. Sé quién te la envió.

—Eridanus —dijeron a la vez.

—Es el único que manipula las imágenes —le explicó Sasha—. Inventó un sistema con el cual podemos comunicarnos entre nosotros a distancia cuando queremos mantenerlo en secreto. Tiene un comunicador gigante que reconoce nuestra huella energética y descodifica los falsos. Para cualquiera la imagen se ve diferente, pero al tocarla se desvela la verdadera.

—Entonces yo he visto a mi padre, pero en realidad era Zariah.

—Exacto.

La inundó un sentimiento de desilusión intensa al saber que no encontraría a su padre. Moriría antes de saber qué le había pasado.

Había llegado a un momento cuando parecía que nada y todo a la vez importaba. Quería llorar por la pérdida de sus ilusiones, sollozar por quedarse sin un solo abrazo de su parte. Se preguntó si estaría orgulloso de ella, de lo que era y de lo que podía hacer. ¿Se lo hubiera permitido él?

Anahy se aclaró la garganta y alzó el mentón.

—Lo siento —repitió Sasha, dejando una mano en su hombro. Anahy aceptó el toque, incluso reconoció para sí que deseaba un estrujón con el poder de mantenerla unida en una sola pieza—. No hay equivocación, Eridanus me lo confirmó. Para cualquier ergy que toque la pantalla, la imagen sería otra. El rey mismo cambia de apariencia cómo le da la gana. No por nada es considerado el ergy más poderoso. Le pregunté sobre eso de hablar con la mente y procuré hacerlo con él.

—¿Lo conseguiste?

Sasha negó.

—No conseguí entrar, solo asegurarme de que no estamos locos.

—Genial.

Anahy pensó en lo que había descubierto. El instinto le decía que debería huir sin mirar atrás. Pero había llegado a aquel punto porque había intentado huir la primera vez. Se reservaría los sentimientos para el rey de los ergys y aclararía los asuntos con él en cuanto se vieran. No le temía.

—¿Confías en tus amigos? —se interesó ella.

—Sin duda.

—Vi a Blaze acompañado por un grupo de wise —dijo entonces.

—Blaze estaba buscando al que debería vaciarte el núcleo. Y, de todos modos, no odiamos a todos los wise. Algunos han sido nuestros amigos antes de enfermarse. Es difícil razonar con ellos, pero no olvidamos a nuestros compañeros.

Anahy dejó caer la cabeza en la mano que él mantenía en su hombro. Sasha no había tenido oportunidad de cambiarse de ropa, pero ella había aprovechado para ducharse en su casa. Su madre había traído nuevos perfumes, y una fragancia fresca se alzó desde su camiseta.

Los argumentos que se había formado en su mente empezaron a debilitarse y la imagen de una niña llorona cobró forma. Cerró los ojos y suspiró, deseando poder retroceder en el tiempo. Cuando creía que reventar era su mayor problema, cuando se lamentaba por no tener amigos, cuando rebelarse contra las reglas que su madre le imponía eran sus mayores problemas, cuando confiaba en que encontrar a su padre le resolvería las dificultades.

—Madurar da asco —susurró.

El pulgar de Sasha acarició su mejilla.

—Lo arreglaremos. Confía.

Ella asintió, no quería contagiarle con su mal humor, pero no estaba del todo convencida de que pudieran arreglarlo.

—Vamos —pidió.

El silencio volvió a ocupar el espacio del coche, hasta que él señaló el equipo estéreo y preguntó:

—¿Música?

Cuando ella asintió, encendió la emisora y luego le rodeó los hombros, atrayéndola hasta su pecho mientras conducía con una mano. Anahy suspiró y aceptó el acercamiento. ¿Qué era aquella sensación de plenitud, de creer haber encontrado su lugar en el mundo entre los brazos de Sasha? ¿Por qué se sentía más liviana? ¿Por qué creía con fervor que estaba en paz cuando a su alrededor se daban multitud de guerras? ¿Qué especie de poder era aquello? Sin duda, uno que el mundo debería cultivar.

Se quedaron en la misma posición hasta que la cabaña apareció ante los faros. Tampoco intercambiaron impresiones mientras cada uno bajaba cargando una pequeña mochila.

Cuando entraron, en vez de encender las luces, Sasha se ocupó de la chimenea. Anahy se dejó caer en el sofá, mirándolo cómo desaparecía en la planta superior. Regresó minutos después, vestido con el equipamiento de esquí.

—¿Vas a salir a esta hora?

Él dejó caer los guantes en una silla antes de acercarse y sentarse a su lado.

—Eridanus me explicó cómo contactar con Calixta. Voy a dejarle un mensaje y aprovecharé para hacer una bajada. —Se inclinó para acariciar su mejilla y acercó sus rostros hasta que las llamas de la hoguera fueron visibles en sus ojos—. Vete a dormir. Hablamos por la mañana.

Anahy asintió. No miró cómo se alejaba. Dejó que se fuera, apretando los labios para que no empezara a exigir lo que cada molécula de ella gritaba: ¡quédate!

La Nueva es mi sol, mi deseo, mi voluntad.

El mundo fue mío, el nuevo será suyo.

Carta de La Creadora

Sasha despertó con la sensación de que no se encontraba solo.

Sin moverse, con el cuerpo en tensión, agudizó los sentidos. Después de unos momentos sin que notara algo fuera de lo normal, abrió los ojos. Anahy yacía de espaldas a pocos centímetros de él. No era ella la que estaba de más en el cuarto, pero la inquietud no lo abandonó. Recorrió con la mirada el dormitorio vacío y se detuvo en la puerta que no debería estar entreabierta.

Miró a Anahy con anhelo.

—Fin de la pausa —susurró—. De vuelta a la pesadilla.

Si estaba en lo cierto, su hermana tenía prisa. Demasiada para su gusto.

Cuando había regresado la noche anterior, Anahy aún estaba despierta. Se habían quedado hablando hasta que Sasha se dio cuenta que ya no lo escuchaba; Anahy se había dormido en el sofá del salón. No había despertado ni cuando la llevó al dormitorio.

Alejó un mechón dorado para descubrir la mejilla de Anahy y dejó un beso suave en su piel, mientras le apretaba el antebrazo en señal de advertencia.

—Vístete, pero no abandones el cuarto —musitó cuando fue evidente por el retemblar de sus pestañas que había despertado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, acercándose y haciendo un nido de sus brazos.

Sasha maldijo en silencio. Abandonar la cama en las condiciones dadas era el peor castigo. Se hallaban en una especie de nuevo principio. Anahy no le había confesado que le perdonara o entendiera sus razones, pero ya no se alejaba como si fuera un wise cuando se le acercaba.

Ella le sonrió y detuvo la mirada en sus labios. El deseo de acercarse y esconder el rostro en su cuello fue irresistible.

—Puede que nada. Quiero verificar algo —le contó en voz baja, cerrando los ojos para dejar de ver la atractiva imagen.

Alejarse fue un reto.

Su piel se erizó al sentir la masa de aire frío que le dio la bienvenida en el pasillo. Notó la antigua punzada de dolor que aparecía cuando su núcleo intentaba apagarse por sí solo. Sacudió los hombros y su cuerpo se estremeció para detener el apagón.

Varias señales le indicaron quiénes eran los visitantes. La dulce fragancia a caramelos mezclada con otra más suave y el hecho de que, incluso helado, en el aire crepitaban delgadas ondas de energía. Apresuró el paso, llegando a bajar corriendo la escalera.

El pequeño Lreky saltó en su encuentro con la misma velocidad que un cohete.

—Vaya, pero si te has hecho un gigante. —Sonrió, luchando contra la emoción. La última vez

que lo había visto era una criatura del tamaño de su mano. Estaba al corriente de sus avances por las imágenes que le proporcionaba Eridanus, pero no lo había abrazado desde lo que aparentaban ser siglos.

—Quise despertaros, pero mamá me dijo que necesitáis dormir —le informó con seriedad. Chilló cuando Sasha lo alzó en el aire para cogerlo en el último instante.

—¿Ah, sí? Gracias por entenderlo. —Sasha miró con reproche a Calixta por encima del pequeño.

Estaba enfadado con ella por permitirle a Lreky espiarlos, pero reconoció que tenía una parte de culpa por haber bajado las defensas en un momento cuando debería levantar muros más altos.

—¿Qué te parece si te enciendo la consola? —le susurró al niño en tono de confesión—. Tengo varios juegos nuevos.

Cuando Lreky aceptó entusiasmado, se tomó unos minutos para atenderlo y después siguió sin ganas a su hermana.

No se sorprendió al ver a Brais, había sentido su onda de energía. Lo saludó, pero Calixta daba señales de impaciencia y no les permitió más de un abrazo fugaz.

—¿Qué ha pasado?

Sasha aceptó la taza de té ofrecida y se sentó en una silla, apoyando la espalda contra la isla de cocina. Brais rodeó los hombros de Calixta y ambos se quedaron de pie, mirándolo expectantes.

—El rey arregló que los wise atacaran el centro para ayudarme a sacar a Anahy —empezó. Les contó lo ocurrido sin detenerse, aun cuando la mirada brillante de Calixta le daba a entender que quería comentar.

Su hermana se contuvo hasta que acabó.

—Es nuestra oportunidad de irnos.

Sasha sacudió la cabeza en negación.

—Primero, no sé qué daños lograron. Eridanus perdió el control o se los otorgó, hay algo extraño. Segundo, inhabilitaron el centro, no los puntos de entrada en la isla. Algunos de los ergys podrían salir en la confusión creada, pero no todos, y para vosotros sigue siendo imposible. Nosotros no queremos huir y dejar atrás a los otros.

—Somos muchos, podemos uniros. Si los wise tomaron el Éter, ¿por qué no podemos hacer lo mismo con las entradas? —insistió ella. Se escabulló del abrazo de Brais y empezó a vagar con pasos agitados, buscando aceptación en la mirada de Sasha.

—Madelyne repondrá los protocolos antes de que nosotros podamos siquiera organizarnos, Calixta. Seguro que pidió la ayuda de Zariah. Lo discutimos con Eridanus. Salir de la isla no nos asegura la libertad. Volverá a cazarnos antes de que nos alejemos. Hay familias, niños. Sabes qué pasará si los dejamos sin protección. Sabes que los que se quedan atrás serán los que pagarán por nuestros actos. No podemos arriesgarnos y salvar nuestro pellejo con el precio de... —Sasha prefirió no acabar. Le dolía ver que la mirada de Calixta se volvía desesperada, pero Brais le confirmó con un sutil gesto que coincidían en pensamientos.

—¿Qué hay de Anahy? —inquirió él.

Sasha se giró para dejar en la isla la taza aún caliente. Era el momento de contárselo todo, pero temía aumentar las esperanzas de Calixta. Se salvó de contestar cuando sonaron chillidos en el salón y entendió que ella había bajado en contra de sus advertencias. Encogió los hombros y esperó en silencio hasta que se acercó.

Sus mejillas encendidas, la posición tensa del cuerpo y el hecho de que se frotaba sin cesar las palmas de las manos en el pantalón le indicaron un alto grado de incomodidad. Sonrió y la atrajo hacia él, sentándola en su rodilla y abrazándola por la cintura. Esperó que no aceptara el gesto,

pero Anahy se acomodó sin dar señales de que tuviera intenciones de sacarle el corazón con las uñas.

—Te prometí explicártelo —dijo, pidiendo con una mirada el acuerdo de los otros—. Necesitaba que mi hermana me acompañara porque no es solo mi historia, es de los dos. Calixta y yo llegamos al Éter después de que nuestros padres fallecieran. Nos dijeron que era un centro de acogida, pero cuando llegamos allí entendimos que no podíamos salir. Ella enfermó unos años después. Éramos tan jóvenes que no nos preocupamos. Hemos hecho amigos, la mayoría del tiempo las condiciones eran soportables y nos recompensaban con el tiempo que podríamos pasar fuera y las cosas materiales. —Anahy se tensó. Masajeó su antebrazo para tranquilizarla y continuó—. Madelyne no prohibió su relación con Brais y no hubo problemas hasta que se quedó embarazada.

—Ella quería a mi niño —lo interrumpió Calixta, apretando el maxilar en una expresión obstinada—. Me lo hubiera quitado y transferido al módulo especial cuando cumpliera dos años.

—En los centros, el concepto de familia carece de significado —continuó Brais cuando se hizo evidente que su pareja no podía continuar por los nervios—. No les importan nuestras vidas, en el Éter somos experimentos. Nos roban a los niños antes de crear un vínculo. Además, Lreky era distinto, la combinación entre un ergy y una wise.

—¿No hay otros como él? —preguntó Anahy en un susurro, girándose en los brazos de Sasha para hacerle una pregunta muda.

Él se aclaró la garganta antes de contestar.

—Seguro que sí. Han cruzado nuestro código genético tantas veces que no podemos saber qué combinaciones han logrado.

—Entonces, ¿tú qué...?

—No estoy enfermo, al menos que lo desee —explicó Sasha en voz baja—. Fui uno de los primeros cobayas cuando empezaron a experimentar con apagar nuestros núcleos. Cuando lo consiguieron con el mío, esperaron a ver cuánto duraba antes de que se marchitara. No lo hizo. En cambio, por mis propias fuerzas, logré volver a encenderlo. Ahora lo uso cómo y cuándo quiero. Aprendí a controlarlo, puedo apagarlo y soportar que se enfríe hasta que alcance las capacidades de un wise.

—¿No temes no lograr encenderlo? —comentó Anahy.

Sasha asintió.

—Cada vez. Durante un tiempo mantuvieron la esperanza de que yo fuera la cura, el equilibrio perfecto, pero no fue así. Mi cuerpo controla la anomalía, nunca avanzó. Intentaron... Creo que me hice tan fuerte debido a ellos. Cuanto más tiempo me mantenían encadenado, en imposibilidad de encenderlo, más aprendía a aguantar. Solo Raisa lo sabe, no conseguí ocultarme de ella. Y Stiff, que se enteró aquella noche. Preferí no decírselo a los otros para no crear malentendidos. Cuando Calixta se fue...

—Hicimos planes y esperamos el momento oportuno durante meses —su hermana le quitó la palabra—. Brais era guardia por entonces y nos habíamos ganado la confianza de Madelyne. Sasha apeló a Eridanus, fue el que nos ayudó. Lo logramos, pero no pudimos abandonar la isla. Los escáneres tienen memorizados nuestros códigos genéticos.

—¿Y tú? —preguntó Anahy a Sasha, que encogió los hombros en un gesto de indiferencia.

Brais contestó en su lugar.

—Se quedó atrás. Alguien tenía que pagar.

—¿Qué? —insistió ella, aunque esa única palabra no se escuchó más fuerte que un susurro.

—Fue el momento en el que hice el primer trato con Madelyne. Me tomó como ejemplo para

que otros no lo intentaran. Le prometí que trabajaría sin oponerme, a cambio, dejaría de buscar a Calixta. Dudo que haya cumplido su parte del trato, pero de todos modos, no logró encontrarlos. Yo no sabía dónde estaban, hace años que no los veo y no mantuvimos ningún tipo de comunicación aparte de intercambiar imágenes a través de Eridanus.

—¿Tus amigos lo sabían?

Sasha se removió inquieto en la silla, pero no quitó las manos de sus costados.

—Lo averiguaron muy pronto. Les extrañó el cambio brusco en mi actitud, dejé de ser rebelde. Después Madelyne tuvo la delicadeza de informarles de que cualquier castigo que corriese sobre sus cabezas sería por mi culpa. No podía castigarme a mí, pero sí a ellos. El sufrimiento que puede infligirme a mí es solo de orden psicológico. Por eso elegí continuar ocultando que puedo encender mi núcleo cuando quiera. Se hubieran sentido traicionados al tener que pagar los errores de alguien como yo.

Sasha se levantó, haciendo que Anahy se incorporase a su vez, y se separó de ella, caminando hasta la ventana.

—Hemos acabado con las noticias buenas —dijo ella, interpretando de modo correcto su semblante.

—Lo que hiciste en el Éter...

—¿Qué hizo? —se interesó Calixta.

Sasha buscó las palabras que podrían explicar cómo había vencido Anahy a los wise. No las encontró.

—Usé mi núcleo —explicó Anahy, encogiendo los hombros—. Lo manipulé para que creara un campo magnético que inhabilitó a los wise.

—¿A distancia? —se extrañó Braise.

—Sí —confirmó Sasha—. Todavía no entiendo cómo lo conseguiste. Me pareció que cogiste partes de tu campo personal y las usaste como un complemento de tu cuerpo.

—Ahora no importa. Las muñequeras me ofrecieron un extra que necesitaba —explicó ella, haciendo tintinear el metal.

—¿El rey? —averiguó Calixta.

—Dice que Anahy es la cura —resopló Sasha.

—¡Madre Creadora! ¡Por fin! —Calixta se abalanzó al encuentro de Anahy, pero ella la detuvo con un gesto.

Recordaba con detalle lo que le había contado Eridanus y aquello no era el modo.

—No es así de sencillo —explicó—. Puedo hacerlo, pero no como lo hice con Cold. La solución precisa... —*Vidas*, pensó. Se aclaró la garganta—. El rey os lo explicará. Tiene que ver con la energía del Corazón de la Creadora.

—Fui a pedirle ayuda para sacarte del Éter —intervino Sasha—. Entre una cosa y otra lo acusé de permitir que nos esclavizaran. Cuando dejé a los chicos, ayer, me contó una variante corta de su historia. Que esperaba la aparición de la enfermedad desde hace mucho. Que así lo pensó La Creadora porque tenía miedo de que nos volviésemos demasiado poderosos, demasiado egoístas, que quisiéramos conquistar el mundo.

Anahy entendió que Eridanus había contado dos historias diferentes y que Sasha no sabía lo que a ella el rey le había dejado claro desde el principio. Cerró los ojos y sacudió los hombros en un intento de ahuyentar aquella pesadilla tan real.

—La Creadora es nuestra madre y diosa. Algunos creen cada letra de sus palabras, otros no la seguirían ni si la tuvieran delante —continuó Braise—. Hay miles de sectas y cada una se inventó una biblia. Mis padres pertenecían a una muy devota. Confiaban en que nuestra raza duraría hasta

el día en el que la tierra nos rechazase. Consideran una señal el hecho de que, enfermos, no podemos absorber energía del alrededor. Pero cada cuento debe tener un final feliz. No declaraban la idea de nuestra desaparición, creían que nos convertiríamos en seres superiores. Que la antigua energía se renovarían y que nuestros núcleos serían capaces de ser fríos y calientes a la vez.

—¡Ese es Sasha! —exclamó Anahy, mostrando una alegría inmensa por haber encontrado a otro salvador del mundo de los ergys.

—¿Es verdad, es real?

Calixta hizo la pregunta y el deseo de gritarle le impidió a Anahy contestarle al instante. Tuvo que ralentizar su respiración antes de abrir la boca. La combinación de ilusión y esperanza que delataba el rostro de la chica wise la obligó a confirmárselo.

—Sí, es verdad. No sabía nada de todo eso —explicó—. Pero es posible que pueda ayudarlos. Es posible que pueda salvar vuestro mundo.

«Con el precio de mi vida».

Se frotó las muñecas, el peso del metal era desconocido para ella. El simbolismo, el recuerdo de que las muñequeras podrían encerrar su energía, no le gustaba en absoluto, aunque el efecto era el contrario. Mientras las llevaba, era indestructible.

—¿Vamos a desayunar? —preguntó Sasha en un tono de voz que fingía ser afable.

No obtuvo respuesta, pero todos asintieron.

—Volveré enseguida —les avisó Anahy.

Se alejó con la intención de ofrecerles a ellos y a sí misma un instante para tranquilizarse.

Se detuvo en la puerta cuando una voz pidió atención en su mente. Quiso negarse a responder, quedarse el mensaje para ella, pero lo sentía como una necesidad básica, igual a la de tener hambre o sed.

—Eridanus nos llama —dijo, de algún lugar lejano, donde no podía escuchar su propia voz—. Debemos regresar, me necesita.



—¿Por qué? —Calixta tartamudeó la pregunta mirando hacia atrás.

Anahy supuso que pensaba en Lreky.

—Busca los canales de noticias en el comunicador —pidió con voz ronca mientras se frotaba el antebrazo con la esperanza de que desapareciese el dibujo dorado creado por sus venas.

Entendió que su piel cambiaba cada vez que el rey se comunicaba con ella. Las pulseras debían alterar su núcleo para que la energía se volviera visible a través de su piel.

Necesitaba tiempo para recomponerse y las imágenes iban a hablar por ellas mismas, ahorrándole el esfuerzo. Las voces de los presentadores se mezclaban, hombres y mujeres hablaban en varios tonos, todos emergentes y asustados.

«Eventos sin precedente... el agua de la cascada desapareció, una barrera de hielo bloquea... en esta región no se tiene evidencia de una temperatura tan alta... incendio devastador... lluvia de fuego seguida por un asalto de bombas heladas... los ergys han enloquecido... han declarado alerta roja... se recomienda que los nulos...».

Anahy se dejó caer en el sofá. Las venas seguían brillando bajo su piel, pero el efecto no era tan deslumbrante. La luminiscencia se apagaba como pasaba con las brasas de un fuego sin alimentar. Las piedras de las muñequeras también habían cambiado de color, del blanco inicial al rojo intenso, y supuso que había relación entre los dos eventos. Tuvo la intención de quitárselas, pero algo se lo impidió, un sexto sentido que le avisó de su importancia. Los comunicados seguían escuchándose en segundo plano mientras ella procuraba poner orden en el caos de su mente.

«Declaran haber visto estatuas de hielo moviéndose. Estamos analizando las imágenes para verificar su credibilidad... nunca nos hemos encontrado con tanto desgaste de energía... Las posibilidades son infinitas... ¿Hablamos de guerra? ¿Se quiere la exterminación de los nulos?».

Las voces comentaban, pero Anahy se alejó de la realidad, intentando olvidarla. Ella conocía lo que venía, el futuro. Había esperado que tuviera más tiempo.

—¿Estás bien? —Aunque hecha en voz baja, la pregunta la hizo dar un brinco. Cogió la manta del sofá y la envolvió alrededor de su cuerpo—. ¿Qué pasa? —insistió Sasha, sentándose a su lado.

Anahy se odió al notar la línea tensa de su mandíbula; la preocupación nublaba el azul de sus ojos. Quería gritarle que dejara de alarmarse, que ya no era su encargo. Su misión había acabado

en el momento en que había empezado la de ella. En vez de entregarse a la furia, sonrió.

—Nada. Eridanus se comunicó de nuevo conmigo. Los wise se delataron. El mundo sabe que los ergys enferman. Debemos irnos, los otros nos esperan. —Ante la mirada para nada confiada de Sasha, prosiguió—: Resulta que tengo un pequeño encargo: liberaros, liberarnos —se corrigió con rapidez—. Él sabrá explicarlo. ¿Ese hombre no ha oído hablar de una invención llamada comunicador? —se rio con nerviosismo.

—¿Qué me escondes?

Sasha no la perdió de vista y Anahy se felicitó por no sobresaltarse ante la pregunta. Estaba segura de que no podía leerle los pensamientos, pero, incluso así, la conocía demasiado y veía a través de ella.

—Nada. ¡Qué ideas tienes! Vamos a prepararnos —dijo, haciendo ademán de levantarse.

—Iré con vosotros. —El anuncio de Brais la hizo volver a sentarse con pesadez. Por la expresión de su rostro, entendió que estaba decidido y que lo había hablado con Calixta. Pero pensando en Lreky, procuró que cambiara de opinión.

—¿Es inteligente?

—Si es el momento, estoy dentro. Hace demasiado que nos escondemos. Debemos ganarnos la libertad. Quiero bajar y verificar cómo están las cosas. Si es seguro, Calixta vendrá con Lreky después.

Su mujer se acercó, transmitiendo sin palabras que estaba de su lado, y Anahy renunció.

—Como quieras —murmuró.

De todos modos, no importaba. Nadie podía ayudar. Nadie podía hacer su trabajo. Pero entendía que estaban solos desde hacía mucho y que sentían la necesidad de volver a integrarse en la comunidad.

Se alejó sin mirar atrás y se detuvo en el cuarto de baño. Aparte de su piel, la ducha lavó la fealdad de los últimos días y las lágrimas que corrían por sus mejillas. Lloró en silencio, sola, triste y cabreada. Enjabonó su cuerpo con furia, queriendo poseer el don de hacer lo mismo con su alma. Al salir logró convencerse de que tenía la fuerza necesaria para sacrificarse por un mundo que no era suyo.

Se vistió en su dormitorio y se detuvo para estudiar el paisaje a través del cristal. Los picos de las montañas no se habían movido, persistían en el intento de unirse con el cosmos. Solo los colores habían cambiado, el cielo estaba tintado con tonos sombríos, llamativos. Las nubes eran translúcidas, sin forma, partículas que dejaban entrever el horizonte. Franjas escarlatas ligaban con otras de azul oscuro, como si fueran dos tipos de sangre.

Anahy se estremeció y le dio la espalda a la ventana con la intención de bajar. La entrada de Sasha la detuvo. Agitó la cabeza en negación ante la pregunta muda de su mirada.

—No —enfaticó en voz alta—. No volveremos a discutir.

—Deja de entrar en mi mente —bromeó él, fingiendo que aceptaba su decisión. Sonrió señalando con un gesto sus pantalones negros y el antiguo jersey verde, sin forma—. Quién sea que quiera luchar con nosotros, debería pensárselo dos veces. Has vuelto a ser tú. Y, Bicho... —la atrajo en un abrazo que no dejó espacio entre sus cuerpos—, soy el mejor ejemplo de que los que se te acercan, caen como moscas ante el olor a insecticida.

Anahy torció el gesto, pero se dejó rodear por sus brazos cálidos.

—¿Acabas de compararme con un repelente de insectos? —preguntó sonriendo débilmente—. El romanticismo ya no es lo que era.

Sasha se quedó en silencio antes de alzarle el mentón con el pulgar y mirarla.

Anahy entendió la pregunta muda.

—Sí —dijo. Su sonrisa se ensanchó cuando Sasha se quedó desconcertado. Su mirada interrogante suplicaba una explicación que se apresuró a ofrecerle—. Sí a lo que me propusiste hace días. Ya sabes, ese precioso discurso sobre corazones degollados, vidas sin sentido en la ausencia de la media naranja y compartir...

—Dragona, nunca dije algo tan cursi. ¿Estás segura de que me entendiste bien? ¿Te lo demuestro mejor? —comentó mientras acercaba su rostro con los ojos brillando por la expectativa.

El corazón de Anahy se rebeló en su pecho. Le extrañó que él pareciera tan seguro, tan calmado, a pesar de la seriedad del momento. Luego recordó que Sasha desconocía lo que sabía ella. Era más fácil cumplir con lo que se le pedía si evitaba el drama.

—Me ayudaría una demostración —asintió.

—Sabes lo que soy —continuó él—. Sabes lo que quiero. Por mi parte, ya no hay secretos entre nosotros. ¿Qué hay de ti? —Anahy se inquietó, pero él la salvó de contestar—. ¿Aceptas a un ergy con problemas de confianza, control...?

—¿Arrogante, orgulloso, con el síndrome de conductor de mundos?

Los labios de Sasha se curvaron en una sonrisa deslumbrante, pero sus ojos eran los que tenían la atención de Anahy. La risa brillaba en su mirada, ocultando de modo casi perfecto la preocupación, el miedo y un millar de preguntas.

—Es una oferta sin igual, lo sé —comentó él—. Imposible resistirse.

—No hago nada que no deseo hacer. Nunca lo hice, nunca lo haré. Sé dónde estoy ahora y es donde quiero estar siempre. Aquí, contigo. La guerra que acaba de empezar no será entre nosotros. —Anahy alzó la cabeza, usando el gesto para finalizar la conversación antes de delatar sus secretos. No podía contarle la verdad, no podía decirle que seguían sin tener tiempo para disfrutar de su amistad renovada. Atesoraría los momentos como el presente.

Sus bocas se unieron y Anahy ahuyentó cualquier pensamiento coherente. Necesitaba un instante de magia, el tipo de magia que tenía el poder de disolverle los huesos y revivir a las mariposas de su estómago. Se sumergió dentro del círculo creado por los brazos de Sasha, escuchando el latido de su corazón. Se dejó llevar por sus caricias, por la calidez que la inundaba cada vez que lo tenía cerca. No oponerse a esa espantosa sensación de ahogarse por tantas emociones era algo nuevo, pero precisamente lo que necesitaba. No deseaba sentir más que sus labios, sus manos que habían empezado a recorrerle el cuerpo, las señales casi inadvertidas que les hacían moverse al compás.

El beso empezó como una tormenta. Con olores que reconocía y con ráfagas de intensidad suave que despertaron las terminaciones nerviosas. Relámpagos sin fin, chispas indoloras, descargas eléctricas de placer.

—No vuelvas a cortarte el pelo —exigió.

Como respuesta, Sasha la besó con desesperación. Esperaba que no fuera porque aún sospechaba de ella, porque hubiera averiguado alguno de sus pensamientos. Aceptó la incursión de su lengua, arqueó la espalda y tiró de su cabeza. Sus alientos inflamaron el aire y las conocidas partículas de energía no tardaron en aparecer. «Mañana» perdió el significado bajo el suave ataque, y la opción de rendirse a la pasión se hacía más apetecible con cada segundo.

Por desgracia, él tuvo mejor dominio de sus actos. Disminuyó la intensidad de los besos y acabó por acariciarle la piel sensible de la oreja con su aliento.

—Si es el momento de quejas, quiero protestar porque otra vez te duchaste sin mí —reprochó con voz ronca.

El matiz áspero tuvo el poder de hacer germinar deliciosas cosquillas que estremecieron la piel de Anahy. Cerró los ojos para memorizar la fresca fragancia de su piel, la calidez de sus labios, la

robustez de sus brazos rodeándola. Desconocía cuánto poder tenía Sasha sobre su parte wise, para ella era firme y definitivamente ergy, en cuerpo y alma.

—Hay niños en casa —se excusó, alejándose a regañadientes—. ¿Estás listo?

Procuró dar a su cuestión un tono indiferente.

Sasha no le contestó de inmediato. La miró con determinación como si buscara las verdaderas preguntas. Su respuesta la sorprendió.

—No. Pero me temo que el mundo no esperará a que me decida. Vamos. Acabemos con eso, pero pido para después vacaciones por un tiempo indeterminado. En la playa, tú, yo e Indra. Tenemos que hablar sobre nuestros niños comunes. ¿Qué color de bikini te gusta?

Anahy estalló en carcajadas. De algún modo, Sasha lograba reconfortarla con sus estupideces. Durante un momento, se imaginó un bebé regordete de ojos celestes que alzaba los bracitos en su encuentro. No podía ser, pero se podía conseguir una sonrisa con una fantasía, incluso sabiendo que era un sueño imposible.

Bajaron cogidos de las manos y se despidieron de Calixta y Lreky antes de cargar el equipaje en el coche.

Anahy miró la cabaña, recordando el día que llegó allí por primera vez. Le parecía una vida entera desde entonces. Técnicamente, había pasado por los sucesos de una vida entera. Pero eso no significaba que se fuera a acabar pronto, se dijo, alzando el mentón con obstinación.

No supo qué fue lo que atrajo su atención. Una corriente de aire, un sonido apagado que aún no tenía significado, pero su energía revoloteó antes de que la marca de su cuello se calentara. Por las expresiones de Sasha y Brais, ellos también lo sentían.

—Nos largamos de aquí, ahora —dijo el último. Ocupó el asiento del conductor y esperó el sonido del golpeteo de las puertas antes de acelerar.

La carretera era estrecha y llena de curvas. A la velocidad con la que Brais conducía, nieve, ramas y bruma eran una con el camino. El vehículo trepidaba cada vez con más violencia, hasta que Anahy entendió que el sendero era el que se movía.

—¿Qué está pasando? —preguntó, estirando el cuello para poder percibir algo fuera.

—Avalancha —dijo Brais, frunciendo el ceño en el espejo retrovisor.

Su respuesta encogió el corazón de Anahy.

—¿Nos alcanzará? —inquirió justo cuando un rugido que le erizó el vello se hizo escuchar por encima del ruido del motor.

El silencio fue la respuesta.

El viento llevó partículas de hielo contra las ventanas, oscureciendo el interior e impidiéndoles la vista, pero incluso en aquellas condiciones, Brais no disminuyó la velocidad.

—No vamos a llegar abajo. Para el coche y esperemos que pase —dijo Sasha mientras tecleaba en el comunicador. Soltó una maldición en voz baja antes de informarles—. No logro conectarme con los otros.

Las ruedas derraparon y chillaron cuando el vehículo dio un giro inesperado y se detuvo de cara a la pared montañosa, a pocos centímetros de chocar contra la roca. Anahy se balanceó en el asiento y acabó por abrazar con fuerza el reposacabezas de enfrente.

—No lo estamos haciendo bien —vociferó Brais, manejando la palanca de cambios—. Debemos intentar subir, no bajar.

—No podemos salir de la zona de trayecto —protestó Sasha.

—Tengo que curar a los ergys —discutió Anahy, muy bajo para que los chicos no la escucharan—. Una maldita avalancha no me lo impedirá. ¿Hay alguna posibilidad de que vayamos más rápido? —preguntó en voz alta.

De nuevo no recibió respuesta, pero el tiempo se ralentizó y tampoco le importó. Brais abandonó la carretera y entró en el bosque, deteniendo el coche bajo el resguardo de unos abetos impresionantes.

—Vamos a intentar protegernos con el campo. Y rezad —susurró antes de que el rugido descomunal los alcanzara.

A través de la ventana, Anahy vio cómo la enorme masa de nieve se tragaba todo en su camino como un monstruo hambriento.

—Dragona, si vamos a morir, quiero que sepas...

—¡Cállate, rey del drama! —Ella estalló en carcajadas. Con una velocidad de la cual no se creía capaz, saltó por el hueco creado por los asientos delanteros y aterrizó en las rodillas de Sasha—. ¿Eso es lo que querías? —preguntó. Extendió su campo para unirlo con el de Sasha y de Braise. Juntos iluminaban el interior tanto que estaba casi ciega.

Sasha la abrazó y pegó la frente a su nuca.

—No está nada mal para morir.

El vehículo se balanceó bajo el golpe y uno de los cristales que habían quedado al descubierto se agrietó. La nieve los encerró con sonidos repetitivos, amenazantes. El frío y la oscuridad la acompañaron.

—Cuando pase, la nieve tendrá la consistencia del hormigón —explicó Brais, que volvió a poner en marcha el coche—. Intento hacer espacio. —Sin inmutarse por la noche antinatural, hizo girar el volante mientras avanzaba y se retiraba varios centímetros.

—Recuerda subir la próxima vez, no bajar —gruñó Sasha. El sonido de sus voces no tenía fuerza para atravesar el espesor de la oscuridad.

—¿Ideas para salir? —preguntó Brais.

—Apararé mi núcleo e intentaré manipular la nieve —dijo Sasha—. Es mucha, no sé si puedo lograrlo, pero...

—No. —Anahy lo hizo callar con una única sílaba. No estaba preparada para volver a verlo con aspecto de wise. Y aun con la amenaza de lo desconocido encima de sus cabezas, se sentía bien donde estaba, entre sus brazos. El aire era frío, pero el cuerpo de Sasha le proporcionaba calor. Con el oído pegado a su pecho, deseaba cerrar los ojos y soñar.

Su piel empezó a picarle tanto que querría frotarse hasta arrancársela. Pensó que era por los nervios, pero advirtió que sus venas adquirían el color brillante dorado con el aumento de su calor corporal.

—¿Chicos? —susurró.

Hasta que tuvo su atención unos golpes secos sonaron encima del coche. La nieve se removió y por un segundo pensó que estarían salvados. Un segundo muy largo, ya que el tiempo pareció detenerse una eternidad.

Anahy jadeó y dio un brinco cuando un par de ojos aparecieron detrás de la luna. Un par de ojos inmóviles, de color plateado y mirada burlona. Las pestañas cargadas de hielo se agitaban, y al instante se asomaron otros iguales. Horrorizada, entendió que no veía las caras porque se fundían con el entorno. Un rayo de luz apareció de un lado y la puerta trasera voló como si el brazo de una grúa la apartara. La nieve fue separada por un remolino de viento que creó un túnel lo bastante ancho para que el coche pudiera atravesarlo. El único problema era que el camino no estaba despejado.

Estaba lleno de wises.

—Hola, gente. ¿Necesitáis ayuda? —preguntó una voz fingiendo un tono amable.

Como si hubiera contado un chiste, los otros estallaron en carcajadas que sacudían sus hombros

y arrojaban alrededor trozos de hielo.

16

*En la noche encuentra tu reflejo.
En el frío halla la chispa.
En la tierra descubre la cuna.
En el cielo tropieza con el rayo.
Cierra los ojos.
Mírame.*

Carta de La Creadora

—¿Se imaginan que estamos jodidos? —se burló Sasha.

—Una fiesta sorpresa. Qué pena que no me he arreglado el pelo —comentó Anahy, pasando los dedos por sus mechas desordenadas con gesto relajado.

—Estás perfecta. —Sasha le sonrió con ternura y Brais se aclaró la garganta.

—Ahora entiendo cómo se siente la pobre tercera rueda. ¿Qué hacemos?

—Parece ser verdad que quieren ayudarnos —comentó Sasha al ver que los wise se movían apresurados, levantaban montañas de nieve y limpiaban la zona.

Brais carraspeó.

—Ya. Esperemos a ver cuál es su precio.

Después de acabar, uno de los wise se posicionó enfrente del coche.

Sasha lo estudió, comparando sus medidas con las de él. Coincidían en altura y peso, pero podía apostar que el otro no tenía su sentido del humor, una característica que más de una vez le había salvado la vida.

El ergy enfermo no se había transformado por completo. Su rostro estaba manchado por una fina capa de hielo y un cristal se escurría por su mejilla, debajo del ojo.

—Podéis salir. Queremos hablar —dijo.

Las ramas de los abetos se sacudieron, empolvando el aire con partículas brillantes de nieve.

Cuando los otros asintieron a la vez, como si hubieran sido programados para que hicieran el movimiento, entendió que había hablado en el nombre del grupo.

—¿En qué idioma? —gruñó Brais.

Te quedas dentro, le transmitió Sasha a Anahy.

¿Es tu momento para la comedia?

Ella replicó al instante y él suspiró con pesadez. Había valido la pena intentarlo, solo para que le llevara la contraria. Había echado de menos sus mejillas encendidas y los ojos echando chispas por la indignación. Le apretó las muñecas en señal de que se tranquilizara e hizo el intento de cerrar la puerta cuando salió. Anahy volvió a abrirla, golpeándole por la prisa de seguirle.

—Perdón —murmuró. En su rostro no había ni pizca de arrepentimiento.

—Discutiremos después —dijo Sasha—. ¿Puedes aceptar que quiero protegerte? —Se movió al lado de Brais para crear un muro que no le permitiera a Anahy salir. Ella logró hacerse espacio con la ayuda de un codazo y le sacó la lengua.

—Esta niña es fuerte.

Debemos hablar sobre tu falta de sensatez, la regañó.

Me encantaría hacerlo contigo, replicó.

Sasha se ahogó con el aire frío. Tosió con violencia, después cerró la boca para inspirar por la nariz.

Anahy le sonrió torcido y aclaró: *hablar.*

—Tenemos el control de todos los Éteres —dijo el wise, ganándose la atención de Sasha.

Él ocultó la sorpresa. No conocía el número exacto de Islas Centro, pero eran muchas. Que los wise lograran liberarse de todas era un desastre. Habían aprovechado la oportunidad mejor que ellos y tenían ventaja.

—Por cómo lo veo yo, tenéis agallas y pocas ganas de vivir.

Brais cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, indicándole que estaba preparado.

—No estamos contentos —continuó el otro.

Sasha se rio, burlón.

—Qué conmovedor. Sigue, es posible que despiertes mi lado tierno.

—¿Tienes uno? —Anahy chasqueó la lengua—. ¿Se lo enseñarás a él antes que a mí?

—Estamos hartos de escondernos, de ser considerados los feos. Queremos compartir el espacio —explicó el wise—. Estamos dispuestos a negociarlo con el rey, conformarnos con un horario de comida. Pero no podemos confiar en un trato mientras tengáis a la nueva arma —dijo, alzando una helada ceja hacia Anahy—. Algunos de los nuestros son reticentes cuando piensan en su futuro. Nuestra naturaleza cambió. Queremos ser reconocidos como una nueva raza.

El wise torció el gesto en lo que debería ser una sonrisa. Una falsa, que no ocultaba la satisfacción de su mirada. Sasha entendió que a lo mejor no estaban preparados para lo que fuera a venir. La energía se agitó a través de sus venas ante la promesa de la lucha.

—Una raza que se alimenta de las otras. Interesante. Podéis hablarlo con el rey. O con La Creadora. Anahy no os amenaza —discutió él, sintiendo que empezaba a hervirle la sangre. El sentimiento de que la situación iba a transformarse de una asquerosa en una asquerosamente mala se agudizó.

—Ya. Pero existe —insistió el wise, haciendo hincapié en el verbo y su forma verbal presente. Soltó un suspiro casi apenado antes de proseguir—. Estaba seguro de que ibais a ser reticentes. Por eso hemos pensado en varios incentivos. —Sus hombros se sacudieron por la risa. Agitó un dedo en el aire y unas formas pequeñas escondidas detrás de los otros estuvieron forzadas a avanzar a empujones.

Sasha pestañeó con rapidez, esperando que fuera una alucinación. Brais le puso una mano en el hombro y Anahy jadeó a su lado.

—Te va a costar la vida —avisó Sasha siseando entre dientes mientras no perdía de vista a los niños que miraban alrededor con curiosidad.

Procuró tranquilizarse al percatarse de que se veían bien, sin maltratos. Los wise no habían tentado su suerte. Pero su propia estupidez le nublaba la mente. Se quedó bloqueado en el mismo pensamiento: cómo se le había ocurrido abandonar el Éter sin pensar en el módulo de los niños.

—Mi vida... —El wise que conducía la negociación no se impresionó por la amenaza—. Es solo una palabra, un concepto. Ahora hablamos de un sinfín de vidas y de su bienestar. Dame a esa pequeña... —se detuvo para buscar el apelativo correcto— rareza, y podremos firmar un tratado de paz.

—Nunca hubo paz entre nosotros —le recordó Brais—. Vuestra hambre es insaciable.

Sasha calculó cuántos podría cargarse y sumó lo que lograrían Anahy y Brais.

Intentaré alejar a algunos de los niños, le dijo a Anahy.

No. Yo puedo hacer más, respondió ella, moviendo los dedos con sutileza para que notara que su piel brillaba, y las venas doradas se asomaban.

Incluso con la posibilidad de que a Anahy la ayudara Eridanus, Sasha dudó.

El wise miró hacia atrás, verificando su ejército, sintiendo la tensión en el aire pesado, lleno de electricidad. Era normal que no esperara una rendición, y Sasha no se apresuró, sin querer ofrecerle motivo de sospecha.

—Está bien.

El anuncio de Anahy lo pilló con la boca abierta.

Brais tenía la misma expresión horrorizada que él. Se centró en las de júbilo que agrietaba la tez de los wise transformados. Por cómo algunos se relajaban y empezaban a convertirse en seres con sangre que circulaba, entendió que creían posible obtener a Anahy.

«¡Por encima de mis cenizas, montón de hielo!».

—Iré con vosotros en cuanto liberéis a los niños —dijo Anahy.

Ni hablar, farfulló Sasha en su cabeza.

Los labios de ella temblaron por el atisbo de una sonrisa.

—Cállate —susurró, alzando el mentón.

—Anahy, no es necesario. Encontraremos una solución —protestó Brais, pero ella no se detuvo.

—Afirmas que quieres paz —se dirigió al portavoz—. Podemos finalizarlo sin derramamiento de sangre, pero no será así si continuáis jugando sucio.

El gélido entrecerró los párpados. No se guardó sus pensamientos al preguntar:

—¿Tan sencillo? ¿Te entregas sin más?

—Es lo que querías, ¿verdad?

¡Y una mierda! Déjame encontrar una salida. Dame unos minutos.

Anahy cerró los ojos por un instante.

¡Vete de mi cabeza!, espetó.

Ni aunque me lo pidieras a golpes.

Ella se giró hacia Sasha y abrió los brazos en una invitación muda. Cuando él la abrazó, susurró en su oído:

—Doy asco como negociante. Necesito concentrarme. Cuando te lo diga, quiero que unáis todos vuestros campos.

—¿Por qué?

—Quedaos en el interior —añadió ella e intentó alejarse.

Sasha la estrechó con más fuerza.

—No puedo dejarte ir.

Anahy plantó los pies con fuerza en la nieve. Le rodeó el cuello con la mano como si quisiera acercarlo. Entonces enganchó los dedos en su pelo y tiró con fuerza.

—Puedes y lo harás. ¿Verdad, cariño? —inquirió, con una sonrisa que tenía el poder de derretir el hielo.

Sasha quiso asentir, pero temía quedarse calvo si movía la cabeza.

—Luego me preguntas por qué me corto el pelo —se quejó—. De acuerdo. Pero asegúrame que volverás.

—Lo haré.

Hizo otro intento de alejarse, pero Sasha volvió a impedirselo.

—¿Un último beso? ¿Algo que sabemos hacer solo nosotros dos y puede convertir a esas criaturas en charcos?

—¡El aire se vuelve demasiado caliente para nosotros! —gritó el wise.

El silencio se hizo tan denso que Sasha se sorprendió de no escuchar el coro en ascenso de los corazones participantes. Al suyo le faltaba poco para estallar. Mantener su energía a raya se convirtió en una meta casi imposible. Inhaló las púas de hielo, dañándose con intención en un intento de disminuir el efecto del calor.

Anahy le dio la espalda.

—¡Libera a los niños! —exigió.

Los wise que la miraban de frente retrocedieron de forma casi imperceptible, sondeando en la expresión de su líder. Los que rodeaban a los niños volvieron a adquirir forma sólida, esculturas en tamaño natural.

—Eso es, Dragona. Enséñales lo que puedes hacer —susurró.

Ella avanzó lentamente, pero decidida. Pasó por el lado de una niña que le sonrió y le guiñó un ojo a un pequeño que fruncía el entrecejo y se mordía los labios para mantenerse callado. Al final se detuvo en el medio de los wise.

—Vamos, vamos... —Sasha pidió ayuda divina. Necesitaba que algo muy fuerte, muy poderoso, le impidiera correr detrás de ella.

Como si hubiese oído sus pensamientos, Anahy lo miró por encima del hombro.

¿Qué piensas hacer? Necesito saber algo más, insistió, pero la respuesta fue lacónica.

No ahora.

Sasha apretó los puños. Jugó con su núcleo, encendiéndolo y apagándolo a propósito para que tuviera una ocupación y alejara sus pensamientos del momento presente.

Las nubes empezaron a acumularse en el cielo, saliendo de la nada y contorsionándose como serpientes que habían sido molestadas en su nido. La dinámica del aire cambió, y antes de ver el primer relámpago, sintió su electricidad en la piel. Alrededor de ellos, ahí y allá, estallaban pequeñas luces que se apagaban igual de rápido.

—Me tenéis. Os toca respetar vuestra parte —dijo Anahy.

Varias amenazas y súplicas se quedaron en los labios de Sasha, sin sonido.

Anahy se giró, ya no podía escuchar qué les decía a los enfermos, pero después de unos segundos de confrontación, los niños se movieron hacia ellos. Cuando estuvieron a su lado, Anahy volvió a mirarlo y agitó la mano en señal de despedida.

¡Ya está! Quédate allí. Vuelve. Voy a por ti.

Quieto. No es una despedida. Nada ni nadie robará lo que nos merecemos.

Abrazando a un pequeño, Sasha buscó sin éxito algo en los ojos de Anahy, en su rostro, un indicio que pudiera dilucidar el misterio. Se veía tranquila, lo contrario que él, que sentía que iba a quebrarse en cualquier momento.

Anahy sonrió, pero no lo hizo para alguien en especial. A pesar de que miraba hacia ellos, aunque sus labios se habían surcado y agitaba la mano en el aire, ella no les prestaba atención.

Sasha no entendió al principio de dónde venía el cambio, por qué tenía la sensación de que desaparecía ante sus ojos. Cuando la energía abandonó su cuerpo y la rodeó como un campo, no supo qué creer. Por un lado, se alegró porque no tuviera algún plan escondido y quisiera luchar sola, pero por otro, le parecía raro que se rindiese sin más.

El viento se desató de repente y por un segundo perdió la concentración cuando la nieve empolvoró el aire. Cuando pudo vislumbrar algo se quedó sin respiración y el miedo se apoderó de él hasta el punto de que apagó su núcleo.

—Anahy —susurró, su propio aliento helándole los labios.

—¿Qué demonios hace? —preguntó Brais también murmurando.

Anahy desaparecía. Al principio solo pequeñas moléculas se desprendieron de su cuerpo, la parte exterior combinándose con la energía ahora esparcida alrededor de ella. Antes de que él interviniera, pudiese gritar, chillar, maldecir o implorar, y a la vez que la tormenta aumentaba, Anahy se convirtió en una masa de puntos luminosos. Le faltaba la consistencia de un ergy, de hecho, le faltaba cualquier consistencia. Era... aire.

—Cread un campo —dijo hacia los niños—. ¡Y tú refuézalo! —le gritó a Brais, haciendo el gesto de apresurarse hacia ella.

Pero no llegó a hacerlo. No había quitado sus manos del pequeño cuando los pies se le helaron y se negaron a avanzar.

No supo lo que vio. La forma que era Anahy, esas partículas resplandecientes, se apresuraron arriba, hacia el cielo. Estallaron en el interior de las nubes oscuras que formaron el contorno de una calavera con las líneas definidas por la electricidad de los relámpagos, y volvieron al suelo en forma de un núcleo energético de potencia descomunal. El sonido que resultó del contacto no se parecía a nada que hubiese oído antes. La tierra tembló y se retorció como un monstruo herido.

Luego reventó, y no quedó nada que mirar.

Eres mi sol, mi deseo, mi voluntad.

Soy tu todo.

Carta de La Creadora

—¿Está vivo? —susurró Blaze. Cruzó los brazos, temiendo parpadear para no perderse algún cambio. Quiso fruncir el ceño, pero se dio cuenta de que tenía la frente arrugada desde el momento en el que Eridanus se había convertido en una momia.

—¿Qué quieres decir? Parece que está bien —replicó Ausa a su lado.

—Míralo —insistió él, resoplando—. No se mueve, no respira, tiene la piel cenicienta. Hace horas que está así. Y hace horas que no podemos comunicarnos con Sasha —farfulló, comprobando otra vez la pantalla del comunicador—. Deberíamos salir a buscarlo.

—¿Necesitas una cirugía de retina? Está roncando y sonriente. Y tiene las mejillas sonrojadas —protestó Miqueas.

—Sasha sabe lo que hace —replicó Raisa en voz baja a su lado, sin molestarse en comprobar el aspecto del rey. Había renunciado a preguntarse por qué cada uno de ellos veía una imagen diferente. Eridanus manipulaba su núcleo a un nivel que ellos no soñaban con alcanzar.

—Pero nosotros no lo sabemos.

—Sabe lo que hace —susurró, sin percatarse de que se repetía.

—¿No podemos despertarlo? —inquirió Miqueas—. ¿Y si le traigo un energizante?

—No creo que funcione con cosas tangibles. —Ausa se abrazó y levantó la cabeza para ver si el aspecto del cielo había variado en los últimos cinco segundos que habían pasado desde que lo había mirado la última vez. Suspiró al no encontrar cambios; los nubarrones seguían igual de gruesos, no permitían que la luz los traspasara.

—Sasha debería haberse quedado. Deberíamos haber hecho algo, aprovechar que Madelyne es débil. Actuar, no ser testigos —espetó Blaze, estudiando la línea vacía del horizonte.

—¿Preguntaste por qué Su Majestad le dio el permiso de irse? —le contestó Stiff.

Blaze frunció los labios, guardándose las protestas. Sabía que no ayudaba discutir, pero si tenía prohibido emplear su don, se rebelaba contra la impotencia usando la boca.

—Los wise se divierten destrozando los Éteres y nosotros miramos el cielo.

—Deberías alegrarte de que lo hacen —le respondió Miqueas—. Yo sé que lo hago.

—Me alegro. Espero no volver jamás bajo tierra. Pero soy un soldado y es el momento de luchar.

—Se escucha algo —dijo Ausa.

Se quedaron quietos con los sentidos en alerta, estudiando el camino vacío por donde esperaban ver aparecer el coche de Sasha. Pero el sonido, que era comparable con placas de acero que se desmembraban, no provenía de la carretera sino desde arriba. Las nubes partían el cielo por el medio, retirándose en direcciones contrarias. En unos segundos desaparecieron del

todo y fue entonces cuando Eridanus inhaló con avidez y abrió los ojos.

—¿Tenéis hambre, chicos? —inquirió. Se levantó de la silla, sonrió y les dio la espalda con la intención de entrar.

Se miraron entre sí con expresiones perplejas, antes de aglomerarse para alcanzarlo.

—¡Su Majestad, espere!

—¿Qué pasó?

Solo Stiff se quedó atrás y volvió a estudiar la línea del horizonte. Enderezó los hombros y sonrió.

—Vienen —susurró.

Ya fuera porque lo escucharon o llamados por el ruido del motor, sus amigos regresaron en la misma formación desordenada, empujándose para ocupar un sitio con mejor visibilidad. Se quedaron callados hasta que Sasha y Anahy bajaron; luego demostraron su alivio montando jaleo.

Sasha cogió la mano de Anahy con la intención de buscar al rey.

—Estoy bien. —Ella alargó el paso para mantener el ritmo—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—No lo sé. ¿Por qué no se me va de la cabeza que desapareciste ante mis ojos? La magia no me gusta. ¿Y si la próxima vez no regresas?

—No habrá una próxima vez. ¿Quieres calmarte? Sabes que odio cuando haces de macho alfa.

—El macho está bastante cabreado ahora mismo.

—Y yo que estaba a la espera de que se manifestara tu lado tierno.

Anahy torció el gesto. No estaba acostumbrada a explicar sus actos. Poco había sido obra suya. El rey le había pedido permiso para tomar el mando y ella se lo había concedido. Habían trabajado en equipo, ella protegiendo a los niños con su campo y dejando al descubierto el territorio de los wises, y él encargándose de freír a los helados. Final feliz y punto. Aunque estaba un pelín preocupada por el hecho de entenderse tan bien con una persona que no conocía.

Se detuvo en seco cuando vio al hombre que aguardaba en las sombras, detrás de los chicos. Sasha no se dio cuenta y tiró de su mano, pero ella se negó a continuar y se escapó. Se secó las palmas sudorosas en el pantalón, preparándose para la presentación. Pero en vez de hacer los honores, Sasha se apresuró al encuentro con el rey con el mismo entusiasmo de un diablo irritado.

—¡Quiero que me expliques qué pasó! —vociferó, con el dedo índice alzado hacia la nariz del rey.

—¿Nadie tiene hambre? —inquirió este, con la mirada fija en Anahy, aunque la pregunta se dirigía a todos.

Ella se la mantuvo. Se percató de que él la estudiaba y quiso responderle con el mismo gesto, pero descubrió que su aspecto no se estabilizaba en su mente. Las imágenes se diluían y cambiaban. Hacía un minuto que pensaba haber visto a un viejo de pelo canoso y mirada cálida, para que en el siguiente su apariencia fuera la de un joven rubio de sonrisa brillante. Parpadeó y el perfil del rey volvió a modificarse.

—Vamos, niños —dijo este. Aunque había hablado con suavidad, el ruido cesó como por arte de magia. Se movió a un lado cediendo el espacio de la puerta, mirándolos entrar con la misma expresión con la que un pastor cuenta sus ovejas.

—No te saldrás con la tuya —insistió Sasha.

—Lo aclararemos después. —Eridanus asintió—. Primero debo hablar con tu... ¿chica? —Alzó las cejas, provocándolo a confirmar su relación.

Sasha no cogió el guante metafórico.

—Hay un par de niños ergys en la montaña. Brais está con ellos.

—Lo sé. Dame unos minutos, me encargaré de eso. ¿Me acompañas? —preguntó a Anahy.

Ella se quedó con la impresión de que no tenía sitio en el rebaño y se lo dijo:

—¿Soy la oveja negra?

—Todo lo contrario —le pareció que replicaba, pero él ya le había dado la espalda.

Indecisa, miró la puerta de la casa donde Sasha observaba con los brazos cruzados y luego la escalera por la cual bajaba el rey. El porche donde se encontraban se alargaba hasta donde podía ver, rodeando la casa con el estilo de la cabaña de montaña que pertenecía a los ergys, pero las similitudes se acababan allí. Tenía una sola planta y las ventanas, tantas que no pudo contar, eran puertas también, como lo demostraban las que estaban abiertas. El material de construcción debía ser la misma piedra del desierto que les rodeaba, por lo que, desde la distancia, el edificio era casi invisible.

Se despidió del ergy con una sonrisa y acompañó al rey a regañadientes.

Rodeó la casa, pero se quedó atrás, sin atreverse a alcanzarlo. Caminaba cabizbaja, un paso por detrás, sin saber si era inteligente asaltarlo a preguntas o esperar a que él empezara. Cuando se decidió y alzó la cabeza, Anahy se vio en el interior de una cueva y se paró en seco. No se había percatado de cuándo o cómo se habían adentrado bajo tierra.

—Soy... —empezó él, pero ella no le permitió acabar.

—Usted no es mi rey —dijo en voz lo suficientemente alta como para indicarle que no le temía.

—No, no lo soy. Llámame Eridanus.

—¿Adónde vamos?

Eridanus se detuvo y se giró, abriendo los brazos.

—Adonde quieras. Sabes que puedes ir a cualquier lugar de la tierra o del cielo, ¿verdad? No tienes límites.

—No soy muy buena con los acertijos.

—Claro que lo eres. ¿No lo entiendes? Eres buena en cualquier cosa te propongas. Solo tienes que creerlo. Creer en ti.

—Gran secreto. Gracias por compartirlo conmigo. Estoy segura de que un día me salvará la vida.

El rey esquivó su sarcasmo.

—No es momento para idioteces. El amuleto te aceptó y tú a él —señaló las muñequeras que se entreveían por debajo de las mangas de su camiseta—. Somos un completo. Ahora eres mis ojos y mis manos. Eres mi núcleo.

Anahy se mantuvo en silencio, mortificada por la eventualidad de seguir diciendo tonterías. Tenía confirmado que estaba vinculada con el rey. ¿Hasta dónde llegaba el vínculo y cuándo acabaría?

—¿Tú me quisiste aquí? ¿Tú me mandaste la imagen de mi padre?

—Sí. Pero no supe que habías llegado. Si lo hubiera sabido no habíamos perdido todo ese tiempo.

—¿Por qué? ¿Cómo? —interrogó Anahy. Tenía la impresión de que se repetía como un loro que conocía solo aquellas palabras—. ¿Te das cuenta de cuánto daño me has hecho con la mera esperanza de que fuera a encontrarlo?

—Tienes una madre, una hermana, un nuevo padre —dijo Eridanus como si debería aceptar aquello como una explicación. Continuó cuando ella se quedó mirándolo—. No me gusta desmembrar familias, odio la violencia. Los cócteles sois criaturas preciosas. Te quería para que pasaras las pruebas, pero no deseaba preocupar a tus padres.

—¿Por eso no mandaste a Madelyne para que me raptara?

—No somos salvajes. Te necesitamos, sí, como necesitamos a cualquier cóctel. Los escáneres de la entrada deberían haberme avisado cuando entraste en la isla. Ahora sé por qué no lo hicieron.

—¿Por qué?

—No supieron distinguir tu código. Estás por encima de los ergys.

—Oh, sí, puedo controlar el universo, incluso resulta sencillo. —Anahy cruzó los brazos y apoyó el talón de la bota en una roca, mirándola con atención y esperando con todo su ser que se abriese el tercer ojo o lo que esperara el rey de ella.

Tan concentrada estaba que se percató del cambio cuando era demasiado tarde. Su pie resbaló y como no tenía ningún punto de apoyo, acabó de espaldas en el suelo, ahora helado. No pudo ocultar la mueca de dolor y mantuvo los ojos cerrados lo máximo que se pudo permitir. No era necesario abrirlos para saber que él había forrado la cueva de hielo. Su nariz y los pulmones se lo decían.

—¿Tengo que maravillarme y preguntarte cómo lo hiciste? —farfulló mientras se levantaba, recogía su pelo en un moño desordenado y se limpiaba el trasero dolorido.

Por la poca información que tenía, Eridanus era tan poderoso que quizás esperaba que se arrodillase ante él e invocara clemencia.

«No lo temo».

Miró alrededor en busca de la entrada, pero el sitio aparentaba ser un túnel cerrado por ambos lados. Si había alguna puerta, no estaba a la vista.

—No —Eridanus la contradujo, acabando con sus fantasías de despojarse de su seriedad para establecer una relación amigable. Se estremeció al verlo aparecerse como un joven y fornido wise, con los ojos igual de pálidos y fríos que un cubito de hielo—. Es el momento de que lo hagas tú.

—Oh, sí, claro. Debería haberlo supuesto. ¿Qué tengo que hacer, *Eridanus-San* ? Por cierto, ¿tienes un nombre? El que usas me suena a apodo. Como si yo me llamara Caustic-A o Sasha... —Anahy cerró la boca cuando las palabras que querían salir eran «La encarnación-de-mis-sueños». El que iba a enfurecerse como un demonio hambriento si seguía desapareciendo sin avisarle, lo que estaba haciendo en aquel momento. Otra vez.

No se quedó tranquila al ver la sonrisa del rey. A lo mejor había logrado un milagro y le había divertido con sus payasadas, pero tampoco podía apostar que no estuviese leyéndole la mente.

—¿Dónde está mi padre?

Él negó con la cabeza y ella sintió que estaba a punto de desplomarse.

—Enfermó antes de que tú nacieras. Aguantó unos pocos meses.

Las lágrimas se deslizaron en silencio por sus mejillas. No intentó secarlas u ocultarlas. Se llevó la mano al pecho donde el núcleo revoloteaba furioso y durante un segundo quiso hacerle caso al deseo de reventar. Al núcleo, ella misma, la maldita cueva y, por qué no, al mundo entero.

No había conocido a su padre, no debería llorarlo, pero siempre había mantenido la esperanza de un milagro. Y mucho más después de haber recibido la imagen.

—Jugaste conmigo —espetó con voz ronca.

—Lo siento —dijo Eridanus con tono afable—. ¿Entiendes ahora por qué debes ayudar a los ergys? ¿Por qué debemos aniquilar el virus?

Anahy asintió sin hablar.

—Tú puedes hacerlo.

—¡Ja! —soltó Anahy. Una risa histérica se acumulaba en su pecho.

—Sabía desde hace mucho donde estaba el problema, pero como no podía resolverlo sin ti, lo

intenté de otro modo. Mientras te esperaba procuramos curar a los ergys enfermos cuando, de hecho, deberíamos haber acabado con la causa de la enfermedad.

—¿Y esa es?

—El mismo Corazón de La Creadora.

—¿No hay un montón de Corazones?

—No. Los otros son duplicados, dependen del original, el único viable.

—¿Existe el Corazón de La Creadora? —inquirió Anahy, mientras calculaba estadísticas. El poder de un sitio así debería ser el equivalente a millones de bombas ergys.

—Sí. Y hay que abrirlo para limpiar la herida que infecta a los otros.

—Ajá. —Anahy se mordió los labios, guardándose el comentario duro—. ¿Por qué debo hacerlo yo? —preguntó, mientras se olvidaba con intención de las visiones para no decir en cambio: «¿Por qué tengo que morir intentándolo?».

—Tu núcleo es lo más parecido al de La Creadora. Tu código genético es la llave, no aceptará a otro. Cuando nos creó, tuvo miedo de habernos hecho demasiado poderosos. Nos creó fuertes. Nos creó frágiles. El virus es la única fisura en nuestro sistema. Una sola célula entre millones, pero puede cambiarnos. Nuestros cuerpos. Nuestros sentimientos. Nuestra esencia.

Eridanus hizo una pausa y la miró como si verificara si tenía preguntas. Aunque así era, Anahy frunció los labios.

—Continúa —dijo.

—El primer ergy enfermó poco después de nuestro nacimiento. Tuvimos oportunidad de salvarnos cuando el fenómeno empezó a ampliarse. Por desgracia, la primera elegida no logró cumplir con la misión. Pero ahora estamos preparados, sabemos lo que nos hace falta, conocemos las trampas.

—¿Trampas, dices?

—Si fuera fácil, cualquiera podría haberlo hecho —espetó Eridanus.

«Vaya carácter», pensó Anahy, preguntándose si querría conocer el resto del plan. Sabía que estaba atrapada y la forma de finalizar el plan no le importaba.

—No tengo elección, ¿verdad? —susurró, abrazándose.

No importaba cuántos papeles jugara para olvidarse del final, nada iba a ayudarla. Lograba escabullirse, robar pequeños fragmentos de vida, pero no iba a vivir una entera. Jamás tendría su propia familia, niños; jamás envejecería al lado de un hombre que amaba. No volvería a meterse en la cama de su hermana pequeña para calentarla, tampoco se alegraría de los éxitos de su madre con los perfumes. Estaba contando los últimos días de su vida y no había disfrutado de ninguno entero para sentirse libre. Atada desde su nacimiento por un núcleo que no controlaba, aprisionada después en una Isla Centro, forzada a llevar a cabo una tarea que salvaría a todo el mundo, menos a ella.

—Nadie tiene elección —contestó el rey, suavizando la voz como si supiera por dónde andaban sus pensamientos—. Lo haces o no, es un final. De ti depende de qué tipo. Ahora mismo los ergys enfermos asustan a los nullos. Podemos intentar matarlos a todos, pero otros enfermarán. Podemos quedarnos a mirar cómo cambia el mundo o curar la herida. Tú y yo.

Anahy asintió.

—Te contaré todo lo que necesitas saber. El sitio se encuentra en las montañas de la franja territorial nórdica. Tendrás que viajar.

«Tendré que despedirme de todos».

La tez del rey se coloreó por la irritación y Anahy tuvo la confirmación de que le leía los pensamientos.

—¡Deja de creerte débil! —espetó.

—Si soy tan fuerte, por qué no... —Anahy se atragantó con sus propias palabras, así que prefirió no continuar. Había hablado conducida por la furia. Aunque, pensándolo mejor, era su derecho saberlo—. ¿Por qué no salgo con vida?

—La Creadora ha sido una, no habrá otra. El poder que será desencadenado es demasiado para este mundo, para cualquiera. Si dejamos el Corazón abierto, los otros van a sobrecargarse, reducirán a cenizas incluso a los más fuertes ergys. La energía debe ser consumida.

«Debe consumirme».

—Así que estoy condenada. ¿Tengo derecho a un último deseo? —inquirió, mordaz, regresando al sarcasmo como arma.

—Lo siento. Yo también me iré. —El rey recorrió la cueva con la mirada, aunque le dio la impresión de que viajaba en sus recuerdos a través del tiempo. Se giró con los hombros caídos—. Tantos años, tanto trabajo... Me quedé solo para esperarte.

Anahy procuró encontrar lástima en su interior, pero no se empeñó demasiado. Sentía la momentánea pérdida de los sentimientos compasivos, pero no se culpabilizaba; no pensaba más que en sí misma, su familia y sus amigos. Además, él le daba a entender que esperaba aquel tipo de viaje metafórico.

«¿Cuánto tiempo me queda?».

El pensamiento fue fugaz y lo ahuyentó de inmediato. No podía pedir tiempo cuando significaba cobrar segundos, minutos, de la vida de otros inocentes.

—No mucho. Debemos hacerlo antes de que el mundo se vea afectado. Cada día cuenta —le contestó Eridanus, espantándola una vez más. Quiso regañarle por meterse en su cabeza, pero la siguiente pregunta desvió sus intenciones—. ¿Cuánto le contaste a Alexander?

Varias mentiras salieron de sus labios.

—No es necesario que sepa la verdad —susurró cabizbaja.

—Entiendo —comentó él, aunque por la expresión contrariada de su rostro, era evidente que no lo hacía.

—Deja de aguantar la respiración. ¡Salvaré el puto mundo! —vociferó Anahy.

«Aunque no pueda salvarme a mí misma».



—Repítelo, por favor. —Sasha golpeó varias veces su oído como si procurara quitarse una sustancia que le impedía escuchar bien.

Un músculo resaltó en la comisura de la boca de Eridanus.

—Una vez te pregunté qué estás dispuesto a perder.

—¿Y?

—Te preparaba para este momento.

—El momento en que yo pierda jamás llegará —espetó Sasha, sintiendo, a pesar de su bravura, cómo gotas heladas de sudor se formaban en la piel de la espalda—. Entiendo que no puede ir sola, ni planeaba dejarla hacerlo sola. Pero ni en un millón de años aceptaré que nos acompañe un jodido gélido.

—Cold ya no está enfermo —lo contradijo Eridanus, alzando las cejas.

Aunque se trató de un gesto sencillo, Sasha lo entendió como si le culpaba a él del cambio del chico. Se apresuró a objetar.

—No es mi problema. No viene con nosotros.

—No tengo por qué explicarte mis razones.

—Exacto. ¡Son tus razones! —vociferó, perdiendo los estribos. Se olvidó de lo que representaba el hombre que tenía delante y soltó la furia retenida—. Estábamos bien. Fingíamos vivir. Bajo unas condiciones, pero lo hacíamos. Y de repente todo se desmembró, las mentiras se convirtieron en verdades y ya no sabemos qué teoría es más verosímil. Nos pides que olvidemos todo lo que creíamos real, inventas una historia y chasqueas los dedos esperando que ejecutemos tus órdenes. Envías a una chica cóctel donde solo tú sabes y le das de guardaespaldas ¿a un ex wise?

—De hecho...

—¿De verdad te imaginabas que aceptaría? —continuó, pasando por alto la intervención del rey que lo miraba con estoicismo—. A lo mejor somos tu manada, pero nos abandonaste. Dejaste que Madelyne y otros como ella nos usaran a su antojo.

—Su tiempo acabó.

Interrumpido en el medio de su prorrata, Sasha se quedó desconcentrado.

—¿Qué?

—No es que tenga importancia, pero el contrato de Madelyne con los Éteres finalizará antes de que regreséis.

Por la sorpresa, Sasha perdió su idea inicial. Para el rey quizá no tuviera importancia, pero a él le hubiese ayudado saber que no hacía falta estar dispuesto a dar su vida a cambio de la de Indra. Asintió y continuó:

—Te agradezco la ayuda que me brindaste en el pasado y te lo pagué lo mejor que pude. Aún me siento en deuda contigo, pero eso queda entre tú y yo. No metas a Anahy en nuestros asuntos.

—No importa...

—Demonios, sí que importa. ¡Me importa ella! —Sasha resopló. Las últimas palabras se quedaron suspendidas entre ellos, zumbando en sus oídos.

Perderla era perderse a sí mismo después de haberse encontrado.

Se giró y entornó los ojos para distinguirla entre el resto de sus amigos. Habían encendido una hoguera y aunque no se manifestaban tan ruidosos como de costumbre, notaba sonrisas tímidas. Anahy se entretenía con George.

«Debo averiguar cuál es su verdadero nombre», pensó, aceptando que habían adoptado al chico como lo hubieran hecho con el perro en el que había pensado cuando le puso el apodo.

El pensamiento desapareció de su mente cuando divisó a Cold. Mantenía distancia con los otros y miraba ensimismado las llamas. Reconocía que no les había dado motivos de desconfianza, pero tampoco podía abrazar a un antiguo enfermo y confiar en que la metamorfosis de sus células hubiese cambiado su carácter.

—Lamento saber que no quieres aceptar la misión, Alexander. —El rey le impidió que acabara sus reflexiones—. Si no quieres hacerlo, buscaré a otro. Pero antes de decidirte —continuó, deteniendo sus protestas con un gesto—, deberías saber el resto.

—Oh, hay más. Qué alivio —se burló, indicándole mediante los brazos cruzados a la altura de su pecho que no estaba dispuesto a hacer concesiones.

—Solo un equipo unido podrá finalizar el trabajo. Conozco lo que os espera e intento mandaros preparados. Cold es el único sanado, no debe separarse de Anahy bajo ninguna condición. Debes cuidarlos a los dos.

—¿Cómo? —Sasha hizo el gesto de tener arcadas.

—No es que necesiten protección especial, a Anahy le sobran los dones. Pero he notado que mantenéis una especie de barrera contra Cold y no me gustaría escuchar un infortunado accidente que lo implicara.

—¿En serio? —preguntó Sasha mientras repasaba en la mente páginas de su manual *Cómo matar a un wise en cinco segundos o menos*.

—Él y ella, ambos forman la llave.

«¡No existe ningún él y ella!», espetó en silencio mientras sus dientes chocaban entre sí.

—El resto también importan —continuó Eridanus, ajeno a su furia—. Uno de cada casta. — Señaló al grupo de jóvenes—. El chico nulo, cualquiera de tus amigos u otro ergy, quien quieras que sea.

—¿Un doble? —inquirió él, preguntándose por qué Eridanus quería mandar a dos ergys si se trataba de uno de cada casta.

—Tu núcleo no sirve, es inestable —le recordó el rey. Te hago un favor al enviarte y lo acepto por cuestiones sentimentales.

—Y por saber que, sin mí, Anahy no va a ningún lado.

—Por confiar en ti lo suficiente y por estar seguro de que podrás liderar el grupo. Además, como supongo que no mantienes una relación de amistad indiscutible con ningún wise, me imagino

que llamarás a tu hermana.

—¿Qué? —susurró Sasha, con la esperanza de no haber oído bien—. ¿Calixta? ¡Tiene un hijo! —vociferó incrédulo.

—Tiene el núcleo necesario. La Creadora pide amistad, buenas intenciones, paz. Como dije, ¿conoces a otro wise que desearía acompañaros para armar la bomba que acabaría con ellos? Yo puedo enviar a cualquiera, pero ¿confiarías en un enfermo?

Sasha negó con la cabeza y cerró los ojos, esperando que al abrirlos se encontrara fuera de aquella pesadilla.

—Es peligroso —espetó entre dientes.

El rey encogió los hombros.

—Sí.

—¿Regresaremos todos? —se atrevió a preguntar, incluso sabiendo que una gran parte de él no quería conocer la respuesta.

Agudizó los oídos para notar cualquier cambio en la respiración del rey, pero nada le delató. Lo miró, no para verificar en la expresión de su rostro, si le decía la verdad, sino para entender si se veía afectado, aunque fuera un poco. Un ápice de lo que sentía él. Desilusionado una vez más por la falta de una reacción visible, Sasha lo instó a responderle alzando el mentón. No dudaba que supiera la respuesta.

—No.

Una única palabra. La sentencia definitiva.

La sangre se le heló en las venas y se estremeció de forma evidente. Incluso así, no se permitió ceder, renunciar a los detalles.

—¿Quién? —preguntó, con la garganta en carne viva.

—Ningún dios lo sabe. Lo que veo, lo que sé ahora, puede cambiar mañana. Puede cambiar en el próximo segundo. Vuestras decisiones influyen.

Las piernas se le debilitaron a Sasha, pero notó por el rabillo del ojo que Anahy lo miraba y se enderezó. Alzó la cabeza hacia el cielo, gesto pensado para mantener la espalda erguida y no dejar caer los hombros.

—Estoy seguro sobre el final —continuó Eridanus, como si desconociera su sufrimiento. Negó en vano para detenerlo, pero el rey hizo oídos sordos—. Todo lo que pasó os llevó hasta aquí.

—Nos llevó hacia ti, quieres decir —espetó.

—También soy un peón, Alexander.

—Desde donde estoy yo, parece como si fueras un peón con el poder del rey.

—Soy el rey y un ergy viejo. Puedo convertirme en cualquiera. Soy el equilibrio, lo que llegaréis a ser vosotros.

Sasha expulsó el aire silbando.

—¿Cómo acabará?

—Deja de intentar conocer el mañana. Si quieres que te dé el libro de tu vida, puedo hacerlo, pero dudo que...

—Quisiera leerlo —le robó la palabra.

—No cambiaría nada. Tú no podrías cambiar nada. Lo intentarías una y otra vez, pero el resultado sería el mismo. Alexander —el rey prosiguió, soltando un suspiro cansado—, te conozco. No me equivoco en elegirte líder. Harás lo correcto.

«Harás lo correcto».

Sasha no se percató de que se había quedado solo, intentando encontrar una escapatoria. No quería ser líder. No quería llevar consigo el peso de la muerte de sus amigos, de su familia. No

quería reordenar el mundo. No le importaban los wisees ni los nullos inocentes que pagaban el precio del conflicto. No pedía más que una isla desierta, soleada, y la compañía de su gente cercana. Por su parte, el mundo podía derrumbarse con la condición de que lo hiciera mientras estuviera abrazando a su dragona y a su hija.

Se encaminó hacia el grupo, aferrándose a la última idea. Eludió la mirada de Anahy y se sentó a sus espaldas, abrazándola desde atrás. No se percató del paso de los minutos, de la caída de la noche, de las conversaciones. La madera se convirtió en brasas incandescentes y chispas vivaces saltaban, alzándose con el movimiento del aire. El pelo de Anahy le cosquilleaba en el rostro, pero no tenía intención de apartarse de su fragancia. Inhaló con avidez, como si el oxígeno no fuera suficiente para el funcionamiento de sus pulmones. Necesitaba además el olor del humo, el calor del cuerpo de la chica y su suavidad. Necesitaba oír el sonido ronco de su risa y las bromas tontas de sus amigos. Necesitaba sentir los latidos de su corazón en la palma de su mano.

Tenía que hablar con Brais, llamar a Calixta y hacer un plan. Sabía a qué ergy elegiría, así como estaba seguro de que las protestas del resto iban a producirle una grandiosa migraña. No entendía el papel del pobre George, pero esperaba que Eridanus lo hubiera avisado y no lo dejase también a su encargo.

Todo podría arreglarse, pensó, engañándose con intención mientras su mirada acosaba la espalda de Cold.

—Vamos a largarnos de aquí —dijo levantándose. C cogió la mano de Anahy y la impulsó a hacer lo mismo.

—¿A dónde? —A pesar de la pregunta, ella lo siguió.

Sasha le rodeó los hombros, guiándola en la dirección contraria a la hoguera.

—A ningún sitio en especial. Solo larguémonos.

«Solo huir».

—Así que no tienes planeado raptarme —comentó Anahy.

—No.

—No has preparado una cena romántica.

—Siento decepcionarte.

—¿No tengo que ponerme un vestido?

Sasha se detuvo y la hizo girarse, sonriendo por la imagen que ofrecía. Los pantalones oscuros metidos en las botas altas, la camiseta holgada y el pelo alborotado eran la marca de Anahy y lo único que deseaba ver cada día. Quiso pincharla con un comentario burlón, pero el deseo de alabarla fue mucho más fuerte.

—Estás preciosa. Eres hermosa. Me da igual lo que llesves. —Se inclinó para capturarle los labios en un beso lento que le calentó el interior y espesó su sangre—. No tengo nada especial preparado —dijo después, volviendo a caminar—. Solo quería alejarme un poco. Escuchar el silencio.

—Muy profundo —lo halagó ella, agitando la cabeza en aceptación con demasiado fervor.

—Mirar las estrellas —continuó él, explicándole su propósito.

—Romántico.

—Abrazarte.

—Cursi.

—Cállate o te forzaré a hacerlo.

—Amenazas en vano.

Anahy gritó cuando la alzó en el aire y luego rompió a reír. El sonido de sus carcajadas se fragmentó contra las rocas, disminuyendo el volumen, y volvió a aumentar al regresar a los oídos

de Sasha.

Supo que acababa de encontrar su música favorita y se preguntó cuánto tiempo podría seguir escuchándola.

Cuando la dejó en el suelo, se extrañó por la seriedad con la cual lo miró Anahy. Alzó las manos para rodearle el cuello y le sonrió:

—¿Hay algún sitio privado donde podamos continuar nuestra conversación?

19

Oculto por la semioscuridad, Cold siguió con la mirada a Sasha y a Anahy hasta que desaparecieron de su vista.

Los ruidos de fondo, el crepitar de la madera, las chispas que se levantaban en el aire, las conversaciones ruidosas de aquella gente... quedaron en segundo plano.

Si tuviera que nombrar algo que le gustaba de su nueva condición de ergy, el agudizar de sus sentidos se llevaría el pódium. Como wise, había vivido en un mundo medio lleno. Medio lleno de colores, la mayoría tonos apagados, medio lleno de silencio, siempre acompañado por el mutismo de su núcleo fallecido, y casi vacío de sentimientos. Esta última parte era lo que menos apreciaba de ser ergy. Ser wise significaba estar protegido por una capa de indiferencia, aparte de la de la película de hielo que les cubría la piel. Los sentimientos dolían y él no estaba acostumbrado a aquella especie de sufrimiento. No la de un golpe, una bofetada, sino algo interior, visceral. La indiferencia era una punzada en el pecho; el rechazo, tortura justo en el medio de su estómago. Y lo peor era que no podía defenderse. Su núcleo se cargaba, enloquecía, la energía refunfuñaba y no le ofrecía un segundo de tranquilidad. Era como si llevase a sus adentros otra consciencia, de carácter débil, fácil de mosquear.

Al escuchar las carcajadas de Anahy se rasgó la sien con las uñas, a punto de dejarse sin piel. Se preguntó si él podría retirarse también sin que lo acusaran de que tuviera propósitos ocultos.

—Bonita noche, ¿no?

Cold se sobresaltó cuando Ausa se sentó a su lado. Había mantenido la distancia con intención para que no creyeran que suplicaba la amistad del grupo. Quedaba como el ex wise sin importar lo que decía o hacía. Se lo merecía todo y más, no lo negaba, pero a veces...

—No estoy de humor —le gruñó a la chica.

Como si no lo hubiera escuchado, ella se giró y lo miró fijamente hasta que no aguantó más y tuvo que mirarla él también. Le sonreía. ¿Para qué, demonios de La Creadora, le sonreía?

—¿Alguna vez has estado de humor? —se rio ella.

Ausa tenía la voz musical, un poco afectada, que llegaba a ser estridente cuando alzaba el tono. Cuando carcajaba parecía una niña que no había llegado a la pubertad.

—¿Qué quieres? —Cold soltó un suspiro y procuró poner un poco de distancia entre ellos. Había visto que Stiff no les perdía de vista y era lo mismo que estar en la mirilla de una lanzadera

de proyectiles ergys.

Ausa encogió los hombros.

—Nada en especial. ¿Cómo te sientes?

Cold frunció el ceño con desconcierto.

—¿Vuestras reglas me fuerzan a responder?

—No. Respondes solo si quieres hacerlo. —Ausa colocó con indiferencia los dedos en su antebrazo.

La mirada de Cold se dirigió hacia su mano. Conocía a la chica ergy mejor que a los otros. Lo había ayudado a pasar por los horrorosos días de cambio después de que Anahy lo curara. En los primeros momentos no había entendido por qué su piel estaba tan caliente, cuál era la causa de la vibración que notaba en su pecho. Estaba muerto de sed, con un desierto que empezaba en su boca y acababa a los dedos de los pies. Hasta a la última célula de su cuerpo le faltaba agua. Se sentía torpe, como si su centro de gravedad hubiera cambiado. Había entendido que pesaba menos, ya que su núcleo energético había vuelto a controlar el funcionamiento de su cuerpo.

Aquellos días habían quedado atrás, pero no el sentimiento de no encontrar su sitio.

Cuando su núcleo falló era solo un niño. Había entrado en el Éter siendo un ergy, no tenía recuerdos de una familia. Lo primero que había aprendido allí era a cubrirse la espalda. Madelyne recompensaba a los que le ofrecían información. Lo había cuidado bien y no se había enfadado cuando había contraído el virus. A partir de entonces, todo había sido más sencillo. Tenía un sitio solo para él, con gente que lo entendía. Nada había quedado de aquel pequeño llorón y era para mejor. Volver a ser ergy no cambiaría su modo de ser. Y si lo aceptaran o no, le importaba un comino.

—Ummm... estoy bien. Genial —masculló.

—Debe ser difícil no tener un amigo de confianza. ¿Intentaste hablar con los que formaban tu grupo antes de que sanaras?

Cold se tiró del lóbulo de la oreja. Todavía buscaba el pendiente de cuarzo. Se lo habían quitado en el Éter para no influenciar los resultados de las pruebas, aunque él se había negado a cederlo. Le habían despojado de la última pieza que le recordaba su antigua vida. Pensó en la pregunta de Ausa y otra oleada de dolorosas nauseas le revolvió el estómago. Jamás había tenido amigos. Los wises no juzgaban las relaciones por lazos sentimentales. Les unía la enfermedad. El hambre, su mayor problema, en vez de mantenerlos juntos, les separaba. Cada uno buscaba presas y las mantenía para él. Había liderado un grupo durante años por ofrecerles restos de sus «comidas». En el Éter, influenciando a Madelyne para que mandara a alguno de sus favoritos a corregir el comportamiento de un ergy o cóctel, y afuera, cuando conseguía atrapar a los débiles. A Anahy la había mantenido para él porque no había tenido claro por qué estaba fuera del Éter y por querer descubrir el juego de Sasha.

—No —contestó, tragando en seco al recordar lo sabrosa que era la energía de Anahy. Lo emborrachaba. Un chute fuerte, un estallido de luz en su sangre, el calor que le llenaba las arterias. Ahora no tenía frío, pero tampoco había vuelto a probar el placer—. No me serviría de nada.

Ausa no insistió y él agradeció el silencio. Ella se giró a medias para observar a los otros, agrupados cerca de la hoguera. Cold tiró de las mangas de su camiseta, pensando otra vez en irse. Se estaba inventando una excusa cuando Ausa volvió a hablar.

—¿Cómo es estar enfermo?

Sorprendido, Cold se rio sin humor. Cuando su mirada se encontró con la brillante de Ausa, encontró en la de ella un interés sin disimulo.

—Trabajas en el Éter, lo sabes muy bien —contestó, evitando una respuesta directa.

Entonces ella hizo algo inesperado: alzó la mano. Por el entrenamiento logró que no se la pillara en el aire para romperle todos y cada uno de los huesos de los dedos. Con el cuerpo en tensión, esperó hasta que Ausa dirigió el pulgar y el dedo corazón hasta rozar su pecho. Atrajo un fragmento de partículas brillantes y jugó con ellas, dirigiéndolas hacia su estómago hasta cerca de su cintura y volviendo a subir para dibujar líneas alrededor de su clavícula.

Cold estuvo a punto de cerrar los ojos. La sensación era indescriptible. Ausa lo acariciaba como jamás nadie lo había hecho. Y no solo usando su propia energía. Empleaba sus ojos, que le contaban historias sobre sábanas revueltas, se aprovechaba de sus labios, los que se lamió y dejó brillando. Abrió todos los dedos en un abanico y los posó, a distancia, encima de su torso, rozando el interior de su núcleo con las yemas y pinchando con las uñas lo justo para que quisiera soltar un gemido.

Joder, descubría una faceta de ser ergy con la cual no había soñado.

—¿Quieres contarme lo que te pasó en el Éter? ¿Cómo te trataron?

Cold tardó en entender la pregunta. Se demoró en percatarse de que Ausa había dejado caer la mano en su regazo, porque el efecto de lo que le había hecho no había abandonado su cuerpo. Se estremeció, y pinchazos de excitación estallaron en sus puntos erógenos.

—¿Por qué lo haría? —inquirió hoscamente.

Ausa le sonrió y se acercó un poco más. Como si quisiera disculparse por interrumpir el momento anterior, chocó su cadera contra la de él.

—Madelyne puede ser dura, a veces. Hablé con ella para que te cuidara e intenté verte, pero no me lo permitió. Ayuda... discutir —continuó después de vacilar unos segundos. Su sonrisa se ensanchó y acabó por estallar en carcajadas—. Ayuda maldecir y calumniar a la perra.

Cold se contagió de su risa. Se sorprendió a sí mismo al escucharse reír y, al parecer, asombró a Ausa también, pues se calló y se quedó mirándolo.

Él carraspeó.

—Nada que no haya pasado otras veces. De hecho, me trataron como a un rey. Zariah mismo vino a verme.

—¿En serio?

—Me dijo que quería trasladarme a otro centro, más importante.

—Alguno donde tienen agujas más grandes —afirmó ella.

Cold negó y abrió la boca antes de percatarse que las confesiones no eran lo suyo.

—Pillé migajas de conversaciones. Piensan hacer un cambio tremendo. Ya no les vale mantener tantos Éteres, ahora que el número de los enfermos es incontable.

—¿Quiéren poblar otro planeta? —se burló Ausa.

—Están negociando con Eridanus y el Congreso Nulo para que nos liberen.

—¿A los wises quieres decir? —preguntó ella.

Solo entonces Cold se percató de su error.

—Sí, a lo wises. Perdona, he estado con los enfermos demasiado tiempo.

La ergy asintió, entendiendo.

—Es normal. No puedes cambiar de pensamientos de un día para otro. ¡Qué fuerte! —exclamó susurrando a continuación—. Después de todo ese tiempo, los wises van a ser aceptados. Ahora que se delataron, no creo que exista otra solución.

—Ojalá fuera tan sencillo. Las negociaciones tardarán años. No es que seamos... sean muy amados. Y puede que ya no haga falta. Si lo de Anahy sale bien, quiero decir.

—Se habla por ahí de que tienes un papel importante en ese viaje.

Cold sonrió internamente, sin separar los labios. Ya que Ausa no le caía mal, se esforzó en no

responderle de forma brusca.

—Cada uno tiene su papel.

—Pero el tuyo es mayor que el del resto, ¿verdad? —insistió ella—. Dicen que tienes que acompañar a Anahy hasta la última.

—No es gran cosa.

—¡Ojalá Sasha vaya a elegirme para acompañaros! —exclamó ella.

—Estás mejor aquí.

Cold no quería continuar con la conversación. Se arrepintió de haberle desvelado tanto. Lo próximo sería dar el salto hacia las sonrisas, los abrazos y los ojos humedecidos.

Eridanus le había contado todo lo que necesitaba saber. Sonrió entre dientes al imaginarse la cara de Sasha cuando el rey se lo había dicho. Cabrear al ergy era una misión que le alegraba la vida. Cabrearlo con el permiso de Eridanus era una fantasía hecha realidad.

—Espero que tengáis éxito. —Ausa le dio a entender que había finalizado la conversación, cuando, otra vez por sorpresa, le cogió la mano y enlazó los dedos con los de él—. No te vayas sin despedirte —dijo a continuación, mientras se levantaba.

No despegó su mirada de la de él hasta que la perdió de vista, oculta por la oscuridad.

20

Un solo corazón
comparte los latidos
en libertad y prisión,
en la vida y la partida.

Carta de La Creadora

Sasha sospechaba desde hacía mucho que su dragona le agitaba las moléculas hasta emborracharlas. Sin trucos, por cómo era: impulsiva, decidida, preparada para luchar con los puños desnudos contra el universo. Preparada para luchar con él, a sabiendas de que no iba a ganar. El poder de Anahy no constaba en sus defensas. Su poder era su convicción, lo intentaba sin importar qué.

Habían abandonado a los otros para retirarse al cuarto que le había asignado Eridanus. No le gustaba que fuera en el sótano, le recordaba demasiado al Éter. Tampoco le agradaba que, sin querer, había notado que el rey no se había perdido su intento de huida y se había quedado estudiándolos con una expresión indescifrable en el rostro.

Pero en aquel momento tenían lo que necesitaban. Una habitación de decoración espartana, aunque no fea. Paredes de piedra coloreada con los matices de la tierra, una cama gigante con sábanas agradables, una pequeña chimenea eléctrica, un cuarto de baño del tamaño de un armario y, lo más importante, silencio.

—No sé si es inteligente que hayamos venido aquí —dijo, procurando que evitara mirar la cama.

—¿Por qué? —A Anahy se le escapó la pregunta antes de leer las señales. Sasha tenía los labios bien apretados, las facciones tensas y un músculo temblaba descontrolado en su mandíbula. En parte preocupación, expectativas, ansias y mucho deseo hacían de su rostro un poema de emociones—. Oh... ¡Oh! —exclamó al entender. Bajó la mirada hasta sus labios, que se curvaron en una sonrisa tímida. La energía se removió en su pecho, igual de inquieta que los latidos de su corazón.

—No lo hagas —susurró Sasha—. No me mires así. —Sin querer, su pulgar trazaba círculos en la tez de Anahy, acercándose milimétricamente a su boca.

—¿Cómo te miro? —Ella se acercó hasta que el espacio que les separaba fue ínfimo—. ¿Igual a como me miras tú a mí?

Sasha se inclinó para dejar un beso en su pómulo, cerca de la oreja. La caricia fue frágil, pero el movimiento de acercarse y quedarse unos segundos más de lo permitido le insufló tanto poder que la piel de Anahy se erizó.

—Aún tenemos que hablar.

—Siempre vamos a discutir —se rio ella procurando ofrecerle una respuesta que no tenía.

Sasha se negaba a abrirse. No podía averiguar sus pensamientos, aunque parte de sus intenciones estaban más claras que los colores de un amanecer. Puso las manos en su pecho, contando los latidos hasta que las pulsaciones se apresuraron y perdió el ritmo.

—Eres mi debilidad —le confesó él mientras su mirada teñida de desesperación la recorría—. Eres oro líquido entre mis dedos, Anahy. Te siento, tu piel es palpable, tu aliento ardiente, tu sabor... lo recuerdo —dijo después de haber tragado saliva—. Pero luego me figuro que es solo un sueño, uno de esos que empieza hermoso y se convierte en una pesadilla. Temo perderte.

—No soy un sueño. —Anahy subió la mano hasta que encontró la piel cálida de su cuello—. Esto no es un sueño. —Se rio, buscando en su interior la fuerza que necesitaba para derrotarlo—. Si cuento nuestras experiencias, apuesto a que va a transformarse en una pesadilla, pero ahora es una realidad perfecta. En este momento no desearía más —dijo mientras la convicción evaporaba el peso de su pecho—. Vamos a hacer de nuestros mundos, uno solo. De esta noche, un momento. De las preguntas, una respuesta clara. Vamos a joder el mañana, Sasha. —Sorprendida también ella misma por tal declaración, Anahy cerró la boca de golpe, pero volvió a abrirla al entender que de verdad creía en lo que decía—. Tenemos el ahora y no siempre vamos a tenerlo.

Sin esperar respuesta, alzó la cabeza para tantear por encima de sus labios. Los dedos de Sasha se convirtieron en esposas en sus hombros y su torso se petrificó bajo el de ella. El calor la acosó, su interior se disolvió en una masa ardiente al sentir la piel de él emanando ondas incandescentes.

Sus rostros estaban tan cerca que sus pestañas le acariciaron los pómulos.

—¿Tienes claro lo que soy? —inquirió Sasha en un evidente esfuerzo de convencerla a ella y convencerse a sí mismo.

Anahy sonrió mientras empezaba a sentir los síntomas de una borrachera por la ilusión. Para confirmar su teoría, acercó sus caderas, meneándolas lo justo para que Sasha silbara en el intento de respirar. Giró la cara para coger el lóbulo de su oreja entre los labios; la risa creció en su interior al ver de reojo que apretaba el maxilar.

—No tengo idea de lo que eres —susurró bajando las manos en busca del dobladillo de su camiseta—. Pero sé quién eres. Eres el chico que buscó paz cuando yo quería guerra. Eres el que me defendió cuando atacaba con garras y dientes. Eres el joven que me devolvió a la vida, y no hablo de los latidos de mi corazón, sino de lo que siente. —Encontró con los dedos la piel de su abdomen y jugó sin piedad—. Alexander Quinn Evans, eres mi villano favorito. El único.

Se detuvo porque Sasha le alzó la barbilla. Las motas doradas explotaban en el azul de su mirada, convirtiendo sus ojos en un espectáculo parecido al nacimiento de una estrella. Agitó la cabeza con suavidad y sus labios se entreabrieron para que una sonrisa se asomara igual de libre que peligrosa. Cogió las manos de Anahy y las unió con una de la suyas, empujándola con el torso hasta que ella se cayó de espaldas.

—Dragona, estoy hecho a tu medida.

Sasha besó a Anahy, contando en latidos los segundos que aguantaría sin protestar. Probó sus labios con la lengua, inhalando su jadeo, y le liberó las manos para poder usar las suyas. Las adentró por debajo de la camiseta de Anahy mientras su boca trazaba un camino de besos por el cuello y bajaba para probar la fuerza su dominio. No la del deseo. La sentía ardiendo. La veía ardiendo y ardía junto con ella. El fuego de la chimenea crepitaba menos que sus pieles. La luz de las llamas no era tan brillante como la que desprendían sus cuerpos. Pero en contra de las pruebas, sabía que aún no se había inventado la cerradura que pudiera mantener sin habla la boca de Anahy.

—Si te imaginas que te dejaré conducir... —ella gruñó, aprovechando que le había soltado los

labios.

Sasha se rio entre dientes. El transcurso de veinte latidos había aguantado. Veinte latidos muy rápidos.

—No es el mejor momento para hablar —la regañó, volviendo a sellar su boca.

Quiso hacerlo. Anahy se le adelantó y lo atrajo hacia ella, a la cama, a la vez que usaba las piernas para encerrarle la cintura y deslizarse en un baile de ida y vuelta. El hambre despertó en el interior de Sasha en forma de un grito angustiada. La necesidad de hacerla suya y jamás dejarla ir era preocupante por cómo atropellaba sus sentidos.

Le pasó el jersey por la cabeza y detuvo los labios en el valle entre sus pechos.

Anahy intentó taparse con las manos para esconder las cicatrices de su torso. Los cortes hechos por la chica ergy habían cicatrizado pero la piel seguía roja. No era cuestión de vanidad sino de recuerdos dolorosos. Del recuerdo de su mayor error: no haber confiado en Sasha.

Él le cubrió los dedos con los suyos.

—Déjalo ir. Recuerda el ahora. —Se separó de ella para escapar de la ropa—. Ahora es aquí y te diré lo que quiero —murmuró. Su voz falló desde la primera sílaba. Se aclaró la garganta, procurando hacer lo mismo con su mente. Tiró la camiseta y detuvo la mano en el botón de los pantalones para verificar el acuerdo de Anahy. Bajo la tenue luz, sus mejillas brillaban y la energía batallaba en su pecho. La curiosidad le pintaba la mirada y sonreía—. Quiero verte desnuda debajo de mí. Quiero poner tus ojos en blanco y quiero hacerte gritar mi nombre. Quiero acariciar cada milímetro de piel y quiero soldar nuestros núcleos. —Se inclinó, abrazándola para calmar los temblores de su cuerpo y la besó mientras escapaba del resto de la ropa—. Quiero tatuarte en mí, Anahy, para no volver a perderte.

—Vaya, tienes muchos deseos. —Ella mordió su labio inferior. Se agarró a su cuello, indicándole que necesitaba levantarse. Lo miró, en parte tímida, en parte traviesa cuando unió sus torsos y llevó las manos por debajo de su ombligo—. Voy a intentar cumplirlos, pero te advierto: nunca pondré los ojos en blanco. Es demasiado de chica.

—No. Es de mujer. De una mujer pasional. —Sasha le apartó las manos y enlazó sus dedos en las caderas de Anahy, ayudándola en el proceso de desnudarse. Aunque ella era quien bajaba el pantalón, las yemas de sus dedos rozaban la piel de sus piernas, gozando de la sensación de sentir los músculos tensándose, la piel calentándose bajo su toque—. De una mujer que desea. Que disfruta. —Esperó hasta que la prenda llegó a los tobillos, después la levantó en el aire, uniendo sus cuerpos—. De ti.

La ropa interior de Anahy no le impedía imaginársela desnuda. Su piel era un paisaje surrealista, sus pechos se alzaban en el encuentro con su torso con cada respiración acelerada. Se mareaba imaginando la continuación, pero no quería apresurarse. Ella era en parte inocente. Su cuerpo lo era, a pesar de tener una de las mentes más sucias que conocía.

Anahy rio contra su boca y parte de la tensión se desvaneció del estómago de Sasha. Ella le mordisqueó el labio inferior, concentrándose después en un hueco que encontró detrás de su oreja. Varias terminaciones nerviosas se despertaron y su cuerpo volvió a apremiarlo en actuar.

La tendió en la cama, tirando los cojines para hacer espacio. Anahy se onduló bajo él, protestando en busca de otra posición. Metió la mano por debajo de su espalda, usando la otra para mantenerse levantado con un codo y permanecer al mando. Ella entreabrió los labios al encuentro con su lengua, absorbiéndolo en la calidez de su boca. Algo dentro de él empezó a derretirse. La idea de que tal vez su unión podría llegar a ser peligrosa a un nivel desconocido hizo eco en su cabeza, pero la pasión la ahuyentó antes de que cobrara fuerza.

Si alguien se lo pidiera, juraría que podría vivir solo para escuchar las respuestas de Anahy a

sus manos, a su boca. Hacer experimentos con su cuerpo era un trabajo que desearía de por vida. La besó, y de su garganta escapó un sonido maravilloso; le mordisqueó un hombro, y Anahy gimoteó; cuando sus dedos no se resistieron y encontraron la plenitud de un pecho, jadeó y se arqueó contra él. Y cuando la otra descendió hasta la unión de sus muslos, escuchó por primera vez su nombre.

—Sasha...

Las manos de Anahy le recorrían el cuerpo como si quisiera entender cómo había sido creado. Cada caricia era más ávida, cada toque, más intenso. El instinto la guiaba, pero temía atreverse. Se dejaba llevar, pendiente de descubrir qué era lo que Sasha iba a besar, qué sitio acariciaría, qué lugar encendería. El placer era increíble y mucho más poderoso que su energía. Las ondas de choque que dejaban las yemas de los dedos de Sasha, su lengua por toda su piel, su boca quemando y consolando a la vez. Lo que sentía era líquido y ardiente. Los pulmones le protestaban, el corazón estallaba y el estómago se le había reducido al tamaño de la semilla de una manzana. Pero su cuerpo era fuego. Su piel era llamas. Y en contacto con la de Sasha, amenazaban con deflagrar.

Dime cuánto estoy de cerca de conseguir lo que quiero. Sasha irrumpió en su cabeza.

Sus dedos exploraban un lugar escondido y sus labios se cerraron sobre un pezón, friccionándolo con toques húmedos de su lengua. El pequeño lloriqueo que escapó de la garganta de Anahy se transformó en un suspiro de anhelo. No podía usar la boca para hablar ni aunque la obligaran.

Estás muy cerca.

Temía que su conexión iba más allá de lo que suponía. Temía desnudarse mentalmente. Aunque se había deshecho de la ropa, lo que se guardaba su cabeza era privado. Mientras los besos de Sasha la atormentaban y sus dedos la enloquecían, su cerebro se resistía al ataque. O eso pensó, hasta que no reconoció los pensamientos que atacaron las paredes de su mente.

Hambre. Necesidad. Desesperanza.

Gemidos temblorosos le recorrieron el pecho y sus caderas empezaron a moverse en un idioma que no sabía entender. En un momento de lucidez se percató de que estaban desnudos los dos y se preguntó si no tendrían el poder de avanzar en el tiempo, pues no recordaba cuándo se había deshecho del resto de la ropa. También entendió que si seguía el mismo ritmo acelerado se perdería muchos detalles. Y Sasha desnudo era toda una visión. La luz de las llamas descubría y ocultaba a ratos los músculos tensos, haciendo un juego del proceso de averiguarlo entero. Deslizó las manos por su espalda y recorrió con las uñas sus poderosas nalgas. Buscó su torso con la boca, riendo cuando él jadeó, indicándole sin palabras que había acertado.

—Demonios, ten piedad. Al fin de cuentas, yo soy solo un pobre ergy y tú la heredera de La Creadora.

—Hazlo bien o te convertiré en una rana —se rio ella.

La noción de control se extravió. Entre murmullos ininteligibles, pensamientos gritados en silencio, deseos cumplidos antes de pedirse y jadeos, sus mentes se unieron en una zona central antes de sus cuerpos lo hicieran.

Sasha regresó a adorar la piel de Anahy. El encuentro de sus bocas se produjo a la vez que los pensamientos de ambos se mezclaron. No sabía que fuera posible combinar maldiciones con súplicas en la misma frase, pero el concepto de dioses se desvaneció bajo el poderoso fuego que les consumía. El calor atravesaba piel, músculos y huesos, convirtiendo sus cuerpos en átomos de energía.

No puedo esperar más.

No lo hagas. Suspiró desilusionada cuando él se alejó, pero lo hizo para envolverla con su peso y unir sus dedos por encima de su cabeza.

—Es posible que falle en mis intentos —susurró Sasha en su oído mientras se deslizaba entre sus muslos.

Anahy se removió inquieta. La sensación de invasión era un poco alarmante. Él la besó y se perdió el momento exacto cuando empujó para atravesar la barrera, pero no el dolor. Su cuerpo se tensó y un quejido escapó de sus labios ahora apretados.

—Lo siento, lo siento mucho. —Sasha le cubrió el rostro con besos suaves.

Con los sentidos en estado de alarma, Anahy cerró los ojos. Entonces lo sintió; un suave lloriqueo al principio que se convirtió en un grito furioso. Un aullido rabioso en el medio de una marea de placer. Sasha seguía sin moverse, rígido, pero sus pensamientos corrían, su mente estaba abierta para ella. Le había concedido el permiso para entrar y Anahy podía experimentar cada sensación que probaban las células de su cuerpo. La intensidad de su deseo la golpeó, abrumándola. Se vio a ella a través de sus ojos, probó el gusto agrídulce de la tormenta que se desataba en su interior. Sasha sufría. De un modo diferente a su propio sufrimiento, pero lo hacía. La cuerda del deseo y la de no hacerle daño a ella tiraban de él en direcciones opuestas. Sus pensamientos eran violentos; la lucha, furibunda. Una lucha imposible, con un solo posible ganador. Una única dirección, y ella tenía el poder de decidir cuál era.

Se removió un poco para investigar. El choque fue tremendo. Sasha se estremeció y sus huesos se estiraron mientras que de su garganta escapaba un gruñido salvaje. Una onda potente de calor abrazó sus cuerpos. Sus energías colisionaron y formaron un vórtice poderoso.

—Si no muerdo ahora, no lo haré pronto —susurró Sasha. La prueba de su tormento era su voz ronca, la respiración dificultosa.

Aunque no era necesario. El testimonio de su angustia estaba en su cabeza y en la de Anahy. Cada tensor de músculos, cada aliento, cada gimoteo, cada latido como si fuera el último.

Empezó a moverse con embestidas lentas, sin ocultarle su mente, sin esconder la avidez de alcanzar un nivel imposible. Su hambre se hacía más fuerte. Anahy impulsó las caderas en su encuentro hasta que el ritmo se hizo tan antiguo como la vida misma. Los síntomas del éxtasis aparecieron pronto, y la cadencia cambió en torno a sus necesidades. Un grito mudo nació en su pecho mientras que una oscuridad desconocida procuraba ocupar el cerebro. Se negó a dejarse ir, pero Sasha le indicó que no era el camino correcto. Él no se preocupaba. Cada empuje lo transportaba más cerca del borde del abismo, se dirigía hacia allí con intención. Entonces se dejó llevar y conoció los mismos senderos que él. El rojo de la sangre impulsada, el amarillo del sol que Sasha veía en sus ojos, el rosa de su piel y el negro furioso de la lujuria. Todo eran colores y todos los colores eran un mundo. Un único mundo que les pertenecía.

Había encontrado el «ahora», pensó Anahy, mientras los colores explotaban en un arcoíris translúcido con el poder de hacer desvanecer la oscuridad. Una cascada de sensaciones alucinantes que se colaba por ambas frecuencias abiertas, cuerpo y mente.

Abrió los ojos. Los cerró y volvió a abrirlos, pero las estrellas que veía en el techo no desaparecieron. No había pensado que su encuentro tendría consecuencias de orden físico, pero el aire del cuarto estaba cargado de partículas brillantes, como si luciérnagas minúsculas viviesen allí. Empujó a Sasha, pero él no entendió su gesto y se tendió a su lado. Lanzó un brazo sobre su rostro, pero ella se lo alejó y le enseñó sin palabras el espectáculo. En su rostro ahora relajado, una sonrisa ganó terreno; sus dientes resplandecían en la oscuridad.

—¿Hemos creado un nuevo cosmos? —bromeó, atrayéndola hacia él y acunando su cabeza sobre su pecho.

—Creo que sí —susurró Anahy con miedo de que el sonido de su voz tuviera el poder de apagar las chispas.

Escuchó el crepitar de las llamas y le extrañó que no hubiesen cortocircuitado el sistema y apagado el fuego. Tenía la impresión de haber estado horas, pero el pensamiento hizo que un escalofrío la recorriera. Si habían pasado horas, les quedaban menos.

—¿Qué? —preguntó Sasha en voz ronca, preocupado—. Si vas a decirme que te arrepientes...

—No —ella sonrió—. Solo contaba. ¿Crees que podríamos detener el tiempo?

—Lo dudo. Pero podemos intentarlo. Hacemos de cada segundo una caricia, de cada minuto un beso, de cada hora una partida...

Anahy le tapó la boca con dos dedos.

—Creo que entiendo tu punto de vista. Es bueno. Pero al final todo acaba en una lucha.

—Hay muchos tipos de luchas —dijo Sasha y ella escuchó la sonrisa en su voz—. Entonces, ¿tu punto es buscar la paz? —inquirió, incorporándose y atrayéndola en el proceso para poder mirarla.

—Me gustaría, pero...

—¿Tienes algo en mente? —preguntó él al ver que no continuaba.

Anahy sonrió por el sinfín de significados que tenía la pregunta. Su mente estaba muy ocupada, pero no con las cuestiones importantes. Se giró y metió la nariz en el cuello de Sasha, inhalando el aroma de su piel.

—Nada que nos sirva —reconoció con un suspiro—. ¿Podría intentar transformar a todos los wisees sin limpiar el Corazón de La Creadora? —propuso esperanzada.

—Se mosquearon por algo, Anahy —dijo Sasha torciendo el gesto. Entendió que habían pasado a cuestiones serias si la llamaba por su nombre—. Los resultados de tus exámenes deberían haber salido positivos desde el primer día, pero no fue así, si no Madelyne hubiera convocado a todos los Éteres para anunciarlo. Eridanus cree que recibiste una carga demasiado alta del Corazón que modificó tus genes. Si pudiste curarlos, ya no puedes. —Sasha se levantó y antes de que ella protestara la cogió en sus brazos, evitó un sillón en el último instante y se dirigió hacia una puerta cerrada—. Ahora mismo, tengo un sueño que, desde hace mucho, me muero por hacer realidad.

Aferrándose a su cuello, Anahy procuró quitarse de encima el pensamiento de la desnudez de ambos. La cuestión resultaba bastante complicada para ella, pero Sasha no daba señales de incomodarse. Sus intenciones se hicieron evidentes cuando abrió la puerta del cuarto de baño con un codazo y la dejó sobre sus pies en los azulejos de la ducha. Se encontró bajo el chorro de agua caliente antes de que pudiera abrir la boca. Cruzó las manos sobre el pecho en un intento de esconderse, pero él se las llevó a su cuello mientras la forzaba a retirarse hasta que dio con la espalda contra la pared.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo soñando con esta escena? ¿Te imaginas cómo me atormentabas cada vez que escuchaba el ruido de la ducha en la cabaña y sabía que te encontrabas allí?

—¿Debería dejar de lavarme? —preguntó Anahy con voz risueña. El agua la cegaba, pero se esforzaba por no perderse la imagen que tenía delante. Antes solo fantaseaba cuando Sasha salía del baño con una toalla rodeándole la cintura. Ahora sabía qué ocultaba la toalla y la realidad era lo bastante impresionante como para secarle la boca, incluso con el cuarto lleno de vapor. Recorrió con las manos sus anchos hombros, bajando por unos impresionantes pectorales y jugueteando por el esculpido abdomen, pero no se atrevió a ir más allá.

—Deberías dejar de lavarte sola —dijo él, enarcando las cejas y apoderándose sin vergüenza de su trasero cuando la atrajo lo más cerca que pudo—. Y... necesito ayuda para limpiar algunas partes de mi cuerpo —susurró contra sus labios.

—No creo que pueda ayudarte. —Anahy no aguantó con cara seria al ver que se detenía a la espera de la continuación—. No sé cómo se limpia un cerebro tan sucio como el tuyo.

—Es un cumplido viniendo de tu parte. Pero sé que lo dijiste con mala intención. Trabajaré para que vuelvas a poner los ojos en blanco.

Anahy se estremeció por la amenaza. Sabía que era capaz de lograrlo y que no tendría piedad.

—¡No hice tal cosa! —exclamó fingiendo horror.

Sasha se apoderó de sus labios un segundo para que después mirara el techo como si buscara una solución.

—Creo que grabaré la escena para tener la prueba.

Puede que las grabaciones sean todo lo que quede de mí.

El pensamiento ocupó la mente de Anahy. Todavía no podía aceptarlo, luchaba por no hacerle sitio en su cabeza. Pero fallaba. La veía. A la señora con la guadaña y la cabeza cubierta por una capucha. Era una sombra oscura que la acompañaba como si fuera una hermana perdida. No se acercaba demasiado a ella, no se alejaba y, de momento, no intervenía. Pero estaba allí. Mirándola, esperando, sonriendo. Sabiendo que iba a ganarse su alma. Pronto.



El tren se detuvo sin aminorar la velocidad, arrojándolos unos contra otros. El sonido estridente del metal frotando las vías al aterrizaje continuó durante segundos y acabó con un suspiro ahogado de sopetón. Los altavoces chirriaron y una voz femenina avisó en dos idiomas de que la estación era de paso y la parada duraba solo cuatro minutos.

Anahy se enderezó la primera y miró por la ventana congelada. Hacía horas que el paisaje no había cambiado; campos desiertos y la línea del horizonte interrumpida por el dibujo borroso de unos picos montañosos.

Salió sin esperar a los otros, pero se quedó desilusionada en el andén al ver que la única señal de que la zona estuviera poblada era la pequeña casita de piedra, encorvada bajo una manta gruesa de nieve. Nadie más aparte de ellos bajó, y después de que el tren se pusiera en movimiento, una potente ráfaga barrió toda la superficie, llevando con ella cualquier rastro de vida.

—Acogedor. —Cold se estremeció, haciendo temblar las correas sueltas de su mochila.

—¿Tú por qué te quejas? —preguntó Calixta a través de la bufanda que le escondía la mitad del rostro—. No es como si pudieras sentir el frío.

—No lo siento tanto como lo recuerdo. Disfrútalo —le sonrió burlón.

—Aunque te hayas curado por un milagro, nadie dice que no puedas volver a enfermar —le amenazó Sasha.

—En cuanto acabemos con esto, ningún ergy volverá a enfermar —le respondió. Caminó enfrente y estudió el alrededor—. Se suponía que alguien nos esperaba.

—¿Cuenta el cuervo que nos está mirando desde el tejado? —Anahy le guiñó un ojo, aunque en realidad estaba igual de preocupada. Se hallaban en un pueblecito medio muerto de una franja territorial con nombre impronunciable, sin un destino claro. Las instrucciones decían que un guía les facilitaría lo necesario para llegar a la Montaña de La Creadora—. Vamos a preguntar dentro —dijo, contando con que por lo menos un alma debería supervisar el horario de los trenes.

—¿Crees que es inteligente descubrirnos?

Anahy detuvo su impulso por la voz de la razón de George.

—De hecho, tú eres nulo, el único que no tiene nada para ocultar. —Cold lo señaló con el dedo—. Vete y pregunta por ese Ali. Y si no lo encuentras, por lo menos coge la dirección de un restaurante y alquila un coche. O busca un camello.

—¿La enfermedad te ha dejado el cerebro del tamaño de un guisante? No estamos en Oriente, idiota —espetó George—. Creo que usan trineos y perros por aquí. Es decir, tú podrías ayudar.

Sasha les dio las gracias a ambos con un manotazo en la nuca.

—No podemos irnos sin haber contactado con Ali, luego no sabrá cómo encontrarnos. Mira a ver si está dentro —le pidió a George.

Los otros dejaron el equipaje en el suelo congelado, preparándose para la espera. Anahy se sentó encima de su mochila y jugó unos momentos con los guantes, girándolos entre los dedos. Después de un minuto se levantó para caminar en círculo con pasos lentos. Había estado sentada durante dos días, primero en el LODIT y luego en aquel tren de época. Por suerte, los chicos tenían un comportamiento lo suficientemente infantil como para mantener un ambiente relajado, compitiendo para el premio del mejor bromista y olvidándose con intención del propósito del viaje.

Los días anteriores habían pasado volando. Explicárselo a su madre le había costado la energía de una maratón, e igual de cansado se había encontrado Sasha tras despedirse de Indra. Madelyne seguía desaparecida y Eridanus se había encargado de desactivar los escáneres de la isla. La mayoría de los ergys habían huido sin pensárselo dos veces, aunque muchos de los wises se habían ido antes y casi no corrían peligro.

Las noticias del mundo no eran alentadoras. Los nulos estaban asustados. Eridanus había salido en los medios de comunicación y había reconocido la existencia de la enfermedad de los ergys. Había asegurado a los nulos que no corrían peligro y que estaba a punto de resolver el problema de una vez por todas. Pero los conflictos no cesaban. Los wises liberados creaban caos. Los daños eran, sobre todo, materiales, pues le encantaba jugar el papel de espantapájaros. Desde bromas infantiles a cosas serias, como inhabilitar instalaciones y centros perteneciendo a los ergys sanos. No faltaban los ataques por el hambre, aunque el rey procuraba mantener aquella parte en secreto para no conmocionar el mundo. Dada la situación, era vital que su misión tuviera éxito.

Unos gritos interrumpieron el paseo de Anahy y todos acosaron con la mirada la puerta de la casita que se había abierto de golpe. Una criatura salió agitando las manos y vociferando de manera mucho más potente de lo que se esperara de alguien con su constitución.

—¡Lo siento! Me perdí en esa historia, me encanta. El pasado de nuestro mundo es fascinante, ¿no creéis? Cuando todos eran nulos, cuando creían que la energía era magia, cuando... —Se detuvo para respirar y sacó de un bolsillo de la chaqueta un gorro verde bajo el cual escondió las mechas largas teñidas de rosa.

George apareció a su espalda, con pinta de haber sido atropellado por un camión. Encogió los hombros y la señaló con el índice.

—Soy Ali —dijo esta, como si hubiera tenido ojos en la nuca y visto el gesto. Se dirigió hacia Anahy, cogió sus manos entre las de ella y las sacudió con energía. Palideció por un momento, pero se recuperó con rapidez—. Seré vuestra guía. Hemos preparado las habitaciones, estoy segura de que estáis cansados. ¿Tenéis hambre? El camino no dura mucho. Vamos a buscar el coche. Espero que la batería no se haya helado, pero en caso de ser así alguno de vosotros puede calentarla, ¿verdad? —Su mirada entusiasmada se detuvo en Stiff y las comisuras de sus labios del mismo color que el pelo se alzaron en una sonrisa de triunfo—. Creo que tú podrías. Acompañadme —dijo, dándoles la espalda.

Stiff se quedó sin moverse, con una expresión aturdida en el rostro. Su boca se abrió y se quedó del mismo modo hasta que Anahy perdió de vista la imagen cuando se giró para alcanzar a la muchacha.

—Muchas gracias —comentó ella, apresurando el paso y frunciendo el ceño a la vez. Aunque Ali era baja de estatura, le dejaba la impresión de ser un miriópodo calculando la velocidad con la cual se movía—. Soy Anahy y la otra guapa es Calixta. El moreno es Cold y...

—Alexander, George, Sergio. —Ella acabó la frase—. Lo sé. Tengo vuestros expedientes.

—¿Tenemos expedientes? —balbució Anahy, echando una mirada por encima del hombro para que los chicos la oyeran—. ¿Quién es Sergio?

Stiff levantó la mano.

—El rey me los envió. Hace mucho que os esperamos. —Fue la única explicación que Ali le ofreció.

Rodeó la construcción y se dirigió hacia uno de los dos coches aparcados. Abrió con dificultad la puerta del nueve plazas y tomó asiento al volante.

—Vamos, cariño —susurró, acariciando el aire con su extraño acento—. ¡Así! Mamá te quiere —exclamó cuando el vehículo empezó a temblar.

Calixta subió detrás de Anahy, pero los chicos se quedaron fuera, dándose codazos.

No te pongas en plan patán, advirtió a Sasha.

¿Qué? No pensaba hacerlo, replicó sonriendo. *¿Estás segura de que es real?*, preguntó, señalando a Ali con un movimiento de ceja.

¿Quieres que le pellizque la nariz para comprobarlo?

—Vamos. Estoy congelándome —dijo el objeto de su conversación mental—. Y no tengo a nadie para calentarme —canturreó, mirando de reojo a Stiff.

—Creo que la conquistaste. —Anahy escuchó lo que George le comentaba en voz baja al último mientras subían—. Será por tu ingeniosa conversación.

—Gracias por todo, Ali —volvió a decir para ocultar el intercambio verbal de los chicos.

—No hay de qué. Es algo que debemos hacer. No voy a mentir y decir que es un placer, pero me alegro de que haya llegado la hora.

—¿De qué hora hablas? —inquirió Sasha desde atrás.

Ali sonrió, mirándolo a través del espejo retrovisor.

—Supongo que no necesitaste más de un segundo para ver que soy un cóctel de baja calidad. No como tú —explicó, dirigiéndose a Anahy—. No hay ergys en nuestra familia, simplemente nacimos así, con un núcleo débil. De generación en generación los de mi familia tuvieron que memorizar la Carta de La Creadora al pie de la letra y mantener el secreto. Cansa irte a dormir escuchando el mismo cuento cada maldita noche de tu vida.

Su confesión agitó los ánimos y todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—¿Tienes la Carta original?

—¿Por qué nosotros no la tenemos?

Como si no los hubiera escuchado, la chica farfulló para sí.

—Por no hablar de lo que significa estar atada a este sitio, tener que entretenerte con mirar las formas de las nubes y conversar con los osos. Discutí durante seis meses con el alcalde para que me aprobara la petición de instalarme un comunicador. Y eso que es mi padre.

Anahy se mantuvo en silencio, ligeramente divertida con las confidencias de Ali. Los otros no insistieron, temiendo el precario equilibrio mental de la chica.

—Llegamos —les avisó ella después de solo unos minutos.

En el campo abierto aparecieron construcciones y ellos pasaron por la única calle que permitía

el acceso a un vehículo. Los que se desviaban de esta eran senderos estrechos, algunos incluso sin pavimentar. Ali eligió uno y la furgoneta empezó a silbar por el esfuerzo de subir la pendiente. Se detuvo ante la última casa, una impresionante construcción de piedra en forma de ele, llena de ventanas y con las chimeneas echando humo. Les instó con un gesto de mano a que bajaran y la siguieran.

—¡Estamos aquí! —gritó en cuanto abrió la puerta.

Una mujer rubicunda se acercó limpiándose las manos en el delantal. Antes de decir algo, cogió las mejillas de cada uno en sus manos y les besó la frente.

—Bienvenidos. Espero que Ali no os haya creado problemas.

—¡Madre! —vociferó la chica, pero el sonido fue ahogado por las capas de ropa que intentaba quitarse.

—Estuvo perfecta —dijo Stiff, centrando la atención de todos hacia él—. Muchas gracias. Esperamos no importunar demasiado.

—Ni hablar. Poneos cómodos. Hablaremos mientras comemos.

Ali les enseñó varias habitaciones y dispusieron de media hora para asearse antes de encontrarse en el enorme comedor. El hermano de la chica no había regresado de sus tareas, pero conocieron a su padre, un hombre con apariencia de guerrero a pesar de su avanzada edad.

—No sabemos cómo nuestra familia ganó el honor de guardar los secretos, pero fue así desde siempre. Una historia dice que nuestro antepasado era el único hombre en esta zona por aquel entonces y que La Creadora misma le transmitió la información. No es difícil de creer. El pueblo no crece a pesar del paso de los años. Es como si los habitantes pasaran por un tamiz; no nacen más de los necesarios para mantener la apariencia de comunidad. La mayoría son nullos. Hay un par de ergys que nos ayudan con lo básico, ninguno enfermo. Nadie enfermó aquí. Puede que por estar tan cerca del Corazón de La Creadora. Podéis quedaros tranquilos, estáis a salvo.

—¿De qué secretos hablamos? —preguntó Sasha.

—Los secretos siempre se resumen en conocimiento, ¿verdad? —El hombre sonrió—. Cuanto más tienes, mayor es el poder. La Creadora lo explicó todo en la Carta.

—¿Cómo es que no habéis usado su Corazón?

—Lo hicimos una vez. Uno de nuestros antepasados intentó romper la valla. Creo que os imagináis cómo acabó —dijo en voz suave—, nos quitó las ganas de repetir la experiencia. Tuvimos que reconocer que no era nuestro cometido.

«No. Es el mío», pensó Anahy.

Con la mirada en el succulento plato de guiso, sintió bajo la mesa que la mano de Sasha buscaba a la suya.

—¿Cuándo queréis salir? —preguntó el hombre.

—Cuanto antes, mejor —respondió ella, antes de que algún otro pudiera opinar—. Si es posible, solo vamos a descansar esta noche.

Nadie se atrevió a contradecirla y se alegró por ello. No era que se muriera de ganas por plantar cara a la muerte, pero tampoco le venía bien alargar el momento. La tensión era densa y, si se ponía a pensar, su carácter guerrero iba a oponerse con firmeza a que diera un paso más. Las ganas de huir y esconderse para siempre hacían que su interior hirviera hasta echar burbujas de indignación.

—El camino es difícil —avisó el hombre.

—Estamos preparados —dijo Cold.

Sasha se preguntó para qué exactamente estaba preparado. Tenía un ojo y medio en él, e incluso así no se sentía tranquilo. Lo último que necesitaba era que un miembro del equipo fuese un

traidor. A pesar de lo que le había dicho Eridanus, albergaba la esperanza de que logran regresar todos. Miró los rostros de los presentes, reconociendo que no renunciaría a ninguno, bajo ningún pretexto. Anahy era su sol, la razón por la que despertaba sonriendo cada mañana. Le había prometido a Brais que cuidaría de Calixta y no imaginaba perderla; aunque no eran hermanos de sangre, Stiff era lo más cercano a ese concepto, y había perdonado a George desde que les ayudó a salir del Éter sin importarle su propia vida. A contrario que el ex wise, el nulo era de confianza. Su instinto le decía que podía fiarse de su lealtad, el mismo instinto que le encogía las entrañas cuando pensaba en Cold.

—¿Qué tal si enseñas esa dentadura perfecta de vez en cuando? —le susurró Anahy al oído.

—¿Qué? —Parpadeó sorprendido.

Ella le rodeó el cuello y, mientras le masajaba los tendones, lo hacía girar para mirar a los otros.

—¿Ves? Están bien. Conversando, sonriendo. Tus arrugas de preocupación hacen la nota discordante.

«Fingen mejor», pensó Sasha, buscando fuerzas para sonreír. No tuvo la oportunidad de hacerlo, tampoco de responder, pues Anahy se le adelantó.

—¿Qué tal si lo intentas? A lo mejor te contagias —dijo, enarcando una ceja.

—¿Qué? —se repitió, cada vez más confundido.

—Eso de fingir —comentó ella en voz baja, confirmándole que había entrado en su cabeza sin que se percatara—. Inténtalo.

La violación de sus pensamientos cabreó a Sasha. Se imaginó que estaba muy preocupado y había bajado todos los escudos. Además, Anahy se hacía más fuerte con cada minuto y estar tan cerca del sitio donde La Creadora descansaba para siempre aumentaba sus poderes. Entendiendo que era débil, se levantó de la mesa con un gesto brusco, atrayendo la atención de todos.

—Perdón —balbució—, la comida ha estado muy rica. Pero necesito un poco de ejercicio. ¿Puedo dar una vuelta?

—Claro que sí —dijo el padre de Ali, enfatizando su acuerdo con un gesto con el que llamó a la chica—. Enséñale la calzada.

Sasha les dio la espalda. Sentía las miradas encima; la de Anahy pesaba como si la llevara a ella misma en los hombros. Pero no lo detuvo ni se ofreció a acompañarlo.

Ali lo instó a moverse, tocándole el antebrazo desnudo y haciéndolo girar hacia la puerta.

—Pobre —comentó como si nada—, si mi novio falleciera dentro de unas horas, supongo que también estaría destrozada.



Un cubierto cayó chocando contra el plato, otros quedaron en el aire, en las manos de los que los usaban y ahora no se movían.

—No que tuviera un novio —tartamudeó Ali.

—¿Qué? —preguntó alguien, pero Sasha no supo quién fue. Intentaba abrir una línea especial con algún dios y rezaba para que no hubiera entendido bien.

—¡Ali! —espetó la madre de la chica. Se levantó con las mejillas encendidas y la regañó—. Ayuda a recoger los platos. Yo le enseñaré la calzada a Alexander.

La muchacha se alejó sin ganas. Se detuvo después de unos pasos y se despidió susurrando un «lo siento».

—Espera. —Sasha se aclaró la garganta, y evitando mirar a Anahy, preguntó—: ¿Qué has dicho?

—No quiso hacerlo —la excusó su madre, frotándose las manos sin cesar. Le dio un codazo a su marido en busca de ayuda, pero este se llenó la taza con tranquilidad—. Está maldita, no puede controlar su boca.

—No puedo controlar mi don —se defendió Ali—. Lo siento. Supuse que lo sabías, que todos lo sabíais. Está escrito en la Carta, y desde que nací tengo visiones. Sueño con el final, pero nunca vi caras. —Se giró hacia Anahy que se mordía el labio inferior, y tenía los ojos brillando por la amenaza de las lágrimas—. Cuando te toqué en la estación, todas las piezas sueltas de mis sueños encajaron. Supe que eras tú. Y tú... —dijo, regresando a Sasha—, puedo notar los sentimientos a través del tacto. Os dije que soy un cóctel raro —se excusó, encogiéndose de hombros.

Sasha no dudó ni un instante de que dijera la verdad. Eridanus lo había avisado, pero no se había permitido creer. Ella era la pieza más importante; no había considerado que sería la que se perdería. Asintió en la dirección de Ali y miró a Anahy, intentando hacer contacto mental. Cuando se topó con un muro intransitable, empezó a sospechar y la expresión de su rostro que antes había traducido como tristeza se le reveló como culpabilidad.

—Lo sabías —susurró, sintiendo como cada átomo de su cuerpo se estremecía en agonía—.

¡Maldita sea, Anahy! ¡Lo sabías y no me lo dijiste!

Ella se giró en la silla y apretó el respaldo metálico entre los dedos. Tragó en seco, sin evitarle la mirada.

—No soy tu novia.

—¿Así es cómo te defiendes? —vociferó Sasha—. Encuentra algo mejor, Dragona, porque me da igual lo que crees que eres. Nueva Creadora o no, en primer lugar eres una persona. Una muy importante para mí, para tu familia y tus amigos. ¿Te imaginas que vamos a acompañarte a la tumba?

—Yo... también tuve esas visiones. Creo que es así como debe ser.

—¿Aceptas suicidarte sin más? ¿Por qué? ¿Para qué? Nadie merece ese destino y, diablos, ¡estoy condenadamente seguro de que nada ni nadie merece ese sacrificio! —gritó Sasha, sin importarle que las venas de su cuello amenazaran con estallar.

No se percató de que montaba una escena delante de todos, pero no le importaba. Habían llegado demasiado lejos. Jugaba a juegos de vida y de muerte desde siempre, pero jamás le había importado más que en aquel momento. Había visto morir a sus padres, había perdido a su hermana durante un tiempo indeterminado y estuvo dispuesto a jugarse su propia vida cada día en el Éter. Pero antes no tenía nada que perder. Si Anahy no lo superaba, él...

Sasha no finalizó el pensamiento. Les dio la espalda con movimientos torpes, sin tener claro qué iba a hacer a continuación. Por el rabillo del ojo vio que Calixta se acercaba, pero se negó a aceptar su consuelo.

Al salir, el frío le dio la bienvenida. El crepúsculo destacaba lo hermoso que era el paisaje. No sabía cuál era la calzada por donde se suponía que debía ir, pero rodeó la casa y se alegró al ver que a partir de allí no había señales de vida. Colinas y valles ocupaban el lugar en igual proporción, aunque la tendencia era de subida. La nieve lo cubría todo y algún árbol de ramas desnudas aparecía aquí y allá. Una formación alta de rocas se distinguía a lo lejos. El aire olía a humo y un perro ladró a modo de saludo. El ambiente estaba tranquilo, a la espera de la noche.

—No te dejes vencer.

Sasha cerró los ojos. No deseaba a nadie cerca, pero Stiff era difícil de ignorar. Hablaba tan poco y se ofrecía a hacerlo con tanta rareza, que no quería caer tan bajo y rechazarlo. No sabía casi nada de él, había sido una sorpresa que Ali lo llamara Sergio, pero desde que se habían conocido se habían entendido en el idioma de las miradas y las onomatopeyas. Vivía solo, desaparecía durante varios días sin dar explicaciones, pero regresaba siempre con ellos. Había cuidado de Anahy y la noche de su cumpleaños lo había llamado para contarle que estaba rodeada por wises. Él era el que se había encargado de ellos después de que Anahy se asustara y corriera. Estaba presente siempre cuando lo necesitaba, pero aquel no era un momento oportuno. No porque no necesitara ayuda sino porque no existía nadie que pudiera cambiar los hechos.

Asintió en señal de que lo había entendido, esperando que su amigo no sufriera un extraño episodio de verborragia.

—El miedo te come por dentro, deja solo el caparazón para engañar al mundo.

«¿Es lo que te pasó a ti?», quiso preguntar Sasha.

Inhaló con avidez el aire frío en un intento de calmarse. Atacar a Stiff no era la solución. Suponía que había vivido su propia tragedia y que no había salido ileso. Las ojeras permanentes, el mutismo impuesto, la escasez de las sonrisas en su rostro le decían que era una persona herida en lo más profundo de su ser. Que intentara ayudarlo, aunque fuera en vano, era un acto valiente y no podía desperdiciarlo.

—Sientes que mueres antes que ellos —comentó Stiff con la mirada perdida en un punto que

solo él veía—. Pero ellos siguen respirando mientras tú ya estás en el infierno.

—Gracias —murmuró, a sabiendas de que decía una estupidez. Lo último que deseaba era una conversación sobre la muerte—. He pasado otras veces por eso —confesó.

—No importa cuántas veces lo vives. Ese refrán de que las desgracias te hacen más fuerte es mentira. No es verdad. Ninguna tragedia te fortalece. Ningún ser con un corazón latiendo puede aceptar la injusticia de perder a alguien amado. De que le sea robado de sus propios brazos. Te hace más cabrón. Porque lo único que impulsa a funcionar a tu corazón es la oscuridad. La nada.

La garganta de Sasha se contrajo y el llanto le hinchó el pecho. No dejaría correr las lágrimas, pero su interior lloraba por Stiff, por sí mismo y por la alocada chica que tanto quería.

—No lo permitiré —susurró en voz ronca, haciéndose una promesa a sí mismo. No iba a permitir que se sacrificara.

Su amigo no entendió a qué se refería.

—Está bien. No te dejes vencer —dijo. Se retiró caminando de espaldas y chocó contra Anahy.

Stiff le apretó el hombro a la chica en señal de despedida y ella le sonrió temblando mientras miraba a Sasha.

—No quiero hablar ahora mismo —dijo él, controlando las octavas de su voz.

—Sasha...

—Me mentiste. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón.

No quería discutir con ella, sus nervios tenían que ver con el puto universo y sus malditas jugadas.

Anahy hizo una mueca, mientras se acercaba unos pasos.

—Vamos a no sacar a la luz la cuestión de las mentiras —habló con suavidad—. No te mentí, oculté una parte. Tú también lo hiciste porque creíste que era la mejor decisión. Lo mismo pensé yo. Aunque lo supieras, no podrías haber hecho nada. Es lo que hay.

Sasha la miró incrédulo. Sacó las manos y se giró sobre los talones porque estaba demasiado inquieto como para quedarse sin moverse.

—¿Qué demonios te pasa? —espetó al volver a mirarla—. ¿Quién eres y qué hiciste con la chica de la que me enamoré? ¿Dónde está mi dragona, la que sacaba pecho ante cualquiera y amenazaba con quemar el mundo solo porque despertaba de mala leche? ¿Ahora quieres hacer de mártir?

Los labios de Anahy dibujaron algo parecido a una sonrisa. Se rodeó con los brazos, y cuando Sasha notó que temblaba, se acercó y la abrazó.

—He madurado —dijo ella con la nariz metida en su pecho—. Tengo responsabilidades.

—El mundo no es tu responsabilidad. Eres demasiado pequeña para esto.

Anahy agitó la cabeza con violencia.

—Así es. Se supone que los héroes tienen dos metros de altura y pesan lo que un camión cargado. Tiempo atrás estuvo de moda adornarse la piel con tatuajes. No encajo en el patrón, ¿verdad? ¿Por qué me eligieron a mí?

Hubo tanto sufrimiento en su voz que Sasha se tensó para aguantar el golpe de su angustia. Así como la tenía, pegada a su torso, la energía que se agitaba frenéticamente en el pecho de Anahy lo abofeteaba con violencia.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—Solo unos días. Desde que me puse las pulseras.

Sasha hizo los cálculos.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. —Ella se encogió de hombros, un gesto de indiferencia para una pregunta que la

afectaba más, tanto como lo indicaba su mirada de fastidio.

—¿Tuviste problemas con tu núcleo? ¿Algo cambió en tu energía? ¿Se detiene a veces? ¿La sientes más fría?

—No. ¿Qué te pasa?

—Anahy, puede que pruebes los primeros síntomas del virus.

—¡Anda ya! —espetó ella—. Tengo más de La Creadora que cualquiera de vosotros. No puedo enfermar.

—Vamos a jugar un poco, ¿qué te parece? —propuso, forzando una sonrisa.

—No. Quiero conservar mi núcleo fuerte para lo que nos esté esperando.

Sasha se mordió la lengua para no soltar las maldiciones que ardían en su garganta. Estudió el rostro de Anahy en busca de alguna señal exterior. Tenía las mejillas más pálidas que de costumbre y los labios un poco agrietados. Aparte de eso, la encontró igual de hermosa. En el verde de sus ojos brillaban motas doradas y lo miraba con calidez.

—Anahy... Tu núcleo se manchó, es mejor detonarlo. Tus miedos, las injusticias, los últimos eventos, todo lo que viviste y lo que sabes que te espera pueden crear un carcinoma. Seguirá alimentándose de tus angustias y acabará por consumir tu esencia. Te transformarás en alguien que tu espejo no reconocerá —le confesó, esperando que algo de la antigua Anahy siguiera vivo y entendiese la gravedad del caso—. Recuerda que necesitabas descargar te para no explotar. Sé que puedes controlarte ahora, pero el núcleo requiere renovarse.

—¿Pero no usarlo aumenta su potencia? —preguntó ella.

Sasha murmuró una blasfemia por no haber prestado atención, por no haber pensado que podría llegar tan lejos. Consideró mentirle, pero no sabía cuál era la dimensión de sus dones y si lo pillaba la perdería en el acto.

—Sí —reconoció suspirando—. Lo hace. Serás más fuerte y... menos compasiva.

—Bueno, no es que importe. —Anahy sonrió, pero un brillo de acero estalló en su mirada.

Estaba decidida y no había nada ni nadie que pudiera hacerla cambiar de parecer.

Ni él.

Sasha la alejó unos centímetros. No podía convencerla, pero él tenía que hacerlo. Tenía que disipar la tempestad de emociones que lo acosaba para poder ayudarla cuando llegase el momento.

—Dime lo que has visto. Qué esperar —pidió.

Anahy negó con la cabeza.

—No tiene sentido. No he perdido la esperanza, puede que logre sobrevivir, aunque la base de la vida sea el sacrificio. No deseo que construyan una nueva estatua con mi rostro en el Parque Stank. Por eso... —Ella dejó una mano en su hombro—. Necesito concentrarme en lo que viene.

—No quieres reconocer mi presencia a tu lado. Creía que lo habíamos arreglado, que estamos bien.

—Mejor que ahora no puedo pedir. No sabes lo mucho que me ayudas. Pensar en un momento futuro cuando seremos libres de verdad es lo único que me convence seguir adelante. No tenemos nada claro hasta que eso acabe.

—«Eso» es tu vida —hizo hincapié Sasha.

—Es la vida de todos. Si fuera al revés, ¿te negarías a hacerlo? —inquirió Anahy—. Te conozco. Si tú fueras la solución no te lo pensarías dos veces.

—Me da igual. No soy yo, eres tú. Cambiaría enseguida el sitio contigo. Vas a salvar al mundo, pero ¿qué será de mi mundo sin ti?

Anahy se rio con suavidad.

—Las historias de amor son más intensas en tiempos de guerra. Vamos a acabar con esto y ya veremos cómo se vive después.

Sasha cogió su mano y la llevó hasta sus labios. No tenía solución para aquella conversación, tampoco para salvar al mundo.

—Saldré —dijo, dándole la espalda.

Escuchó los pasos de Anahy mientras se alejaba. Dejó que el frío lo envolviera. Apagó su núcleo y se convirtió en la misma niebla que lo rodeaba. Nada que temer, nada que extrañar.

Mientras empezaba a correr, pensó llamar a Blaze o a Raisa para que lo pusiera en contacto con Eridanus, pero el aire lo ayudó a refrescarse la cabeza lo suficiente para entender que no cambiaría nada.

La historia estaba escrita desde hacía mucho.

«¿Qué estás dispuesto a perder, Alexander?».

La voz del rey sonó tan real que se giró para escrutar el alrededor. No le hubiese extrañado verlo aparecer en persona. Pero no había nadie. Ni pájaros ni brisa. Y, aun así, la pregunta rodó en el aire, las palabras unidas y separadas por una fuerza invisible.

«¿Qué... estás... dispuesto... a... perder?».

Sasha corrió apretando los dientes. Impulsó sus piernas cada vez más rápido hasta que el paisaje se tornó borroso, sus pulmones chillaron y el ruido de su corazón sobrecargado empezó a borrar el sonido de la pregunta.

«¿Qué... estás? ¿Qué...? ¿... Perder?».

Necesitó un segundo para encender su núcleo. El siguiente lo usó para estallar. Su ira reventó en una gigantesca forma de fuego. Las llamas se alzaron hasta el cielo, quemando piedras y derritiendo escarcha. Dejó atrás humo negro y restos de ceniza.

Pero no fue suficiente. Aún le quedaban fuerzas. Apagó su núcleo, buscando el escape del sufrimiento y el olvido. Lo hizo con lentitud, disfrutando de cómo cada centímetro de él se congelaba, de cómo sus órganos se petrificaban, cómo la sangre se espesaba y el mundo se detenía a la vez con sus células.

«Nada».

La formación rocosa seguía a una distancia considerable. Con la mirada en un punto fijo, Sasha se impulsó con violencia. Estrelló los puños contra la piedra, quedándose de pie cuando pedazos de hielo y roca volaron, hiriéndole el rostro y el torso. Alzó la cabeza y husmeó el aire.

—Nada —dijo en voz alta—. No estoy dispuesto a perder nada, ¿me oyes? ¡Voy a cambiar la puta historia y viviré lo suficiente para verla reescrita! —Escuchó la naturaleza en busca de una señal que le dijera si su amenaza había sido escuchada—. Lo siento por el mundo —añadió susurrando—. Prefiero amar que ayudar. Prefiero abrazar que soltar. Y definitivamente elijo antes vivir que ser héroe.

23

Del fuego vivo has nacido.
Al mismo fuego vas a regresar
para curar.

Carta de La Creadora

—¿Hiciste qué?

Madelyne procuró no temblar, aunque ningún brebaje mágico podría haberla mantenido fuerte ante la mirada que revelaba en detalle lo que le hubiera gustado a Zariah hacer con ella.

Se aclaró la garganta y enderezó la espalda, manteniendo los dedos enlazados atrás.

—Les dejé salir. Señor, si me permite... —Hizo una pausa para leer en su rostro que tenía su permiso para hablar—. Todos los datos señalaban que la chica nueva había curado a Cold, ella misma lo confesó, pero no podía obtener las pruebas. Era el único cóctel que había estado fuera de Éter. Nuestros escáneres no evidenciaron actividad sin aprobar de otros individuos, ergys o cócteles. Y los resultados de las pruebas fueron desastrosos. En vez de una negativa plana, los parámetros enloquecían. Creo que debemos tener en cuenta un factor que no consideramos: el Corazón. Siempre hemos hecho los exámenes en el Éter, y las ondas del Corazón no traspasan las paredes del centro. Por eso pensé en permitirles moverse, con la impresión de que eran libres.

—¿Y pensaste en destrozarse un centro para obtener las pruebas? ¿Sin consultarme? ¿Lo conseguiste?

—Más o menos —murmuró en voz baja.

—¿Perdón?

—Tenía que parecer real. No podía ofrecerles un pase de una semana para unas vacaciones. Del modo que lo pensé, ellos creen que se han liberado por sus propias fuerzas. Y tengo la confirmación de que la chica es especial. Única. Lo que hizo... ¿Ha visto la documentación que le he enviado?

—Sí.

Como Zariah no mostraba la conmoción que ella había esperado, Madelyne continuó.

—Están libres. Pero no tuve en consideración algunos detalles. —Quería hablar hasta convencer al director de que había tomado una decisión inteligente—. Probé un ejercicio virtual que salió positivo en cuanto a las posibilidades de que la chica volviera a actuar, a curar a otro ergy enfermo. ¿Recordáis a la hermana de Alexander?

—Lo que podría ser no ha pasado. En cambio...

—Tenía controlada la insubordinación de los wise —se apresuró a interrumpirle Madelyne.

—¿La tenías? ¿Y cómo has perdido el control? —Zariah gritó tan fuerte que su aliento la empujó hacia atrás—. Lo tenías todo tan controlado o ¿has encontrado el modo perfecto de decirles a los nullos que nos morimos? Te comenté lo del nuevo proyecto. Acabamos de empezar las negociaciones para que los ergys enfermos consigan aceptación en la sociedad, bajo unas condiciones estrictas. Lo destrozaste todo en un santiamén.

Madelyne empezó a temblar. Sus dientes castañearon y tuvo que apretar el maxilar para poder hablar.

—Las consecuencias a nivel mundial no son por mi culpa. Señor, tengo motivos para sospechar la complicidad del rey Eridanus.

Las cejas rubias de Zariah se alzaron y mostró interés por primera vez desde que había empezado la discusión.

—¿Por qué?

—Uno de mis contactos me avisó de que el rey planeó una operación sorpresa y que parte de los ergys más la chica cóctel abandonaron la isla en busca del Corazón de La Creadora.

—¿Qué?

Madelyne se estremeció ante aquella única sílaba. Un «qué» con el poder de convertir una montaña en polvo.

—Mujer, ¿tienes idea de lo que hiciste?

—Señor, sí, señor —respondió sin demorarse, pero en voz baja—. Mi contacto me explicó que intentarán finalizar un hechizo de La Creadora para limpiar el Corazón y curar a todos los wises.

Zariah la miraba fijamente; estaba cada vez más difícil mantenerse en la misma posición, sin delatar el trastorno interior. Él negó con la cabeza y continuó usando monosílabos en la conversación.

—No.

Madelyne esperó hasta que tuvo la certeza de que iba a echar raíces y convertirse en un pino si no se movía.

—No sabía que la solución fuera tan sencilla —continuó ella—. Pero el rey Eridanus asegura que la chica cóctel puede hacerlo. Que su energía es la llave para abrir el Corazón de La Creadora y curar a los ergys enfermos.

—¡No es posible! —espetó Zariah. Se frotó la frente, con la mirada perdida en un punto fijo en la falsa ventana que decoraba el cuarto—. Si fuera tan fácil no habríamos empleado tanto tiempo y esfuerzos para encontrar una cura, para fabricar una. Abrir el Corazón de La Creadora es un arma con muchos filos —le explicó—. Su energía se puede manipular de muchos modos. Puede calentarse o puede enfriarse. Puede... —Se detuvo.

Madelyne se alegró de que hubiera empleado palabras completas en la explicación, hasta llegar a formar un párrafo entero. Pero necesitaba el final.

—¿Señor?

No estaba preparada cuando el ergy se giró. Aguantó erguida con el único propósito de entender lo que le preocupaba.

—Puede curar a los ergys o puede enfermarlos a todos. —Zariah consultó el reloj—. Prepara el equipo. Pide un LODIT. No quiero demoras. Salimos en cuatro horas.



El dios de los sueños les evitó aquella noche. Por la mañana estaban estudiando los platos, acompañados solo por el ruido de los cubiertos.

—¿No queréis esperar un día más? —preguntó la madre de Ali, moviéndose entre la cocina y el comedor para servirles el desayuno—. En las noticias anunciaron que se acercaba una tormenta.

Anahy se atragantó con el sorbo de té que acababa de tomar.

—Creo que no se equivocan —comentó después de aclararse la garganta. Miró a Sasha de reojo, pero él le frunció el ceño en respuesta—. Vamos, gente. Un poco de ayuda, por favor. Os comportáis como si asistiésemos a un velatorio. Sí, es posible que algunos de nosotros pierdan la vida hoy, pero podemos hacerlo mientras nos reímos. Yo soy la primera candidata, todos lo sabéis. No me veis llorar y no quiero veros llorar. Por cierto, ¿hay alguien que quiera retirarse?

Cuando todas las cabezas se alzaron con miradas inquisitivas, soltó un suspiro afectado.

—Anahy, ¿estás bien? —preguntó Calixta.

—Estoy eufórica. Daos prisa, tenemos que salir —dijo, levantándose.

Se detuvo al lado de la puerta para verificar el contenido de su mochila mientras hacía oídos sordos a los murmullos que provenían del comedor.

No esperaba que la entendieran. Ni contaba lo que ellos pensaban, eran solo el medio por el cual lograría acabar la misión.

«La misión».

Sonaba... importante. Ella era «la llave», el ser elegido entre millones de ergys y cócteles, en decenas de generaciones. Bueno, era la segunda elegida, pero no iba a fallar como la primera tonta.

La energía burbujeó en su interior como si diera la enhorabuena a sus pensamientos. Anahy acarició los cuarzos de las pulseras. Latían entre sus dedos como si tuvieran vida propia. Eran suaves, calientes y olían bien, desprendían una fragancia a cera de eucalipto. A veces, el olor era tan intenso que se mareaba, pero se recuperaba con rapidez.

Se sentía fuerte, más fuerte de lo que podría haber soñado. Tenía la piel sensible, se estremecía incluso por el roce de una brisa suave. Las venas se asomaban doradas, sin cambiar de color

desde hacía unas horas. La notaba como si estuviera cubierta por un material indestructible. Nada salía de su interior, ni una chispita era rebelde, y estaba segura de que nada podría traspasar su original chaleco antibalas. Incluso desnuda, seguía siendo invencible. Acabaría su tarea. Si había nacido para salvar al mundo iba a salvarlo. La historia se reescribiría. La gente leería cuentos sobre «La Nueva, La Salvadora», y se olvidarían de La Creadora.

Las voces aumentaron unas octavas y Anahy entendió que el grupo había acabado con el desayuno.

«Ya era hora», pensó frunciendo los labios con desagrado.

Salió antes de que la alcanzaran. Si ellos no estaban de humor para conversar, tampoco ella iba a ofrecerse para cogerse de las manos, abrazarse o intercambiar suspiros de pesadez. Había memorizado el mapa, podría llegar con los ojos cerrados, si pudiese volar. Como no había adquirido aquella habilidad, estaba obligada a colaborar con ellos y usar una de las motos de nieve.

Sasha se acercó sin mirarla, dejándole claro que seguía cabreado con ella. Aunque le puso morritos y agitó las pestañas con insinuación, no se dignó a dejar caer la máscara de hielo.

La noche anterior había pedido una habitación para ella sola. Él no había protestado como hubiese esperado, lo que la animaba: le indicaba que la entendía. No le gustaba que se comportaran como enemigos, o peor, extraños. Estaba segura de que Sasha la evitaba con intención. Se le daba muy bien jugar el papel de wise, no obstante, su corazón era de ergy.

Se le veía fresco, recién afeitado, y un recuerdo lejano llenó las fosas nasales de Anahy con la fragancia de su gel de ducha. Lo que era una tontería, pues no lo llevaba con él, había usado el de la casa. También recordó qué bien se sentía cuando sus brazos la rodeaban y cómo encajaba su espalda contra el torso de él.

Sasha se montó en una de las motos y la esperó con las manos en las rodillas, sin llamarla ni con palabras ni con gestos. Llevaba el equipamiento de esquí, con la cazadora colgando de la mochila. Anahy estudió la línea tensa de sus hombros antes de seguirlo y abrazarle la cintura. Tanteó con los dedos el dobladillo de la camiseta, deseando juntarlas por debajo, tocarle la piel. El miedo de ser rechazada la detuvo. Mantuvo toda la distancia que pudo, aunque un centímetro no podía llamarse lejos.

Miró hacia atrás, verificando que los otros estaban listos. George y Calixta abrían la fila y ellos les seguían. Detrás venían Stiff con Ali, y el pobre Cold, solo. Siempre apartado, siempre fuera del círculo. Ahora lo entendía y lamentaba haberle puesto en aquella situación. Le sonrió a modo de disculpa muda, y porque nadie más lo hacía. Independiente de lo que había hecho y sido, Cold había aceptado los cambios sin protestar. Era un modelo de persona.

El padre de Ali les dio las últimas indicaciones mientras la madre y su hermano eran testigos. Los había escuchado discutir por la mañana sobre quién iba a acompañarlos y la chica había ganado la disputa, pues tenía el encargo de escriba oficial. Había nacido para hacerlo, justo como ella.

—Gracias. —Anahy se dirigió a la familia, sabiendo que un líder era el que se encargaba de hacer las promesas—. Os aseguro que regresará sana lo antes posible.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas y la imagen la hartó. ¿Por qué eran todos tan débiles? ¿Era tan difícil de entender que la única emoción permitida tendría que emplearse con el propósito de finalizar la misión?

Tamborileó en el abdomen de Sasha, indicándole que debía partir. La entendió y arrancó el motor, esperando a que George se moviera antes de seguirlo. El nulo se había negado a desvelar su verdadero nombre.

—Me habéis bautizado, me quedaré con ese —había contestado en respuesta a las insistencias.

Anahy se apretó contra la espalda de Sasha y cerró los ojos. Al hacerlo podía fingir que el reloj de su vida no estaba gastando los segundos. Los abrió una vez y levantó la cabeza, mirando el cielo. Era de un azul imposible, con nubes esponjosas. El sol se escondía detrás de estas y las convertía en una cortina casi translúcida. Hermoso. La hacía soñar con que yacía en el medio de un campo de hierba joven y flores multicolores, perfumadas.

«No llegarás a ver la primavera. Nunca más vivirás el verano».

Cuando entendió que la fragancia resultante de la combinación de la hierba y las flores era el olor de Sasha, se impuso que su mente quedara en blanco. No tuvo mucho éxito. Todavía no sabía tranquilizarse y menos cuando era la protagonista en algo tan importante. Cerró los ojos y llamó a Eridanus, pidiéndole que le repitiera una vez más las etapas. Cada vez que lo habían hecho frenaban en la última, justo antes del final. Anahy le había exigido enseñarle todo, pero el rey se había negado con la explicación de que ella lo escribiría. Mantenía toda su esperanza en aquellas palabras.

Cuando se detuvieron en un altiplano, bajó con la sensación de que habían llegado a otro mundo.

«Es la hora».

—He perdido cualquier sentido de dirección —se quejó Cold al bajar, tambaleándose.

Las nubes los rodeaban, impidiendo la vista hacia abajo o atrás. El único panorama era el pico que se alzaba delante, uniéndose con el cielo.

—Podéis ver que la montaña conserva la forma de un águila vigilando —les explicó Ali con los ojos brillando por la excitación—. Lo sabía, pero nunca llegué hasta aquí para comprobarlo.

—¿Por qué? —inquirió Anahy, entrecerrando los párpados para estudiar la cima. Tuvo que darle la razón a la chica; el modo en que la cumbre se ondulaba en los lados y acababa con la imagen de la cabeza de un águila no dejaba lugar a interpretación.

—Nadie ha podido llegar más lejos de este claro. Nacieron tantas historias sobre el lugar que nadie se atreve a hacerlo. La gente que lo intenta se marea, pierde el conocimiento o tiene visiones de que les ataca una legión de aves gigantescas. Pocos vivieron para contarlo, pero la leyenda perdura a pesar del tiempo. Lo intentaron científicos con instrumental especializado, militares entrenados, sacerdotes de los cultos de La Creadora. Nada —comentó Ali, encogiéndole los hombros—. No consiguieron nada. Las personas enferman y los aparatos eléctricos se queman. Mis padres me prohibieron acercarme. No sabemos si por ser cócteles teníamos permiso de hacerlo, pero no nos arriesgamos a comprobarlo.

—No siento nada especial —dijo Calixta y los otros asintieron en conformidad.

—Es normal. La energía que rodea la montaña reconoce la de Anahy como si fuera una llave. Ahora tenemos vía libre.

—¿Qué hay que hacer? —gruñó Sasha.

Anahy se mordió la lengua para no replicarle. Ella lo sabía, pero como todos miraban a Ali, dejó las explicaciones en sus manos.

—Por aquí, por algún sitio, se halla la entrada. Hay que escalar desde dentro e ir al centro, al mismo Corazón de La Creadora.

—¿Cómo encontramos la entrada? —preguntó Calixta.

—Lo tengo claro. Faltan unos minutos —dijo Anahy, mirando el cielo. Seguía azul, a pesar de la tormenta prevista. Olisqueó el aire, averiguando el pinchazo débil de la electricidad. Los átomos empezaban a buscarse en un juego de tira y afloja, unos uniéndose y otros rechazándose. Los bandos se creaban y se preparaban para la guerra—. ¿Estáis listos? —preguntó, escrutando en

sus rostros, tratando de ver alguna negativa al respecto.

Aparte de los ceños arrugados, ninguno delataba miedo. Estaban inquietos como caballos antes de la carrera, pero decididos. Giró sobre sus talones para evaluar la zona y los posibles peligros. Se encontraban a salvo en el medio del claro. Sus alarmas instintivas no habían saltado, pero seguía en alerta. La montaña estaba cubierta por nieve, y si hiciera falta que subieran hasta la puerta sería un trayecto difícil. Esperaba que la naturaleza fuera lo único que tendrían en contra.

Cuando se dio la vuelta, Anahy pilló un gesto de asentimiento entre Sasha y los otros. Los nervios hicieron que temblara interiormente. Ella conducía, no él. ¿Por qué siempre le robaba el protagonismo?

—Pensaba que lo habíais entendido —dijo, alzando el mentón—. Si alguno de vosotros se desvía del plan, será excluido. Y si intenta frenarme o detenerme, se arrepentirá. —Aguardó en silencio para escuchar posibles comentarios, pero no hubo alguno—. Cold, Stiff y Calixta, venid.

Caminó hasta donde consideró que era el sitio adecuado, satisfecha al notar que ellos se acercaban. Se quedaron a distancia de un metro el uno del otro, pero Anahy entendió que no lo hacían bien. No había cambios ni en su interior ni en la atmósfera. Entonces tendió las manos con las manos abiertas, acariciando el espacio en busca de aquel algo que le confirmara haber acertado. El aire estaba frío, pero el sol besó su piel, haciéndole cosquillas. Continuó moviéndose hasta que el alrededor se volvió borroso y su vista se enfocó en un plano alternativo, uno que le enseñaba la posición correcta mediante pinceladas luminosas.

Sasha dejó de mirarla para estudiar a los otros, que se habían quedado boquiabiertos. Él había visto actuar a Anahy con anterioridad y aunque no sospechaba cuáles eran sus límites, creía que tenía muy pocos. Pero para ellos era una sorpresa. La asociaban con la muchacha asustada y medio aturdida que habían conocido, la que se dejaba llevar con la marea. Lo que estaban viendo en aquel momento se acercaba a la definición de diosa. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, sin apenas respirar, la sencilla presencia de Anahy imponía arrodillarse para pedir clemencia. El aire crepitaba de modo visible a su alrededor y, a medida que el halo que la rodeaba se espesaba, Sasha entendió que estaba creando una especie de campo como el que usaban cuando luchaban.

Mientras hacía señales para Calixta y Stiff, posicionándolos a su antojo, su alrededor empezó a cambiar. Al principio de forma sutil, las ráfagas de viento se ondularon en torno al espacio, tanteando el terreno. Las nubes cambiaron de posición, aglomerándose encima de sus cabezas, a la vez que se ensombrecían. El sol desapareció y llevó con él el resplandor de la nieve. El escenario se volvió monótono en la ausencia de cualquier brillo. El silencio amenazó con hacerse eterno mientras ellos cuatro lograban la magia.

La energía que les unía fue etérea al principio. El suelo tembló de forma casi imperceptible y la nieve fue arrojada por palas invisibles. De los surcos brotaron llamas que serpentearon hacia arriba, lamiéndoles los cuerpos con lenguas ávidas.

Sasha se removió inquieto, preocupado por Calixta. Hasta hacía unas horas hubiera jurado que confiaba en Anahy, pero al sospechar que su espíritu se perdía, no podía no alarmarse por las consecuencias. Se preparó para intervenir, aunque su hermana no daba señales de sentir dolor.

Las llamas siguieron ondulándose, abriéndose camino a través de sus extremidades. Nuevas pinceladas zigzaguearon naciendo de las antiguas, imitando el crecimiento de una planta. Las líneas gruesas de color naranja formaron la imagen de una pirámide mientras que otras tan delgadas como telarañas y mucho más suaves en coloración, tejieron una especie de cobertizo.

Anahy, Calixta, Cold y Stiff quedaron en el interior, y un temor visceral le dijo a Sasha que para siempre. Escuchó el silbido de George a su lado, pero no se arriesgó a alejar la mirada para verificar qué hacía Ali.

E hizo bien. Pasó solo un instante y la imagen cambió. El sutil crujido no lo preparó para lo que siguió, y a pesar de su estado de alarma, en vez de intervenir se quedó petrificado.

Igual que los cuatro que habían sido congelados en el interior del iceberg recién creado.



—¿Estás seguro de que este es el sitio? —Raisa no miró a Miqueas al preguntar, sino que estudió boquiabierta la vía férrea vacía.

A sus espaldas, el tren desapareció en una nube de vapor, y la niebla espesa borró incluso el sonido cuando se alzó por encima de los carriles. No había marcas de pies en la nieve del andén ni otras criaturas, aparte de unas pequeñas aves que no podía identificar. Saltaban inquietas, erizando el plumaje ceniciento y observándolos con ojos redondos y negros.

—Un día tendrás que fiarte de mis habilidades. Las coordenadas del comunicador de Cold son correctas, pero se han movido desde que hablamos con él —le explicó—. Por lo que veo... —estudió el dispositivo e indicó la montaña que se asomaba amenazadora en el horizonte—, hacia allí.

—Debemos apresurarnos. Y no creo que aprendamos a volar en tan corto tiempo —comentó Ausa pensativa.

—Madelyne, es hora de que despliegues tu magia —dijo Blaze, haciendo bailar las cejas para provocarla.

La mujer frunció el ceño. Este y los ojos eran las únicas partes que se veían de su cuerpo enfundado en el traje especial a prueba de energía. Ni en el Éter la había visto tan preparada. Los guantes, el chaleco, el pasamontañas... Llevaba el conjunto entero como si hubiese esperado que La Creadora despertase y la quemase con su aliento.

Ella negó antes de hablar.

—No hay ninguna base cerca. Hasta que el Centro estudie la posibilidad de poder usar un LODIT y obtener el permiso de las autoridades para que no nazca un conflicto internacional, perderemos el tiempo. Es mejor que nos las arreglemos solos. En el pueblo podremos encontrar algo que nos lleve arriba.

Zariah se quedó quieto, sin dar señales de estar pendiente de la conversación. Su mirada se perdió en la lejanía, el cuerpo tenso, los oídos rechazando el ruido de fondo para escuchar algo conocido solo por él.

—Vámonos —dijo Madelyne, tomando el mando—. Veré si el empleado de aquí nos ayuda.

Verificad las provisiones y apuntad si os falta algo. Solo cosas urgentes. No podemos detenernos.

—Es un rayo de sol. —Blaze torció el gesto a la espalda de la mujer—. Recuérdame cómo me metí en esto —continuó, acusando a Raisa.

La chica esperó hasta que Zariah se alejó para discutir.

—No te vi oponiéndote. Fuiste el primero que aplaudió la idea cuando nos llamó.

Blaze encogió despreocupado los hombros.

—Normal. ¿Cómo puedes pensar que consideraría quedarme atrás? Es algo único, extraordinario y...

Miqueas le agarró con vigor la espalda.

—Ten cuidado, tanto gusto va a ocasionarte una embolia. No tenemos idea de qué vamos a ser espectadores ni si nuestro papel se convertirá en principal.

—Estoy preparado —replicó Blaze, sin que su mirada perdiera el brillo del entusiasmo.

—No me digas que confías en ella —susurró Raiza alzando una ceja en la dirección de Madelyne.

—No. Pero está con él... —Blaze se estremeció al señalar a Zariah.

—Somos un equipo. Ahora no se trata de confianza sino de salvar nuestro mundo —dijo Ausa—. Nos conduce el deseo no el miedo.

—A mí no me asusta —concedió Miqueas. Levantó la cabeza desde el dispositivo en el que seguía tecleando al no recibir respuesta—. ¿Qué? Pasé por tantos infernos que el diablo me deja frío.

—No es miedo —intentó explicar Raisa—. Me duele cuando se acerca, es como si mi núcleo fuera absorbido y luego arrojado con violencia. No es que pierda el control, no lo tengo. Miradlo —insistió, girándose para dar un ejemplo y ser la primera en hacerlo, a pesar de que estaba viendo la espalda del hombre—. Se ve fuerte, muy fuerte. Ni juntos creo que pudiéramos plantarle cara, pero sus ojos...

—Son los de un prisionero sin esperanza de ver el mañana —finalizó Miqueas en voz baja.

Raisa asintió.

—Es normal si consideras lo que vivió. ¿Alguno de vosotros se imagina teniendo que llevar ese peso durante tantos años? ¿Cuántos Éteres hay en el mundo? ¿Cientos? ¿Cuántos ergys habrá visto convirtiéndose en wises? ¿O muriendo? —inquirió Blaze.

—¿Cuántos habrá matado con sus propias manos? —comentó burlón Miqueas.

—Estamos casi salvados —aseguró Ausa.

Se calló cuando Madelyne regresó acompañada por un anciano que se movía con dificultad. Lo que no era de extrañar, pues las botas que llevaba eran altas hasta las rodillas, la cabeza no se le veía bajo un gorro como una olla gigante, y encima de los hombros...

—¡Santísima Creadora, lleva un animal en la espalda! —exclamó Raisa, cubriéndose la boca con las manos.

—¿Es una oveja? —inquirió Ausa.

—Creo que es un rebaño de ovejas. —Miqueas estalló en carcajadas que se convirtieron en tos cuando Madelyne y el anciano se acercaron.

—Chicos, el señor Malvidal nos asegura el transporte para nuestra excursión —dijo, avisándoles con la mirada de que sería mejor mantener la boca cerrada—. Pero nos recomienda esperar hasta mañana, para hoy están anunciando una tormenta. Podemos alojarnos en la casa de invitados que pertenece al ayuntamiento del pueblo.

Raisa fue la primera en recuperarse y dio las gracias al anciano con una sonrisa deslumbrante.

—Muchas gracias, de todo corazón. Pero insistimos en subir hoy. Tenemos que estudiar sobre...

—La velocidad con la cual cambia el tiempo en relación con la dimensión del núcleo de la tormenta —acabó Miqueas, salvándola.

El señor Maldival abrió la boca durante tanto que temieron que hubiera sufrido un ataque. Cuando casi habían perdido la esperanza, les ofreció las instrucciones en un idioma tan raro que les obligó a jugar a las adivinanzas para entenderlo.

—Cuando se escriba la historia —dijo Blaze más tarde, sentado en el enorme trineo y resoplando a cada obstáculo que las cuchillas atravesaban—, insisto en que se mencione el dolor de mi trasero.

—Y el heroico esfuerzo de Alegría y Magia —comentó Miqueas con la vista en el trasero de los dos caballos. Sus dientes castañeaban al ritmo de las sacudidas.

—A ver si no es en vano.

Raisa cerró los ojos, creando una oración silenciosa, pero teniendo cuidado de no nombrar ningún dios conocido o desconocido. Tampoco nominó a las fuerzas de la naturaleza, que no aprobaban su viaje si tenía en cuenta la aglomeración de nubes que les perseguía.

«Mejor dejo de rezar», se dijo. La esperanza estaba con ellos. Tenía casi dos metros de altura, cien kilos, mandíbula cuadrada, mirada atormentada, y conducía el trineo.

Si Zariah no podía evitar el desastre, nadie podría.



La tierra se estremeció bajo sus pies. El sonido de la explosión inflamó sus tímpanos. Su alrededor estalló y se fragmentó en miles de pedazos, empezando por el hielo de la construcción. Durante un segundo eterno, Sasha logró vislumbrar escenas interrumpidas por relámpagos de fuego, después la violenta onda de choque lo arrojó por el aire varios metros.

Podrías haberme avisado, Dragona, fue el último pensamiento antes de estrellarse contra una roca y perder cualquier sentido, menos el del dolor.

Su mente creó una realidad alternativa por la necesidad de encontrarse en otro lugar y otro tiempo; le hubiese gustado quedarse de aquel modo para siempre, de espaldas, mirando el cielo oscurecido, con el viento acariciándole la piel. Sentía su toque frío, pero no lo escuchaba, no oía la poesía de las ráfagas. El mundo giraba en silencio, sin incluirlo en el proceso. Su cuerpo era peso muerto, los ojos fijos, los oídos tapados, los huesos de la mandíbula soldados. El corazón no latía en su pecho y el aliento le faltaba.

Su visión periférica se manchó y los sonidos le explotaron en los oídos en el mismo instante en que los borrones se convirtieron en trozos de hielo, tierra y roca.

Crujidos. Estallidos. Gritos.

Hielo y llamas.

Haciendo acopio de todos sus dones, se giró boca abajo con lo que creía que era celeridad, aunque en realidad se sentía torpe y condenadamente lento en comparación con lo que pasaba a su alrededor. Se esforzó en abrir los ojos para ahuyentar las imágenes de cataclismos que poblaban su cabeza.

La pirámide de hielo había desaparecido, junto con una parte de la montaña. La onda de choque energética había cavado un agujero en la nieve, llegando hasta las entrañas de la roca. No podía averiguar el tamaño; las nubes de piedra, nieve y polvo no se habían asentado. La tierra se tragaba las llamas que dejaban atrás colas de humo.

Estaba conmocionado por el miedo de que Anahy, Stiff y su hermana quedasen para siempre en

el interior de la pirámide de hielo. Se concentró en ellos y soltó un suspiro dolorido al ver que se hallaban protegidos por un prisma que destellaba energía.

Al final, miró alrededor en busca de Ali y George. Del último vislumbraba la forma de su cuerpo yaciendo bajo estratos de suciedad.

Se levantó a cuatro patas, deteniéndose para encontrar fuerzas para el segundo intento. Al ponerse de rodillas, se frotó la cara con las manos mojadas por nieve y sangre. Tuvo que girarse para encontrar a Ali que apareció de detrás de una roca, magullada, pero con los pulgares en alto en señal de que estaba bien. Cuando empezó a caminar con la intención de ayudar a George, el núcleo de energía creado por Anahy se desvaneció de repente. Sasha se paró en seco, sin decidirse a dónde ir primero y considerando quién necesitaría más ayuda. Ninguno de los cuatro daba señales de encontrarse por lo menos débiles. Quizá cansados si consideraba sus expresiones. El único con pinta de salir victorioso de una guerra era Cold.

Quizá por la imagen del antiguo wise o como consecuencia del choque, un regusto amargo subió hasta su garganta. Tragó y se centró en lo que quería hacer. La emergencia era George.

—Grandote, mal momento para una siesta —farfulló.

Su voz sonó próxima a un quejido. Cuando procuró llegar a él, lo hizo con los movimientos de un ser que no podía controlar sus extremidades. Avanzó un paso, se cayó sobre una rodilla, se levantó, corrió unos metros y acabó por desplomarse al lado de George.

Los cortes en la piel del chico eran superficiales, pero no daba señales de vida. Maldijo en silencio a Eridanus por haberlo metido en eso. Le buscó el pulso en el cuello, pero no llegó a valorarlo antes de escuchar la voz de Anahy a su espalda.

—Estará bien. —El tono flemático que ella infringió a la oración, como si la cuestión de la vida del chico la aburriera, tuvo en él el mismo efecto que una lluvia helada.

Apretó los dientes para no replicarle con dureza. Se preguntó si romper la valla del Corazón la había debilitado, y por un segundo consideró si no sería el momento adecuado para incapacitarla.

—Ni lo sueñes —dijo ella en voz alta, soltando una carcajada alegre. Se agachó manteniéndose sobre las puntas de los pies para rodearle el cuello y plantarle un beso que lo desarmó.

Incluso cogido por sorpresa, Sasha se negó a sentir algo del contacto con una Anahy extraña. Sin embargo, los labios llenos y cálidos eran los de su antigua dragona y los recuerdos impactaron contra la realidad. La caricia duró unos pocos instantes y, al acabar, ella se alejó todavía riendo.

—Vamos. Camino despejado —señaló la dirección y acabó con una reverencia.

Nadie aplaudió.

Considerando los ceños fruncidos, todos entendían lo que él ya sabía: Anahy no les acompañaba. No reconocían a aquella extraña.

Empezaron a agruparse, pero entonces un grito siniestro cortó el aire. Sasha pensó que se trataba de un animal hasta que vio a Calixta balanceándose de rodillas.

—¡Sangraré en el polvo porque mi sangre es polvo! —rugió. Cada vez que se inclinaba contra el suelo, lo golpeaba con la cabeza, con fuerza.

Stiff se acercó a ella, pero lo alejó con un manotazo tan fuerte que se cayó de espaldas.

Sasha la alcanzó con una velocidad que no creía capaz en aquellas condiciones.

—¿Calixta? —llamó, dejando una mano en su hombro con la intención de que se volteara y lo mirara.

Supo que era wise en cuanto la tocó.

—¡Me disolveré en el agua porque mi cuerpo es agua! —chilló ella. El sonido era escalofriante.

Lo asustó tanto que estuvo a punto de apagar su núcleo.

Había sido testigo de las crisis de su hermana antes, pero esta vez era diferente. En la mayoría de los casos ella desaparecía, no contestaba llamadas, destrozaba lugares poseída por la furia del hambre. Antes de ir le había asegurado que no crearía problemas. Calixta había aprendido a dominarse por su hijo, pero esta vez Sasha no creía que se trataba de no ser alimentada.

Calixta gritó, alzó la cabeza hacia el cielo oscuro y levantó los brazos. De sus dedos helados se escurrían gotas de agua, como si algo interior la calentara demasiado.

Sasha se arrodilló delante de ella. Procuró establecer contacto visual, pero sus ojos blancos miraron a través de él.

—Calixta, por favor —susurró. Sospechó que se encontraba en una especie de trance y no sabía cómo despertarla.

—Me derretiré en el fuego porque mi aliento es fuego. —Ella habló en voz baja, alargando cada palabra. El sonido resultante fue lúgubre.

Sasha le cogió las mejillas entre sus manos, pero interrumpió el contacto de inmediato. A pesar de estar helada por fuera, la piel de Calixta calcinaba.

—Oh, no te derretirás en nada. —Anahy apareció y empujó a Calixta con el pie. Se cayó de un lado, como un cuerpo sin vida.

Sasha se alzó con un solo movimiento, amenazándola con su altura.

—¿Qué estás haciendo? —demandó. Se preparó como ergy, dispuesto a luchar si hiciera falta. De un modo u otro incapacitaría a Anahy, no le permitiría que se deshiciera de ellos de uno en uno. De ningún modo iba a consentir que desechara a Calixta como a un trapo.

—Tranquilo, héroe. Es un efecto secundario menor. Va a recuperarse enseguida.

Ella se alejó sin mirar atrás.

Sasha se sentó en el suelo y cogió a Calixta en sus brazos. Antes de abrir los ojos, su hermana se humedeció los labios y se aclaró la garganta.

—¿Conoces ese sentimiento de cuando un wise te come y quiere que lo sepas? —preguntó con voz ronca.

—Me ha pasado algunas veces, sí —reconoció. Sus músculos se aflojaron de alivio.

Antes de que ella continuara, Stiff intervino:

—Anahy nos consumió.

Su hermana se limitó a confirmarlo con un asentimiento de cabeza mientras verificaba con la mirada si la chica cóctel se había alejado suficiente.

—Sin tocarnos. Estaba a distancia de nosotros, pero no hay explicación para lo que sentí.

—Debe haber usado una combinación de todas las energías para crear la llave que abrió la montaña —comentó Sasha.

—Lo mismo pensé yo —prosiguió Calixta—. ¿Pero por qué no nos dio ningún indicio de lo que iba a hacer? ¿Por qué no nos avisó? ¿Por qué no se explicó después? Nada me recuerda a la muchacha de ayer. Es... somos...

—Sois su enchufe. —Ali habló como si se disculpara e intentase hacer lo mismo en el nombre de Anahy.

—Espero que se haya cargado lo suficiente, no quiero repetir la experiencia —comentó gruñón Cold que también se había acercado—. ¿Hay más? ¿Qué nos espera?

—Creo que estuve en su cabeza —añadió Calixta.

Sasha se estremeció. Si Calixta había representado lo que había visto en los pensamientos de Anahy, significaba que la Dragona vivía en una pesadilla permanente.

—Puede ser que haya perdido algo en el proceso de abrir el Corazón —coincidió Ali.

—Entonces no es todopoderosa. Hay grietas en su armadura. —asumió Sasha esperanzado.

—Lo dudo. —Ali negó.

—¿Estamos a su total disposición? —inquirió Stiff.

Ali los miró a todos antes de hablar.

—Más o menos, sí. No puede hacerlo sin vosotros, os necesita en el momento adecuado. Lo que me preocupa... —Se detuvo y su incomodidad fue evidente por el rubor en sus mejillas y el abrir de la boca sin sacar sonido.

—Es demasiado tarde para que cuides nuestros sentimientos —la tranquilizó Sasha—. Suéltalo.

—Ella decide cuánto de vosotros tomará. No necesita más de un impulso, pero si la leo de modo correcto, quiere hacerlo a lo grande. —Al notar que no se hacía entender, soltó un suspiro apenado antes de proseguir—. Conoce el final, conoce su final y sospecho que por eso le da igual el vuestro. Os llevará con ella. Os matará a todos.



—¿Debo usar un lazo para que me sigáis? —gritó Anahy con las manos en jarras.

Un temblor recorrió la montaña y en el aire se escuchó el eco de lo que aparentaba ser un latigazo. El vello se les erizó ante tal demostración de poder, pero ellos no se movieron.

—Escucha —Sasha le habló con rapidez a Ali—. Dijiste que puedes sentir a las personas. ¿Puedes intentarlo con ella? Si la tocas, ¿puedes averiguar qué trama?

—Será en vano —comentó Calixta—. Aunque lo supiéramos, nada puede detenerla.

—No puede ser que sea más fuerte que todos nosotros. Debemos estar en posición de igualdad, nuestras energías juntas equivalen a la de ella.

—Las pulseras le dan algo extra —dijo George.

—¿Queréis quitárselas? —respondió Cold.

Stiff negó con la cabeza.

—Las pulseras la vinculan con el rey. Si se las quitamos nos arriesgamos a que no pueda ejecutar el ritual.

—Jamás pensé que viviría el día en que un cóctel condujera a los ergys —farfulló Cold por lo bajo.

Aunque cabreado por el uso del apelativo y el significado sucio que le había influido, Sasha reconoció para sí que Cold tenía razón. No era normal que un cóctel poseyera tanto poder, mucho por encima de un ergy o de un wise. Si Anahy no tenía el dominio de sus capacidades... Si perdía la razón, las consecuencias eran imposibles de adivinar.

—Vamos. No la pongamos más nerviosa de lo que está —dijo, dándoles la espalda y encaminándose hacia una Anahy cuyo rostro no presagiaba nada bueno.

Si no puedes domarlos, lo haré yo, amenazó ella.

Sasha apretó los dientes.

Lo haces de maravilla. Sigue así.

—¿Qué pretendes? —preguntó en voz alta al acercarse—. ¿Te da igual el final?

Anahy empezó a caminar a su lado y él se perdió parte de la expresión de su rostro, pero el tensar de sus labios en una mueca terca no auguró nada bueno.

—Claro que no me da igual. La misión es lo más importante.

—Pues eso debería darte que pensar. La misión conlleva un precio. ¿Cuál es el tuyo?

—¡Mi puñetera vida! —Ella se detuvo para enfrentarlo—. ¿No es suficiente?

Sasha entendió que hubiese sido mejor no intentarlo. Quiso cogerle la mano, pero Anahy la retiró y por un instante su dolor lo tocó con violencia, mareándolo. La había sentido perdida, pero no podía ayudarla si ella le cerraba todas las puertas en las narices.

—Anahy —empezó, suavizando la voz—, nunca confiaste en mí. Hemos empezado con el pie izquierdo y hemos seguido del mismo modo. Lo nuestro fue una guerra desde el principio, con pocos ratos para celebrar la paz. Hemos tenido todo en contra, pero, incluso así, lo hemos superado. ¿Por qué no puedes fiarte de que podamos cambiar algo? ¿De verdad te imaginas que me conformaré con ese final? ¿Qué voy a perderte?

El hecho de que ella tropezase fue la única señal de que lo había escuchado. Continuó su marcha en silencio y él esperó en vano un indicio de vacilación.

—Nos hemos hecho una promesa. Que vamos a estar juntos, ¿lo recuerdas? —insistió, cada segundo más desesperado por no poder llegar a ella.

El silencio fue su respuesta.

Las nubes les perseguían como si fueran el ejército personal de Anahy y a pesar de que el viento era frío, acompañado por polvo de nieve, ella se sentía cálida a su lado. Demasiado cálida. Sasha concluyó que cuanto más hervía su núcleo, más perdía el juicio. La presión que debía soportar era incalculable. No era el momento adecuado de obligar a la antigua Anahy a luchar contra la nueva.

Temía que no existiese el momento adecuado.

—Espero que estéis preparados —dijo ella, deteniéndose al principio del camino accidentado—. Os espero arriba.

Una sonrisa torcida apareció en sus labios. Mientras se perdía en la bruma no dejó de mirarlo, hipnotizándolo con intención. Hasta que él volvió en sus sentidos, le dio la espalda, aumentó el ritmo y desapareció en una aglomeración de bruma, vapor y llamas.

Sasha miró hacia atrás, debatiéndose entre seguirla o quedarse con el resto. Debía cuidar de su hermana, de George, y no confiaba en Cold.

—Te echo de menos, Dragona —le susurró al viento, su pecho cargado por la desilusión.

«¿Qué estás dispuesto a perder?», entonaron las ráfagas.

—¿La perdiste? ¿Dónde está? —gritó Cold desde la distancia.

—Cierra el pico, cabrón —farfulló, deseando quedarse sordo.

—Ese no es el modo adecuado de hablarle al caballero de tu amada —se burló Cold—. Ahora entiendo por qué Eridanus me eligió a mí.

—Espero que sea porque eres prescriptible. A lo mejor Anahy necesita alimentarse y ¿quién estará lo más cerca de ella cuando tenga hambre?

Cold no encontró una respuesta que lo pusiera contento. Enseñó los dientes y se alejó en paso rápido.

Por respeto a George, el resto subieron con ritmo sosegado pero constante. Ali reconoció también que sus capacidades físicas no estaban muy por encima de las de cualquier nulo. Calixta los seguía ensimismada y a Stiff nadie tenía el poder de sacarlo de su usual malhumor, aunque Ali no se daba por vencida. Eran la imagen de una pandilla deplorable. A Sasha no le extrañaba que Anahy no les hiciera caso. Cada uno de ellos necesitaba ingresar de urgencia en un centro especializado en relajar mentes. Con los hombros caídos y las espaldas encorvadas bajo el peso de las mochilas, aparentaban ser un ejército ya derrotado, no uno que iba a la guerra con la intención de ganar.

Cuando llegaron, encontraron a Anahy sentada sobre una roca, demasiado cerca de Cold como para dejarlo tranquilo. Cuando el ex wise le guiñó un ojo, hizo un esfuerzo gigante para no saltarle encima y convertirlo en un tronco sin extremidades.

—Dragona, ¿no tienes hambre? —preguntó con inocencia.

Cuando ella miró hacia Cold, Sasha casi estalló en carcajadas.

Había usado el apodo a propósito, para recordarle que seguía de su lado, que estaba a su disposición en el caso en que lo necesitara. No obstante, su intento no tuvo éxito. Anahy se alejó de ellos como si no soportara tenerlos cerca.

Sasha repartió sonrisas y bromas superficiales, evitando mirar hacia el agujero que era la entrada. Desde donde estaba, veía unos metros de roca rojiza y luego oscuridad. De vez en cuando llegaba hasta ellos un soplo de aire caliente acompañado por una fragancia fuerte. Le recordaba a la de un bosque de eucaliptos, pero el perfume era demasiado intenso, tanto que le producía náuseas.

—Quiero que os quedéis cerca —dijo Anahy, acercándose solo lo suficiente para que la escucharan. Como una sombra, Cold estaba a su lado, asintiendo a cada palabra—. Cada uno que tenga a alguien a su lado para que pueda tocarlo si es necesario. Allí dentro —sonrió con satisfacción—, será intenso. Es posible que alguno se asuste y no puedo permitirme perder la atención por vuestras crisis nerviosas.

—Tu confianza en nuestras capacidades es alucinante —espetó Sasha.

Enseguida entendió que comentar había sido un desliz. Su núcleo se encendió con una intensidad que desconocía poseer. Sus venas se hincharon, sobresaliendo en color rojo en la piel que, por el contrario, se le puso de un blanco azulado. El dolor era constante y venía de tantas partes que jadeó y se dobló por la mitad. Cayó de rodillas y consiguió alzar la cabeza para ver la sonrisa triunfadora de Anahy.

—¡Para ya!

—¿Qué estás haciendo?

—¡Anahy!

Calixta hizo ademán de dar un paso y entonces fue cuando el aire llegó a los pulmones de Sasha. Inhaló hasta que se sintió lleno. Después plantó un pie y la rodilla del otro en el suelo y estalló en carcajadas.

—¿Es todo lo que puedes, Dragona? —preguntó.

Anahy lo miró, conservando una expresión indiferente.

—A mí me parece que no hay ninguna Nueva. Eres el mismo cóctel que conocí. La que huía de su sombra y necesitaba del abrazo de su padre desaparecido. —Sasha se estremeció por el esfuerzo de levantarse, pero no logró moverse. Tuvo una sospecha y procuró apagar su núcleo. No lo consiguió. Anahy lo mantenía de rodillas con el poder de sus dones. Controlaba su cuerpo.

—Hay dos formas de morir —dijo ella—. Con la cabeza en alto o arrodillado. Besando el cielo o tragando tierra. Yo elijo la mía. —En el silencio impuesto por su declaración, continuó—: ¿Quieres que elija la tuya también?

—¿Por qué no? —Sasha quiso hacer el gesto de abrir los brazos. La fuerza que lo mantenía aprisionado en una jaula invisible se lo impidió—. ¿Para qué me necesitas? Mi núcleo no te sirve, mis sentimientos no son de tu interés.

—Me gusta verte —ella encogió los hombros—. No gastes tu energía en intentar provocarme. No va a funcionar. —Le dio la espalda y cuando estuvo a punto a perderla de vista, se giró para llamar a Cold.

—Ven, te quedas conmigo.

El ergy se apresuró a pisarle los talones.

—Estás...

Calixta se acercó a Sasha, pero él negó con la cabeza. Los lazos que lo mantenían inmóvil desaparecieron.

—Estoy bien. No quiero perderla de vista. Vamos a entrar.

En contra de las evidencias, no temía a Anahy. Lo atemorizaba perderla para siempre, vivir el momento cuando fuera a mirar alrededor y tener la certeza de que no estaba. Se mantenía en alarma porque desconocía sus intenciones con respeto al grupo. Pero algo en su interior le decía que pasara lo que pasase, Anahy no deseaba matarlo. La entendía. Recordaba sus momentos de rebeldía, cuando se vengaba de cualquier criatura que se cruzaba en su camino porque no tenía el poder de salir del Éter. Cuando estaba en una situación sin escapatoria evidente, lo único que aliviaba la rabia era dañar a los otros.

Sí, reconocía que había intentado provocarla. Tenía la idea de que, si conseguía convencer a Anahy de usar su núcleo, podría llegar a su ella antigua. Debía esforzarse más.

Preparado para decirle a Stiff que juntos debían asegurar la luz dentro de la cueva, Sasha pestañeó para acostumbrarse cuando los crujidos que se oían se convirtieron en destellos a solo unos metros en el interior de la entrada. Había esperado ver antorchas, incluso lámparas. Hubiese aceptado hasta un sistema moderno de electricidad, pero no lo que veía.

Anahy acariciaba la roca con los dedos a medida que avanzaba. Detrás de ella se encendían una especie de cables de distintas dimensiones y coloridos, desde un suave dorado al incandescente naranja, algunos gruesos en colores azulados, otros solo unas líneas apenas visibles. Solo que no se trataba de cables. Las estrías luminosas dispersas como decenas de telarañas cubrían las paredes, el techo en forma de cúpula, y aparentaban ser las venas de una persona. Sasha se atrevió a tocar una, pero alejó apresurado la mano cuando la sintió pulsar contra su piel. A pesar de su calidez, le producía asco.

«El corazón. Estamos en el interior del Corazón».

No podía ser que la montaña estuviera viva. Desechó la idea, casi estallando en carcajadas histéricas al ver las caras estupefactas de los del grupo. Se decía todo el tiempo que estaba preparado para lo que fuera, que no se dejaría sorprender, pero cada minuto le enseñaba que su imaginación se quedaba corta ante la realidad.

—Nuestra casa —Anahy susurró con reverencia en la voz—. El Corazón de La Creadora.

El camino se desvela solo a su dueño.

Carta de La Creadora

—Hace calor aquí dentro, y aun así tengo escalofríos —reconoció Calixta.

Sus mejillas estaban encendidas y Sasha rezó para que pudiera aguantar.

La presión de la atmósfera era soportable para él. Notaba la electricidad en el aire demasiado ionizado, como si no estuvieran en el interior de la montaña, sino en la cumbre más alta. El olor de eucalipto aparecía y desaparecía junto con ráfagas inexplicables de viento. En sus rostros bailaban sombras resultantes del pulsar de la luz en las paredes, y sus pasos sonaban creando una cadencia. Había algo hipnótico en el ambiente, no supo qué hacer para que no se dejaran influenciar.

Perdió la cuenta de cuánto tiempo caminaron en silencio. El túnel tenía la misma pinta que la entrada, sin que ningún elemento distintivo se impusiera. La inclinación era tan sutil que no podía averiguar si seguían en línea recta, habían subido o bajado. Las paredes se movían a la vez que ellos, pero hacia el interior. Como si copiaran el proceso de respirar, a determinados intervalos de tiempo se estrechaban, amenazando con dejarlos sin espacio y forzándolos a agruparse; después se relajaban, se retraían y volvían a ceder territorio.

La galería se cerró sin previo aviso. Una columna gruesa de piedra blanca se interponía en vertical, como si quisiera hacer hincapié en una señal invisible de «stop».

Anahy se giró hacia ellos. Siempre atento a su humor, Sasha notó el leve cansancio en su mirada, a pesar de la expresión que se creía impenetrable.

—La Creadora pide verificar nuestros sellos —dijo, retirándose después para apoyarse contra la pared vecina.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —inquirió Sasha.

La columna era lisa, casi brillante. De la distancia no podía averiguar de qué estaba construida. Parecía una especie de piedra, abriantada hasta obtener la claridad de un espejo.

—Solo enseñad las marcas, o su ausencia —explicó Anahy, indicando a George.

Stiff fue el primero en dar curso a su pedido. Se acercó sin titubear, pero Ali intervino.

—¡Para! —pidió gritando. Se giró hacia Anahy—. ¿No te olvidas de algo?

—Oh, sí. —Anahy suspiró—. Esta es la puerta. Pensad bien en cuáles son vuestras intenciones, para qué hemos venido. Si alguno de vosotros tiene otro propósito en la mente puede llegar a un sitio diferente... —dejó la frase en el aire junto con el suspense que había querido insuflar. Encogió los hombros y frunció los labios—, ya sabéis, algo como el Infierno eterno —finalizó, agitando los dedos.

Ninguno se apresuró a hacerlo bajo las nuevas condiciones.

Sasha avanzó unos pasos, dejando atrás a los otros. En su interior, colgaba el hilo de la esperanza de que Anahy lo detuviera antes de hacer un movimiento equivocado.

—Espera —dijo ella.

Él no se dio la vuelta, temiendo la continuación.

—Tú no debes hacerlo. Además, el mundo de los ergys ha sido el mundo de los nulos. Un nulo debe ser el primero.

Sasha se frotó el rostro por la desesperación. Anahy jugaba con ellos, con sus sentimientos, y suponía que se divertía haciéndolo. Retrocedió unos pasos y cedió su sitio a un George atontado.

El chico estiró la mano, tanteando por encima de la columna sin llegar a tocarla. El reflejo de sus dedos estaba distorsionado por la luz de las venas-lámparas. En un momento vio unas garras largas, de color azul, para que después quedaran solo unas manchas borrosas rojas.

—De acuerdo —susurró.

Eridanus lo había salvado dos veces. La primera cuando lo educó y le dio un trabajo, la segunda cuando había resultado herido en sus primeros días en el Éter. No lo había hecho para enviarlo a morir en tierras lejanas.

George inspiró con fuerza. Tener a los otros de espectadores atentos no lo ayudaba a concentrarse. No miró a nadie mientras le daba la espalda a la columna. Agachó la cabeza y esperó.

Tuvo la certeza de que el tiempo se había detenido. Su corazón se paró, con expectación; dejó de notar el aliento de los otros, el silencio se hizo tan profundo que los envolvió, pesado y maloliente.

Casi había renunciado y planeaba dormir al lado de la columna si hiciera falta cuando percibió una presencia a su espalda.

—¡Madre! —exclamó alguien.

George se sobresaltó. Quiso alejarse para darse la vuelta y tener la imagen de lo que era que había convertido los rostros de los del grupo en expresiones de horror. Pero entonces dos manos se agarraron a sus hombros y tiraron con brusquedad, pegándolo a la piedra.

—¡Lárgate de allí, George! —gritó Sasha, haciendo el gesto de acercarse.

—Tranquilo. No le pasará nada —comentó Anahy.

La primera sensación del contacto con la columna fue agradable. El calor se filtró en su cuerpo con velocidad. Los latidos de su corazón se debilitaron, la vista se le nubló, pero George sonrió, pues estaba a punto de dormirse. Agachó la cabeza, y entonces vio los dedos que le mantenían prisioneros los hombros. Largos, delgados, blancos. De uñas afiladas, sin color. Igual podrían haber sido las extremidades de una criatura sin vida, cincelada en la misma piedra que la pared. Quiso alejarse; no obstante, le resultó imposible moverse. Y entonces algo le mordió el cuello, en la nuca. Unos pinchazos helados que se clavaron en su piel como alfileres. Creyó que era solo una sensación hasta que unas gotas de sangre salpicaron las manos que le mantenían inmóvil.

—Ya está, tranquilo —repitió Anahy.

George supuso que debería tener miedo. No lo tenía. Recordó un momento de su infancia cuando se acunaba entre los brazos de su abuela, la sensación que le proporcionaba el sol en un día de primavera cuando se quedaba en el campo. Estaba feliz. Era libre. No quería irse jamás. Pero entonces fue empujado con la misma brusquedad con la cual había sido atrapado. Se cayó de rodillas y necesitó un par de segundos y la ayuda de los otros para despejarse la cabeza e incorporarse.

Respondió afirmativo a las preguntas de si se encontraba bien y se giró hacia la columna. Ya no estaba blanca. Hacia un lado había aparecido una pintura de color sangre. Líneas sutiles, algunas delgadas como un hilo y casi invisibles, otras gruesas, intensas, formaban el dibujo de un corazón.

—Siguiente —ordenó Anahy.

Calixta se adelantó y Sasha volvió a ponerse en tensión.

—¿Estás segura? —preguntó, buscando en su rostro señales de duda.

—Sí. No te preocupes, le pillé el truco.

Calixta fue mucho más rápida que George y este aprovechó la oportunidad para ver qué había pasado. En efecto, la columna parecía desvanecerse, la piedra se contorsionaba y perdía la forma inicial, modelando dos manos gigantes. Brazos descubiertos, huesos largos y piel sin vida. La imagen era espantosa, pero el ambiente era tranquilo. Algo hacía que se sintieran a salvo y animados.

Después de que Calixta se recuperara, el dibujo de la columna tenía extremidades. Stiff continuó y Cold cerró la prueba, retirándose deprisa. Cuando echó un vistazo hacia Anahy, ella le guiñó un ojo en respuesta. Parecía contenta con el resultado. El retrato de La Creadora estaba pintado con su sangre en la columna. El pelo indomable, las piernas esbeltas, el mentón levemente inclinado hacia arriba aun cuando en su mirada solo se leía amor. El corazón estaba dibujado de forma exagerada, ocupando toda la mitad izquierda del pecho y unido con el núcleo del cual se ramificaban vías energéticas que controlaban todo el cuerpo. La pintura ponía énfasis en la marca de los ergys, que aparecía en color azul.

—Se ve tan real que espero verla moverse —susurró Calixta.

—Creo que estamos a salvo de que lo haga —le contestó Sasha.

Era asombroso el parentesco del dibujo con Anahy. Eran una y lo mismo, con una única diferencia: la sonrisa maliciosa que curvaba los labios de la cóctel mientras contemplaba la columna. No había nada de la bondad de La Creadora en ella.

Sasha se estremeció. Su gesto pasó desapercibido, pues entonces un sonido como de un trueno recorrió el túnel e hizo que la tierra se sacudiera bajo sus pies. La columna se movió hacia un lado. Desde donde estaban se veían un par de peldaños que se perdían en la oscuridad.

—Gracias —dijo Anahy.

Por un momento, Sasha reconoció una emoción sincera en sus ojos. Cuando sus miradas se encontraron a través de la distancia, Anahy incluso le sonrió. Un segundo, no más de aquella sonrisa, pero fue suficiente para que recuperara la esperanza. Anahy era la persona más fuerte que conocía. Lo más probable era que tuviera su propio plan para acabar bien y que no quisiera compartirlo con él para no desviar su atención de los otros. Así era ella, siempre pensando en el resto, quedándose al margen incluso cuando le pedían que fuera el centro.

Se despidió de él con un gesto de cabeza y su rostro se endureció de modo visible cuando empezó a bajar los peldaños. Ali hizo el mismo movimiento en el mismo tiempo, y al chocar contra ella, le sonrió como excusa.

Anahy no la aceptó.

—Que Cold me siga —dijo.

Ellos se agruparon y le permitieron avanzar al ergy.

—¿Qué pasa? —preguntó Sasha con un suspiro fastidiado, cuando observó que Ali se había quedado con la mirada perdida—. ¿Te gusta Cold? ¿Te preocupa lo que le pasará?

Ali ladeó pensativa la cabeza y se masajeó la sien.

—Nada de eso. Y tampoco debería preocuparme lo que va a pasar, pues lo sé. Pero algo no está bien. Acabo de tocar a Anahy. No pude ver casi nada —explicó mientras se abrazaba por culpa de un estremecimiento—. Se escondió de mí —comentó sorprendida—. Nadie puede hacerlo.

—La subestimas. Anahy puede hacer lo que quiere a estas alturas.

—Tengo un mal presentimiento. No creo que estéis seguros.

—Lo sabemos.

—No —insistió Ali, procurando encontrar un modo para explicarse—. Creo que si pudiera

sentir el modo de funcionamiento de una máquina sería como el de ella. No ve nada aparte de la misión. No siente nada. No es que esté poseída, está... vacía.

«La perdí».

El pensamiento hizo un agujero en el pecho de Sasha. Agitó la cabeza para ahuyentarlo, negándose a creerlo. No podía sumirse en la desesperación. No antes de que todo acabara.

Se aclaró la garganta.

—Confío en Anahy. Puede que hayas visto solo un segundo de su mente y en eso estaba centrada en aquel momento. Haría lo que fuera por los presentes aquí, te lo aseguro. ¿Verdad? —inquirió, mirando a los otros.

Todos asintieron con entusiasmo, pero también con un pelín de duda mientras estudiaban la entrada hacia la siguiente estancia.

Se agruparon y bajaron uno detrás de otro por la estrecha escalera, notando los cambios a medida que una niebla espesa les rodeaba. Las luces—venas desaparecieron y enormes columnas de hielo detenían el avance. No tenían una posición calculada, algo que indicara que habían sido construidas con intención, aunque las formas eran demasiado perfectas para ser producto de la naturaleza. Algunas eran más voluminosas que sus cuerpos, rectas, unían diferentes zonas; otras tenían esquinas puntiagudas y se contorsionaban en espiral haciendo difícil el proceso de averiguar dónde empezaban y dónde acababan. El poco espacio libre estaba ocupado por las más finas, que finalizaban en el aire en puntas afiladas como agujas. Estaban posicionadas en vertical y perpendicular, se apoyaban unas contra otras como si hubieran caído, pero no hubieran tenido sitio para llegar al suelo. Sasha no imaginaba un camino libre a través de ellas.

El recinto era inmenso, no lograba ver una salida, y la luz procedía de los mismos bloques; el hielo de algunas era opaco y el de las otras translúcido. En su interior pulsaba algo energético, como si fuera el lugar donde vivían decenas de luciérnagas. El olor a eucalipto no había desaparecido, se combinaba con otro, un sofocante perfume a miel.

Sasha buscó con la mirada a Anahy.

—¿Dónde estás? ¿Qué hacemos? —gritó al no encontrarla.

El silencio fue su respuesta. Uno tan profundo que se le erizó el vello. Las luces parpadeaban en el interior de las columnas y gotas de agua se deslizaban sin sonido por las paredes, desapareciendo en el suelo de apariencia arenosa.

Probó a rodear uno de los pilares y vio que, si se contorsionaba, lograría llegar al siguiente.

—Quedaos aquí —dijo—. Intentaré encontrarla.

Se arrastró por encima de una gruesa columna, pero era resbaladiza y acabó por caerse debajo. Procuró apoyarse en otras. No obstante, mirara donde mirara encontraba puntas afiladas. A pesar de aparentar ser pulido, el hielo cortaba como si estuviera hecho por escamas de metal. Después de varios intentos y un avance de unos metros, hizo una pausa. En pocos minutos su camiseta estaba hecha jirones y varios cortes sangraban en su piel.

Nada nuevo, nada mortal, se dijo, preocupándose más por la quemazón de la marca de su cuello. Esperaba el peligro en aquel sitio, no era que pudiera evitarlo. Lo único que le quedaba hacer era valer sus fuerzas para salir ileso.

—¿Anahy? —llamó de nuevo, girándose en círculo para buscarla.

Jadeó y dio un paso atrás al encontrarla. Levantó la mano en un gesto instintivo para defenderse y negar la realidad.

Anahy lo miraba desde el interior de una reluciente columna, cautiva en el hielo.

No eres lo que crees,
no soy lo que conoces.

Carta de La Creadora

Sasha tuvo la sensación de que en su interior acababa de delimitarse la frontera entre el ergy y el wise. Cada uno se hizo con una parte de su mente.

«Vaya chorrada», dijo uno.

«Es la realidad», contestó el otro. Era la voz fría del wise que estudiaba el aterrador retrato que tenía delante. Lo estudiaba con curiosidad, fascinado por la Anahy congelada. Ella apoyaba las manos en el hielo, una encima de su cabeza y la otra a la altura del pecho, con los dedos separados, como si lo saludara. Aunque tenía los labios entreabiertos, sus ojos no transmitían nada a través del hielo translúcido, igual de transparente que un cristal.

«¿Es una pesadilla?».

El ergy chilló en la mente de Sasha.

«¿Piensas hacer algo?».

Luego las dos voces empezaron una guerra de insultos, dejándolo sordo e igual de congelado que el obelisco. No se decidía a moverse. No sabía qué hacer y esperaba que a medida que los segundos pasaran, llegaría el mañana y se despertaría en su cama con la certeza de que había tenido el más horrible sueño.

Apoyado en un pilar, notó vagamente que su espalda se había humedecido y que su cuerpo escarchaba el sudor o el agua del hielo derretido, lo que fuera que goteaba siguiendo la línea de su columna vertebral. Se esforzó en notar los latidos de su corazón, pero el movimiento era tan débil que perdió segundos preciosos en asegurarse de que seguía respirando. No le importó que se hubiera convertido en wise, era de esperar en aquel ambiente y quizá incluso una ayuda, pues precisaba pensar con la mente fría, sin involucrar sentimientos. Los sentimientos llevaban tanto dolor que lo único que le quedaba era hacerse un ovillo y menearse murmurando una canción de cuna.

Cuando la cordura reemplazó a la demencia en su cabeza, Sasha se sacudió, controló sus habilidades y se acercó a la columna.

—Anahy—la llamó, poniendo la palma en el hielo, en el mismo lugar que la de ella.

No sintió ni un rastro de calor. Los cuarzos de las muñequeras estaban encendidos, pero la piel de su dragona era blanquecina. En el medio de su pecho, donde debería estar concentrada la energía, solo un sutil cambio de color, un puntito naranja de luz fue suficiente para esperanzarlo.

Pensó en romper el hielo, e imágenes de miembros mutilados hicieron que le entraran náuseas. Desechó la primera elección y optó por la inteligente. Debía derretirlo para llegar a ella. Forzó su núcleo para llevar todo el calor hacia afuera a través de sus manos. Empezó el proceso mientras alzaba súplicas y maldiciones a la vez. A medida que trabajaba con la imagen de un final

desastroso en la cabeza, una voz desconocida le susurró:

«Algo no está bien».

Anahy era demasiado fuerte. El hecho de que se quedara atrapada en el hielo era increíble. Pero no podía encontrar una explicación y seguía bombardeando la columna con fuego y cavaba con los dedos cuando dejaba descansar su núcleo. El sudor le cubrió la frente y se deslizó hasta sus pestañas. Se secó con el antebrazo y comprobó lo que había logrado. El hielo era más duro de lo habitual; todavía le quedaba hasta llegar a tocar la mano de Anahy. El brillo de su energía se veía cada vez más apagado y la impotencia lo enloqueció. Su ritmo era demasiado lento, perdería horas hasta conseguirlo. Se presionó con fuerza las sienes en busca de la idea salvadora.

—¡Stiff! ¡Ali! —gritó.

No reconoció su voz. El matiz desesperado, aunque había salido de él, lo atacó físicamente, volviendo a desmoralizarlo.

La historia no podía acabar así, se perdía algo, pero ¿qué?

—¡Ayuda! ¡Venid aquí! ¡Cold! ¡Maldito traidor! ¿Dónde estás? —llamó.

Jamás se hubiera imaginado que necesitaría su ayuda. En aquel momento, no obstante, estaba dispuesto a hacer pactos con todas las criaturas que desayunaban almas, con tal de volver a escuchar la voz de Anahy.

Como la ayuda tardaba, cogió una roca puntiaguda que usó para excavar el hielo derretido. Lo hizo una y otra vez, cada vez con más violencia, cada vez más deprisa, pero la sensación de que intentaba partir una montaña con la ayuda de un grano de arena se agudizaba. Entonces, sin rendirse, intentó llegar a ella por la vía mental.

Anahy, me asustas tanto que mi corazón no volverá a sanar. Si estás aquí, contéstame.

Tuvo la impresión de haber escuchado una risita, pero la sensación desapareció con la misma rapidez que el Hocus Pocus de un mago.

¡Dime qué puedo hacer!, gritó, para después implorar: regresa. Vuelve conmigo. Sé que puedes.

Me ves, pero no estoy. Quieres alcanzarme, canturreó Anahy. Es demasiado tarde. No soy lo que conoces.

El murmullo vino de todas partes, sonando en su cabeza y en la cueva a la vez.

La vista se le nubló y culpó al sudor que le había entrado en los ojos.

—Háblame, Dragona —exigió, estudiando el alrededor, buscándola hasta en las partículas de niebla que lo rodeaban. Tiró la roca y dio un paso atrás para encontrar un objeto más contundente. La bruma se enlazaba entre sus piernas. Agitó la mano en un intento de despejar el área, tropezó con algo y se cayó de espaldas, demasiado agotado para poder mantener el equilibrio.

¿Qué estás dispuesto a perder?, cantó ella.

Sasha negó con la cabeza.

—No a ti —musitó, tragando saliva—. Por favor, no a ti.

Solo los latidos de su corazón importunaban el silencio. En sus oídos sonaban como la música de un tambor que anunciaba la entrada en la escena del actor principal. Con la mirada fija en la columna, la respuesta apareció, impactante por su sencillez.

No era tan firme en sus convicciones como creía ser. Estaba dispuesto a perder algo.

—Me ofrezco —vociferó, incorporándose con dificultad. Al apoyarse en una columna, notó el escozor de un nuevo corte en la parte baja de la espalda. La sangre chorreaba y el suelo se la bebía sin dejar rastro—. Podemos hacerlo posible. Conmigo y solo una parte de ti debe ser suficiente. Podemos engañar a La Creadora, no es que vaya a saberlo, no está aquí. Y si no es suficiente, puedes coger un poco de cada uno —insistió. Dudó un solo segundo y continuó

aferrándose a la alocada idea—. Nulo, ergy, wise. Si cada uno renuncia a una parte de sus dones y unimos esas partes, hacemos un entero. ¿Puede ser?

Agudizó los oídos y se abrió por completo, cerebro y corazón, para no perderse la respuesta. Aunque en teoría posible, su idea les afectaba a todos y dudó de haber hablado en nombre de sus amigos. Pero cuanto más lo pensaba, más se convencía de haber hecho lo correcto. Sabían desde el principio que no iban a salir ilesos. Esperaban cambiar para siempre al cargarse con la energía pura, renovada, de La Creadora. Estaban en el centro de su Corazón, el poder que desencadenarían sería inmenso, podría convertirlos en ceniza. Su oferta les aseguraba la vida. La de él no le importaba si se suponía que la viviría sin ella. Anahy le había dicho que era demasiado tarde y todas las señales confirmaban que la variante del final feliz no existía. Pero Eridanus le había explicado que podían cambiar el final conforme con las elecciones que hacían.

—Dime que sí —vociferó, sin dudar esta vez—. ¿Hay trato?

Miró en sus ojos sin vida, negándose a frotarse la piel de gallina o hacer acopio de las habilidades de ergy para entrar en calor. Los dientes le castañecaban y apretó el maxilar, sin alejar la mirada de aquellos cuencos vacíos de sentimientos. No se sorprendió cuando los cuarzos de las pulseras de Anahy comenzaron a aumentar su brillo. La luz se hizo tan potente que lo forzó a bajar los párpados y protegerse los ojos con el antebrazo. Cuando recuperó la vista, Anahy había desaparecido del interior de la columna.

Un suspiro hondo alivió la tensión de su pecho. Antes de verla, la sintió a su espalda. Inhaló una bocanada de aire y se dio la vuelta despacio, sin saber qué o a quién iba a encontrar. El llanto agujoneó su garganta. Supo que era ella. Supo que veía a su dragona, sin necesidad de que abriera la boca para que se lo confirmara. Las líneas de su perfil no tan afiladas como habían sido segundos antes, sus labios entreabiertos por la expectación y no firmemente cerrados, en una expresión de desagrado, pero, sobre todo, la mirada cálida, se lo confirmaron.

Un paso fue suficiente para abrazarla, para rodear su cintura con los brazos y sumergir la nariz en su cabello. Anahy juntó las manos contra su pecho, en un gesto no de rechazo, sino para calentarse y calmar los temblores de su cuerpo.

—Ya está —susurró Sasha—. Casi lo hemos conseguido.

Continuó hablando sin pensar en lo que decía. Palabras sin sentido, promesas y agradecimientos a todas las fuerzas de la naturaleza. Se inclinó y recostó la mejilla contra la de ella. Necesitaba la certeza de que era verdad, la tenía en sus brazos y no volvería a desaparecer o a convertirse en un ser caído del infierno de La Creadora.

Se apoyaron el uno en el otro y cuando Sasha tuvo suficiente del abrazo empezó a recorrer el cuerpo de Anahy con las manos; la espalda, los brazos y luego su rostro fueron objeto de su escrutinio. Le alzó el mentón con los pulgares, usando los otros dedos para acariciar los pómulos altos y el contorno de sus labios.

—Oh, cuánto amor —se lamentó una voz burlona.

Sasha no tuvo que levantar la cabeza para identificarla.

—¡Desaparece! —le espetó a Cold.

Anahy se estremeció y se empujó más en el interior del círculo creado por los brazos de Sasha. Quiso perderse en el pasado, en el recuerdo de los momentos felices que habían compartido, pero el olor metálico de la sangre de sus heridas le recordaba el presente de modo repetido. El reloj no se había detenido, continuaba contando los segundos. Escuchaba el sonido ronco de la voz de Sasha, sin llegar a entender las palabras. No contaban las palabras, pero su voz aliviaba el pesar, aunque fuera por un solo momento.

Él le alzó el rostro, y al ser obligada a mirar en el azul esperanzado de sus ojos, Anahy contuvo el llanto. Algo batalló en su pecho, un golpe potente y oscuro. Supo que no le quedaba tiempo.

Sasha vaciló antes de unir sus labios en un beso que tenía un significado diferente para cada uno; para él era el reencuentro, el bálsamo que borraba las heridas de los últimos días. Albergaba la esperanza de que, si insistía, pudiera borrar lo feo, la maldad que los había llevado hasta aquel punto. Pero Anahy sabía que no podía. Que era el último beso. Así que le entregó lo que le quedaba de su alma, manteniendo a raya con ferocidad lo perverso que la poseía.

—Eres un héroe —susurró contra los labios de Sasha. Cogió con la lengua una gota salada pero no supo si era ella la que lloraba o él. Lo abrazó con fuerza, preguntándose si donde fuera que llegase iba a recordar su fragancia, el sonido de su risa, la imagen de su sonrisa ladeada y las chispas doradas que explotaban en sus ojos cuando la miraba. Le permitió que la acariciara y le correspondió al beso, pero el dolor de su pecho se hacía insoportable y la mente se le nublaba, ocupada por los gritos del deber. Interrumpió el contacto y se alejó unos centímetros. La voz le tembló al continuar—: Pero no eres mi héroe. No puedes salvarme. No puedes vencerme. Soy La Destructor.

La confusión en el rostro de Sasha cavó un agujero profundo en su corazón. No es que importara: ya estaba hecho pedazos desde hacía tiempo y un sencillo abrazo no tenía el poder de unirlos si no duraba para el resto de la eternidad.

—Ha sido hermoso, pero todo fue mentira —intentó explicarse. Por el rabillo del ojo notó los cambios en el paisaje y se apresuró a continuar—. Nunca tuvimos tiempo. No hay salida. Y tú... caíste bajo el hechizo. No deberías haberlo hecho, no deberías haberte ofrecido, tampoco a los chicos. Le diste justo lo que quería.

—Cállate. —Él enfatizó la negativa con un movimiento agitado de cabeza—. No es verdad.

—No puedo más, Sasha —dijo, forzándose a sacar las palabras de su boca. Quería gritar que le daba igual el futuro del mundo, que prefería una vida de egoísmo en lugar de una burbuja de fingida felicidad, sin pensárselo dos veces. Pero había perdido el derecho de hacerlo. Le había sido robado—. Nos engañaron —prosiguió, alejándose más, dejando solo sus dedos enlazados.

Se sobresaltó por el fuerte estruendo, no porque no lo esperase, sino porque era la señal del principio del fin. Las columnas de hielo estallaban y los trozos ardían en el aire. En el lugar donde habían sido unidas al techo quedaban agujeros grandes y negros, de bordes irregulares, como las mordeduras de un demonio.

Sasha miró alrededor y la expresión obstinada no desapareció de su rostro.

—No —continuó negando—. Te amo. Tenemos planes. Dime qué hacer, sé que lo sabes. Dime cómo salimos de esta.

Anahy apretó los labios y no se movió, temiendo que su cuerpo tembloroso delatase sus verdaderos sentimientos. Amaba a Sasha con todo el cariño que no había recibido de su padre, con el enamoramiento adolescente que no había gastado a su tiempo, con la pasión de una mujer adulta que sabía apreciar a un hombre que valía la pena. Tenía mucho amor que dar, y se lo había ofrecido todo a Sasha. No se lo diría y con el tiempo él se convencería de que no lo había hecho. La desilusión lo haría más fuerte. No quería atarlo al peso de dos palabras tan poderosas. No quería destrozarlo.

«¿Más de lo que lo hiciste?».

Dio un paso atrás y retiró sus dedos de los de él.

—Adiós —susurró, casi sin mover los labios.

—Anahy, ¡no!

Sasha se apresuró hacia adelante. Fragmentos de hielo estallaron en su cara junto con trozos

afilados de roca. Se detuvo durante un segundo, agachando la cabeza y protegiéndose con los brazos. Sin la luminiscencia de las columnas, la cueva se sumergió en sombras.

Anahy se sintió atraída por una fuerza gravitacional desconocida. Sus pies abandonaron el suelo, aun cuando notaba que el peso de su cuerpo debería amarrarla a la tierra.

—Vamos, Destructora —dijo Cold, apareciendo de entre los escombros. Se inclinó y le ofreció una mano, como un verdadero caballero.

Anahy la aceptó. Sus dedos enlazados le trajeron un recuerdo lejano, una imagen de piel fría y falsas intenciones. Desapareció cuando regresó con los pies en la tierra. Se dejó conducir hacia un rincón oscuro, bajo la protección de una esquina creada por la unión de dos rocas. A medida que se acercaban, el suelo y las paredes se encendían como si hasta entonces ardieran en el interior y ahora vertieran la lava hacia afuera.

—¡Anahy! —volvió a gritar Sasha.

Cold negó con la cabeza.

—Después de ti —dijo, indicándole el bloque de hielo que tenía el tamaño y la forma adecuada para aparentar ser una silla.

Anahy se sentó. No notó frío, tampoco calor, por lo que no podía averiguar si las llamas que les rodeaban eran una alucinación. No tuvo miedo cuando Cold se acercó con una estalagmita de hielo. Por una vez lo vio serio, conforme con el momento. Le sonrió levemente antes de arrodillarse ante ella, ofrecerle el trozo de hielo y bajar la cabeza. Durante un momento, ella se quedó mirando el principio de la marca de los ergys en su nuca. Después cogió el hielo y empuñó la cabeza más afilada en el cuello de Cold. No lo hizo con suavidad. La sangre brotó y formó riachuelos que empezaron a largarse a través de su espalda. Unas gotas mancharon su rostro y otras pintaron el hielo cuando abrió las piernas y empujó la cabeza de Cold entre sus rodillas.

Entonces, a través de sus labios, escapó un suspiro trémulo, solo una molécula de aire. Temió que hubiera perdido el control y que el grito desgarrador que sacudió las paredes le perteneciera. Pero al alzar la mirada por encima de Cold, hacia el resto de la estancia, entendió que no había sido ella.

Ali era la que gritaba como si una horda de serpientes venenosas la atacaran. Suponía que así era cómo se sentía, que el mordisco de la realidad se asemejaba a millares de colmillos agrediendo a la vez. Le hubiese gustado experimentarlo, comprobar si en su interior cabía más dolor.

Sasha estaba a punto de alcanzarla, pero se giró en busca de una explicación. Por cómo se tensó su cuerpo, ella supo que le costaba entender lo que veía.

El espectáculo se repetía. Las únicas columnas que habían quedado enteras eran las que mantenían atrapados a los chicos. Sus rostros eran un poema surrealista de expresiones que iban desde la sorpresa al horror, y supuso que no los había aprisionado a la vez, sino por turnos y algunos habían llegado a ver qué les pasaba a los otros. Ali corría de una columna a la otra, golpeando con los puños y aullando. Al final se dejó caer delante de la que tenía a Stiff y se tendió en el suelo, abrazándola.

—Tenías razón —dijo, hablándole a Sasha. La voz le sonó extraña incluso a ella misma, demasiado fuerte, burlona—. Todos formamos un equipo Algunos cuentan más que otros. Pero ya que estamos aquí...

La persona que fue testigo de cómo serpientes de hielo nacían del suelo y atrapaban las piernas de Sasha, subiendo con velocidad, no era ella.

—... voy a coger lo que me ofreciste.

Inhabilitado, solo pudo girar los hombros para mirarla. Por el aspecto de su piel y la expresión

concentrada entendió que intentaba convertirse en wise y oponerse, pero no se molestó en avisarle de que gastaba en vano sus fuerzas. Por suerte, la imagen de la traición y su amargura no la tocaron. Las muñequeras hicieron su trabajo.

Anahy ya había muerto.

30

Quémalo todo,
y todo será tuyo.
Siembra el caos
para ver la luz.

Carta de La Creadora

—La Nueva ya nació —susurró Zariah mirando hacia arriba—. Apresuraos.

Como si hubiera conjurado un hechizo, el cielo dio rienda suelta a los nubarrones. La lluvia helada empezó a caer, abofeteándolos con violencia. Bolas gigantescas de hielo se estrellaban contra la montaña y explotaban en partículas afiladas con la misma intensidad que la de un proyectil. Los relámpagos cortaban a través de la oscuridad, amenazando con decapitarlos.

—¡Allí, debe ser la entrada! —gritó Blaze mientras corría. Llegó primero y se echó a un lado, esperando a que pasaran los otros antes de seguirlos.

No obstante, en el interior de la cueva no encontraron la paz buscada. Aunque escaparon de la furia de la naturaleza, entendieron que la cólera sobrenatural acababa de empezar. Las paredes se sacudían como si de un barco a merced de la tormenta se tratara. El suelo temblaba herido y grietas profundas nacían ante sus pasos.

—¡Maldición! Es muy tarde —gritó Zariah, corriendo en la cabeza de la fila.

El resto lo escuchó, pero se negó a perder la esperanza. Lo siguieron en silencio durante unos minutos, cuidando por donde caminaban y comunicándose a través de miradas. Se detuvieron de golpe cuando él se dejó caer en un agujero del suelo y desapareció de sus vistas.

—Tiene el síndrome de un mago —espetó Blaze entre dientes.

—Solo que esa no es una ilusión —replicó Raisa.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Miqueas para que solo lo oyera Raisa, pero su voz se escuchó perfectamente en el espacio cerrado, aunque roto por crujidos y estallidos.

Madelyne los alcanzó e impidió que consiguiera una respuesta.

—Vamos, ya contaremos historias después.

—Si hay un después. —Blaze no se dio por callado, pero aceptó continuar. No sabía qué les esperaba y era mejor mantener los ojos abiertos y la boca cerrada.

Y no era algo difícil de hacer. El paisaje era surrealista. En las paredes parpadeaban luces atrapadas en el interior de unos cables multicolores, y de las grietas se escurría una sustancia viscosa, de color oscuro.

—Espero que no sea sangre —farfulló, manteniendo la cabeza en alto para evitar ver el fenómeno.

Se quedó el último para entrar. Tuvo dificultad para contorsionar su cuerpo para que cupiera por el hueco que había sido una puerta. Los escalones se habían derrumbado. Saltó a ciegas, con la impresión de que era un camino solo de ida, pero aterrizó enseguida. Empujó a los otros para que se movieran porque casi no tenía sitio entre su espalda y la pared. Estaban aglomerados como

un grupo de gallinas que miraba al águila que les acosaba.

—Santa Creadora, dime que no estamos despiertos —musitó, cuando pudo vislumbrar algo por encima de sus cabezas—. Pínchame, Raisa, pégame —pidió, pero nadie le hizo caso, estaban absortos en la imagen. Blaze esperaba de todo corazón estar teniendo visiones y ser el único en verlas, pero la inmovilidad de sus amigos le confirmaba lo contrario—. Estamos en una simulación virtual, ¿verdad? —preguntó con voz temblorosa. No podía callarse. Sus labios seguían abriéndose y su boca pedía dejar salir las palabras. Si continuaba hablando significaría que aún tenía el poder de cambiar algo. Todavía estaba vivo, lo que no podía decir de...

—¡Sasha! —Raisa despertó del estupor y corrió hasta la columna de hielo que le daba a su amigo la apariencia de un bicho atrapado en cera. Saltó por encima de un trozo de hielo, resbaló, se cayó y continuó usando todo el cuerpo en el esfuerzo de llegar. Entonces se quedó de piedra con las manos en alto, sin saber qué hacer.

Animado por sus lágrimas, Blaze empujó suavemente a Ausa, pasándola a los brazos de Miqueas. Un temblor recorrió la galería y por unos segundos los escombros impidieron la vista. Se defendieron con los campos, pero Raisa no encendió el suyo. Un par de piedras la golpearon y el polvo maloliente se pegó a su piel.

—¡Protégete! —le pidió Blaze—. ¿Esperabas esto? —gruñó, haciéndose sitio con la ayuda de unos codazos para llegar hasta Zariah.

—¿Hemos llegado tarde? —preguntó Madelyne también.

Blaze hubiera querido tener su sangre fría, pero las impresiones lo abrumaban.

Era imposible distinguir todos los ruidos. Aunque no se veía ninguna salida, el viento silbaba alrededor llevando en ráfagas partículas de hielo, tierra y chispas que explotaban en contacto con las rocas. Lamentos escalofriantes eran interrumpidos por el retumbar de las paredes y el eco amplificaba los sonidos, mezclándolos en una cacofonía irreconocible. Y eso por no describir el panorama. A sus ojos les costaba mantenerse abiertos. A pesar de los murmullos, de los jadeos, del continuo movimiento de la tierra, de los temblores, la impresión general estaba dada por los cinco pilares de hielo. Por su culpa, todo parecía... muerto.

El mero pensamiento le puso el vello de punta a Blaze, pero lo desechó y se llenó el núcleo con la energía del enfado.

—Dijiste que sabías qué hacer. ¡Haz algo! —espetó. Flexionó los dedos para no atacar a las paredes en un intento de gastar su ira, mientras procuraba identificar un lloriqueo que escuchaba constantemente desde que habían entrado.

Zariah no contestó. Con el ceño fruncido y expresión concentrada, buscaba algo con la mirada.

—¿Dónde está la chica cóctel? ¿Qué es ese ruido? Vamos, moveos —vociferó.

Para dar ejemplo, caminó a zancadas hasta adentrarse en el círculo creado por las columnas. Entonces volvió a pararse en seco cuando la continuación de la escena se le reveló. Identificó los sollozos como pertenecientes a una muchacha menuda que se aferraba con fuerza a la base del obelisco en el cual estaba Stiff. Y vio a Anahy.

Con el rostro sereno y los ojos cerrados, Anahy estaba sentada con la espalda pegada a una pared de hielo. Entre sus rodillas, con la cabeza posada en una de sus piernas, estaba Cold. Anahy tocaba su mejilla con una mano y la otra la había unido con la de Cold, a la altura del corazón. Una especie de cuerdas trenzadas en hielo y fuego rodeaban sus cuerpos.

El núcleo de Anahy era inmenso. Había ocupado por entero su pecho y ondas energéticas vibraban alrededor de ella y de Cold, a una distancia de varios metros. Entonces Blaze observó que las cuerdas que les ataban se habían enroscado en forma de hilos finos alrededor de sus dedos. Y que estos desaparecían en el interior del pecho de Cold, en el medio del núcleo.

—¡Santa Creadora! —susurró.

Empezó a temblar, pero no se percató. Siguió con la mirada aquellas sogas. Transportaban hasta el suelo un líquido translúcido brillante de consistencia viscosa y continuaban el recorrido hasta cada columna, creando el dibujo de las raíces de un árbol. A medida que perdía los segundos en el intento de entender la imagen, Blaze notó que el flujo era cada vez más fuerte mientras que la piel de Anahy, resplandeciente como el aceite encendido de una farola, intensificaba el color dorado y perdía la consistencia, volviéndose transparente.

—¿Cold? —tartamudeó.

—¿Dónde? —Ausa apareció a su lado con el rostro descompuesto por la preocupación.

Blaze le abrazó los hombros antes de señalar hacia la forma helada caída entre las piernas de Anahy.

—Parece que lo ha necesitado —comentó Madelyne.

Blaze agradeció que tomara las riendas, él seguía en estado de choque. La mujer quiso acercarse para que investigara, pero el campo creado por el núcleo de Anahy se lo impidió.

—No está todo perdido —comentó Zariah, que logró aproximarse mucho más. Se rodeó de su propio campo y se inclinó hacia el cuerpo de Cold. Comprobó la herida de su cuello y observó su núcleo—. Aún vive —explicó—. Sus núcleos están unidos. Ex wise ahora ergy más la cóctel ascendiente de una nula, la mezcla perfecta. Me pregunto qué quiere hacer Anahy con esta combinación.

Regresó al lado de la chica tendida en el suelo e intentó llamar su atención.

—¿Quién eres?

La pequeña lo miró boquiabierta y parpadeó como si acabara de despertar.

—Ali, soy Ali —tartamudeó. Se levantó con movimientos torpes, poniendo toda su fuerza en señalar a Anahy—. Falta poco para que acabe de llenar las arterias y cuando exploten, liberará la energía nueva. Vuestro mundo renacerá.

—Eres la escriba —la interrumpió Zariah—. ¿Llevas la Carta?

Ali asintió.

—Debéis salir —dijo dando un brinco cuando un relámpago seccionó un área del techo—. Va a ponerse feo.

—Abre la Carta —insistió Zariah—. Ábrela. Léela.

—¡Aún no es el momento! —Ali gritó y agitó las manos—. Deben llenarse por completo las arterias. Solo entonces puedo entonar las palabras de La Creadora.

El cambio en la actitud del ergy se produjo sin previo aviso. Sus ojos se convirtieron en dos supernovas y la piel se estiró sobre los huesos de su rostro. Sus intenciones fueron evidentes en el momento en que se inclinó hasta rozar su nariz y siseó:

—Abre la maldita Carta. ¡Ya!

Ali miró a los otros y entendió que no iba a encontrar ayuda. Quien fuera aquel loco, todos lo seguían. Si ellos querían un rato de lectura mientras el mundo renacía, ¿quién era ella para oponerse? Las palabras de La Creadora deberían funcionar como el hechizo final. No haría daño si las pronunciaba entonces, cuando el Corazón todavía no estaba listo.

Ahogó un hipido, se limpió el rostro mojado por las lágrimas con la manga de la camiseta e intentó recordar dónde había perdido el bolso. Una de las chicas lo encontró y se lo ofreció en silencio. Pensó en alargar el momento, perder el tiempo con intención, pero el ceño fruncido del ergy la convenció.

—No puedes hacerme daño —le espetó de todos modos, eligiendo la columna de Stiff para sentarse y encender su comunicador.

El hielo mojó su espalda, reviviendo las emociones.

—Solo la parte final —indicó Zariah.

Ali pasó las páginas hasta encontrar a las últimas.

—«Sangraré en el polvo porque mi sangre es polvo. Me disolveré en el agua porque mi cuerpo es agua. Y me derretiré en el fuego porque mi aliento es fuego» —recitó entre suspiros.

Inhaló hondo y miró a Zariah para verificar si había cambiado de opinión. No entendía de qué le servía escuchar la historia a la vez que la vivía. Pero no aparentaba entrar en razón. Le señaló que continuara y Ali metió la nariz en el libro, escondiéndose detrás de las páginas.

—«Y cuando la tierra madre sea su cuna, el viento le cantará al oído» —continuó, haciendo una pequeña pausa para pasar la página—. «Del fuego vivo habéis nacido, al fuego vivo vais a regresar, y del mismo fuego volverá a nacer La Nueva. Volveréis a nacer todos. El débil nunca será fuerte. El puro no se manchará de nuevo».

Ali entornó los ojos para concentrarse en las letras. No recordaba aquella parte. Le sonaba, pero había detalles para los cuales no encontraba explicación. Se adentró en la historia, curiosa por descubrir la continuación.

—«De La Creadora nace el Árbol de la Vida y sus raíces les lleva el agua. Mojando las tierras hasta el infinito, cada ser que nace, de La Creadora se hace. La semilla nunca morirá. El corazón nunca dejará de latir.

»Un nuevo principio, después del final.

Un nuevo mundo que cambia al antiguo.

Un nuevo orden.

Una sola mirada.

Aspirando a conquistar el trono.

Por y para siempre todos seremos uno».

Al acabar, Ali tragó saliva. Quiso explicarles que aquella no era la historia que ella conocía, pero solo llegó a soltar una exclamación de sorpresa. El frío se apoderó de su cuerpo. Se alejó de la columna, aunque el hielo no era el culpable. Dos gemas heladas la tenían en su punto de mira. Anahy no se había movido, pero había abierto los ojos y su mirada era por sí misma una amenaza de la cual no se podía escapar. Ali lo entendió cuando se inclinó para evitarla, pero los ojos la perseguían sin importar cuánto cambiaba de posición. Con el corazón en la garganta, se abrazó y miró alrededor en busca de una salida.

El chillido se escuchó por encima de los otros ruidos, aterrador por su claridad.

—¡Zariah!

Sonó como una exclamación, pero no una de alegría, sino burlona, seguida por una risita insolente.

El hombre que le había ordenado leer la Carta dio un paso hacia adelante y todos empezaron a hablar a la vez, confundiéndola de nuevo.

—¡Esa no es ella! —gritó Raisa.

—¡Maldito manipulador! —exclamó Miqueas.

A pesar de los comentarios, se empujaron unos contra otros, creando una especie de escudo humano, pero a la espalda de Zariah.

—¿Anahy? —inquirió este, sin levantar la voz.

El tiempo se suspendió y la escena se congeló. El viento se calló, los escombros quedaron en el aire y las chispas dejaron de explotar. El latido de los corazones, expectantes, se debilitó a la espera de lo que estaba por venir.

—Zariah —dijo Anahy, a pesar de que Ali juraba no haberla visto abrir la boca. Además, su

voz tenía un timbre áspero, cercano al de un hombre, no se asemejaba al que ella conocía—. Tu cóctel no está aquí.

—No deberías estar aquí. —Raisa se adelantó, alzando el mentón.

La respuesta vino de forma violenta. Después del silencio, el tiempo se soltó de las ataduras y el aire les golpeó, pillándolos desprevenidos. Perdidos en la tormenta creada, luchando contra la propia ropa y el pelo, a punto de ahogarse, les costó orientarse cuando obtuvieron un momento de relativa calma.

—Qué pena haber pasado una vida entera buscándola —continuó diciendo la aparición que hacía de Anahy. En su mirada se notó un atisbo de lástima, pero no había indicios para qué o quién—. ¿Te haría sentirte menos culpable si digo que siento haberla encontrado antes que tú? No es que fuera verdad...

Por lo menos ya no era el centro de atención de todos, se alegró Ali, perdiéndose el final de la frase. Estrechó el libro cerca del pecho. Sospechaba que se perdía algo, pero se le escapaba el truco de ese duelo verbal. Su cerebro entrenado para grabar los eventos para contarlos después, memorizar los finos detalles en busca de la verdad, colisionaba contra elementos nuevos que no encajaban con sus conocimientos.

—Así es —dijo Zariah—. Tú sabes bien qué significa buscar algo, ¿verdad? Si para mí resultó duro hacerlo, no me imagino lo que se siente buscarlo durante tres mil vidas.

—Fue duro. —Anahy asintió después de una pausa—. Pero todo se olvida al conseguirlo. Igual que hace una madre al olvidar el dolor del nacimiento de su hijo. Yo crearé millones, valió la pena.

—¿De qué habla? —la pregunta se le escapó a Ali sin darse cuenta. No esperaba recibir respuesta y así fue, nadie le hizo caso. Pero en su mente las piezas empezaron a moverse y establecerse en el lugar correcto hasta darle una imagen truncada. Recorrió con la mirada las bifurcaciones del suelo que unían las columnas con Anahy y se extendían en líneas finas por todas las paredes y el suelo. Se acordó del tremendo cambio en la personalidad de la chica, de la sorpresa que se había llevado cuando había usado a sus amigos, se preguntó por qué los nuevos querían detenerla, y sumó el último párrafo de su discurso.

Por sus conocimientos, la palabra correcta era «destruir», no «crear». Sonaba feo, pero era la verdad. «Quémalo todo y todo será tuyo», recordó un pasaje más antiguo de la carta. La Nueva, Anahy, era la Destructor de los wises. La antigua energía de La Creadora sería renovada, curaría a los ergys enfermos y el mundo volvería al creado por ella milenios atrás. Punto final.

«Un nuevo principio, después del final.

Un nuevo mundo que cambia al antiguo».

Ali movió los labios mientras repetía en silencio el final del libro. Pasó las páginas del comunicador con rapidez, buscando con la yema del dedo los párrafos clave.

«La semilla nunca morirá... El Corazón nunca dejará de latir... Del fuego vivo vinieron todos, al fuego vivo regresaron todos, y del mismo fuego volverá a nacer La Nueva Creadora. Volverán a nacer todos. El débil nunca será fuerte. El puro no se manchará de nuevo... Por y para siempre todos seremos uno».

—¡Quiere cambiar la historia! —gritó horrorizada, corriendo delante de los otros para obtener su atención—. Quiere enfermar a todos los ergys. ¡A todos!

Renacerá un nuevo corazón
 en otro mundo,
 cuando yo no seré
 más que polvo.

Carta de La Creadora

En el primer segundo, Ali luchó usando todos los sentidos para rechazar la conclusión evidente. Su boca había dado la sentencia antes de que la aceptara. Cerró los ojos, negó con la cabeza y frunció los labios, todo para no escuchar el eco de sus palabras, para negar las evidencias. Le extrañó que nadie comentara y supuso que les había sorprendido, pero al abrir los ojos vio que no le hacían caso, seguían pendientes de Anahy.

—No puede ser, ¿verdad? —tartamudeó—. Estamos aquí para renovar el Corazón.

—Por desgracia, puede ser —Raisa contestó a su pregunta—. Es lo que Zariah temía. Resulta que el rey Eridanus vinculó su núcleo al de Anahy. La primera elegida para curar a los ergys no fue una chica, sino el rey. Falló. Enfermó. Usó los Éteres para hacerse con los descubrimientos y mantenerse con vida. Engañó a Anahy y a Sasha con la promesa de limpiar el Corazón de La Creadora. Los núcleos de un wise, un ergy y una nula están unidos. Todo es posible.

—Entonces... —empezó Ali, pero se detuvo para calcular las probabilidades.

—Debemos detenerla. Sus intenciones no son las que deberían ser.

Blaze hizo el ademán de alejarse, aun sin saber hacia dónde. Le hubiera encantado contar la historia delante de una chimenea encendida y con un bote de helado en las manos. Ahora solo podía esperar que pudiera volver a probar el helado.

—¿Cómo estamos? —preguntó susurrando al oído de Madelyne.

—Me parece que hemos llegado unos minutos más tarde de lo previsto —reconoció—. El plan de Zariah ya no es viable.

—El alfabeto tiene un montón de letras. Dime que no se quedó en la A —masculló Blaze.

El aludido les hizo señales de que se acercaran. Lo rodearon como si fueran jugadores virtuales a la espera de las milagrosas instrucciones que les trajeran la victoria en los últimos segundos de la partida.

—Tenemos unos pocos minutos —dijo, echando un vistazo rápido por encima de su hombro. Anahy había vuelto a cerrar los ojos, pero era preocupante la rapidez con la que su cuerpo perdía consistencia—. Y una única oportunidad. No podemos matar a Eridanus, pero sí a ella.

—¿Qué?

—¿Estás loco? —preguntaron los chicos como respuesta.

—Escuchadme bien —gruñó—. No quiero hacerlo, pero está muerta de todos modos. Parte de la fuerza del rey viene de Anahy. Eridanus se ha vinculado a su núcleo, pero no tendrá en qué sostenerse si su núcleo se detiene.

—Si la vaciamos de energía, el rey no tendrá en qué apoyarse —finalizó Raisa, entendiendo a Zariah.

Este asintió.

—Es posible que no notemos cuándo se rompe el vínculo. Si el núcleo de Anahy quedara apagado mucho tiempo, con lo débil que va a estar...

No acabó. Blaze dio voz a las palabras:

—Va a morir.

—¿No sería más sencillo detener al rey? —preguntó Ali.

—Desapareció el mismo día cuando Anahy emprendió el viaje. Suponemos que usa un Corazón para obtener la energía necesaria para mantener el vínculo, pero es imposible comprobarlos a todos —le explicó Raisa con voz quebrada.

—Vamos —dijo Zariah—. Ahora mismo no puede dañarnos. Las cadenas no se soltarán hasta el final, se disolverán en el momento cuando vaya a crear el fuego vivo para hacer estallar las venas. La consumirá a ella y todo a su alrededor, pero hasta entonces no puede moverse.

—No tenemos un wise con nosotros. ¿Cómo le vaciamos el núcleo? ¡Mira cuán grande es!

Zariah se giró hacia la columna de Calixta, pero cambió de decisión y miró a la de Sasha.

—Mejor él. Manipula el fuego y el hielo a la vez. Debería poder hacerlo sin verse afectado.

El silencio que siguió a su afirmación fue incómodo. Los chicos miraron a Sasha de reojo y agacharon las cabezas con rapidez.

—¿Sasha está enfermo? —inquirió Blaze en un susurro—. No puede ser. Su núcleo...

Madelyne se mordió la uña del pulgar igual que una niña a la que acaban de pillar mintiendo.

—No está enfermo. Puede apagar y encender su núcleo a su antojo.

—Es una idea —Raisa no mostró mucho ánimo—. No es que tengamos una mejor. Esperemos que pueda hacerlo.

—Me parece que no en este instante —masculló Blaze por lo bajo.

—Somos cuatro ergys, deberíamos poder fundir el hielo en un abrir y cerrar de ojos. Los bordes están difuminados, se ve que intentó cambiar a wise antes de verse atrapado, creo que va a estar bien. Madelyne, prepara el equipo de emergencia —ordenó Zariah, sin considerar las expresiones para nada confiadas de los chicos. Al ver que no aprobaban su idea, explotó furioso—: ¿Aún tenéis esperanza de que salga con vida de otro modo? ¿De que todos salgamos con vida? ¡Aceptad la realidad!

—Espera un segundo —intervino Blaze, dejando suelto su genio—. Te hemos seguido porque nos aseguraste que había una salida.

—Me habéis seguido porque no teníais ni idea de dónde estaban vuestros amigos y qué iban a hacer. Eridanus os tenía comiendo de su mano —espetó Zariah—. Lo que no hubiera pasado si ellos dos —señaló a Anahy y a Sasha— no hubieran mentido a Madelyne.

—Oh, ¿ahora ella es la víctima? —farfulló Miqueas por lo bajo—. Todavía guardo unas pruebas en mi piel de que...

Zariah resopló con pesadez. Fulminó con la mirada a Madelyne, que lo evitó dándole la espalda.

—Lo siento, hijo. Habrá tiempo para arreglar cuentas, te lo prometo. Ahora no existe bien ni mal, solo este desastre —explicó, señalando el entorno con un amplio gesto de la mano—. Si no hubiera averiguado que fue Anahy la que curó a Cold, que ella era La Nueva...

—No averiguó nada. Todo lo que sabe lo obtuvo a base de tortura —comentó Raisa, moviéndose al lado de Miqueas, en su defensa.

Zariah alzó la voz para imponerse.

—¿Lo hacemos o no? No sé si va a funcionar, pero tampoco tengo una idea mejor. Estáis invitados a actuar si se os ocurre una alternativa.

Las cabezas se agacharon, rendidas.

—De acuerdo —dijo Blaze, hablando en nombre de todos—. Lo terminamos nosotros o termina con nosotros ella... él, lo que sea —finalizó, haciendo un gesto de asco.

—Yo no puedo. —Ausa se alejó del grupo. Se abrazó y negó de nuevo con la cabeza gacha—. No quiero hacerlo. No puedo.

—Está bien —espetó Zariah—. Podemos lograrlo nosotros tres.

Rodearon la columna de Sasha con las palmas en el hielo. Un intercambio de miradas fue suficiente para que dirigieran su energía y sus pensamientos en derretir la masa helada. A pesar de que los segundos se escurrían más veloces que las gotas de agua resultantes trabajaron sin prisa, poniendo la seguridad de Sasha antes que el fin del mundo que les amenazaba. Raisia lo miraba a través del hielo, Blaze prestaba atención al proceso mientras que Zariah echaba vistazos hacia Anahy.

El cambio en el ambiente era perturbador. La tormenta había bajado en intensidad, por lo cual los sonidos se escuchaban más claros, sin la interferencia de los aullidos del viento. La tierra seguía partiéndose a medida que nacían nuevas ramificaciones. El suelo estaba casi íntegramente cubierto por riachuelos plateados y las corrientes empezaban a subir por las paredes. El frío no les engañó, era la fase anterior al nacimiento de las llamas, y aunque de sus respiraciones resultaba vaho, el sudor de la concentración perlaba las frentes.

Estaban a la espera de que Anahy hiciera un movimiento en cualquier instante. Aun en estado comatoso, no tenían la garantía de que no pudiera acabar una vez más con sus planes.

—Despierta, gruñón —susurró Blaze cuando solo una frágil película de hielo le impedía tocar a Sasha. Casi no le quedaba fuerza y, a juzgar por los rostros pálidos, los otros pasaban por lo mismo.

La primera señal de que tenían éxito fue un gemido que soltó Sasha. Sin detenerse, Zariah empezó a hablarle.

—Anahy está perdida y si no hacemos algo, nosotros también. El rey la posee y creemos que su intención es invertir la energía de La Creadora para crear un mundo de wise. Tienes que vaciar su núcleo. Solo así se romperá el vínculo de Eridanus.

Sasha movió el cuello e intentó hacer lo mismo con los hombros, muy despacio. Tenía el cuerpo dormido y punzadas dolorosas lo fulminaban aquí y allá.

Los chicos se alejaron para ofrecerle espacio, pero su impaciencia era evidente por los pequeños tics nerviosos. Su inmovilidad hablaba de lo mucho que deseaban actuar; los músculos estirados, las miradas fijas en él como si fuera el hijo de algún dios y esperaran que lograra un milagro.

—¿Qué...? —intentó hablar, pero la voz no lo ayudó. Siseó al sentir el pinchazo de una aguja en el cuello. Cuando se giró y vio a Madelyne, su energía despertó antes de que la inyección hiciera efecto. Sus huesos crujieron cuando se movió, con los ojos en llamas y las palmas en alto.

—Está bien. No te preocupes —lo tranquilizó Blaze—. Te lo explicaremos después. La única mala aquí es ella —dijo, señalando a Anahy.

—Y que lo digas —farfulló Sasha para sí.

Todavía mareado, quiso preguntar por los detalles, pero un carraspeo se lo impidió.

—Estamos un poco apurados.

Renunció a pedir explicaciones, la situación le decía todo lo que necesitaba saber, y había oído

a Zariah. Los chicos atrapados en las columnas de hielo, el desastre de la cueva, la aparición de los otros... Necesitaba saber qué se había perdido, pero entendió que lo primero era hacer lo que le pedían.

—¿Dijiste vaciarla?

—No es ella. —Raisa puso una mano en su hombro.

«No lo es».

La aparición de piel translúcida, vibrando con los colores de un diamante puro e irradiando poder, no era Anahy.

Se lo repitió a sí mismo hasta que la tuvo enfrente, separados por unos pocos centímetros. Tener que mirar también el rostro de Cold lo ayudó, pues no era la imagen que quería ver. Avanzó, la energía del núcleo de Anahy lo envolvió y fue como entrar en un horno industrial. Se retiró al instante.

—Quema. —Silbó por la nariz y sacudió su cuerpo.

—Puedes hacerlo. Debes darte prisa —le pidió Zariah.

Sasha asintió en silencio. Le costaba organizar sus pensamientos, pero lo prefería de ese modo. No deseaba estar cuerdo, consciente de lo que iba a hacer.

Buscó un punto débil en el cuerpo de Anahy, algo que le permitiera tocarla. Casi se desmayó al ver que tenía los dedos metidos en su propio pecho. Las arcadas subieron hasta su garganta. Tosió y se estremeció, forzándose a seguir mirando, lo que lo ayudó. Entendió que Anahy estaba en una fase a medias entre convertirse en ergy y ser corpórea. No estaba herida en el pecho, donde había creado el agujero con sus propias manos, que sostenían el núcleo como si fuera su más preciado hijo. La imagen impresionaba, sobre todo porque lo primero que le venía a la cabeza era que iba a verla abriendo los ojos y ofreciéndole su núcleo, a medias con su corazón. Literalmente.

—¿Sasha? —gritó alguien.

Agitó la cabeza y regresó a buscarle una debilidad. La encontró en sus muñecas donde las pulseras que él le había regalado de parte de Eridanus habían dejado una rozadura.

Esta vez se preparó antes de entrar en el campo creado por su núcleo. Usó los dones de wise, se acercó y deslizó hacia abajo una de las pulseras, descubriendo la lesión.

Anahy abrió los ojos de golpe. Jamás había visto Sasha tanto odio en una sola mirada, la promesa de torturas inimaginables. Jadeó y retrocedió un paso, pero se dio cuenta que ella no se había movido.

¡No lo intentes!, vino la orden en su cabeza.

Por cómo de poderosa la sintió, tan eficaz que su decisión se debilitó como si alguien ajeno poseyera su mente, entendió que no era Anahy la que le hablaba. Se tambaleó y llamó a las habilidades de wise para defenderse. Se escondió bajo capas de hielo, negándose a escucharla, negándose incluso a mirar en los desconocidos ojos.

Rodeó las muñecas de Anahy con sus dedos, olvidándose con intención que en el proceso estaba tocando a Cold también. Estar tan cerca de sus torsos, de sus órganos, era una sensación extraña. Siempre había podido ver los núcleos de los otros ergys, las pulsaciones de las ondas, pero jamás había tenido la imagen de lo cerca que estaba al corazón y de cómo estaban unidos. Una parte del núcleo rodeaba el órgano como si lo protegiera. El de Anahy ya no era músculo y arterias sino energía pura. El de Cold era más pequeño, con los bordes difuminados en plata. Si era verdad que el corazón era el conducto de las emociones, no era de extrañar el comportamiento de los wises, cuando, al enfermar, se quedaban sin la protección del núcleo, con un corazón frío, medio muerto.

Sasha absorbió una gran cantidad de energía del núcleo de Anahy. Lo logró durante unos

segundos, hasta que empezó a marearse. En vez de sentir la conocida calidez, la tibieza del fuego, este chamuscaba por sus venas, tan venenoso como el más potente de los virus. Se tambaleó cuando la mirada se le oscureció, pero alguien a su espalda lo ayudó a enderezarse.

—Debes quemar al instante lo que absorbes. Es demasiada carga para ti solo —le explicó Zariah.

Sasha agradeció en silencio que estaba lo suficientemente cuerdo para encontrar la solución.

—Alejaos —dijo mientras convertía la mano que tocaba a Anahy en hielo y la otra en fuego, apuntando el suelo.

A pesar del color dorado de su piel, la energía de Anahy era de una belleza fría, una especie de fuego helado que no calentaba sus venas. Siempre había odiado el proceso, la sensación de consumir a otro ser, y aquella vez era incluso más espeluznante. Hablando en términos culinarios, era como si se forzara a comer gusanos. Incluso sentía en la lengua el asqueroso gusto de las vísceras. Las náuseas aumentaban y se le hacía difícil convertir el hielo en fuego. Por un momento temió fallar, hasta que alzó la mirada. Nada había cambiado en el rostro de Anahy. Nada, aparte de que las comisuras de sus labios habían creado un leve arco, un atisbo de sonrisa victoriosa.

—Ni hablar, hijo de puta. Quiero a mi dragona —dijo en voz alta, doblando sus esfuerzos.

La piel de Anahy empezó a perder el color; el brillo se desvanecía como polvo en el aire y su tez adquiría la apariencia del alabastro.

Espero que no sigas dentro, Bicho. Espero que te duela menos que a mí.

Y no hablaba del sufrimiento físico. Lo que hacía, vaciarla con intención, era torturarse a sí mismo a sabiendas que lo hacía en vano; no podía ganar. Si apostaba por algo, era por el hecho de que Eridanus no dejaría a Anahy hasta que el último aliento abandonara sus pulmones. La mano que la tocaba le tembló, los dedos se doblaron por decisión propia.

—Mejor no me hubierais despertado —acusó. Tenía la voz demasiado débil para que los otros lo escucharan, pero sabía que estaban a su espalda, esperando a que les salvara.

Esperando a que salvara el mundo mientras mataba lo que más amaba.

Un corazón
atrapado entre tinieblas.
El mismo deseo,
idéntico vacío.
Una descarga:
es la destrucción.

Carta de La Creadora

El golpe lo pilló desprevenido. Los centros nerviosos de su cabeza explotaron, enviando señales de agonía. Perdió la concentración, interrumpió el contacto con Anahy y cayó sobre una rodilla, sin tener claro lo que había pasado. Se cubrió la nuca con una mano y con la otra se apoyó en el suelo.

—¡Que nadie se mueva!

Incluso mientras los oídos le silbaban y la vista le fallaba, Sasha reconoció la voz de mujer. Soltó un hipido; el principio de una risa histérica crecía en su interior.

—¿Cariño? —inquirió Blaze, chillando por la sorpresa.

—Que nadie hable. Quiero que os cojáis de las manos por detrás y que forméis un círculo alrededor de esa columna —continuó ordenando Ausa con su usual tono amable.

Sasha procuró girarse lo justo para tener visibilidad. Soltó un gemido por el dolor y por lo que acababa de ver.

—¡Tú! —espetó Madelyne. Medio girada hacia él, lo amenazó con dos lanzadores de arowflake, uno en cada mano—. Quédate allí.

La que se le acercó no fue ella, sino Ausa. Sasha ya había entendido que no iba para ayudarlo.

—Pon las manos en la espalda —pidió sin mirarlo.

Sasha no dio crédito, pero le permitió que le torciera los brazos. Cuando sintió el roce helado de los grilletes que usaban en Éter para encerrar la energía, creyó entender qué era lo que pasaba. Para finalizar, Ausa usó otras esposas para amarrarlo a una de las cadenas de Anahy.

—Sé que puedes encender tu núcleo incluso llevando los apagadores. Pero intenta no hacerlo, ¿vale? Si quieres que los otros estén bien.

—Ausa... —Sasha hizo el intento de comunicarse con ella.

Un gesto de negación fue su respuesta.

—No hay tiempo para tonterías. ¿Qué os pasa? —vociferó Zariah.

—¡Muévete, jefe! —espetó Madelyne—. Venga, atrás —insistió, agitando los lanzadores hacia ellos y acabando por apuntar a Sasha.

Ausa alzó la manga de la chaqueta y enseñó el cuarzo incrustado en la parte interior de su codo.

—Intenté todos los métodos para contagiarme. Estuve trabajando en el módulo-hospital, cerca de los enfermos, probé todos los apagadores. Este le pertenece a Cold, debería haber funcionado.

Mi núcleo es demasiado fuerte. Quedamos muy pocos como yo, no quiero ser parte de la minoría.

—Ausa... —Raisa procuró avanzar, pero una sola mirada se lo impidió.

—Desde que apareció en la isla fue lo único que os importó —dijo, señalando a Anahy—. Cómo protegerla, cómo ayudarla. Cómo... bla, bla, bla. Os olvidasteis de nuestra madre, de sus enseñanzas, de nuestros orígenes. No os interesó que podía curar a los enfermos ni después de hacerlo con Cold. Continuasteis ocultándola, planeasteis liberarla.

—Tú enviaste a los wise que la siguieron en el bosque la noche de mi cumpleaños —dijo Sasha.

—Esa noche no debería haber acabado así. Tienes un don para estropearlo todo —respondió Ausa—. Pero, al fin y al cabo, no importa. Estamos aquí para escribir la historia de nuestra raza. La Creadora me habló, me lo explicó. —Asintió y sonrió, sin perder nada de su dulzura habitual—. Es así como debe ser. Debemos cambiar. Debemos evolucionar. Fue su deseo, el deseo de nuestra madre. La enfermedad es un regalo. Lo hemos entendido mal. No sabéis qué claro lo veo todo. Es así como debe ser —repitió—. Nuestro futuro y el de los nulos son los wise.

—Ausa, los wise necesitan ergys y cócteles para alimentarse. ¿Cómo van a vivir? — le explicó Zariah con voz calmada. A la vez retrocedía con pasos pequeños e intentaba proteger a los otros que estaban detrás de él con los brazos abiertos—. No puede ser que este fuera el deseo de La Creadora. Quiero creer que es una prueba, no la finalidad de nuestra raza.

La chica ergy negó.

—La energía no puede ser destruida, se convierte. Cuando todos seamos uno, ya no tendremos hambre. Los Corazones nos proporcionarán lo necesario. La Creadora se me apareció en sueños y Eridanus me lo explicó. Lo vi. Todo hermoso, limpio —finalizó con una expresión extasiada en el rostro.

—Vamos, atrás. Basta de explicaciones. A la columna —les instó Madelyne.

—¿Tú qué pintas en la locura de Ausa? —preguntó Blaze.

Los lanzadores llevaban silenciador. El único sonido de la descarga fue un «poc» seco seguido por un fuerte olor a metal quemado y una ola sónica de frío que cubrió los alrededores con escarcha.

Blaze se calló. Los otros gritaron. Zariah maldijo y se apresuró hacia él, pero Madelyne volvió a disparar al suelo cerca del ergy.

—¡Me lo prometiste! Dijiste que no les harías daño —la acusó Ausa.

Madelyne levantó el arma, apuntando a las cabezas de cada uno. Al final dejó caer la mano y resopló.

—Lo siento. Son más cabezotas de lo que creíamos. Tú también me aseguraste que iban a escucharte.

—Lo harán. —Ausa hinchó el pecho y alzó el mentón—. Madelyne me entendió. Ahuyentó mi soledad con amor, intuyó mis deseos, no juzgó mis sueños. Junto con Eridanus tradujimos la Carta de La Creadora. Sé que debe sorprenderos, cualquier cambio necesita tiempo para ser aceptado. Pero lo haréis.

Sasha abandonó la escena. La extraña historia de amor entre Madelyne y Ausa le chocaba; no obstante, estaba dispuesto a consentirlo. Si todo acababa bien les regalaría lo que les hiciera falta para que vivieran felices en algún lugar, muy lejos de ellos.

Miró a Anahy. Aparentaba estar dormida, con el ceño relajado y una sonrisita en los labios. Se imaginó un futuro junto a ella, un futuro en que todos eran wise. Que el hielo le llenara las venas no le importaba tanto como que le cambiara el cerebro. La pérdida de los sentimientos significaba la pérdida de la misma esencia de uno. Del alma. Una Anahy sin sus explosiones de humor no era

su Anahy. Y él tampoco era un rayo de sol como wise.

Se incorporó y se apoyó en la pared a su lado, negando con la cabeza hacia Ausa en señal de que no intentaría nada.

El resto había llegado a la columna, pero estaban reticentes a moverse deprisa para rodearla y crear la formación que quería Madelyne. Tenía claro que esperaban el momento adecuado para atacar. Ausa era fácil de derrotar, para la directora se necesitaba un ejercicio de estrategia para alcanzarla en un sitio sin protección del traje.

—Madelyne, tus arowflake no pueden dañarnos. Nuestro muro es demasiado fuerte.

Los ergys hicieron uso de su don, todos a la vez. Al estar tan cerca, los campos energéticos se enlazaron, creando un área impenetrable.

Las carcajadas alegres de la mujer resonaron en el espacio.

—Al final os dañarán, no vais a poder sostenerlo por cuanta munición tengo. Además, puedo usar a otro de... incentivo —dijo, medio girándose hacia Sasha—. O dos. Aquí hay una nula que bien puede servirme.

—Mi vida vale el deseo de La Creadora —la interrumpió Ali.

Ausa volvió a llamar la atención de Madelyne.

—Tu trabajo es supervisarlos. Límitate a eso. Necesitamos ayuda. Creo que voy a despertar a Stiff.

La directora se lo pensó durante un momento.

—¿Hay un modo rápido de hacerlo?

—Creo que sí —respondió la chica, alegre. Se agachó y desvió unas venas del suelo. Por el color dorado se averiguaba que empezaban a llenarse con energía. Unió los extremos a la columna que mantenía helado a Stiff, y esperó mirando cómo el hielo se disolvía con facilidad.

La energía de las venas era tan poderosa que pasó menos de un minuto antes de que el ergy parpadeara. Recorrió el espacio con la mirada.

—¿Qué hay? —preguntó con voz ronca.

«Bien. Contra tres y sin dones», Sasha rehízo los cálculos. No se detuvo para preguntarse cómo era que sus amigos se habían convertido en enemigos. Aún tenía la esperanza de entenderlo, de vivir otro momento, en el futuro, donde pudiera estudiar el tema. Para poder hacerlo debían resolver el presente. Madelyne tenía la ventaja de los lanzadores; además, Stiff y Ausa podían usar la energía.

—Los apagadores —dijo Madelyne, empujando con el pie una mochila de color negro—. Tírale un par a cada uno y que ayude a su vecino al ponérselos.

Stiff no comentó nada mientras se disponía a ejecutar la orden con movimientos torpes. Ausa se agachó para ayudarlo y empezaron a mantener una conversación en voz baja.

Sasha golpeó con intención la pared con la parte de atrás de su cabeza en un gesto de impotencia. Se negaba a darlo todo por perdido. Los otros estarían inhabilitados en pocos minutos. A Blaze lo habían olvidado en el suelo, tirado como un trapo usado. Sasha intentó averiguar dónde estaba herido. Yacía en posición fetal, no veía sangre, tampoco su rostro completo.

«¡Levántate!», ordenó a través de la mente.

Por un segundo consideró que fingía una herida grave pero no había ninguna señal que le permitiese esperanzarse de que estuviera bien.

La primera impresión fue que el suspiro que escuchó le pertenecía al viento, que el aire había atravesado una grieta cercana a su oído. Buscó el origen del fenómeno y se detuvo en Anahy. Lo miraba de forma directa. Lo miraba directamente a él, aunque por el rabillo del ojo y con los

párpados entrecerrados.

¿Anahy?, intentó comunicarse.

El suspiro se repitió.

Sí.

Sasha soltó una exhalación honda. Luchó contra las emociones, manteniendo la vista al frente, pero sin ver qué estaban haciendo Madelyne y los chicos. Estaba a la espera de otra prueba.

No hay tiempo, dijo ella.

La pesadez volvió a aplastarlo. No había tenido ni dos segundos para permitirse esperanzarse.

Falta muy poco. Está creando el fuego vivo y está débil. Sácamelo de encima. Por favor. Congélame.

¿Qué?

El aliento de Sasha se volvió anémico. Tan concentrado estaba en escucharla... Anahy hablaba rápido en su mente, con voz apagada, apenas audible.

El rey consumió mi núcleo. Creo que, si intentas absorber lo que queda, vaciarás el de él.

Sasha quiso negar con la cabeza, pero no se permitió delatarse. Quiso gritar la negativa. Quiso invocar a La Creadora en la que jamás había creído. En la que jamás había confiado, la que nunca le había gustado. Quiso invocarla para darle una paliza. Había jugado a ser diosa y nadie debería poseer aquel derecho.

Anahy, estás conectada al Corazón de La Creadora. Eres el mismo Corazón de La Creadora —insistió—. Si vacío vuestro núcleo, lo helaré todo. Acabaré con todos los núcleos, de todo el mundo. Acabaré con la historia. Con los ergys.

Sí, dijo ella. *Hazlo.*

¡No!, gritó. *Nosotros lo superaríamos. En la ausencia de los Corazones nuestro núcleo se volverá débil, al final va a marchitarse. Nos convertiremos en nulos. Pero tú... —tragó saliva, procurando concentrarse en la conversación y en mantener en su interior la multitud de emociones que amenazaban con estallar—, si tu núcleo está vacío, si ya no te protege, te mataré.*

Sí, repitió Anahy. *Debes hacerlo. No hay otra salida.*

¡Debe haberla! ¡No! ¡La encontraré! No puedo, por favor, no me lo pidas. No puedo... no puedo matarte sabiendo que estás ahí, imploró.

Sasha...

Su nombre susurrado por Anahy fue una caricia que le trajo a la mente momentos de abrazos, momentos de risa. Momentos de esperanza.

Permíteme ir en paz. Deja que me vaya con el recuerdo de haber salvado al mundo, no con el de haberlo destruido. Por favor. Hazlo. Piensa en Indra, en Lreky. Piensa en todos los que se unieron con La Creadora en las sombras hasta ahora por la enfermedad, como mi padre. Piensa en que te amo.

Anahy hizo una pausa que él agradeció. Le silbaban los oídos, se le había nublado la mente. Le dolía el pecho por el peso de los gritos encerrados. Sus huesos parecían haberse soldado con los músculos. Si fuera una maquina estaría parpadeando en colores llamativos que proclamaban un fallo inevitable de sistema.

Te amo a ti, el que intentó proteger a toda esa gente. El que jamás se dejó llevar por sus deseos. Amo a un guerrero que hará lo mejor para ganar la batalla.

¡No voy a sacrificarte!, explotó, golpeando la pared a su espalda con los codos.

Un pequeño error fue suficiente.

—Guapo, ¿necesitas algo? —preguntó Madelyne.

Sasha se frotó la mejilla con el hombro.

—Tengo calor —respondió.

Miró la escena y entendió que se habían acabado las alternativas. Era increíble, pero una nula y una pequeña traidora habían conseguido encarcelar a un par de ergys. Todos llevaban las esposas, incluso Ali. Bajo la mirada atenta de Madelyne, Stiff pasaba el látigo por el interior de cada grillete. Ausa mantenía la otra punta de la cuerda en el lado opuesto, a la espera de unir los cabos.

Su mirada se cruzó con la de Zariah un segundo antes de que este golpeará a Ausa con el codo. Otro disparo resonó, pero Sasha no perdió tiempo para ver la continuación. Aprovechó el momento. Frotó su mano contra la pared hasta que dio con una roca afilada y pudo cortarse. Cogió la de Anahy, repitió el gesto y después enlazó sus dedos.

Antes de apagar su núcleo, procuró volver a encontrarla a través del canal mental. Solo el vacío le contestó.

«Eres un héroe, pero no mi héroe», sonó en su cabeza a la vez que imágenes lejanas desfilaban. Anahy provocándolo con la mirada, burlándose, llevando el sarcasmo a nuevos niveles. Anahy alzando el mentón, besándolo y riendo. Sonidos, olores y multitud de colores. Un espejo hacia otra vida. Otra realidad.

La piel de la Anahy que tenía delante se arrugaba a medida que se ponía de la consistencia y el color de la ceniza. Sus ojos tenían el mismo brillo que el de un pez muerto y sus labios se agrietaban de forma progresiva. El contorno de su rostro se modificó por el nacimiento de nuevos surcos a ambos lados de su boca. Pliegues oscuros surgieron bajo los ojos y los pómulos perdieron altura, fundiéndose en las mejillas.

Lo bueno era que su núcleo apagado y el esfuerzo de mantenerlo hacía efecto con rapidez. Los recuerdos se desvanecían. Lo importante se convertía en indiferencia.

Clic. Los sentimientos eran debilidad.

Clic. El amor estaba sobrevalorado.

Clic. A la mierda con el mundo.

—¡Sasha, espera! —gritó alguien, pero estaba demasiado cansado para volverse a ver de quién se trataba.

El sonido tampoco le llegaba en alta definición, sino distorsionado, salpicado por el ruido de fondo. Golpes. Maldiciones. Ruido metálico de cadenas. El estallido de la energía. Una película de la que había dejado de ser protagonista. Jugaba un papel secundario, pero su papel cambiaría el final.

Una mano se posó en su antebrazo, pero no entendió el gesto hasta que unos estallidos lo cegaron. Las cadenas que rodeaban a Anahy y a Cold se partían.

—¡Se rompen! —exclamó un coro de voces exaltadas.

Al instante entendió que era demasiado tarde. Se habían roto porque no tenían en qué sostenerse. El núcleo de Anahy estaba helado y el de La Creadora también.

Tanto tiempo, tanta lucha para intentar ayudar a Anahy, y había acabado por ser su verdugo.



—¿Qué estás haciendo? ¡Sasha! —Raisa intentó empujarlo, pero los apagadores frenaron sus esfuerzos y él no se movió por propia decisión.

—Está bien. Estará bien. Por favor, para —continuó hablando ella.

Incluso sin verla, Sasha notó lágrimas en su voz.

—¡Necesito las llaves aquí! —gritó, volviendo a acosarlo. Lo empujó de nuevo, intentó tirar de los grilletes aunque ella también tenía las muñecas esposadas.

Alguien más hablaba en algún lugar a sus espaldas. Susurros, gruñidos, una risa diabólica.

—Es demasiado tarde. —La voz de Madelyne.

Sonido de huesos rotos. Olor a sangre. Y frío. Mucho frío. Bruma helada les rodeaba, tierra congelada bajo sus pies. Todo sin vida. Su corazón. Su alma. Todo perdido.

—Cariño, sabes que te amo... —Ausa.

Un golpe seco. Crujido del hielo. Algo que se cayó. Alientos apresurados. Corrientes de aire que intentaban barrer el espacio.

—Aquí. —Un par de zancadas y Miqueas aterrizó de culo a su lado—. Toma, ayúdame —le pidió a Raisa al ver que Sasha no colaboraba.

Miqueas manipuló el dispositivo que abría las esposas. Pero incluso libre, Sasha no se movió. Sabía que sus dedos estaban enlazados con los de Anahy, pero no sentía la mano desde la muñeca.

Su corazón latía con debilidad. A cierto tiempo un golpe en su pecho. Poc. Un golpe en el vacío. Pac. El órgano se sentía más liviano de que costumbre y a la vez más pesado. Tenía más sitio en el interior de su pecho, pero parecía no saber aprovecharlo. Dolía moverse. Costaba respirar. No le calentaba.

—¿Qué hiciste? ¿Sasha, qué hiciste? —inquirió Raisa.

Le sacudió los hombros. Lo forzó a mirarla.

—Me siento raro —comentó Miqueas. Se investigó el cuerpo hasta los pies—. Me falta algo. No tengo... —Se aclaró la garganta—. ¿Raisa?

—¡Necesito ayuda! —vociferó Zariah—. Se hiela todo. Coged las venas y sacad a la wise y al nulo de las columnas —ordenó mientras se acercaba corriendo.

Sasha no miró cómo conectaban una de aquellas arterias a Anahy. Giró la cabeza.

—Señor, creo que tenemos un problema aquí.

¿Por qué lloraba Raisa? ¿Y por qué tiraban de su mano? Algo, un estallido como de una risa, se descargó en su cabeza. No podían separar sus dedos de los de Anahy. Sus manos estaban unidas y congeladas.

La cueva estaba forrada en hielo. Casi no había luz. Las luciérnagas del interior de las columnas habían dejado de parpadear. Algún estallido débil indicaba que quedaba poca energía en el interior de los cables que hacían de venas.

Ausa estaba en el suelo. De espaldas. Con las piernas dobladas en lateral, un brazo por encima de la cabeza y el otro en el pecho. Parecía un ángel. Un ángel con las alas rotas. Un ángel con el cuello cortado. Las manchas en la arena eran oscuras, pero las de los dedos de Stiff brillaban en su piel blanca. De rodillas a su lado, con la cabeza gacha y los hombros caídos, el ergy parecía una estatua. A su espalda, Madelyne yacía bocabajo. Mejor. A Sasha no le interesaba saber cómo se encontraba. A Cold no lo habían levantado, seguía yaciendo a los pies de Anahy.

Un gimoteo. No de chica. Un gemido ronco, mezcla de dolor y furia.

—¡Ohhh! —Miqueas lloriqueó como un animal herido—. ¡Mi núcleo está vacío!

Sasha abrió los ojos. Se incorporó y se quedó un momento sobre la cama para despejarse la cabeza.

¿Cuántas veces había tenido el sueño? ¿Cuántas veces, en la última semana, había repasado los acontecimientos y cuántas volvería a hacerlo?

No se sentía culpable por haber acabado con un mundo. Había sabido lo que hacía. Bueno, en aquel momento lo había supuesto, pero había tenido razón. Cuando el Corazón de La Creadora se había detenido, los núcleos de los ergys se habían vaciado. Habían perdido las habilidades. Ya no existían ni los ergys ni los wises. Todos eran nulos.

Había retrocedido al mundo de miles de años atrás. Eso era lo que decían los canales de noticias, de lo que lo acosaban. Por suerte, pocos sabían que él era el autor, y la mayoría estaban de su parte.

Sasha salió de la casa y alzó el rostro al encuentro con los rayos del sol. Era temprano, no mucho después del amanecer, pero a pesar de la inconveniente hora, en pocos días se había convertido en su momento favorito. La tibieza de la luz, los sonidos apagados y las imágenes borrosas explotarían pronto en una amalgama que hería los sentidos. De momento, en las nubes quedaba el recuerdo rosado de la aurora, las gaviotas hacían carreras por encima de las olas en busca del desayuno y la poca gente que había salido de paseo por la playa estaba igual de atontada que él ante la hermosura de la naturaleza.

Un rayo especialmente atrevido le recorrió el hombro desnudo, siguió por la barbilla y apuntó en su ojo, forzándolo a bajar los párpados. Sonrió y negó con la cabeza, regañándolo por el atrevimiento.

Se tensó al percibir movimiento por el rabillo del ojo y por un instante llamó a la energía, preparado para responder si fuera el caso. Cuando no encontró nada en su interior, se echó a reír a carcajadas. Estaba vacío. La falta de energía había dejado un hueco que necesitaba llenar con algo. Con risas. Con sueños. Con amor.

—Ese comportamiento es típico de un nulo —comentó Raisa al alcanzarlo—. Y por lo que tengo entendido, se cura en una residencia especial.

Sasha tendió el brazo sano y esperó hasta que ella se acercó lo suficiente para que pudiera rodearle los hombros. La estrechó contra su pecho antes de hablar.

—No más residencias especiales para nosotros. Se acabó.

Una gaviota chilló entusiasmada, en concordancia con sus pensamientos optimistas. Las olas se rompían contra sus pies cada cinco segundos, fragmentando el silencio.

Marcando la paz.

Una pelota de goma multicolor golpeó el suelo, manchándolos de arena. Las risas que acompañaron el ataque identificaron a los intrusos. Raisa fue alejada de Sasha a base de un manotazo, pero el gruñido de Miqueas no tuvo el poder de bajarle el ánimo.

—Oye, esta es mía —farfulló, intentando sin éxito herirlo con la mirada.

—¿Perdón? —La chica acompañó la pregunta con el gesto de cruzar los brazos y fruncir el ceño—. Hablas de la pelota, ¿verdad? No creo que tu intención haya sido sugerir que fuera un objeto de tu posesión.

Las excusas de Miqueas se desvanecieron a medida que se alejaban, pero el silencio no volvió. George recogió la pelota y desde atrás se escuchó la risa cálida de Ali que iba subida en la pequeña plataforma de la silla de ruedas automática de Blaze.

—¿Qué os ha dado para levantaros tan temprano? —preguntó Sasha, entendiendo que había perdido su momento de paz.

«Solo un momento, no su totalidad».

La sonrisa de Blaze hizo competencia al sol. Se había dejado crecer el pelo y los últimos días había abandonado la playa solo para dormir pocas horas. Sus dientes resplandecieron en contraste con la tez tostada. La parte derecha de su rostro estaba destruida. Una cicatriz fea unía la comisura del ojo con la oreja. El arowflacke de Madelyne le había congelado la piel y los músculos por el cuello y el hombro, hasta afectarle la columna vertebral. No podía caminar, no oía y no veía con aquella parte. Blaze era la mitad de lo que había sido. Jamás se pondría bien en la ausencia de los dones del núcleo energético, pero se negaba a perder el optimismo.

Cuando los otros rodearon a Sasha buscando en él con las miradas un «algo» que no entendía, el cosquilleo de la expectación le aceleró la sangre.

—¡Está despierta! —gritó Ali, lanzándose para abrazarlo.

Atontado, Sasha no reaccionó hasta que Miqueas comentó disgustado:

—Esto debe acabar. No me parece bien que todas las chicas se te echen encima. Entiendo que estuviste maltratado y todo el rollo, pero... Pienso informar a Anahy sobre tu falta de seriedad.

«Anahy».

Solo pronunciar el nombre en sus pensamientos y perdió el control de la respiración.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —susurró, maldiciendo la debilidad de su voz.

—Dio señales ayer y Zariah me dijo que desde anoche está bien —le informó Raisa. No le permitió quejarse, continuó en tono de excusa—. Ella no quería que lo supieras.

—¡Me da igual! —espetó, apretando el maxilar. Hizo el gesto de alejarse, pero Raisa le agarró el antebrazo.

—No te pongas en plan bestia. Insistió en que necesitaba recobrar fuerzas antes de verte. Será por algo.

Sasha procuró calmar su genio. Miró el cielo repleto de nubes de colores suaves y formas diversas. Parecían malvaviscos, perfectos para hincarles un diente. Inhaló al compás del viento y se pasó los dedos por el pelo.

—De acuerdo. Me habéis avisado, ¿puedo ir? —inquirió, esperando a que se apartaran.

Y lo hicieron, sin más comentarios. Suponía que empezaría a discutir en cuanto se alejara, pero le traía sin cuidado.

Apresuró el paso, sin perder de vista la casa que Zariah les había prestado; una construcción de

ventanas amplias, con una terraza que rodeaba ambas plantas. Los chicos habían dejado colgadas las toallas y diversos juguetes estaban apoyados contra la pared, cerca de la entrada. El sol se había levantado tanto que se reflejaba en los cristales, un arcoíris de colores brillantes. Se forzó a no alejar la mirada, esperando distinguir un movimiento. No obstante, cuando lo hizo, no estaba preparado. Cuando vislumbró la figura estática en el balcón de arriba, se detuvo, igual que su corazón.

No se decidía a reír como un histérico o a llorar igual de entusiasta. Le faltaba aire y se notaba a punto de ahogarse. Sus pies se negaron a avanzar. Los dedos se perdieron en la arena y este punto se convirtió en el eje central, el mismo donde la tierra empezó a girar.

Le hubiera gustado tener el poder de congelar el tiempo. De quedarse una eternidad con la imagen de las mechas rubias llevadas por el viento y del sol besando la piel que recordaba cenicienta. Buscó los ojos de Anahy y entonces fue cuando se movió, apresurándose para disminuir la distancia con la intención de leer su expresión.

—Oye —empezó, probando su voz. Al encontrarla suficientemente segura como para hacerse entender, sonrió y prosiguió—. ¿Qué color de biquini elegiste para hoy?

Anahy se apoyó en la barandilla y se inclinó hacia abajo para mirarlo. Fue una mirada vacía de sentimientos que le erizó el vello a Sasha. La mirada de una persona que observaba a un desconocido. Calculada. Desinteresada. Duró poco tiempo. Después ella contempló el espacio por encima de él, hacia el mar.

Sasha temió que hubiera perdido la memoria, que no deseara hablarle o que no se hubiera recuperado en su totalidad. Durante el minuto en que no pudo establecer contacto visual se imaginó que era posible que hubieran quedado secuelas. Pero luego ella sonrió y levantó de costado el dobladillo de la camiseta blanca que le llegaba casi a las rodillas. No mucho, solo para tentarlo con la imagen de sus formidables piernas.

—Verde —dijo.

Antes de que él pudiera poner orden a los latidos de su corazón, le dio la espalda y entró.

Sospechando que estaba bajando, Sasha subió los escalones y la esperó ante la puerta. Se frotó la parte de atrás del cuello y se preguntó si debería entrar para buscar una camiseta. Teniendo en cuenta que estaban en la playa, no era raro que usara solo un pantalón corto, pero la situación entre ellos dos resultaba extraña. Todo lo que habían vivido antes del incidente de la montaña de La Creadora había sido borrado. Se conocían tanto... y a la vez se sentía como si se preparara para una cita a ciegas.

La espera se le hizo interminable. Miró la puerta, ordenándole con el poder de la mente que se abriera antes de que ideas absurdas lo enloquecieran. Para su sorpresa, funcionó. Anahy apareció, pero desde el primer momento le confirmó que había tenido razón al temer el reencuentro. No hubo abrazos ni chillidos alegres. Solo incomodidad. Se miraron en silencio hasta que ella giró la cabeza hacia la playa.

—Es bastante... —se detuvo, buscando las palabras y Sasha intentó salvarla.

—Extraño, lo sé.

Anahy soltó una risita.

—Quería decir hermoso.

Sasha tragó en seco, luchando contra el impulso de acercarse, de tocarla.

—También —susurró, sin dejar de mirarla. Tenía la piel demasiado pálida y había perdido unos kilogramos. Su pelo no estaba tan brillante como antes, pero sí igual de rebelde. El verde de sus ojos parecía arder por la fiebre cuando se volvió para sonreírle con timidez. El silencio se impuso de nuevo y dijo lo primero que se ocurrió—: ¿Quieres que demos un paseo?

Anahy miró alrededor antes de asentir.

—Me gustaría. A lo mejor me curo del asco irracional que tengo por el agua. Por lo menos es el mar. No creo poder soportar estar cerca de un río pronto.

—¿Recuerdas...?

—Sí. —Ella se apresuró a confirmarlo—. Casi todo de lo que hice. —Dio unos pasos y Sasha empezó a caminar a su lado—. Me gustaría no hacerlo, no recordar —comentó en voz baja después de un tiempo.

—Es solo el pasado. Eres más fuerte que unos recuerdos feos.

—¡No lo soy! —espetó Anahy con voz sorprendentemente alta—. No lo soy. No lo estuve. Casi os maté a todos.

—Tranquila —se rio Sasha—. En esta historia el villano soy yo.



Anahy se negó a darle la razón. Se abrazó y miró la línea del horizonte. Había vida ahí, en aquel momento y aquel lugar. Había alegría y había esperanza, pero no en su interior. Los recuerdos tenían el poder de hacerla temblar y se enfurecía por eso. Se enfurecía doblemente: por lo que había hecho y por no poder perdonarse.

—Nada de eso. Me salvaste —murmuró, provocando un sonido tan bajo que el viento se lo llevó enseguida. Alzó la voz, deseando poder expresar lo que sentía—. Me equivoqué y me alegro de haberlo hecho. Eres un héroe, Sasha —dijo, girándose para mirarlo—. Nos salvaste a todos.

El corazón se le encogió cuando notó el brillo travieso en sus ojos. Él se divertía con sus comentarios, y eso era bueno. Significaba que no se había visto dañado de forma irremediable, que el antiguo Sasha no había desaparecido en el mismo vacío donde había ido la Anahy de antes. Una semilla de esperanza echó raíces en su pecho, pero necesitaba más para continuar la germinación.

—Ningún ergy ni una buena parte de los wises estaría de acuerdo contigo. Tampoco la administración de los nulos está contenta —negó él—. Habrá que rediseñar el sistema eléctrico y eso implica el funcionamiento del transporte, las comunicaciones, el energético. El mundo es un caos ahora mismo. Y en realidad Zariah te salvó. ¿Te contó...?

—Sí. Lo siento tanto por Ausa... Todavía no puedo creerlo. Lo siento por todos.

Sasha se dejó caer en la arena. Se apoyó en los codos y tendió los pies para que el mar los cubriera cuando las olas tocaban la orilla.

—Yo también —gruñó—. Siento no haber tenido una oportunidad con ellas.

—No seas tan duro. Ausa no era mala, solo...

—Estaba loca. Conocía su obsesión por la religión de La Creadora, pero jamás imaginé que llegaría a matar en su nombre.

Anahy se sentó a su lado, aunque tuvo cuidado de mantener las rodillas en alto y no tocar el mar. Sabía que su miedo era irracional, que solo había agua salada, sin ninguna propiedad mágica con el poder de convertirla en algo que no deseaba ser. Pero el recuerdo de los riachuelos plateados de la cueva estaba todavía fresco en su memoria.

—Le he dado la mano a la muerte —confesó en voz baja—. No hubiera sido una ida gloriosa.

Nadie me esperaba al otro lado. Quizá mi padre, pero no sé si me hubiese reconocido. No quiero recordar a Ausa de ese modo y me gustaría que tú tampoco la juzgaras. Tampoco odiaré a Madelyne. En sus mentes, sus razones eran las correctas.

Sasha encogió los hombros y ella entendió que no era el momento adecuado para aquella discusión.

—¿Stiff? —susurró Anahy.

Sasha cogió un puñado de arena y la dejó escurrirse entre sus dedos.

—No nos traicionó. Era muy cercano a Ausa. Su comportamiento le dio qué pensar y la mantuvo vigilada. Se ganó su confianza porque no se fiaba de ella. Tuvo razón.

—¿Volverá algún día? —preguntó ella esperanzada, pero Sasha negó con la cabeza.

—No lo sé. Stiff tiene su propia historia. Yo también espero escucharla de su boca. Esperemos que el tiempo lo cure todo y que volvamos a verlo.

—¿Él...?

Sasha asintió y habló en voz ronca.

—Sí, él acabó con Ausa —le explicó sencillamente sin ofrecer más detalles.

Anahy no insistió, recordando que Zariah también había sido reticente en contarle lo ocurrido.

—Cold cambió, ¿verdad?

—Eso queda por ver. Espero no tener la desgracia de que volvamos a encontrarnos.

—Lo usé.

—Eridanus lo usó, no tú.

Anahy negó con un gesto corto de cabeza.

—Alguna parte de mí siempre supo lo que hacía. Pero era como una espectadora, no podía interferir. Antes de unir nuestros núcleos le corté la marca de ergy para hacerlo inservible para el verdadero ritual.

—Nada habría funcionado —la tranquilizó Sasha—. No había modo de resolverlo.

—Va a sonar egoísta, pero me alegra que no hayas sido tú el que... ya sabes —comentó Anahy.

Sasha se carcajeó y agitó la cabeza en negación.

—Yo ya hice bastante. Destrocé un mundo.

«Para salvarme a mí».

Como si hubiera leído sus pensamientos, Sasha continuó:

—Zariah insistió en que te pusieran como vía una de esas asquerosas venas que aún guardaba algo de energía. Ausa la usó para despertar a Stiff y él supuso que podría funcionar contigo también.

Anahy soltó un bufido.

—Le di las gracias, pero no pareció impresionado.

—No servirán los agradecimientos. No me mató por lo que hice, pero sus sentimientos hacia mí y hacia ti nunca serán de cariño.

—Qué desastre. —Ella se rio nerviosa—. Hemos sembrado el caos.

—«Del caos surge la luz». Es un desastre menor de lo que pudiera haber sido. Y Zariah lo sabe. Encubrió la operación y resolvió el pequeño asunto de que habíamos irrumpido en una franja territorial extranjera, y cavado y destrozado una montaña.

—Pero tú me llevaste hasta afuera.

—No hubiera dejado hacerlo a otro. Y también estaba el pequeño problema de nuestras manos unidas.

Sasha alzó los dedos en el aire y Anahy hizo lo mismo. Ella llevaba un guante de color rojo. Cuando despertó se espantó al ver su piel cenicienta, tan transparente que los huesos eran visibles.

Las uñas se le habían quedado casi negras. Los nudillos estaban deformados, cubiertos por escamas ásperas, que no desaparecían daba igual cuánto hubiera frotado. Estuvo a punto de tener una crisis nerviosa, atemorizada por el pensamiento de que aquel fuera el aspecto de su cuerpo entero. Zariah la había tranquilizado. Le había explicado que, debido al proceso de congelación, su mano había quedado pegada a la de Sasha demasiado tiempo. No había podido intervenir hasta que habían estado en el LODIT y entonces los efectos ya era irreversibles. Con la ayuda del núcleo aún viable de Sasha habían logrado separar sus manos, pero no habían tenido la posibilidad de sanarla.

—Podrías haberte curado —le regañó.

—¿Y dejarte que fueras la única con heridas de guerra? Tengo una extremidad de dragón —se rio él—. Ni hablar. —Torció el gesto y bajó la mano, empujándola para que ocultara los dedos bajo la arena—. Me gusta el guante, copiaré tu idea. Pensaba ir por allí y asustar a los niños. Aunque no es buena idea puesto que este territorio ha sido una de las Islas Centro... —su voz se desvaneció. Le enseñó los alrededores con un gesto de la cabeza.

—Continúa —lo animó Anahy.

—Zariah consiguió el LODIT que nos llevó aquí y tuvimos suerte, porque sus baterías se agotaron enseguida. Pero siento mucho que hayas perdido tu atractivo.

Anahy conocía demasiado a Sasha como para no reconocer el leve tono burlón.

—Tú también lo has perdido.

—De todos modos, era demasiado guapo.

—Lo bueno es que no has pedido la totalidad de tus cualidades: la modestia, la inteligencia...

—Me daba igual lo que perdiera mientras... —Sasha tragó saliva—. Debemos reconocer nuestra culpa. No somos inocentes. Cuando te mantuve lejos del Éter intentaba protegerte, pero si te hubiera denunciado desde el principio muchas cosas podrían haber salido de otro modo. Habríamos sabido que podrías ayudarnos y delatar a tiempo las intenciones de Eridanus.

—¿Crees que te equivocaste al no hacerlo? —inquirió Anahy mirando el suelo.

—No lo sé. Puede que haya sido un error. O puede que independientemente de la decisión que haya tomado por aquel entonces nada hubiese cambiado. Algunos momentos de nuestras vidas se repiten en bucle, no importa cuánto quieres evitar una situación, llegas a la misma. Solemos culpar a las estrellas, a nuestra madre o a algún Dios antiguo. Lo que sé con certeza es que no me arrepiento de hacer lo que hice en la cueva.

Sasha la miró, pero no intentó acercarse a ella.

Le dejaba espacio, entendió Anahy. Le tocaba hacer un movimiento y la idea la asustó tanto que se le puso la piel de gallina. No quería perderlo y entendía que no era tarde, en contra a todo lo que habían vivido. O precisamente por ello.

No lo había perdido. El pensamiento fue una revelación tan hermosa que contuvo con dificultad las ganas de chillar. Se mordió el labio inferior y apretó los dedos en un intento de quedarse quieta y no saltarle encima. Implorarle que la abrazara y la besara hasta que en su mente no cupiera nada más aparte del futuro.

—No soy la misma. Aunque tenga una garra de dragona, no creo que pueda volver a echar fuego —confesó.

—Me desilusiona oírlo.

La sonrisa fue más fuerte que ella. Los labios se le curvaron sin que pudiera detenerlos, y a pesar de no estar de cara a Sasha, sabía que él también sonreía.

Aún formaban un entero.

—Te gustaba cuando echaba fuego, ¿eh? —inquirió curiosa.

Había hecho el comentario en broma y no esperaba la réplica furiosa que recibió.

—Pensé que íbamos a borrar el pasado, pero veo que tú sigues. Sabes que no aguanto las estupideces. —Cuando ella giró el cuello, sorprendida, Sasha le frunció el ceño—. No esperes que me comporte contigo como si tuvieras algún grado de invalidez. No hay historia semejante a la nuestra en todo el universo. Hemos muerto y revivido varias veces y de modos diferentes. ¿Nos vimos afectados? Sí, y mucho. Pero no tengo ninguna intención de regresar a aquellos momentos. No me pasa por la cabeza cuestionar las razones, intentar encontrar una explicación o averiguar si podría haber sido de otro modo. No me culparé porque Eridanus jugó con mi mente y no te culparé a ti por lo que te hizo. —Sasha suspiró y se detuvo, trazando en la arena con el dedo índice el símbolo de los ergys—. Pero no lo hagas tú tampoco. No te culpes. No quiero pedazos de lo que fuiste, de lo que fuimos.

Anahy cerró los ojos durante su perorata, deseosa de que las palabras quebraran sus miedos.

—Él... —intentó hablar, pero no fue igual de rápida que Sasha.

—Todavía lo buscan. Es poco probable que siga vivo. Sin los Corazones no puede mantener su cuerpo. Es probable que haya desaparecido en el mismo momento en que tu núcleo se heló. —Se detuvo y por primera vez Anahy notó debilidad en su voz ronca—. Sé que lo entendiste porque al final me lo pediste tú. Que entonces cuando vacié tu núcleo con intención no nos quedaba otra solución. Sí, es verdad que perdí la esperanza cuando te helé. Pero no estaba dispuesto a perderte, nunca estuve dispuesto a perderte. Iba a ir contigo a donde fuera. Cuando te saqué de ese sueño en el Éter y te dije que no escaparías de mí, no era una amenaza. Era una promesa. —Hizo otra pausa y se rascó detrás de la oreja—. Demonios, nos hicimos tanto daño que debería esperarnos una eternidad de felicidad para compensarlo.

«Y sería poco».

—Sí, nos hicimos mucho daño. Pero no tanto como nos hizo él.

Sasha asintió en silencio antes de comentar.

—Eridanus procuró abandonarte antes de llegar a vaciarte del todo. Zariah dijo que fue un intento de salvarse. Sin tu energía, él se hubiese gastado el núcleo entero en el intento de mantener el contacto. No lo logró, era demasiado tarde. Cuando el Corazón de La Creadora dejó de producir energía, él perdió la conexión contigo. Siento decirlo, está feo, pero me alegro y creo que deberías hacer lo mismo. En contra de todas las...

—¡No me digas lo que debo hacer! —espetó Anahy, interrumpiéndolo.

Sasha se rio suavemente.

—¿Ves lo que te decía? Estás curada. Igual que todos.

—Ya. —A pesar de los nervios, ella se contagió por su sonrisa—. A partir de ahora debemos preocuparnos solo por las enfermedades comunes de los nulos.

Sasha frunció los labios para que la sonrisa no lo delatara.

—Lo que quería decirte antes de que te crecieran las escamas es que ganamos en contra de las bajas probabilidades. No tuvimos que sacrificarnos. Pagamos un precio escaso por lo que conseguimos, por lo que todavía podemos conseguir. El mundo será diferente, pero seguimos siendo los mismos con o sin habilidades. —Se dejó caer de espaldas en la arena y miró el cielo, dejando a propósito el brazo abierto en una invitación muda.

Anahy miró aquella señal de paz, la prueba de que hablaba en serio. Le había ofrecido la mano inválida.

¿Podría atreverse?, se preguntó, dudando. Quería lo que habían tenido antes y quería lo que podían tener. Quería el consuelo de sus brazos y saber que su sonrisa le pertenecía. Quería ser la razón de su risa y del cambio en su voz cuando le susurraba al oído. Quería que los

estremecimientos de su cuerpo aparecieran porque el aliento de Sasha le hacía cosquillas y que el cielo estuviera azul porque acababa de mirar en sus ojos.

Se tendió a su lado con movimientos lentos y, como si no hubiera planeado nada, dejó la mano enguantada encima de la de Sasha. Dio medio vuelta y apoyó la mejilla en su antebrazo. En el interior de su pecho, su corazón libraba una batalla, fuera de control. No recordaba haberse sentido tan perdida ni cuando procuraba domar su núcleo.

—Crees que cambiaste, pero no lo hiciste tanto como para que mi dragona desaparezca del todo. —Él la tomó por sorpresa al girarse y hablar en su oído. Con los dedos sanos, alejó las mechas que ocultaban su rostro. La alegría de sus ojos entibió la sangre de Anahy y un cosquilleo de hilaridad burbujeó en su interior.

Negó con la cabeza, pero Sasha alzó la ceja en una pregunta muda, sin entender su gesto.

—No cambié —le aseguró. Después del primer momento en que tuvo que tragar en seco, entendió dónde estaba su problema—. Es verdad que me siento culpable. Pero lo que me aterrorizaba era que te había perdido. Que tú eras el que cambiaste. Te desilusioné tantas veces... Tuviste que acabar con el mundo por mí, por mi culpa. Pensé que ya no me querías —susurró avergonzada, odiando el calor que invadió sus mejillas.

—Bueno —Sasha torció el gesto con una fingida expresión de dolor—, nunca se te dio bien pensar. Creo que te ayudaré con eso.

Anahy asintió en silencio. Su boca demasiado seca no la ayudaba a continuar.

—¿Hemos viajado hasta el Infierno de La Creadora y regresado? —preguntó Sasha, pendiente de las expresiones en su rostro.

Ella volvió a asentir.

—¿Hemos salvado el mundo?

Anahy sonrió en respuesta.

—Algunos dirían que lo hemos destrozado.

—La gente es muy chismosa —se rio Sasha—. Vamos a ayudar a reconstruirlo. Esperamos que te recuperes para regresar al trabajo.

—¿Trabajo? —se extrañó Anahy.

—Zariah tiene planes. Todos queremos ayudar. Esto —Sasha le señaló el paisaje con un gesto de mano— es hermoso, pero no es real. Debemos volver a la realidad y te aviso de que es fea.

—No estoy segura... —Anahy tartamudeó mientras se frotaba los brazos.

—Te prometo que vamos a leer la letra pequeña de su contrato —le aseguró Sasha—. Lo hemos discutido mucho. ¿Confías en mí? —preguntó de repente.

Anahy se sobresaltó.

—Claro que sí.

—¿Tenemos otro asunto pendiente para los siguientes...? —se detuvo para cambiar el periodo de tiempo que quería usar al principio, pero ella se le adelantó.

—No tenemos nada pendiente pronto. Me prometiste vacaciones —reprochó.

—Espero que no tengamos nada pendiente para la eternidad. Pero en realidad serán solo unos cuantos días, hasta que estés bien del todo. Pero ahora estoy aquí —murmuró él, frunciendo el entrecejo como si acabara de tener una revelación—. Y tú estás aquí, es decir...

—Estamos juntos —concluyó Anahy.

—Al final no se te da tan mal pensar. —Los ojos de Sasha le recorrieron el rostro como si buscaran el lugar perfecto para detenerse.

El pecho de Anahy se hinchó. Inhaló con intención el específico olor resultante de la combinación de arena, algas y sal, ahuyentando de su mente la fragancia de eucalipto que le

producía escalofríos. Cerró los ojos para enfocar los sentidos en Sasha, pero después de un minuto los abrió, eligiendo mirarlo. Alzó la mano y usó los dedos para trazar el contorno de su cara, sonriendo cuando él dejó caer el peso de su cabeza en su palma.

—¿Tenemos planes para el futuro? —inquirió él con voz ronca.

—¿El futuro próximo o el futuro lejano?

Sasha abrió la boca. Dudó y encogió un hombro.

—Me interesa mucho el inmediato. Tengo unos planes urgentes y necesito tu colaboración. — Dejó un beso fugaz en sus labios y preguntó—: ¿La tendré?

—Sí. —Anahy aceptó rápidamente—. Sí —repitió. Asomó la cabeza y miró con rapidez alrededor, entornando los ojos. Cuando regresó, su rostro era una máscara de miedo—. Date prisa. En la casa hay un militar de alto rango con los nervios sensibles. Tiene unos binoculares profesionales y varias armas letales.

Sasha se estremeció y soltó un gemido.

—Le he prometido a Indra que vamos a encontrarlas. Tu madre consiguió regresar con ella y su familia antes de que el transporte colapsara, pero a nosotros nos llevará días llegar allí. Decir que no está contenta porque ha perdido sus dones es quedarme corto. Nos odia.

—Estamos jodidos —lloriqueó Anahy.

—Pero juntos. —Sasha le cerró la boca con la suya y el beso alejó parte de la preocupación.

—Somos dos monstruos. Vamos a asustarla. —Anahy se quejó angustiada.

—Se parece a su padre, nada la asusta. Por desgracia, los monstruos no se reconocen por las deformidades exteriores, mantienen lo feo de su esencia en el interior. Y nuestro trabajo será cazarlos.

—¡Por fin no soy la presa!

La calidez de las manos de Sasha contrastaba con el frescor del agua y sus labios lograban el milagro de mantenerla en el momento presente. Avanzó con los dedos por los músculos de su espalda desnuda. Suspiró de placer y después se rio cuando él le mordisqueó el cuello.

—Hay algo que tenemos pendiente —dijo. Anahy se preocupó por lo serio que parecía su rostro—. Sé que las palabras no valen nada, pero estoy tan harto de la acción, de intentar demostrarlo... —dejó la frase sin acabar y ella sonrió, adivinando qué tenía pensado por el modo cómo la miró—. Los dos hemos metido la pata casi cada vez que actuamos. Puede que nos vaya mejor si nos comprometemos de un modo...

Anahy se echó a reír a carcajadas.

—He tenido razón. ¡Eres tan cursi! —chilló cuando Sasha se giró en un movimiento sorprendente y empezó a rodar con ella en brazos por la arena.

Hasta que se detuvo perdió el valor de reírse. Se miraron en silencio.

—A la de tres —indicó Sasha, alzando el dedo índice. Golpeó el aire con él tres veces y sonrió.

—Te amo —dijeron al unísono.

Una gaviota chilló y ráfagas suaves llevaron el sonido de risas hasta ellos. Pero el rumor de la playa se perdió en el mismo ritmo de las olas que barrían sus pies.

Barrían el pasado.

Marcaban la paz.



Era un desastre.

Stiff llevaba dos semanas recorriendo el mundo y cada día aprendía lo pequeño que era él, como ser vivo. En el Éter no se había percatado de eso. Entonces su mundo era una isla que abandonaba pocas veces para misiones y raramente unos días de merecidas vacaciones. Se subía en un LODIT y bajaba en otro lugar. Pero cuando los LODITS ya no funcionaban, cuando los coches tenían que usarlos solo para emergencias porque los centros de rellenos de los generadores estaban vacíos, cuando estaban forzados a cuidar hasta el uso de la luz doméstica y volver a la iluminación con antorchas y lámparas a base de sustancias inflamables, todo esto convertía el mundo en un universo inmenso.

Todavía no se había acostumbrado. Nadie lo había hecho. Se encontraba en Vial, la capital del estado ergy, pero era igual a otras ciudades que había visto. De día, existía esperanza. Alguna gente salía a trabajar, las escuelas funcionaban. Las autoridades habían intentado actuar con rapidez y mezclar las instituciones de los nulos con las de los ex ergys para ahorrar energía. No obstante, era demasiado temprano. Los conflictos no faltaban. Los nulos se burlaban de los que habían perdido sus dones y estos estaban en estado de *shock*, sin creer que de la noche a la mañana hubiesen cambiado tanto.

Los ergys creyentes vivían agrupados alrededor de las estatuas de La Creadora. Dormían, comían allí y rezaban. Mucho. Sus susurros se alzaban con el viento. Los murmullos de sus súplicas eran un ruido de fondo en cualquier ciudad, cualquier pueblo o tierra de nadie. Esperaban que volvieran a ser lo que habían sido. No entendían en qué se habían equivocado, por qué su madre les había castigado. En la ausencia del rey se habían quedado como hojas sueltas, sin una rama a la que pegarse.

Las autoridades habían dado un comunicado tres días después de que el Corazón de La Creadora se había apagado: todos los Corazones eran inutilizables. La multitud de instalaciones que dependían de ellos para cargarse habían colapsado. Las reservas no eran suficientes para mantener el funcionamiento normal de una sociedad que consideraba la energía un hecho. Los medios de transporte se usaban solo para emergencias. Lo que tenían almacenado lo habían redistribuido hacia los centros sanitarios y otras organizaciones claves, fábricas que permitían,

con un coste mínimo, reorganizar su actividad para confeccionar productos de absoluta necesidad.

El horario de trabajo y de estudio se había reducido. Las ventas de aparatos que funcionaban con electricidad se habían quedado por los suelos mientras revivían las tiendas de antigüedades. El mercado negro estaba floreciendo; una pila cargada para un sencillo comunicador valía más que el mejor coche.

No quedaba nada de su mundo. Calles casi vacías, edificios a oscuras, vehículos abandonados.

Ruinas y cenizas barridas por el viento.

Los núcleos de los ergys se habían vaciado en un par de días. Los niños y los ancianos primero, luego los más fuertes. El de Stiff había durado una semana. No negaba que la sensación era de lo más extraña. Se sentía más pesado, el corazón se le aceleraba con más frecuencia, se movía como si acababa de aprender a andar. Era torpe, le faltaba el aliento a menudo y su cerebro se negaba a aceptar las pruebas.

Igual que los de su sangre. No querían entender que era el fin de un mundo y que debían centrarse en reconstruir al nuevo.

Eso era lo que él hacía.

¿No huyes?, le preguntó una voz.

Stiff alzó la cabeza, después miró alrededor. Era de noche y no veía el final del callejón que atravesaba. El alumbrado público no funcionaba y en los edificios de los lados solo dos ventanas estaban iluminadas débilmente. Era un barrio de los ergys, las marcas en las puertas no dejaban lugar a dudas. Pero era un barrio muerto. Nadie salía, nadie entraba. No se escuchaban risas, gritos, las conocidas voces de los programas de información o de las simulaciones virtuales. Y no era porque dormían, no era de noche tan avanzada. Era porque tenían miedo.

Con un gesto inconsciente, volvió a verificar el área. Regresaba desde un albergue para los sintecho. Sí, era increíble, pero existían. Todos los ergys de los Éteres, los que no tenían familia, habían quedado a merced de la suerte. Zariah intentaba organizarlos y posicionarlos en lugares de trabajo o escuelas. No era una tarea fácil, pues lo mejor que sabían hacer era luchar. Eran rebeldes, arrogantes y problemáticos. La tarea de Stiff consistía en evaluarlos; después, convencerlos de que debían aceptar un modo de vida diferente.

¿Tú lo hiciste?, volvió a hablar su consciencia.

Apretó los dientes y se negó a contestarle. Hacía todo lo que estaba en su poder para ayudar.

Alejándote de tus amigos.

—No me necesitan —gruñó Stiff en voz alta.

Y él no los necesitaba a ellos. Después de pagar sus pecados, después de encontrar las cenizas del rey o lo que fuera que hubiese quedado de él, después de que el mundo se recompusiera lo suficiente, puede que fuera a buscarlos.

Sí, se culpaba, y no había peso más grande que el de la culpa. Sabía que Ausa no estaba bien consigo misma. Había tenido sus dudas sobre la relación que mantenía con Madelyne. Pero, como siempre, no había dicho nada. Se había callado porque era lo mejor que sabía hacer. Arreglárselas solo. Y solo iba a seguir.

Zariah lo había entendido. Había interpretado de forma correcta su recelo para subir en el LODIT que les había alejado de aquella montaña. Cuando llegaron a la isla, no dudó en proponerle el trabajo y él tampoco vaciló en ofrecerle la respuesta: un «sí» a todo.

«Sí» a otra vida.

Stiff asintió con la cabeza en sus pensamientos. Tenía una nueva misión que sabía, iba a gustarle más que intentar ser un ejemplo para jóvenes rebeldes. Habían pasado solo unos días desde que había sido uno, ¿cómo podría fingir que les daba clases a los que eran como él?

El callejón acabó de abrirse hacia un espacio descubierto. Una plaza, lo más probable. A medida que se acercaba, vio la cabeza de La Creadora por encima de las coronas de los árboles. Maldijo en silencio, pues hubiese preferido ahorrarse la imagen de otra escena igual a las otras; cientos de ergys arrodillados y con las cabezas gachas. Encendió su comunicador durante un instante para comprobar las coordenadas. La última vez lo había cargado hacía unos días y la batería estaba casi agotada. No hizo caso a las llamadas perdidas y los mensajes que estaban sin leer. Memorizó la información que necesitaba, una ruta alternativa para llegar al centro que le interesaba sin traspasar la plaza. Giró hacia la izquierda y empezó a correr para ganar tiempo.

—¡Oye, tú!

Stiff se detuvo para intentar averiguar de qué dirección había venido el grito. Cuando era ergy no tenía necesidad de usar todos los sentidos para una operación tan sencilla. Si hubiese sido ergy se hubiera percatado de los pasos que seguían a los suyos. Un par de sombras aparecieron desde un aparcamiento que no había tenido en cuenta. Estaba lleno de coches, todos con los motores muertos.

—¿Qué tal, hermano? —preguntó uno de ellos al acercarse.

Eran dos, uno bajito, con sobrepeso, el otro casi tan alto como él, pero delgado.

—Bien. —Stiff salió a su encuentro, estrechando sus dedos en puño y chocándolos primero contra su pecho delante del corazón, y luego contra el puño de los otros. Era una forma de saludo que había aprendido por las malas y que anunciaba su pertenencia a los nulos.

Una mentira, por supuesto, pero esperaba que los chavales no tuvieran intención de comprobar su marca, la que tenía oculta bajo el cuello de la chaqueta. Por desgracia, sus marcas no habían desaparecido con la pérdida de sus habilidades, lo que dificultaba el intento de integrarse entre los nulos.

—¿Te has perdido? ¿Necesitas ayuda? —preguntó el más bajito. Giraba el cuello para ojear alrededor con tanta rapidez que parecía una máquina.

—Quiere decir que nos apoyamos entre nosotros —explicó el más alto, frotándose la nariz—. Te ayudamos a encontrar tu camino. Y por si tienes algo de energía, un pequeño generador, una pila...

Stiff negó con la cabeza. Abrió los brazos para dar a entender que lo que tenía era lo que llevaba puesto.

—Lo siento, hermanos.

Los dos intercambiaron una mirada. Volvieron a evaluar el peso y la altura de Stiff y agacharon la cabeza.

—¡Qué mierda! Espero que arreglen pronto el Corazón de la Creadora.

Va a ser que no.

Stiff se guardó la respuesta para sí. En cambio, sacó su comunicador y se lo regaló.

—Le quedan pocos minutos —se disculpó. Pero es un modelo bueno, si conseguís cargarlo durará bastante.

El más bajo de estatura tendió sus manos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué pasada! Gracias, grandote.

Stiff asintió para aceptar los agradecimientos. Se llevó dos dedos al corazón y luego los agitó en el aire, en señal de despedida.

No necesitaba el comunicador. Estaba a punto de llegar, podría conseguir otro. Además, no es que tuviera con quién hablar.

Recuperó su camino, pensando en cuánto había perdido el mundo. ¿Podría ser tan alto el precio de un error?

Cuando alzó la cabeza, vio por encima de las otras construcciones a la que buscaba. Era la más alta en aquella área, un gigante de acero, piedra y cristal. Había sido el centro general de mando de Zariah. Ya no lo necesitaba por lo que lo había usado antes de que mundo cambiara. Ahora era la sede de una nueva organización.

Instalaciones sin utilizar estaban abandonadas a la entrada. Los escáneres de energía apagados, el puente que unía la calle principal con la entrada, con las barreras dejadas abiertas. Pocas luces iluminaban las ventanas y, por la intensidad baja, eran reflejos de pantallas o dispositivos.

Stiff avanzó por el pasadero con la mirada puesta en el frente. Qué raro se le hacía moverse con total libertad, sin miedo a que del cielo, bajo la tierra o cualquier otro sitio, alguien lo rastreara. No había escapado del tic de mirar hacia atrás o comprobar los alrededores. Gracias a ello se percató de los movimientos de varias sombras que lo tenían en la mira. Al parecer, Zariah tampoco había perdido sus costumbres. Los métodos no eran los mismos, pero continuaba procurando vigilarlo todo.

Esta vez, Stiff no se llevó la mano al pecho, sino al cuello, para descubrirse. La luz de una linterna recorrió su marca, seguida después de unas manos frías. Las sombras se alejaron igual de silenciosas que como habían aparecido y las puertas de la entrada se abrieron sin que las tocara.

Stiff alzó las cejas. Zariah se guardaba secretos, el mecanismo necesitaba energía para funcionar. También el elevador en el que se quedó varios minutos hasta llegar a la última planta. Cuando se le permitió salir, sus pasos se detuvieron en una habitación inmensa. Supuso que tenía la anchura de todo el edificio, pues se vio rodeado de paredes de cristal por todos lados.

—Bienvenido. —Un hombre de mediana edad se adelantó a su encuentro. Vestía de forma sencilla, con un pantalón y un jersey holgado. El corte de pelo era perfecto y el cuerpo gigante hablaba de entrenamientos duros—. Supongo que eres Sergio.

Stiff asintió en silencio.

—A mí me llaman Comandor. Me alegra que hayas llegado. Necesitamos a todos los cerebros disponibles.

—¿Para qué? —preguntó Stiff.

—Sígueme —le pidió el hombre, avanzando hacia el centro de la sala.

A medida que se aproximaban, Stiff vio que decenas de metros estaban ocupados por pantallas y delante de estas se movía gente. Su posicionamiento imitaba un cono, con la base ancha, que disminuía su alcance en altura. Las pantallas estaban encendidas mirando hacia el interior del cono, por lo que le habían engañado. El dorso estaba construido de un material que reflejaba la noche de las ventanas y le había dado la impresión de que la estancia estaba vacía.

Stiff siguió a Comandor hasta entrar en el círculo formado por las pantallas. Eran cientos, desde grandes como ventanas hasta minúsculas, del tamaño de su uña. Unos pocos hombres y mujeres se movían de una a otra. Llevaban gafas de lentes translúcidas, pero por sus miradas vacías entendió que su vista estaba enfocada en un plan alternativo.

—Toma —el Comandor le ofreció un par de aquellas gafas.

No dudó en ponérselas. Al principio su visión fue borrosa mientras miraba a una mujer que gesticulaba con fervor y movía los labios articular sonido. Notó cómo algo frío se movía por debajo de su cuero cabelludo, hasta llegar a su nuca. Dos pequeños pinchazos lo hicieron sisear.

Cuando enfocó a una de las pantallas, su cerebro estuvo a punto de colapsar. Recibió información del edificio: cientos de habitaciones, dormitorios, estancias de entrenamiento, de investigación, de enseñanza, miles de caras. Después esos miles se multiplicaron por otros cuando las imágenes llegaron hasta la capital, traspasaron ciudades, mares, montañas, tiempo y vida. Tenía delante de sus ojos la historia del mundo, desde el latido del primer corazón nulo, y las

proyecciones de cientos de posibles futuros.

—Bienvenido a la Creación —dijo una voz en su cabeza.

Stiff procuró quitarse las gafas, pero la parte final de las monturas se había implantado en su cabeza, como si hubiera echado raíces. Cuando intentó tirar, notó que un par de hilos salían de su nuca.

—Tranquilo —dijo Comandor.

Aguantó con estoicismo hasta que le ayudó a sacárselas. Lo que había sentido en su cabeza desapareció también.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó.

Pestañeó varias veces para recuperar la vista. Estaba ciego y en su cabeza todavía desfilaban imágenes.

—Un programa que desarrollamos. Nuestros núcleos están vacíos, pero las marcas de los ergys llevan información útil. Son como unos segundos pares de ojos conectados a nuestro cerebro. Todo lo que hemos visto, incluso detalles a los que no hemos prestado atención en su momento, está allí, en ellas. Recuerda cómo nos avisaban sobre el peligro, lo sabían incluso antes de que pudiéramos verlo.

—¿Podemos entrar en nuestras propias cabezas?

Comandor asintió.

—Y en otras también. La Creación nos conecta mediante las marcas a los cerebros de los que hemos conocido. Reconoce las conexiones y permite saltos en las mentes de los que, a su vez, han estado relacionados.

Stiff negó al instante.

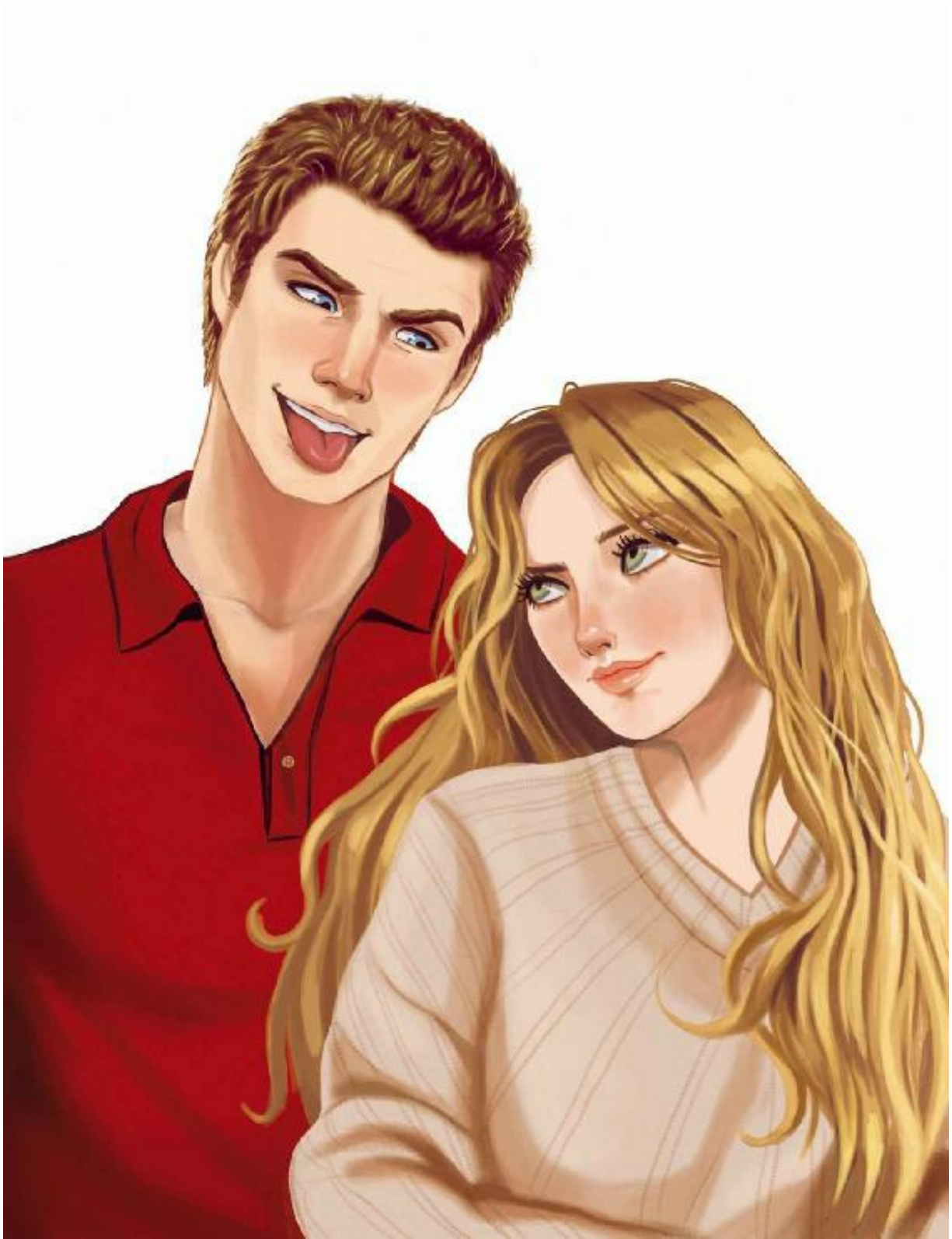
—Violamos mentes ajenas.

—Buscamos un futuro —le respondió secamente Comandor—. La respuesta está en el pasado.

—¿Cómo?

—La Creadora —le explicó en voz tranquila el hombre—. Con el programa Creación, vamos a retroceder en el tiempo. Nos conectamos con las mentes de nuestros padres, abuelos, hasta el primer ergy. Vamos a ver lo que han visto ellos. Vamos a ver cómo lo ha hecho ella, y reconstruiremos nuestro mundo.

FIN



Carta de La Creadora

Un átomo
llevado al vacío.
Un único deseo,
poder del corazón.
Un estallido:
es la creación.

Eres mi sol, mi deseo, mi voluntad.
Soy tu todo.
Cuando enfermes, búscame;
cuando tengas miedo, abrázame;
cuando llores, te sonreiré.

Somos luz y amor.
Somos oscuridad y miedos.
Helados por el olvido,
calentados por el ego.

Fuego, agua, tierra y aire.
Invencibles y temibles.
Pero al fuego el agua lo mata,
y el agua puede arder.

Un solo corazón
comparte los latidos
en libertad y prisión,
en la vida y la partida.

No eres lo que crees,
no soy lo que conoces.
Cuándo lo entenderás.
Cuándo lo necesitarás.
Busca el camino,
se desvela solo a su dueño.

En la noche encuentra tu reflejo.
En el frío halla la chispa.
En la tierra descubre la cuna.
En el cielo tropieza con el rayo.
Cierra los ojos.
Mírame.

Sangraré en el polvo porque mi sangre es polvo.

Me disolveré en el agua porque mi cuerpo es agua.
Me derretiré en el fuego porque mi aliento es fuego.

Quémalo todo,
y todo será tuyo.
Siembra el caos
para ver la luz.

Del fuego vivo has nacido.
Al mismo fuego vas a regresar
para curar.

Renacerá un nuevo corazón
en otro mundo,
cuando yo no seré
más que polvo.

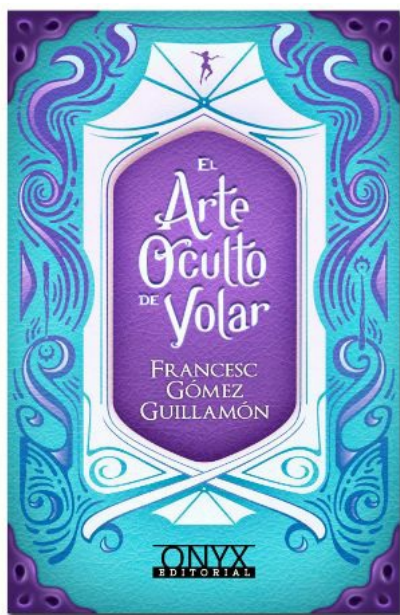
La Nueva es mi sol, mi deseo, mi voluntad.
El mundo fue mío, el nuevo será suyo.

Un corazón
atrapado entre tinieblas.
El mismo deseo,
idéntico vacío.
Una descarga:
es la destrucción.

Carta de La Creadora

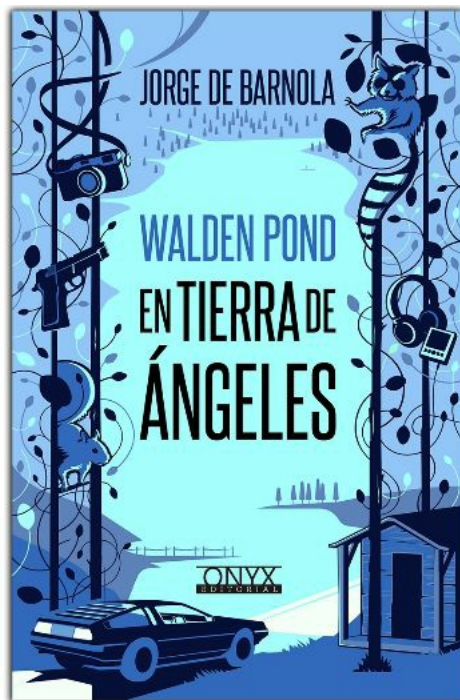


Otros títulos
de la
editorial



Northwood ha sido invadido por criaturas que se asemejan a demonios y provienen de otro mundo. Aunque su apariencia resulta amenazante, no suponen ningún riesgo, al menos de momento, para sus habitantes. Sin embargo, los miembros del Club de Artes Ocultas de la Academia Wingston no están dispuestos a tener a esas criaturas vagando por su pueblo, y planean enfrentarse a ellas utilizando la hechicería. Ottolyn Goode, una chica muy inocente que siempre se ha visto atraída por la magia, hará todo lo posible por dominar las técnicas y los hechizos que Jake Ryser se ha propuesto enseñarles a sus aprendices.

EL ARTE OCULTO DE VOLAR es una historia sobre creer en algo y seguir adelante aun sin tener todas las de ganar. Es una historia de valor, constancia y perseverancia. Además, valores como la amistad, la familia y la responsabilidad son aspectos importantes de la historia. La novela también combina varios elementos de la literatura clásica de fantasía.



Billy es un chico problemático de familia desestructurada. En la caravana en la que vive el ambiente es irrespirable, y la relación con el novio de su madre cada día es más tensa. Las cosas no marchan mejor en el instituto; su fama, labrada durante años mediante amenazas y peleas, lo ha convertido en alguien con quien nadie se quiere cruzar. Tampoco querrá toparse con él Steve, un nuevo alumno que ha llegado al pueblo junto con su hermana Samantha. Se han instalado en Concord con su padre, músico de profesión, buscando por fin la estabilidad tras un largo periodo de mudanzas de un estado a otro. Sin embargo, en un instituto es difícil evitar los problemas cuando estos vienen directamente hacia ti. Sobre esto sabe bastante Ariel, el ángel custodio de Billy, acostumbrado al comportamiento impredecible de los humanos. El camino de su protegido es errático y los medios con los que cuenta para aconsejarle son muy limitados. El encontronazo entre los dos chicos desencadenará una serie de acontecimientos que pondrá a Samantha en el ojo del huracán. Ariel comprende entonces que hay sinergias a las que uno no puede hacer frente, y se entregará a la tentación de ser otro, experimentando el amor como si de un humano se tratara. Mientras tanto, Billy, abandonado por su ángel guardián, tomará decisiones equivocadas con fatales consecuencias.



Un mundo amenazado por una Diosa. Una sociedad sometida y dividida por ideologías.

Una reina cruel dispuesta a todo por hacer prevalecer su poder.

Y dos hermanos separados por un sistema injusto.

Tristán busca a la Diosa para conseguir la redención de la humanidad. Amaranta pretende acabar con la tiranía del sistema político en el que viven los ciudadanos del país de Erain.

Dos aventuras llenas de peligros, en las que el amor, el descubrimiento de la verdad y el encuentro con uno mismo serán cruciales para tratar de salvar a una humanidad condenada por su egoísmo. No son los primeros en intentarlo, pero son la última esperanza.



Desde que la Tierra fue invadida, la vida se ha convertido en una lucha constante por la supervivencia. En un último intento por recuperar su mundo, la especie humana está inmersa en una cruenta batalla que decidirá el destino de toda la humanidad.

Es en medio de la vorágine cuando, entre las ruinas de una nave abatida por la Resistencia, aparece Makensi. Desorientada, magullada y aterrada, se ve arrastrada a la base de la facción de Maverik, un lugar hostil donde la tratan como a un enemigo más. Allí descubre dos cosas.

La primera: ella también desconfió de sí misma.

Y la segunda: tiene en sus manos la llave para lograr la victoria.

Desde que todo empezó, la vida de Maverik se ha convertido en una malsana obsesión por derrocar al enemigo, solo vive por la causa y antepone todo lo que le rodea para lograr la victoria. Pero a pesar de sospechar que Makensi es el enemigo, permite que ponga su vida del revés y se ve obligado a decidir entre razón, deber y corazón.